

■ Soledad Martínez Zuccardi

Entre la Provincia y el Continente

Modernismo y modernización en la
Revista de Letras y Ciencias Sociales
(Tucumán, 1904-1907)

honda huella de la
y de ciencia. Parábolas
Será este ve
ranos a algún. nuevos
libros; probablemente his
toria Tucumana. Es vas
chico pero beberé en un
vaso, como dice Muss
Recuerdo cordial
dimo. Ricardoz

Entre la provincia y el continente
Modernismo y modernización en la *Revista de Letras y*
Ciencias Sociales
(Tucumán, 1904-1907)

Soledad Martínez Zuccardi

Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional de Tucumán

© 2005

Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional de Tucumán
Av. Benjamín Aráoz 800 - 4000 San Miguel de Tucumán

Diseño de Tapa: Lic. Andrés Navas

ISBN N° 950-554-444-8

ÍNDICE

RECONOCIMIENTOS	4
INTRODUCCIÓN	5
1. HACIA UNA HISTORIA DE LA <i>REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES</i> Y DEL GRUPO REALIZADOR	8
1.1. Emergencia de un proyecto	8
1.2. Rol desplegado en el proceso de modernización cultural de Tucumán	12
1.3. Los fundadores: origen de un grupo	19
1.4. El grupo realizador: los colaboradores de Tucumán	24
1.5. Singularidad de una formación cultural	29
1.6. La apertura del grupo	35
2. JUAN B. TERÁN Y JULIO LÓPEZ MAÑÁN: LA PROMOCIÓN DE LA CIENCIA Y DEL ESTUDIO	46
2.1. El positivismo y la valoración de la ciencia	46
2.2. Taine y la consagración al estudio	49
2.3. Dos posturas frente al trabajo intelectual: Terán y Unamuno	52
2.4. La historia y la “cuestión nacional”	58
3. RICARDO JAIMES FREYRE: LA PROYECCIÓN A AMÉRICA	75
3.1. Jaimes Freyre y el modernismo	75
3.2. Un mapa de la literatura americana	83
3.3. Las operaciones críticas: algunos ecos de la lucha modernista	92
CONCLUSIONES	107
BIBLIOGRAFÍA	109

Reconocimientos

Las páginas que cobran aquí el cuerpo de libro corresponden al trabajo de tesina que desarrollé en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán para optar al grado de Licenciada en Letras, y que defendí en marzo de 2004 ante un tribunal integrado por los doctores Victoria Cohen Imach, Ricardo Kaliman y Carmen Perilli.

Quisiera expresar aquí mi reconocimiento a las instituciones y a las personas que contribuyeron a que tal trabajo fuera posible. Para su realización, conté con el apoyo de una beca estudiantil asignada por el Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Tucumán en diciembre de 2001 y de una beca nacional otorgada a comienzos de 2003 por el Fondo Nacional de las Artes. Mi directora, Victoria Cohen Imach, asumió con seriedad y compromiso la tarea de orientar el curso de la investigación. Elena Perilli de Colombres Garmendia, Fernando Terán, Vicente Atilio Billone, Elba Estela Romero de Espinosa, Manuel Martínez Zuccardi y Santiago Bliss colaboraron generosamente, ya sea con la proporción de material bibliográfico, la aclaración de algunas cuestiones, o el interés demostrado en la pesquisa de ciertos datos y fuentes. El personal de Biblioteca y Hemeroteca de la Facultad de Filosofía y Letras también me ayudó con amabilidad durante el proceso de búsqueda bibliográfica. Agradezco por último al Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos, que constituyó el marco institucional en el que la investigación se llevó a cabo, y que hoy incluye este libro entre sus publicaciones.

Tucumán, agosto de 2004

Introducción

Textos múltiples y heterogéneos, en los que confluyen voces diversas, las revistas culturales, cuyas páginas forjan proyectos estéticos e ideológicos, constituyen vehículos privilegiados para la articulación de grupos y despliegan un rol central en la construcción de la cultura y de la literatura. Como todo estudio centrado en tales objetos, este trabajo está sustentado en el afán de recuperar el proyecto de una revista cultural y de examinar cuáles fueron sus propósitos y cómo los cumplió.

Fundada en Tucumán por el poeta boliviano Ricardo Jaimes Freyre y por los abogados tucumanos Juan B. Terán y Julio López Mañán, la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* (1904-1907) abrió sus páginas a la literatura, a la historia, al derecho, a la sociología, así como a una variedad de temas de la actualidad provincial, nacional y continental. Circuló a lo largo de América y también en Europa, mantuvo un diálogo sostenido con intelectuales extranjeros, como Miguel de Unamuno o Guillermo Ferrero, e incluyó las colaboraciones inéditas de destacados representantes del modernismo literario, como Rubén Darío, José Santos Chocano, Amado Nervo, José Juan Tablada, entre otros. En Tucumán, contó con la cercana colaboración de Alberto Rougés, José Ignacio Aráoz, Juan Heller, Germán García Hamilton, entre otros jóvenes miembros de la elite provincial. En palabras de Emilio Carilla, “no se encuentra en los años que abarca la revista una publicación que dentro del país sobrepase el valor de la revista tucumana”.¹ Sin embargo, su proyecto no parece haber sido considerado de manera global. De acuerdo a lo relevado, el primer y único estudio de cierta extensión y profundidad al respecto fue realizado por el mismo Carilla, e incluido como capítulo de un libro de su autoría sobre Jaimes Freyre.² Por su parte, David Lagmanovich y Vicente Atilio Billone se refieren a la publicación en distintos artículos sobre revistas culturales tucumanas; y, recientemente, Nilda Flawiá y Liliana Massara le dedican algunas páginas en un volumen colectivo.³ De todas maneras, no se ha llevado a cabo aún una investigación que aborde el proyecto de la publicación como objeto central.

En su estudio sobre la revista, Carilla lamentaba el olvido inexplicable en que ella se veía sumida y expresaba el anhelo de que en el futuro se le otorgase “el lugar que el desconocimiento y la miopía le niegan”.⁴ Advirtiendo la justicia de tal reclamo, esta investigación se propone rescatar del olvido a la publicación y contribuir al desarrollo de una historia intelectual y literaria de Tucumán en relación con los procesos nacionales y continentales, así como aportar al estudio de las revistas culturales y revisar el rol que ellas cumplen en el desenvolvimiento de la cultura y de la literatura. El trabajo aspira a estudiar la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* de un modo que permita aprehender la amplitud y la complejidad del proyecto que desarrolló, y la multiplicidad de espacios atendidos en sus páginas: la provincia y la nación, el continente americano, Europa.

De acuerdo con estos objetivos y con la naturaleza misma del objeto, se consideró adecuado partir de las propuestas teóricas ofrecidas por autores como Raymond Williams, Pierre Bourdieu, y Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo. Las fuentes primarias están constituidas por los siete tomos de la revista, que llegó a publicar, durante sus más de tres años de vida, treinta y nueve números de frecuencia mensual. El corpus bibliográfico de consulta articula estudios de distinta índole vinculados con las revistas culturales, la historia de Tucumán y su vida intelectual y literaria, el desarrollo de la literatura, la cultura y las ideas en Argentina y América Latina durante los primeros años del siglo XX, y las trayectorias de los escritores e intelectuales que participaron en la realización de la publicación. La investigación tiene una deuda especial con las propuestas de algunos

autores, como Williams, a partir de cuya noción de *formaciones culturales* se estructura el análisis del grupo realizador de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, así como de Altamirano y Sarlo, Noé Jitrik y John King, cuyos aportes configuran una rica caja de herramientas para pensar las revistas culturales. Del mismo modo, las perspectivas de Ángel Rama, José Luis Romero y Oscar Terán resultaron cruciales para situar el proyecto de la publicación en el marco de los procesos de modernización cultural del país y del continente durante el período estudiado.

El trabajo está dividido en tres capítulos. Con el propósito de captar el perfil y el tono impresos en las páginas de la publicación, y de visualizar su función en el desenvolvimiento de la vida cultural de Tucumán, el primero de ellos traza una historia de la revista que parte sobre todo de la pregunta por el grupo realizador de la empresa. Los capítulos siguientes se detienen en el examen del proyecto que este grupo desplegó, en el que se advierte la presencia de dos grandes vertientes centradas en la modernización, entendida aquí como actualización, de la ciencia y de la literatura. El segundo sitúa la vertiente científica del proyecto en relación con los debates intelectuales que tienen lugar en el país en los primeros años del siglo XX, y se interroga por el papel ejercido por la publicación en el estímulo del estudio de la historia y la sociología, y en el aporte de elementos para pensar la provincia y la nación. El tercer capítulo se detiene en el modo en que el proyecto literario de la revista estuvo vinculado al desarrollo del modernismo hispanoamericano, así como en el rol desplegado por ella en el proceso de construcción de una literatura continental.

Como afirma Jitrik, hacer revistas es un juego contra la historia. Por el destino que les espera, ellas parecen configurar un “género muerto o semimuerto”, pero que está vivo en el deseo de quienes las realizan.⁵ Desde un ángulo similar, Sarlo advierte que “no hay nada más viejo que una revista vieja”, porque la revista tiene su aura en el presente.⁶ A un siglo de la aparición de su primer número, este trabajo aspira a reconstruir el presente de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*. Se pretende indagar en aquello que hay de vivo detrás de este género muerto, en los deseos y afanes de sus realizadores, en la constelación de ideas, valores y sentidos que habitaron al elenco de intelectuales aglutinado en torno a la publicación. Se trata, en definitiva, de un nuevo juego contra la historia, signado por la búsqueda del brillo antiguo de un aura evanescente.

NOTAS

¹ Emilio Carilla, *Ricardo Jaimes Freyre*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1962, p. 73.

² En *ibídem*, pp. 71-82, Carilla dedica un estudio a la publicación en el capítulo VI, “La *Revista de Letras y Ciencias Sociales*”. El mismo artículo es incluido en otro libro de su autoría con el título “Una revista modernista”. Cfr. E. Carilla, *Estudios de literatura argentina*, Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 1968, pp. 145-159. El crítico es también coautor de un índice de la publicación, cfr. E. Carilla y Elsa Rodríguez de Colucci, *La Revista de Letras y Ciencias Sociales de Tucumán (1904-1907)*, Tucumán, Departamento de Extensión Universitaria, Universidad Nacional de Tucumán, 1963.

³ Cfr. David Lagmanovich, “Revistas tucumanas de cultura”, *Revista de Educación* (nueva serie), año III, n° 5, La Plata, mayo de 1958, pp. 261-266; Vicente Atilio Billone, “Revistas literarias tucumanas. De *El Porvenir* (1882-1883) a la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* (1904-1907)”, *Humanitas*, n° 23, año XVII, Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 1972, pp. 233-238 y “Tucumán y sus revistas literarias. A propósito de una reaparición”, *Norte*, III época, año I, n° 1, Tucumán, diciembre de 1975, pp. 7-12; y Nilda Flawiá y Liliana Massara, “La generación del Centenario en Tucumán. La *Revista de Letras y Ciencias Sociales*”, en AAVV, *La generación del Centenario y su proyección en el Noroeste Argentino (1900-1950)*, Tucumán, Actas de las III Jornadas, Tomo II, Fundación Miguel Lillo, Centro Cultural Alberto Rougés, 2000, pp. 400-407.

⁴ E. Carilla, *op. cit.*, p. 82.

⁵ Noé Jitrik, Nicolás Rosa y Beatriz Sarlo (debate), "El rol de la revistas culturales", *Espacios de crítica y producción*, n° 11, Buenos Aires, noviembre de 1992, pp. 4 y 5.

⁶ *Ibidem*, p. 12.

1. Hacia una historia de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* y del grupo realizador

1.1. Emergencia de un proyecto

En el último día del mes de julio de 1904 apareció en Tucumán el primer número de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*. Su tapa sólo consignaba el nombre de la publicación y el de sus fundadores: Ricardo Jaimes Freyre, director; y Juan B. Terán y Julio López Mañán, redactores. Como muchas revistas de la época, la entrega se abría con la declaración de principios del grupo, en la que se establecía el programa y los propósitos del proyecto:

La REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES lleva en su nombre su programa. Aspira a ser un eslabón entre el aula y la tribuna, entre la tribuna y el libro, entre el libro y el público. Aspira a reflejar en sus páginas el movimiento de los espíritus en los universales campos de la creación y de la especulación. Aspira, sin exclusivismos ni banderías, a servir de vehículo a todos los propósitos nobles y a todos los pensamientos generosos, dentro de los límites de las doctrinas y de las teorías. Aspira a ser un autorizado exponente de la labor mental que no ha llegado al libro y que se ha sustraído voluntariamente a la inevitable ligereza de la efímera hoja diaria.¹

En efecto, es posible pensar el nombre de la publicación como una expresión directa de los intereses y las disciplinas que la revista buscó abarcar: la literatura, el derecho, la historia, la sociología. Desde un comienzo, “espigar en todos los campos” fue una de las principales aspiraciones de los realizadores:

Para realizar nuestros propósitos espigaremos en todos los campos, sin perder de vista el plan sintetizado en el nombre de esta publicación. Pediremos a los archivos desconocidos tesoros históricos; expondremos o comentaremos la labor de los cuerpos legislativos y de los tribunales de justicia; investigaremos las leyes de nuestros fenómenos sociales; reflejaremos las palpitaciones del alma universal, que nos llegan en los libros de todos los países y en las hojas impresas en todas las lenguas, y daremos a la obra de imaginación, a la obra poética, nuestras mejores páginas.²

En relación con otras publicaciones de la época, esta doble mirada a las ciencias y a las letras, resumida en el nombre de la empresa naciente, no revestía novedad alguna. Por el contrario, nombres de este tipo son frecuentes en estos años de notable florecimiento de revistas de gran calidad tanto en la Argentina como en los demás países hispanoamericanos.³ Muchas de estas publicaciones unían en sus páginas los afanes literarios y los científicos. Como señalan Héctor René Lafleur, Sergio D. Provenzano y Fernando P. Alonso, hasta comienzos del siglo XX sólo es posible hacer referencia a revistas que “en sentido estricto, no fueron literarias”.⁴

Por otra parte, en las palabras con las que se abre el primer número de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, es posible notar la serenidad y la seriedad con las que los realizadores emprendieron su proyecto, y que contribuyeron a definir el particular tono impreso en las hojas de la publicación.⁵ Esta nueva empresa no surgía, como muchas otras, al calor de los fervores de movimientos o escuelas. Proponía “sin exclusivismos ni banderías”, según sus propias manifestaciones, la fundación de un centro intelectual propio en la provincia de Tucumán, “docto y amable”, como la revista misma:

La obra por realizar sería la asociación de todos los factores de cultura de que disponemos, formando con ellos un docto y amable centro propio de desenvolvimiento intelectual.⁶

En efecto, la publicación cumplió un importante rol en el proceso de constitución de un campo cultural en Tucumán, como se analizará en el siguiente apartado. Sin embargo, no se deduce de esto que su mirada se haya centrado exclusivamente en el espacio de la provincia. Por el contrario, los ojos de sus realizadores se volvieron con insistencia hacia la capital del país, hacia América y Europa, ávidos de recibir sus novedades y hacerlas extensivas al medio:

Encerrados en el corazón de América, nuestro espíritu vive muy lejos de lo que nos rodea, cuando no lo embargan las ansiedades de la lucha o los detalles de la existencia cotidiana (*s'í*). Pedimos al extranjero o a la capital de la república, el volumen que deben ocupar las horas dedicadas al estudio, a la amena lectura y a la necesidad de seguir la marcha de las ciencias, de las artes y de las letras, que se descubre confusamente en los índices de los boletines telegráficos.⁷

A la luz de estos propósitos iniciales, comenzaba la entrega de la publicación, cuya salida regular continuaría hasta diciembre de 1907 y alcanzaría a editar treinta y nueve números, que llenaron siete tomos. Desde un comienzo, la empresa brindó muestras de la seriedad y estabilidad del proyecto que iniciaba. En el primer número quedaban ya establecidas algunas de las condiciones que la revista cumpliría prolijamente durante el período de su publicación: el mínimo de páginas de cada número y el día de su aparición, el carácter mensual de la entrega, las normas y los montos de suscripción. Estos elementos permiten vislumbrar la naturaleza de un proyecto largamente pensado y madurado, en el que se advierte la confianza en la permanencia de la publicación, que en su primera entrega ofrece ya las condiciones de suscripción por todo un año. En efecto, sus realizadores parecían haber adivinado que la empresa que fundaban estaba destinada a durar.

Son diversos los aspectos que evidencian la estabilidad del proyecto, como la continuación de la numeración de las páginas de un número al otro, que imprime a la revista una apariencia de unidad. Una vez completada la sexta entrega, se programó la distribución en tomos: cada uno estaba conformado por seis números, que se encuadernaban juntos luego de quitar las tapas y las páginas de avisos, y se los dotaba de un índice final que detallaba el contenido de todo el volumen. De esta forma, cada tomo cobró el aspecto de un grueso libro de alrededor de quinientas páginas. Con la confección de la portada y del índice de cada uno de ellos, la empresa misma parece haber fomentado la conservación de los números y su encuadernación. En este sentido podría pensarse también el hecho de que se ofrezcan para la venta los números atrasados, como se efectúa a partir de la duodécima entrega.⁸ En esta voluntad de formar colecciones completas y estimular su conservación, se manifiesta ese afán de perdurabilidad de la revista, que pareciera querer rebelarse contra lo efímero de su condición de publicación periódica.

La programada organización en tomos, así como la diagramación, el austero diseño de tapa, el tipo y el cuerpo de letra, el formato, el tamaño y el papel, se mantuvieron prácticamente inalterados durante los años de vida de la publicación. Sólo en las tapas algún tipo de variación fue admitida: se alternó el color verde con el rojo claro, el naranja y el azul. Fueron éstas las únicas gotas de color que alegraron el blanco y negro riguroso de las páginas interiores.

También en papel de color se ven impresos los avisos publicitarios que, como es posible conjeturar, parecen haber cubierto gran parte de los costos de financiación de la empresa. Cada número contó con un promedio de ocho páginas de avisos, incluidas la contratapa y su interior.⁹ Entre los auspiciantes que mostraron cierta continuidad en su apoyo a la publicación figuran principalmente empresas como Cerveza Quilmes, Ferrocarril Central Norte, Vinos Calvet y la Sastrería, Sombrerería y Zapatería de Cárdenas Hermanos. Sus avisos ocuparon los espacios más importantes: la contratapa, su interior, o

bien una página completa. Otros avisos en cuerpo menor son destacables por su permanencia, como los de las librerías e imprentas “Colón”, “Hispanoamericana” y, sobre todo, la “Librería Francesa de Adriano Ribet”, que funcionaba como agencia de numerosas publicaciones de Buenos Aires, como *La Nación* o *Caras y Caretas*, y cuyas novedades eran anunciadas en el interior de la revista; casas de comercio como la “Sastrería París-Londres”, “Tienda La Gran Vía”, “Casa Chêne”, “Sastrería Argentina de Eulogio Torres”, el estudio de fotografía artística de Enrique Kessler, fábricas de carruajes, panaderías, almacenes, sociedades de seguros, casas de remate, corralones y ferreterías, entre muchos otros. En algunos casos, se evidencia la ayuda financiera proveniente de miembros de las familias de los realizadores del proyecto, como es posible observar en un aviso de media página del Ingenio Santa Bárbara, propiedad, como se anunciaba en el mismo, “del Señor Enrique Grunaüer y del Doctor Juan M. Terán”, padre este último del joven redactor de la publicación. Otra modalidad frecuente en esta sección fue la inclusión de una “Guía de profesionales” en la que procuradores judiciales, abogados, artistas, fabricantes y comerciantes de la ciudad ofrecían sus servicios. Es llamativa la cantidad y variedad de los avisos, que, como se advierte, estaban destinados casi exclusivamente al público tucumano. Puede deducirse de ello un notable interés de los habitantes de la provincia por brindar su apoyo al proyecto, o bien una circulación considerable de la revista en la ciudad de Tucumán, que justificaría materialmente la inversión.

Avanzada la entrega, sin embargo, esta práctica se resiente. A partir del número 23, del mes de agosto de 1906, en las secciones destinadas a los avisos comienzan a verse espacios en blanco en los que se lee la palabra “Disponible”. Este hecho llama la atención debido a que en entregas anteriores pueden también notarse vacíos de este tipo, los que, sin embargo, no eran ofrecidos para su ocupación. Podría interpretarse acaso que por estas fechas la empresa experimentaba dificultades financieras. En efecto, varios auspiciantes dejan de publicar sus avisos y los que se agregan no llegan a cubrir las vacantes que aquellos dejaran; y, hacia el final de la entrega, es posible observar las contratapas de muchos números en blanco.¹⁰ No obstante, la publicación continuaría apareciendo todavía por más de un año.

Además de los avisos, la venta de los números parece haber constituido otro medio de conseguir fondos para el proyecto. Esta operación se realizaba sobre todo mediante la suscripción: se ofrecieron desde un comienzo abonos trimestrales, semestrales y anuales,¹¹ condiciones que eran observadas puntillosamente por los realizadores, lo que permite adivinar la importancia de esta modalidad de venta.¹²

La puntualidad de la entrega se cumplió de manera casi impecable. Hasta diciembre de 1905, cada número apareció el último día de cada mes, según el principio manifestado inicialmente. Pero en los meses de enero y febrero de 1906, la publicación debió suspenderse debido a la instalación del taller tipográfico de la revista. Esta ocasión fue aprovechada para cambiar la fecha de aparición de cada número, que, para respetar el abono trimestral, comenzó a salir en lo sucesivo el primer día de cada mes.¹³

La revista contó desde su nacimiento con el espacio de su propia redacción, con dirección en calle Congreso 171 y luego en Crisóstomo Álvarez 371.¹⁴ Del mismo modo, tuvo su ámbito de difusión en Buenos Aires. En el interior de tapa del tercer número se consignan por primera vez las agencias ubicadas en esa ciudad: las librerías Mendesky, en Rivadavia 545 y A. Espiasso, en Florida 17, que continuarían funcionando como tales hasta el final de la entrega. En efecto, desde sus primeros números, la publicación parece haber tenido una amplia circulación fuera del ámbito provincial. Así, desde Buenos Aires, Leopoldo Lugones vio la necesidad de rectificar los comentarios que de un libro suyo hiciera Juan B. Terán en el número 3, lo que permite vislumbrar el alcance de la difusión del

contenido de la revista, que fundamentaría el esfuerzo de una rectificación de este tipo.¹⁵ La circulación en el extranjero, por su parte, se debió acaso centralmente a una tarea personalizada de distribución de los números, asumida principalmente, como se verá más adelante, por el director de la publicación. Una carta de Miguel de Unamuno a Ricardo Jaimes Freyre, publicada en el número 19 de la revista, constituye un claro ejemplo en este sentido ya que da cuenta de este modo de difusión al hacer referencia a los “ejemplares de añadido” enviados por Jaimes Freyre para ser distribuidos por Unamuno en España.¹⁶

De todas maneras, la constatación acerca de la circulación que la revista puede haber alcanzado fuera de Tucumán no implica necesariamente que haya contado con un público demasiado amplio y numeroso. En realidad, y a pesar de la falta de datos sobre la cantidad de ejemplares que efectivamente se imprimían, es posible pensar que la revista tuvo un número relativamente restringido de lectores, “motivado por intereses intelectuales y artísticos muy específicos”, como la mayor parte de las empresas de este tipo, según advierte Jorge B. Rivera.¹⁷ Sin embargo, las conclusiones extraídas de la lectura de los avisos parecen matizar este punto, al menos en lo que atañe a su circulación en el espacio de la capital provincial.

La instalación del taller tipográfico, antes mencionada, da cuenta, quizás, de un momento de expansión del proyecto. Desde el comienzo la revista contó con su propia editorial y se encargó de la impresión y distribución de los números. La Imprenta Modelo, que aparece como la “casa editora de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*”,¹⁸ parece haber sido creada exclusivamente con tal fin. En efecto, sus direcciones, en calle Las Heras 765, y luego en Maipú 60 y 62, coinciden con las de los talleres tipográficos de la revista. En este sentido, las referidas reformas de enero y febrero de 1906, únicos meses en que se suspendió la entrega, no implicarían cambios editoriales reales, sino que podrían obedecer simplemente a la mudanza o mejora de los talleres. Y podrían estar también vinculadas, por otra parte, al proyecto editorial que en las páginas de la publicación se anunciara tempranamente: en el segundo número se incluye un capítulo de la novela en preparación de Jaimes Freyre, *Los jardines de Academo*, acompañado de una nota que indica que la novela “será editada por la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*”.¹⁹ No obstante, esta promesa no llegaría a cumplirse. El único libro editado por la revista y su Imprenta Modelo parece haber sido *Estudios y notas* de Terán,²⁰ que apareció al año siguiente de la desaparición de la empresa. La publicación concibió acaso el rol de editora como parte de su proyecto. Éste, sin embargo, no dio muestras de prosperar. Pero con el correr de los años, los afanes editoriales de parte del grupo encontrarían un lugar propicio en la editorial de la Universidad de Tucumán.²¹ De todas maneras, la idea de la editorial propia da cuenta de la magnitud de los propósitos de la empresa, que no se vieron limitados a la publicación de los números de la revista.

Otro rol asumido fue la promoción de concursos literarios. La undécima entrega, de mayo de 1905, se abre con una convocatoria de una página al “Primer Concurso Literario de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*”, dirigido “a los escritores de lengua española”. Sus categorías eran dos: cuento o novela breve y traducción en verso de una poesía francesa, portuguesa o italiana; los premios consistían en plumas y lápices de oro, así como abonos gratuitos a la revista. En el número 17, de noviembre de 1905, se incluye el cuento de un autor chileno que resultó ganador en una de las categorías del concurso.²² La realización del concurso constituye un ejemplo de las alternativas ofrecidas por la publicación, así como de la conciencia del valor de la propia empresa, como lo demuestra el hecho de ofrecer la revista como premio.²³ Por otra parte, el hecho de premiar versiones en español de poesías extranjeras se relaciona con un gesto frecuente de la publicación, que concede gran

importancia a las operaciones de traducción y que contará con su propio equipo de traductores, como se verá más adelante.

En noviembre de 1906, junto a la entrega de su número 26, la revista da comienzo a un nuevo proyecto: la publicación de los *Comentarios sobre la transmisión de derechos* de C. Medina, seudónimo empleado con frecuencia por Juan B. Terán. Con cada número, desde el 26 hasta el 36, la revista entregó un pliego aparte de entre 8 y 16 páginas con el contenido de estos *Comentarios*.²⁴ La asunción y el impulso de estos proyectos, así como la expansión de sus instalaciones, parecen hablar de una cierta institucionalización de la empresa, que parecía estar echando raíces. Sin embargo, hacia finales de 1907, la revista desaparecería, luego de la entrega de su último número, que conforma el tomo final de la colección. Es el único poco voluminoso, de tan sólo ciento cuarenta páginas, que constituye un solo número triple correspondiente a los tres últimos meses del año 1907: se quiebra así el carácter mensual de la entrega que había caracterizado a la publicación desde su nacimiento. En efecto, y, como anunciando el final de la revista, el séptimo tomo rompe con la regularidad de los anteriores. Este último número parece haber sido realizado casi con urgencia, para cumplir, quizás, con las obligaciones contraídas en las condiciones de suscripción.²⁵ De este modo se cerraba, sin mayores aclaraciones, el ciclo de publicación de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*.

1.2. Rol desplegado en el proceso de modernización cultural de Tucumán

Si las revistas culturales constituyen vehículos privilegiados para la manifestación de un proyecto de grupo, parece necesario remitir su estudio, como advierten Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, al dominio más general de las *formaciones culturales*, categoría acuñada por Raymond Williams para dar cuenta, como se sabe, de los diversos modos de organización y autoorganización de los productores culturales.²⁶ Williams advierte que, para estudiar una formación cultural, es necesario identificar dos factores: la organización interna de la formación específica, y sus “relaciones declaradas o reales con otras organizaciones del mismo campo o de la sociedad en general”.²⁷ Por su parte, Altamirano y Sarlo señalan la conveniencia de analizar las relaciones que dichas formaciones pueden mantener con otras instituciones, y destacan la posibilidad de que aquéllas provoquen nuevas cristalizaciones institucionales, o bien tomen posiciones dentro del marco organizacional ya existente.²⁸ En tal sentido, este apartado se interroga especialmente por la naturaleza de las *relaciones externas* que la formación cultural aglutinada en torno a la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* procuró sostener en el marco del proceso de modernización cultural de Tucumán.²⁹ Las siguientes secciones de este capítulo se detienen en cambio en la consideración de la *organización interna* del grupo.

Como se señaló ya, la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* inauguró su entrega con un “Prospecto” inicial, donde quedaban asentados los principios del grupo y los propósitos centrales de la empresa. Uno de esos objetivos giró en torno a la voluntad de estimular el desarrollo de la cultura en la provincia:

La obra por realizar sería la asociación de todos los factores de cultura de que disponemos, formando con ellos un docto y amable centro propio de desenvolvimiento intelectual; así los colegios y las escuelas, así las bibliotecas públicas, así los diarios, la proyectada Universidad libre, las sociedades literarias y científicas, así, en fin, las revistas.

Pero las revistas, que son una verdadera exigencia social en todas partes, son entre nosotros plantas exóticas que no se ha conseguido aclimatar y que han arrastrado su infecunda vida en pobres invernáculos. Debemos creer que la época y el ambiente no les fueron propicios o que no se adaptaban a ellos. Las circunstancias

han cambiado, tal vez; ha llegado el momento de comprobarlo. A esta oportunidad obedece la aparición de la REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES.³⁰

Desde su nacimiento, la revista brindó muestras de su afán de ejercer un rol activo en la organización cultural de Tucumán y manifestó una clara conciencia de la importancia del papel que venía a cumplir en el espacio de la provincia, donde ya funcionaban, como el “Prospecto” anunciaba, valiosos colegios y escuelas, sociedades de reconocido prestigio, y donde estaba ya sembrado el germen de la futura universidad. Como se advertía en las primeras hojas de la entrega, sólo la falta de una publicación de calidad parecía sentirse en el campo de la cultura tucumana. El surgimiento de la revista procuraba, precisamente, llenar ese vacío. En efecto, la publicación no parece haber constituido un proyecto cultural aislado en el ámbito de la provincia. Por el contrario, y según sus propias declaraciones, ella intentó asociarse a la acción de otras instituciones existentes, con el objeto de constituir el ansiado “centro propio de desenvolvimiento intelectual”.

Resulta interesante, por otra parte, la concepción de las revistas como “una verdadera exigencia social en todas partes” que surge de las palabras inaugurales de la publicación. Al parecer, sus fundadores, que habían forjado experiencias previas en el impulso de empresas de esta índole,³¹ ansiaban construir una nueva tribuna desde la que pudieran expresar sus ideas y hacerlas llegar al público. Como indica Lewis A. Coser, las revistas culturales emergen en la Europa moderna como órganos intermediarios de debate entre el escritor y el público, en una época en que el contacto directo entre ellos ya no parecía posible, y se convierten, de ese modo, en instituciones centrales de la vida intelectual.³² En una etapa en la que editar libros constituía una tarea muy difícil en América Latina, el papel ejercido por las revistas en la difusión de ideas, estéticas y doctrinas resulta doblemente importante.³³ En efecto, y como se señaló antes, durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, surge gran cantidad de revistas a lo largo de todo el continente. Así, y en sintonía con la dinámica cultural latinoamericana, los fundadores de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* veían también la necesidad de que la vida intelectual tucumana contara con un órgano de este tipo, capaz de desempeñar un rol central en su desenvolvimiento.

La publicación apareció en una época acaso turbulenta, pero a la vez fértil y pujante para la provincia, que enfrentaba por entonces graves crisis azucareras y masivas protestas gremiales, así como sucesivos cambios de gobierno.³⁴ En el mes de junio de 1904, hacia el final del mandato de Lucas Córdoba, Tucumán vivía la primera huelga organizada de obreros azucareros en la Argentina, que había sido preparada por el Partido Socialista y apoyada desde Buenos Aires por la Unión General de Trabajadores.³⁵ Con el nacimiento del nuevo siglo, comenzaban a vislumbrarse en la provincia las primeras organizaciones de trabajadores de diversos oficios, de orientación socialista y, en algunos casos, anarquista.³⁶ “Junto al clima de aldea, las nuevas ideas”, como señala Eduardo Rosenzvaig resumiendo las tensiones de la realidad provincial de esos años.³⁷ En efecto, la aldea, cuyos habitantes miraban asombrados el paso del primer automóvil,³⁸ comenzaba a adquirir una fisonomía urbana. La ciudad se expandía con el diseño de nuevas avenidas y sus plazas se engalanaban con las esculturas de Lola Mora.³⁹ Edificios nuevos: escuelas, bibliotecas, teatros daban a la ciudad “(...) un nuevo rango que la vincula con los procesos de modernización que se producían a nivel nacional.”⁴⁰ Se trata de una ciudad que busca afanosamente modernizar su rostro y que ve para ello la necesidad de volver su mirada hacia otros centros, especialmente hacia Europa. En este sentido, la pequeña pero densamente poblada ciudad de Tucumán de los primeros años del siglo XX reproduce acaso, aunque en escala reducida, el perfil de las ciudades burguesas que describe José Luis Romero. Ciudades en expansión, de cambiante fisonomía, ávidas anfitrionas de extranjeros, preocupadas por instaurar en su seno las formas de la vida moderna copiadas de Europa,

atraídas por el brillo de París; ciudades en las que proliferan las tertulias, las revistas, la concurrencia a teatros, clubes, restaurantes, salones literarios; pero en las que, sin embargo, coexisten los mundos, las mentalidades y los estilos de vida modernos y coloniales.⁴¹

Tal vez sea en el campo de la cultura donde se evidencie en mayor medida la transformación de la capital provincial. Como afirma Silvia Elina Rossi, "(...) el cambio de la imagen de aldea por la de una ciudad progresista no sólo se debió a la transformación económica de la sociedad sino fundamentalmente al ingreso en una dimensión cultural diferente".⁴² En efecto, Carlos Páez de la Torre (h) señala que por esos años comenzaba a actuar en la ciudad "(...) un grupo de jóvenes que iban a ser los responsables de la toma de conciencia cultural de la provincia".⁴³ En este grupo destaca la presencia de hombres que unían a su formación universitaria y a su vocación política, una inédita inclinación a las tareas culturales, como, entre otros, Juan B. Terán, Julio López Mañán, Ricardo Jaimes Freyre, Alberto Rougés, José Ignacio Aráoz, Juan Heller, Miguel Lillo, cuya acción cultural se haría sentir por medio de la labor de diversos órganos e instituciones. Entre ellos, la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* emerge como un vehículo privilegiado de manifestación de su proyecto cultural, a la vez que constituye un moderno *escenario institucional de la vida intelectual*,⁴⁴ promotor de conferencias, tertulias, concursos, ediciones, polémicas, y que se encarga de situar el medio cultural tucumano en contacto con otros centros.

Hacia la fecha de publicación de la revista, la vida institucional de la cultura letrada provincial no acusaba muchos años. Uno de los hitos fundacionales en este sentido parece haber sido la creación del Colegio Nacional hacia finales de 1864. Su inauguración revistió el carácter de un gran acontecimiento, sólo comparable, en palabras de Rodolfo Cerviño, a la apertura de la Universidad, cincuenta años después.⁴⁵ Pero no fue ésta la primera institución de enseñanza secundaria en Tucumán: en 1854 se funda el Colegio San Miguel, que debió sortear diversas vicisitudes hasta que cerró sus puertas en 1862. Su breve vida no impidió que adquiriera cierto relieve nacional fundado, en parte, en el prestigio de su director, Amadeo Jacques. El Colegio San Miguel es destacado como un antecedente del Colegio Nacional,⁴⁶ que comienza a funcionar en las instalaciones del primero, dos años después de su cierre. El nuevo órgano, que tomaba como modelo a su par de Buenos Aires y que, cómo éste, formaba parte del proyecto civilizador del Estado, parecía responder a las demandas de las elites, a raíz de su carácter preparatorio para el ingreso a la universidad.⁴⁷ En efecto, en Tucumán, el Colegio Nacional fue dirigido por la elite provincial que, hasta la creación de la universidad propia, aseguró a sus jóvenes una educación superior en Buenos Aires. Esta institución desempeñó por varias décadas un rol central en el desarrollo intelectual de la provincia, mediante su importante biblioteca,⁴⁸ los cursos y conferencias que promovió,⁴⁹ y la formación de sus alumnos, que buscarían proyectar sus inquietudes culturales hacia otros ámbitos. Así, en sus aulas se formó la mayor parte de los miembros del grupo realizador de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*.

Un nuevo órgano de enseñanza secundaria surge en 1875: la Escuela Normal, cuya fundación constituye también "(...) todo un acontecimiento en la historia de la educación tucumana."⁵⁰ Dirigida en sus comienzos por el norteamericano Jorge W. Stearns y luego por Paul Groussac, de ella habrían de surgir, como señala Enrique Kreibohm, "(...) no solamente buenos maestros, tan reclamados por las necesidades educacionales del momento, sino inquietudes espirituales diversas que habrían de cristalizar en periódicos, asociaciones culturales (...)".⁵¹ En efecto, de esta escuela nacería el proyecto que da origen a la fundación de la Sociedad Sarmiento. Pero antes, en el mismo año en que se inaugura la Escuela Normal, surge la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Políticas, creada, por ley,

para servir de “(...) plantel a la Universidad Provincial que se fundará después en esta capital.”⁵² Ésta se basó en un principio en el plan y el cuerpo docente de los “Cursos de Derecho” del Colegio Nacional, pero, cuando comenzaba a dar sus frutos, hacia 1881, dejó de funcionar debido a dificultades financieras.⁵³ Como advierte Manuel Lizondo Borda, la creación de esta institución importa, “(...) más que todo como antecedente y anuncio de la (...) Universidad de Tucumán.”⁵⁴

De un grupo de alumnos y ex alumnos de la Escuela Normal, a los que se sumó luego un puñado de estudiantes provenientes del Colegio Nacional, surge la iniciativa de formar una sociedad literaria. Nace así el “Ateneo las Provincias”, que inmediatamente después pasaría a llamarse “Sociedad Sarmiento”. Creada con el afán de ofrecer respuestas a las inquietudes de los jóvenes tucumanos, la institución proponía “(...) fomentar el estudio de las ciencias y de las letras como todo aquello que signifique un adelanto moral e intelectual de la juventud.”⁵⁵ Pese a que sus fundadores le atribuyen un origen “humilde”,⁵⁶ desde el principio dio muestras de la seriedad de sus propósitos. En sus primeras sesiones quedó definido el reglamento de la asociación, que incluía rígidas normas de admisión de sus miembros, quienes debían presentar y defender un trabajo científico o literario para lograr el ingreso.⁵⁷ En este sentido, la Sociedad Sarmiento parece haber constituido el primer órgano preocupado por dotar de cierta formalidad a las relaciones intelectuales y al intercambio de ideas, que hasta el momento habían funcionado más bien de manera casual y espontánea. Para Kreibohm, principal historiador de la institución, de la que fue también miembro, la seriedad con la que se organiza este ateneo constituye su “nota fundamental”, puesto que no se trata ya de “(...) la charla como la del café o la de las peñas de la vereda de la farmacia Massini que recuerda Groussac, o en la trastienda de la botica de Beaufrere, cuyas tertulias alcanzarán nuestro siglo.”⁵⁸ En efecto, es posible pensar a la Sociedad Sarmiento como la primera institución que, fuera de la educación formal, promueve con seriedad y compromiso la organización de la vida intelectual tucumana.

Los primeros proyectos de la institución giraron en torno al establecimiento de concursos literarios, a la publicación de un periódico y a la formación de una biblioteca. Esta última cumpliría un papel central en el estímulo de la lectura y del estudio en la provincia. Si bien comienza siendo exclusiva de los socios, es declarada pública en 1884, y a partir de entonces irá incrementando su tamaño con donaciones personales y oficiales, hasta convertirse en la biblioteca más importante de Tucumán.⁵⁹ En cuanto a las publicaciones de la Sociedad Sarmiento, no es exagerado afirmar que éstas propiciaron el nacimiento del periodismo cultural en la provincia. Su órgano oficial, el semanario *El Porvenir* (1882-1883), que aparece a los pocos meses de fundada la institución, constituye la primera manifestación periodística centrada en la cultura.⁶⁰ Unos años después, nace *Tucumán Literario*, en sus dos versiones, semanario primero (1887-1888) y quincenario después (1888-1891 y 1893-1896). Para Manuel García Soriano, fue ésta última “la revista literaria más importante” aparecida en Tucumán durante el siglo XIX.⁶¹ Ambas publicaciones, realizadas por los miembros de la Sociedad Sarmiento y en cuyas páginas confluyeron los intereses literarios y los científicos, son destacadas por la crítica como las primeras y más importantes publicaciones culturales antes de la aparición de la *Revista de Letras y Ciencias*, que marcaría el momento de máximo esplendor en la historia de las revistas tucumanas. En palabras de Vicente Atilio Billone, “(...) el ímpetu de los jóvenes que en el decenio del ochenta permitió que naciera el periodismo literario se frenó al comenzar el noventa, pero su ejemplo será emulado por otra generación que, nucleada alrededor de un nuevo maestro, hará alcanzar a esa actividad un nivel extraordinario, con la aparición de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*.”⁶²

Pero además de dotar de prestigio al naciente periodismo literario tucumano, la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* buscó sumarse a la labor cultural impulsada por las distintas instituciones que actuaban en la provincia. En este sentido, su proyecto se unió especialmente al de la Sociedad Sarmiento, que por entonces parecía regir el desarrollo de la cultura tucumana.⁶³ Si bien la revista, a diferencia de *El Porvenir y Tucumán Literario*, no constituyó formalmente un órgano de la institución, coincidió con sus predecesoras en mantener lazos muy estrechos con ella. Sus fundadores fueron también miembros de la comisión directiva de la Sociedad: durante los años de publicación de la revista, Jaimes Freyre ocupó en ella distintos cargos, mientras que López Mañán y Terán llegaron a desempeñarse como presidentes.⁶⁴ Se advierte en este sentido que el mismo grupo de intelectuales que llevaba adelante la revista, era a la vez el que dirigía la Sociedad Sarmiento. Ello explica la evidente proximidad que existía entre ambas empresas, así como el hecho de que, en algunos casos, la publicación llegara a funcionar como una plataforma publicitaria de la institución y promoviera desde sus páginas gran parte de la labor de la Sociedad. Esta función se ve especialmente acentuada durante el período en que Terán ocupa la presidencia de su comisión directiva, a partir de 1906. En efecto, los últimos tomos de la revista recogen y comentan gran parte de las conferencias, cursos y actividades desarrollados en la Sociedad Sarmiento. La primera de las conferencias que se publica es, precisamente, la pronunciada por Terán al asumir como presidente, incluida en el número correspondiente al mes de julio de 1906. En ésta se destaca que

Tucumán necesita acentuar la acción de la inteligencia y del estudio para poner un rayo de luz limpio y tranquilo en la oscura agitación de su vida material (...)⁶⁵

La idea se convierte, como se verá en el capítulo siguiente, en un verdadero *leitmotiv* presente en gran parte de las intervenciones de Terán en la revista, que giran en torno a la necesidad de impulsar el estudio, la lectura y el desarrollo de la ciencia en el medio provincial. En este marco, el autor resalta la “noble función social” de la Sociedad Sarmiento, “la del pensamiento y del estudio”.⁶⁶

En otros números, se incluye un discurso en homenaje al aniversario de la Independencia, pronunciado en una velada organizada por la Sociedad,⁶⁷ se da a conocer un análisis de en Tucumán.⁷²

A partir de la implementación de los “cursos libres” en la Sociedad Sarmiento, hacia septiembre de 1906, la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* acentúa aún más su rol de difusora de la labor de la institución. Estos cursos estaban constituidos por una serie de lecciones abiertas al público, a cargo de distintos intelectuales del medio provincial. En un temprano cuarto número, de octubre de 1904, es posible encontrar la primera referencia a este proyecto, todavía no concretado:

La escasez de cultura general en las clases populares, indujo a algunos intelectuales, llenos de buena voluntad, a lanzar la idea de instituir entre nosotros cursos libres, a semejanza de las universidades populares que con tanto éxito se han ensayado en algunas naciones de Europa. En Tucumán, donde no hay institutos de enseñanza superior, el proyecto, aunque aceptado, (...) tropezaba desde luego con el más terrible enemigo de toda noble iniciativa: la indiferencia.⁷³

Se rescatan además la continuidad y sistematicidad de dichos cursos, que contrastan con las conferencias, calificadas de “ineficaces” porque “(...) una vez pasado el momento fugaz del deleite que producen, el olvido de sus argumentos es inevitable.”⁷⁴ Casi dos años después de este anuncio, Terán inaugura el dictado de los cursos en la institución, con un discurso publicado luego en la revista, donde destaca la “alta misión” la práctica de la lectura en Tucumán, cuyas conclusiones parten de los datos de la biblioteca de la

institución,⁶⁸ o se insertan escritos extraídos de su álbum.⁶⁹ En muchas ocasiones, los intereses de la revista y los de la institución coincidieron, especialmente en el seguimiento de algunas figuras intelectuales. Tal es el caso de Guillermo Ferrero, historiador italiano discípulo de Cesare Lombroso, cuya presencia llega a ser una constante en la publicación desde el primer número, y que es invitado por la Sociedad Sarmiento a visitar la provincia. En varias de sus entregas, la revista se encarga de traducir distintos capítulos de su más famosa obra, *Grandeza y decadencia de Roma*, publicada en cinco volúmenes, de 1901 a 1907, y que alcanzó una difusión mundial.⁷⁰ Del mismo modo, la visita de Ferrero a la Sociedad en agosto de 1907 es seguida y comentada en las páginas de la revista, que publica las palabras con las que Terán, como presidente de la institución, presenta al “historiador-filósofo” y a su obra,⁷¹ así como los comentarios de Jaimes Freyre acerca de la conferencia pronunciada por Ferrero que la Sociedad asumía con la realización del proyecto. El primer curso, sobre “Versificación castellana, su historia y sus leyes”, estuvo a cargo de Jaimes Freyre, director de la publicación; y se proyectaba continuar con “Conflictos sociales”, dictado por Ubaldo Benci e “Higiene y profilaxis social”, por Pedro J. García, quienes colaboraron también en la revista. Las palabras de apertura de Terán destacan el carácter libre y abierto con el que nacían los cursos, así como su “(...) sentido interesante y serio –no son un liceo, ni una universidad, ni una escuela libre– pero no son tampoco una improvisación ni una creación artificial.”⁷⁵ Según puede advertirse, los hombres que actuaban en “la Sarmiento”, como solían llamarla, se mostraban conscientes de la seriedad y el rigor con que llevaban adelante sus proyectos. En efecto, ellos no parecían ignorar la importancia del papel asumido por la Sociedad en su afán de institucionalizar la vida intelectual del Tucumán de los años previos al surgimiento de la universidad. La revista misma, además de ofrecer a sus lectores, en algunos casos, el contenido de las lecciones pronunciadas en el marco de los cursos libres,⁷⁶ consideró sobre todo conveniente promover y comentar en sus páginas el desenvolvimiento de dichos cursos, a los que valoró como una actividad fundacional en la organización de la cultura provincial. En su discurso de inauguración, Terán presenta a los cursos libres como uno de los factores sobre los que se asentaría la futura universidad. Sus palabras, recogidas por la publicación, anuncian formalmente el proyecto de creación de la alta casa de estudios, que él mismo fundaría más adelante:

Con esta forma rudimental de los cursos libres que han de complicarse en una organización y en un mayor desarrollo, con su biblioteca de 15.000 volúmenes que es fuerza amplificar sin demora, con el Instituto de Bacteriología creado ya, hermosa promesa de aplicaciones prácticas y de ensayos teóricos, y después con la del Museo de historia americana e historia natural regionales, la Escuela de Bellas Artes, también proyectada, quedan enumerados los elementos que han de federarse en la futura universidad de Tucumán.⁷⁷

En reiteradas ocasiones, Terán destaca los cursos libres como una instancia preparatoria para el surgimiento de la universidad,⁷⁸ a los que suma la labor de otras instituciones, entre ellas, el laboratorio de bacteriología. El proceso de creación de este instituto es también promocionado desde la revista. El encargado de llevar a cabo dicha tarea, por orden del gobierno provincial, es el médico Pedro J. García, cuyos escritos relacionados con el desarrollo del laboratorio encuentran su lugar en algunos números de la publicación.⁷⁹ Pero además de publicitar las instituciones existentes en la provincia, sobre las que se asentaría la universidad, la revista prestó atención al desenvolvimiento de otras universidades del país que fueran capaces de ofrecer modelos a la proyectada en la provincia. En este sentido puede interpretarse la inclusión de un comentario sobre el establecimiento de la Universidad de La Plata por Joaquín V. González –que había sido

profesor de Terán en Buenos Aires y que asiste como invitado al acto de inauguración de la casa de estudios tucumana– en el número correspondiente a diciembre de 1905. Para Terán, autor del comentario, se trata de

(...) una universidad esencial y genuinamente científica y moderna. (...) No está destinada a competir con las existentes: su espíritu es moderno en el sentido de experimental y práctico; su plan y sus especialidades diversas.⁸⁰

Al igual que la Universidad de Tucumán, que debía fundarse sobre la base de otras instituciones de la provincia, como anunciaría después Terán en el mencionado discurso con el que inaugura los cursos libres en 1906, la Universidad de La Plata también “(...) se formará sobre la amplia base de los institutos educacionales y científicos que allí existen, que viven y prosperan.”⁸¹

Así, todo lo relacionado con la planeada Universidad de Tucumán es seguido con atención en las sucesivas entregas de la publicación. En efecto, ya en el citado “Prospecto” con el que se abre el primer número en julio de 1904, se hace referencia al sueño de entonces de la universidad provincial. Conviene destacar en este punto la presencia de Terán en la revista, quien sería autor del proyecto de creación de la casa de estudios, así como de toda una generación de hombres denominada justamente por algunos autores como “generación de la universidad”,⁸² que lo secundó e hizo posible la realización de su idea. En este grupo figura la mayor parte de los intelectuales que impulsaron, desde la provincia, la publicación de la revista, como Jaimes Freyre, Miguel Lillo, Juan Heller, Alberto Rougés, entre otros, quienes formarían parte después del Consejo Fundador de la Universidad, que eligió por unanimidad a Terán como primer rector de la institución.⁸³

La *Revista de Letras y Ciencias Sociales* parece haber cumplido así fielmente con los propósitos de sus páginas inaugurales, orientados, como se anotó antes, a “(...) la asociación de todos los factores de cultura de que disponemos, formando con ellos un docto y amable centro propio de desenvolvimiento intelectual.” Ella formó parte de un proceso más amplio que buscó modernizar el perfil de la vida cultural provincial. En esta tarea, como se indicó, vio la conveniencia de vincularse a otras instituciones, especialmente a la Sociedad Sarmiento. Ambas impulsaron la creación de la universidad y prepararon el ambiente intelectual propicio para su surgimiento. Así, la Sociedad constituyó una valiosa biblioteca y organizó los cursos libres, entre otras tareas, mientras que las páginas de la publicación buscaron funcionar como verdaderos espacios de reflexión y de estudio. De ahí, quizás, la seriedad de su tono, poco frecuente en las revistas de la época, y el corte académico de muchos de sus escritos,⁸⁴ así como la inclusión sistemática de exposiciones de teorías, ideas, y doctrinas de distintos campos disciplinarios, en su afán de permanente actualización de sus lectores. De este modo, promocionó el estudio y la ciencia, para lo cual buscó ofrecer modelos y métodos a seguir, como se analizará en el capítulo 2. Y, además de la entrega mensual de cada número, su proyecto abarcó el desarrollo de otras tareas, ya mencionadas, que buscaron estimular las actividades culturales, como la organización de concursos literarios o la creación de una editorial. El conjunto de estos últimos signos permite conjeturar que estos años de organización institucional de la cultura tucumana expresan la emergencia de un *campo de producción cultural*, que por entonces comenzaba a brindar las primeras muestras de su voluntad de conformación. Como se sabe, esta categoría pertenece a Pierre Bourdieu, quien afirma que

(...) la noción de campo de producción cultural (que se especifica en campo artístico, campo literario, campo científico, etc.) permite romper con las vagas referencias al mundo social (a través de palabras tales como “contexto”, “medio”, “trasfondo social”, *social background*) con las cuales se contenta ordinariamente la historia social del arte y de la literatura. El campo de producción cultural es ese mundo

social absolutamente concreto que evocaba la vieja noción de república de las letras.⁸⁵

Desde esta perspectiva, podría pensarse que en el espacio periférico de la provincia buscaba gestarse un campo de producción cultural alternativo al del centro del país, si bien no desvinculado de éste. En este sentido puede interpretarse el afán de formar “un centro propio de desenvolvimiento intelectual”. Sin embargo, y como se verá más adelante, se trata de un campo que, en vistas a su propia constitución, mira constantemente a otros campos del país y sobre todo de Europa –que funcionan como un horizonte de paradigmas–, y que realiza diversas “operaciones de traducción”, en el sentido en que emplean esta expresión Altamirano y Sarlo en su reflexión sobre la aplicación de la noción de campo en sociedades periféricas.⁸⁶

El afán de fundar un campo de cultura propio parece haber constituido una de las notas centrales del proyecto modernizador provincial. En este sentido, es posible afirmar que la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* no sólo comentó y fue testigo de ese proceso, sino que ella misma cumplió un papel destacado en su interior. La consideración de ese rol, que constituyó una de las direcciones explícitamente asumidas por la publicación, ilumina toda una vertiente del ambicioso proyecto que la revista y sus realizadores ansiaron desplegar.

1.3. Los fundadores: origen de un grupo

Consideradas las relaciones externas que la publicación mantuvo con otras instituciones en el marco del proceso de modernización cultural de Tucumán, resulta necesario analizar la organización interna del grupo realizador. En efecto, la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* articuló una práctica de grupo y constituyó el vehículo de manifestación pública y colectiva del proyecto de una formación cultural. Para Williams, tales asociaciones expresan, en el siglo XX, “un estilo particular” o “una posición cultural general”, mediante “artificios tales como la exposición colectiva o manifestaciones públicas similares”. Las formaciones “modernas” con frecuencia no implican, para el autor, una verdadera afiliación, sino que representan “una forma más laxa de asociación, esencialmente definida por la teoría y la práctica compartidas”, y cuyas “relaciones sociales inmediatas con frecuencia no se distinguen fácilmente de las de un grupo de amigos que comparten intereses comunes”.⁸⁷

Ahora bien, ¿cuál fue el grupo realizador de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*?, ¿quiénes los intelectuales que lo constituyeron y qué roles desplegaron en la realización del proyecto? La publicación configura un “nosotros”, detrás del cual se adivina la presencia de sus tres fundadores –Jaimes Freyre, Terán y López Mañán–, así como la de un elenco de intelectuales de Tucumán que colaboró estrechamente con ellos y fue también responsable de llevar adelante la empresa, como se verá en el siguiente apartado. Esta sección, en cambio, se interroga especialmente por el grupo fundador de la revista, por las circunstancias que favorecieron la unión del laureado poeta de origen boliviano con los jóvenes abogados tucumanos, así como por la naturaleza de las relaciones que ellos sostuvieron.

Ricardo Jaimes Freyre (1868-1933), de paso por Tucumán en 1901, terminó por establecerse en la provincia durante veinte años.⁸⁸ La itinerancia no constituía una novedad para este escritor considerado como un integrante significativo de la segunda generación de autores del modernismo literario hispanoamericano, que vivió en Lima, en Tacna, en La Paz, en Sucre, en Buenos Aires, y que pasó algunas temporadas desempeñando funciones diplomáticas en Chile, Estados Unidos y Brasil. En efecto, su figura responde, como

advierte Ángel Rama, a la del *inmigrante intelectual*, expresión forjada por el autor para dar cuenta de una categoría nueva de inmigrantes –distinguibles del grueso de la población de ese origen, aunque tampoco asimilables al reducido grupo de las familias de la oligarquía– que buscaron centros intelectuales cosmopolitas donde pudieran desplegar con mayor plenitud sus vocaciones literarias.⁸⁹ Buenos Aires se convirtió en el principal destino de muchos escritores de esta etapa. En palabras de Rama, esta ciudad “ya era la capital del cono sur y ofrecía mejores oportunidades de trabajo en el periodismo, en el teatro, aun en la educación, que sus propios países nativos”.⁹⁰ Durante su estadía en Buenos Aires, Jaimes Freyre desarrolló una intensa actividad intelectual: publicó el poemario *Castalia bárbara*, que cimentó su prestigio literario; fundó junto a Rubén Darío la *Revista de América*, importante órgano del movimiento de renovación de la poesía hispanoamericana, a pesar de su breve vida; y cultivó una estrecha amistad con Darío y Lugones. Desde la perspectiva de Carilla, esta etapa significó para Jaimes Freyre su consagración como poeta modernista.⁹¹

Ya consagrado, llegó a Tucumán con el inicio del siglo. Como Paul Groussac, o como Amadeo Jacques, fue uno de los “peregrinos”⁹² que se asentaron en la provincia. Quienes lo conocieron, evocan su silueta señorial de “capa y mostachos” paseando por las calles de la ciudad incipiente, e ignorando, tal vez, el brillo que su figura irradiaba luego de su sonada amistad con Darío y de los aclamados poemas de su *Castalia Bárbara*. Juan B. Terán recuerda que:

(...) bastaba ver su silueta aristocrática y enjuta y su porte grave, su ademán gentil y altivo de hidalgo, cruzando, en las tardes, las calles solitarias o la Plaza de Tucumán. Era un cuadro a lo Velázquez éste en cuyo primer plano estaba el caballero, de traje negro, de tez moruna, sombrero de una ala alzada, en segundo plano el verde profundo de los naranjos, burilados, como el caballero, por la luz deslumbrante de la lenta tarde tropical.⁹³

Pero no es sólo Terán quien construye una imagen romántica del poeta. Para Serafín Pazzi “(...) su silueta de caballero medieval era familiar en la ciudad provinciana. Este carácter se acentuaba durante el invierno, pues usaba una capa española que servía, sin duda, a su fantasía, para trasladarlo a esa edad tan grata a su espíritu y que aparece constantemente en sus poesías”.⁹⁴

Algunos interpretan su estadía en “el rincón provincial” como una renuncia, propia de la modestia de su carácter;⁹⁵ otros señalan que fue Tucumán el ámbito propicio para su madurez intelectual y el descubrimiento de nuevas facetas en su obra.⁹⁶ El mismo Jaimes Freyre parece vacilar en este punto. Por momentos declara aburrirse de la vida provinciana,⁹⁷ pero una vez alejado de ella confiesa: “Nunca fui más feliz que en Tucumán”.⁹⁸ Lo cierto es que rápidamente comenzaron en la provincia sus actividades intelectuales. En este sentido, su “tarjeta de presentación” fue precisamente una conferencia en la Sociedad Sarmiento –de la que pasó a ser luego, según se indicó, un miembro activo– sobre el poeta brasileño simbolista Juan de Cruz e Souza, uno de los representantes más influyentes del movimiento de renovación de la poesía brasileña, movimiento “menos súbito y menos revolucionario” que el modernismo literario hispanoamericano, según advierte Pedro Henríquez Ureña.⁹⁹ Al poco tiempo, comenzó su labor docente en el Colegio Nacional,¹⁰⁰ que se prolongó durante toda su estadía en la provincia y que parece haber significado su sustento material y el de su familia durante ese período. Jaimes Freyre es recordado como un gran maestro; la admiración que suscitó en sus alumnos fue tal, que “(...) del Colegio Nacional salían innumerables jóvenes escribiendo versos, amando las letras, y amando un maestro”.¹⁰¹

Enseñaba el poeta con una sinceridad apasionada; de allí la fascinación y el encantamiento que producía. Su prodigiosa memoria le permitió dar siempre a su

enseñanza una elevada categoría. Cuando recitaba era imposible sustraerse al sortilegio. Muchas veces la campana del Colegio Nacional llamaba inútilmente a los alumnos al recreo. Éstos continuaban pendientes de la magia del maestro, que debía interrumpirse cuando el profesor de la clase siguiente se presentaba en la puerta del aula reclamando la entrega del alumnado, que así tenía la sensación de pasar de la gloria al suplicio.¹⁰²

La “magia del maestro”, y especialmente el brillo del poeta, no demoraron en atraer a gran parte de la joven intelectualidad de la provincia. En efecto, Jaimes Freyre desempeñó un rol axial en el desenvolvimiento cultural de la provincia, y operó, a la vez, como una figura tutelar y un modelo para los jóvenes. Billone afirma que Jaimes Freyre fue en Tucumán “(...) por muchos años la figura central de las actividades culturales, a la par que extraordinario inductor de entusiasmos literarios”.¹⁰³

Juan B. Terán (1880-1938) y Julio López Mañán (1878-1922) fueron algunos de los jóvenes entusiastas que no resistieron la seducción de su imagen y que desde un principio rodearon al poeta. “Bien pronto –dice Carilla– aquel entusiasmo iba a cuajar, como no podía ser menos, en una revista. Fue la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*”.¹⁰⁴ Terán y López Mañán trazaron en un comienzo una trayectoria similar. Pertenecientes a familias de la elite tucumana, emparentadas entre sí –Terán era sobrino de López Mañán–,¹⁰⁵ ambos egresaron del Colegio Nacional¹⁰⁶ y se vincularon tempranamente al prestigioso círculo de la Sociedad Sarmiento. Al respecto, señala Kreibohm que hacia 1900, “(...) estaba ya actuando el doctor Juan B. Terán, que según sus propias manifestaciones, en el '95, a los quince años de edad, era admitido como socio en la Sarmiento, previa aceptación de un trabajo (...) que mereció el elogio unánime de los miembros”.¹⁰⁷ En cuanto a López Mañán, éste ya figura como uno de los oradores en la velada de homenaje al Perú realizado en la Sociedad Sarmiento en julio de 1900.¹⁰⁸ Ambos partieron a Buenos Aires a estudiar abogacía. Ya doctores, y luego de completar sus carreras, rodeadas de temprano prestigio, regresaron a la provincia en los primeros años del nuevo siglo.¹⁰⁹ En Tucumán, trabajaron en su profesión, asumieron diversos cargos públicos¹¹⁰ y enseñaron en el Colegio Nacional de su adolescencia,¹¹¹ sin dejar de lado la labor cultural en la Sociedad Sarmiento y la actividad periodística.¹¹² En el ámbito de las dos instituciones mencionadas se forjaron las principales vinculaciones formales entre los tres fundadores de la revista. En julio de 1903, Jaimes Freyre, Terán y López Mañán fueron propuestos para un trabajo conjunto en el Colegio Nacional: la realización de un “bosquejo histórico” de dicho colegio, a partir del año 1865. Al parecer, esta tarea no llegó a concretarse. Sin embargo, el dato es relevante en tanto significa, quizás, el primer proyecto que involucra a los tres, antes de la fundación de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*. Las razones por las que el entonces rector del Colegio Nacional, Sixto Terán, proponía a estos hombres, descansaban en “su preparación y excelentes dotes intelectuales”.¹¹³

Pero además de las cátedras compartidas y de las reuniones en la Sociedad Sarmiento, entre los tres se forjó una sólida y duradera amistad, cultivada en encuentros más íntimos e informales, como las “tertulias” en casa de Terán, que presidía el anfitrión junto a Jaimes Freyre.¹¹⁴ Acaso la idea de realizar la revista haya florecido casi de manera casual en alguna de estas prolongadas charlas vespertinas que los convocaban, o en alguna velada de “la Sarmiento”, cuyo *Tucumán Literario* había dejado de publicarse varios años antes; o, quizás, los relatos de Jaimes Freyre sobre la experiencia fugaz pero brillante de la *Revista de América* junto a Darío, haya encendido en los jóvenes tucumanos el deseo de emular el ejemplo.

De todas maneras, se advierte que el grupo constituido por Jaimes Freyre, Terán y López Mañán parece haber funcionado como tal antes de la aparición de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*. Del mismo modo, su labor continuó luego de que ésta

desapareciera, especialmente en lo que atañe a la fundación de la universidad. Pero acaso fue la revista el primer vehículo de manifestación colectiva del mencionado proyecto de modernización cultural de la provincia propiciado por este grupo junto a otros intelectuales de Tucumán. En los siguientes apartados de este capítulo se examinarán específicamente los rasgos del grupo que los tres fundadores constituyeron.

Es posible seguir en la lectura de los siete tomos de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* las distintas direcciones abiertas por cada uno de sus fundadores, así como los roles diversos que cada miembro asumió en la realización del proyecto. Así, podría decirse que Jaimes Freyre es el principal encargado de la literatura en la publicación. Tal como se verá en el capítulo 3, éste incluye en distintos números avances de sus obras en preparación – una novela histórica y un libro de viajes–, además de algunos cuentos y unos pocos poemas. El director colabora también como crítico y teórico de la literatura: da a conocer ensayos y estudios literarios, publica numerosos comentarios de libros y revistas en las secciones bibliográficas, y escribe artículos sobre las novedades culturales europeas. Por último, en su rol de director, fue él quien asumió especialmente la responsabilidad de conseguir las colaboraciones externas de la revista.

De los tres fundadores, es Juan B. Terán quien más escribe en la publicación. A diferencia de Jaimes Freyre, que en algunos números no incluye colaboraciones de su autoría,¹¹⁵ en todas las entregas es posible leer algún escrito de Terán, firmado con su nombre, sus diversos seudónimos o las respectivas iniciales.¹¹⁶ Publicó numerosos estudios y ensayos sociológicos y jurídicos, fue uno de los principales responsables de la sección “Jurisprudencia” y de las secciones bibliográficas, y anotó y comentó diversos documentos históricos publicados en la revista, como se verá en el segundo capítulo, además de incluir sus conferencias pronunciadas en la Sociedad Sarmiento, ya mencionadas, y algunos breves comentarios sobre la actualidad provincial.¹¹⁷ Por otro lado, el joven redactor parece haber sido el encargado de introducir la polémica en la publicación, que inaugura con la crítica, antes aludida, a un libro de Leopoldo Lugones y continúa con un prolongado intercambio de ideas con Miguel de Unamuno.¹¹⁸

En un comienzo, Julio López Mañán escribe, al igual que Terán, en casi en todos los números. Si bien publicó algunos cuentos, a los que se hará referencia en el tercer capítulo, sus colaboraciones giraron sobre todo en torno a la historia provincial y nacional. Él parece haber sido el principal encargado de seleccionar, anotar y comentar diversos documentos históricos inéditos, que la revista incluyó de modo sistemático, como se analizará en el capítulo siguiente. Sin embargo, a partir del número 19, de abril de 1906, deja, abruptamente, de escribir en la revista. Su ausencia desde entonces se explica acaso por su asunción como ministro de gobierno de la gestión de Luis F. Nogués, efectuada precisamente el 2 de abril del mismo año. No obstante, López Mañán continúa figurando en las tapas de los números como fundador y como redactor hasta la última entrega. Este hecho podría interpretarse como un gesto de lealtad de Jaimes Freyre y de Terán hacia el amigo con el que habían gestado el proyecto. A partir de su alejamiento, Terán comienza gradualmente a ocupar su lugar y a encargarse de la selección y anotación del material histórico. Así, continúa Terán la publicación sistemática de la serie “Actas capitulares”, informes inéditos del Cabildo de Tucumán, que comenzó como un proyecto de López Mañán, según se demuestra en el capítulo 2. En efecto, a medida que la presencia de éste se va opacando en la revista, la de Terán cobra cada vez más fuerza. No resulta extraño entonces que Kreibohm destaque a Terán como “co-director de una gran revista”,¹¹⁹ a pesar de que éste nunca fuera en realidad designado formalmente como tal, sino que, al igual que López Mañán, figuró siempre como redactor de la publicación. Sólo en una ocasión, y quizás debido a la ausencia de Jaimes Freyre, asume la dirección interina de una entrega.¹²⁰ En

este sentido, si bien, en apariencia la revista mantiene el mismo *staff*, sin variación alguna durante los años de su publicación, los matices señalados permiten adivinar ciertos cambios. De todos modos, no puede decirse que la figura de López Mañán se vea completamente ausente y desvinculada del proyecto desde que comienza su carrera política. Por el contrario, si bien ya no escribe para la revista, su labor como ministro es reseñada en algunos números a partir del comentario de los proyectos que impulsó desde el gobierno.¹²¹

Las distintas líneas abiertas por cada uno de los fundadores contribuyeron a definir el perfil de la publicación, que se ve notablemente enriquecida por el encuentro de los intereses de sus fundadores, así como por la confluencia de los diversos lugares hacia los que dirigen su mirada. Del mismo modo en que estos hombres definieron en gran medida la amplitud y el valor de la revista, la publicación forjó para ellos límites más amplios. Así, la naturaleza de la empresa permitió el diálogo con diversos escritores e intelectuales de América y de Europa y contribuyó también al lanzamiento de la carrera intelectual de los jóvenes tucumanos. En efecto, la participación de Terán y de López Mañán en la revista favoreció la difusión de sus nombres más allá de los límites provinciales y nacionales. Por otro lado, gran parte de los trabajos que ellos publicaron en sus páginas transitaron luego el camino del libro. Sus primeras obras, *Estudios y notas* de Terán y *Tucumán antiguo* de López Mañán, recogen gran parte de sus escritos aparecidos en la publicación. Este último afirma en la introducción de su primer libro:

Encierra el presente volumen trabajos que vieron la luz en Tucumán, hace más de dos lustros, en las páginas de una revista que fue depositaria de nuestros ensayos de juventud.¹²²

Para Sarlo “(...) todo aquello que fue nuevo, que fue experimental, que pasó por el banco de prueba, por el laboratorio y se sostuvo, lo encontramos en los libros, pasó a los libros”.¹²³ En este sentido, la publicación parece haber funcionado como lo que Sarlo denomina “banco de pruebas” o “laboratorio ideológico, estético y de escritura”, que creó el ámbito apropiado para el desarrollo de las primeras armas intelectuales de sus miembros. El caso de Jaimes Freyre parece diferente, en tanto se trata de un poeta ya maduro y que cuenta con una obra reconocida al momento de iniciar la revista. De todas maneras, sus páginas también parecen haber funcionado para él como un banco de pruebas. Así, sus *Leyes de la versificación castellana* aparecieron fragmentariamente en la publicación mucho antes de que adquirieran el cuerpo de libro, como se verá más adelante.

Jaimes Freyre, Terán y López Mañán supieron imprimir en la revista su sello personal, y, sobre todo, el sello de un grupo. Con el tiempo, otras obligaciones fueron reclamando la presencia de estos hombres. Jaimes Freyre lamenta este hecho en una carta signada por la nostalgia que envía a López Mañán, su “amigo de los buenos tiempos”:

Recibí con sumo placer su afectuosa carta. Ciertamente, empezaba a ser demasiado largo nuestro silencio, y yo no cesaba de protestar contra él en mi fuero interno. Noticias tuyas llegábanme de cuando en cuando, por Juan y por los diarios (...)
Ha soplado un viento que nos dispersa. A usted lo veo en apariciones rápidas, desde hace cinco años. José Ignacio viaja por el otro mundo (su última tarjeta es de Venecia), Juan se ha convertido en el oso de las cavernas, no se le ve jamás. Sólo yo sigo inmóvil, llevo la misma vida (...)
Y siempre que tenga Ud. un cuarto de hora disponible, dedíquelo a escribirme unas líneas. Me probarán que no me olvida el amigo queridísimo (...) de los buenos tiempos.¹²⁴

En palabras de Noé Jitrik, “(...) una de las cosas más interesantes que queda después de la experiencia de la revista es el grupo que se ha formado, en la experiencia que se ha hecho, en la amistad que se ha forjado.”¹²⁵ En el caso de la *Revista de Letras y Ciencias*

Sociales, cuyas “hojas acusan el paso del tiempo”, como dijera Billone,¹²⁶ fue, quizás, el presente de la publicación el momento en que los lazos de amistad sostenidos por sus realizadores hayan podido desplegarse con mayor plenitud. Durante sus más de tres años de vida, la revista operó como un espacio privilegiado para el encuentro diario, para la conversación frecuente. “¡Bien lejos están aquellas tenidas diarias de la hospitalaria redacción de la revista!”, evoca Jaimes Freyre en la misma carta de 1912. Y es que acaso haya sido el “placer del colectivo”¹²⁷ una de las razones de ser de la publicación.

1.4. El grupo realizador: los colaboradores de Tucumán

Al grupo constituido por Jaimes Freyre, Terán y López Mañán se sumaron paulatina pero tempranamente otros intelectuales que, desde lugares diversos y con diferentes grados de vinculación con el proyecto, colaboraron con la realización de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*. A diferencia de los fundadores, que aparece como un grupo fijo y relativamente estable cuyos roles son definidos y claramente identificados en las tapas de las sucesivas entregas, el cuerpo de colaboradores presenta un perfil laxo, que en ningún momento llega a figurar formalmente como parte del *staff* de la revista y queda fuera de su “armadura institucional”,¹²⁸ esto es, de la organización colegiada que articula los nombres de los tres fundadores. Tan sólo en esporádicas notas se hace referencia a algún “ilustre colaborador de nuestra revista”, pero sin sistematicidad alguna. Sin embargo, es innegable la importancia de estas otras figuras sin las cuales ninguna publicación cultural parece ser capaz de subsistir.

La empresa contó con un amplio cuerpo de colaboradores, en el que pueden distinguirse diversas franjas, como, además de los intelectuales de la provincia, los numerosos poetas modernistas que desde distintos puntos de América articulan su aporte al proyecto con el envío de sus escritos inéditos: Rubén Darío, José Santos Chocano, José Juan Tablada, Amado Nervo, Leopoldo Díaz, Eugenio Díaz Romero, entre otros. A estos grupos habría que añadir una lista de nombres con los que la publicación dialoga con frecuencia, como el español Miguel de Unamuno, el historiador italiano Guillermo Ferrero, ya mencionados, el escritor chileno Baldomero Lillo, o “Brocha Gorda”, seudónimo del padre del director de la publicación, Julio Lucas Jaimes, asiduo colaborador de la revista desde Buenos Aires. Cada una de estas franjas y figuras individuales abrió nuevos horizontes ideológicos y estéticos en la publicación, a la vez que contribuyó a ampliar y definir su proyecto cultural. Sin embargo, no todos los colaboradores pueden ser considerados como miembros del grupo realizador de la empresa. En este sentido, se intentará mostrar que fueron los intelectuales de Tucumán quienes compartieron con los tres fundadores la responsabilidad de llevar adelante el proyecto, y quienes, junto a Jaimes Freyre, Terán y López Mañán, integraron la formación cultural que animó la realización de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*.¹²⁹

Los colaboradores de Tucumán fueron reclutados entre el círculo de familiares, amigos, y colegas de los fundadores de la publicación. Por su asidua aparición en las páginas de la revista se destacan Alberto Rougés, amigo íntimo de Terán y de López Mañán y primo hermano de este último, de profesión abogado pero que sería recordado sobre todo por su importante obra filosófica que le reserva un lugar destacado en la historia de la filosofía argentina; Germán García Hamilton, periodista y poeta de origen uruguayo asentado en Tucumán, que se sumó con presteza a su vida intelectual; Juan Heller, también abogado, Ubaldo Benci y Abraham Maciel, entre otros. Se trata de un grupo de figuras estrechamente vinculado a la Sociedad Sarmiento y al Colegio Nacional, y que se encargaría de fundar la Universidad de Tucumán.¹³⁰ En la Sociedad Sarmiento, actuaron como activos socios, como conferencistas y como miembros de su comisión directiva. Benci y

Heller, por ejemplo, llegarían a desempeñarse como presidentes de la institución en los períodos 1910-1911 y 1912-1913 respectivamente.¹³¹ Del mismo modo, algunos de ellos, al igual que Terán y López Mañán, se formaron en el Colegio Nacional y, con el tiempo, compartieron las cátedras de dicho colegio con los tres fundadores de la revista.¹³² Rougés y Heller formaron parte también del proyecto de creación de la universidad y fueron elegidos como miembros del Consejo Fundador de la casa de estudios, presidido por Terán.¹³³ En suma, estos hombres actuaron en los principales escenarios de la vida intelectual provincial de comienzos del siglo XX. La publicación funcionó, en este sentido, como un nuevo espacio que favoreció el nucleamiento de este grupo de promotores de la cultura en Tucumán.

En la revista, ellos colaboraron con algunos ensayos y discursos extensos, pero sobre todo con breves reseñas y comentarios en las secciones bibliográficas y de actualidad. En las primeras entregas, estas secciones se ven íntegramente realizadas por los tres fundadores, pero a partir del sexto número, Jaimes Freyre, Terán y López Mañán comienzan a compartir la responsabilidad de su autoría con algunos de sus pares tucumanos. La participación de estos últimos en secciones de este tipo, que por lo general son firmadas con iniciales y que atañen sobre todo a la redacción de la revista –en tanto forman parte de una labor “interna” de la publicación–, podrían pensarse como síntomas de una estrecha vinculación con el proyecto. Mención especial merece en este punto García Hamilton, quizás el más frecuente colaborador de la revista desde la provincia. Es el único, entre los colaboradores de Tucumán, que se dedica sobre todo a la literatura. Otros autores ligados a la provincia, como Ricardo Rojas y Mario Bravo, envían también sus escritos literarios desde Buenos Aires, pero con muy poca frecuencia. García Hamilton, en cambio, publica varios poemas, algunos ensayos y diversos comentarios de libros. Y, por otro lado, sus iniciales figuran también en las secciones bibliográficas y de actualidad. García Hamilton es, precisamente, el responsable de la primera reseña bibliográfica que aparece firmada por un autor ajeno al grupo fundador. La nota comienza con una digresión relacionada con la dificultad de efectuar la tarea solicitada:

Nada más difícil que condensar en una página un juicio crítico sobre un tomo de poesías.

Si estas (*sz*) nos agradaron, desearíamos hacer resaltar una a una las bellezas que encierran, transcribir las mejores estrofas, dedicar, en fin, un verso a cada verso y un poema a cada poema; si –lo que es triste– encontramos la obra mala, la censura no exige menos espacio que el elogio.

La censura, hemos dicho, y quisiéramos hacer constar que, en nosotros, ésta se manifiesta generalmente por medio del silencio. El simple hecho, pues, de aceptar el honroso encargo de escribir esta “nota” ya implica un aplauso al libro que la motiva.¹³⁴

De esta manera, el mismo García Hamilton se presenta en la revista como un colaborador al que le fue propuesta, por parte de alguno de los fundadores seguramente, la redacción de la reseña. Sus palabras permiten inferir además el hecho de que el reducido *staff* realizador comienza a advertir la necesidad de delegar algunas tareas. Así, poco a poco las secciones “Revista de revistas” o “Libros”, por ejemplo, que en los primeros cinco números aparecen como una responsabilidad exclusiva de los fundadores, comienzan ser firmadas, con sus respectivas iniciales, por colaboradores, como, además de García Hamilton, Maciel, Rougés y Heller.

Otros intelectuales que se suman a la empresa desde la provincia son el médico Pedro J. García, el sabio naturalista Miguel Lillo –quien, junto a Carlos Díaz, se encarga específicamente de artículos, reseñas y comentarios vinculados a las ciencias naturales–, y el artista italiano radicado en la provincia Santiago Falcucci, que publica unos pocos escritos relacionados con su especialidad. Sin embargo, las artes plásticas y las ciencias

naturales no parecen figurar entre las principales preocupaciones de la publicación, que se orientó sobre todo a la literatura, la historia, el derecho y la sociología. La presencia de Lillo se debe acaso a los lazos estrechos que lo vincularon a los fundadores de la empresa y a algunos de sus principales colaboradores, con los que compartió también el proyecto de creación de la universidad y la docencia en el Colegio Nacional. El científico comienza su primera colaboración justificando su participación en la revista:

Sólo por tratarse de nuestra provincia nos atrevemos a dar a conocer en esta revista, un artículo aparecido en la publicación (...) que trata de un tópico del que aquí casi nadie se ocupa: de ornitología. (...) No entraremos a dar a conocer los nombres de las especies nuevas encontradas (...), pues interesará muy poco a nuestros lectores; los especialistas pueden consultar el número de la revista a que nos referimos.¹³⁵

Tal vez el poco interés de los lectores al que se refiere Lillo no haya sido en verdad tal, porque en números posteriores, continúa con su tarea de difusión de las novedades del estudio del mundo natural.¹³⁶ Y, en una ocasión, a Lillo le es encargada además la redacción de una nota crítica sobre una revista científica.¹³⁷ Su presencia, secundada por la de Díaz, inaugura una nueva esfera de interés en el proyecto de la revista.

Por otra parte, la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* contó también con su propio equipo de traductores. En un comienzo, Terán y algunos colaboradores como Benci y, sobre todo, Rougés, asumieron la responsabilidad de traducir las colaboraciones escritas en lenguas extranjeras. Avanzada la entrega, Pola Terán –hermana de Juan Benjamín, y luego esposa de Marcos Rougés, hermano de Alberto– se encarga de algunas traducciones del italiano y del francés; y Mauricio Foy se convierte en el responsable de la traducción de la serie de “cuentos exóticos” que comienza a publicarse sistemáticamente a partir del número 21.¹³⁸ A diferencia de Benci y de Rougés, que aparecen como colaboradores que ocasionalmente se encargan de alguna tarea de traducción, Pola Terán y Mauricio Foy ingresan a la empresa específicamente como traductores, a pesar de que luego se hacen cargo además de algunas reseñas en las secciones bibliográficas.¹³⁹ Al final de todas las traducciones se consigna el nombre de los autores, así como el hecho de que su tarea haya sido realizada expresamente para la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*.¹⁴⁰ La existencia de colaboradores específicamente abocados a la traducción da cuenta de la importancia otorgada a este tipo de operación. En efecto, la traducción puede interpretarse como una significativa vertiente del proyecto modernizador que se buscó implementar en la provincia, y que se vincula estrechamente con el internacionalismo que define, para autores como Rama, la cultura latinoamericana de la modernización, como se verá en el siguiente apartado.

Otro aspecto del que se hicieron cargo los colaboradores de la provincia fue de la sección “Jurisprudencia”, responsabilidad que compartían con Terán, como se indicó antes. Esta sección, que se publicó en casi todos los números de la entrega, parece haber sido ideada por “Compiler” –seudónimo que probablemente oculte la figura de algún abogado de Tucumán vinculado al grupo–, que en la primera entrega fundamenta la inclusión de transcripciones y comentarios de casos jurídicos en la revista:

Sin pretender remover legajos que encierran la vida jurídica del pueblo, y no encuadrando en los fines de esta Revista el catalogar su jurisprudencia, procuraremos llenar en parte la falta de publicaciones al respecto, ocupándonos permanentemente de los casos más novedosos e interesantes que se produzcan y haciendo crítica, si fuere conveniente para contribuir a dilucidar las cuestiones legales que se susciten, sean de orden público o de orden privado.

No pasaremos adelante sin hacernos eco de la necesidad, que cada día apremia más a nuestro foro, de una publicación metódica y completa de la jurisprudencia del Superior Tribunal de Justicia.¹⁴¹

“Compiler” colabora asiduamente en los números iniciales, pero desaparece pronto. Sin embargo, su paso por la revista deja importantes huellas en la medida en que establece una sección que continuará hasta el final de la entrega.¹⁴² Otro colaborador frecuente de esta sección se esconde bajo la letra inicial “G”; y, en reiteradas ocasiones, las páginas de jurisprudencia no llevan firma. La preocupación por los diversos aspectos del mundo del derecho no resulta extraña en una revista realizada desde la provincia por un grupo integrado mayoritariamente por abogados, lo que, por otra parte, define el modo de intervención intelectual de gran parte de los miembros de la formación cultural, como se verá en el siguiente apartado. Si bien la amplitud de sus intereses supera en gran medida los específicos de su profesión, una de las vertientes del amplio proyecto de la revista parece haberse centrado en brindar medios, ideas y propuestas para el mejoramiento de las prácticas judiciales en la provincia, en un intento por llenar los vacíos advertidos al respecto.

En general, todos los colaboradores de Tucumán hasta ahora mencionados, aunque aparecen con bastante frecuencia en las páginas de la revista, no se hacen cargo de los artículos y las secciones centrales, sino que se ocupan más bien de las zonas de la publicación a primera vista “menores” –acaso por su carácter marcadamente coyuntural–, destinadas a comentarios de novedades de distintos ámbitos, así como a críticas de libros y de revistas. En este sentido, esta franja de colaboradores parece conformar el personal “técnico” de la empresa, constituido principalmente por traductores y comentaristas. Sólo los miembros de Tucumán colaboran en secciones de este tipo; sin embargo, según se indicó, en ningún momento éstos llegan a figurar formalmente como miembros de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*. Parecen ser tratados, más bien, de un modo familiar, que intenta evitar innecesarias presentaciones y permitir su ingreso a la “cocina” de la publicación. Esto no significa que les haya sido totalmente negada la posibilidad de figurar en las zonas centrales de la revista. Si bien éstas se ven ocupadas con frecuencia por los escritos de los fundadores y sobre todo por prestigiosas firmas del extranjero, dos discursos de Heller y un extenso estudio de Maciel sobre la lengua española llegan a ocupar ocasionalmente las primeras páginas de algunos números, por ejemplo.¹⁴³

Por otro lado, en determinadas entregas, otros intelectuales de Tucumán, que no parecen formar parte de este grupo de colaboradores frecuentes, cobran cierto protagonismo a raíz del lugar destacado que la revista otorga a sus intervenciones en torno a dos acontecimientos vividos en la provincia durante los años que duró la entrega: la epidemia de tuberculosis de 1904 y la reforma de la Constitución provincial en 1907. Así, se gesta en los números iniciales de la revista una relativamente encendida polémica entre José Luis Aráoz, M. I. Esteves, Benigno Vallejo –presidente del Departamento de Higiene de la provincia– y Paulino Rodríguez Marquina –Director de Estadística–, en torno a los alcances de la epidemia de tuberculosis en Tucumán.¹⁴⁴ Y, en los últimos números, se reserva un espacio importante a los discursos y análisis de algunos de los encargados de reformar la Constitución de la provincia. La reforma, dispuesta en marzo de 1906 y sancionada en junio de 1907, se centró sobre todo en la remoción del Colegio Electoral Permanente establecido en 1884. Páez de la Torre (h) destaca como convencionales notables por la calidad de sus intervenciones a Rougés y a Terán.¹⁴⁵ No obstante, la revista no recoge sus propuestas ni hace referencia alguna a su participación en el proceso, sino que publica los discursos pronunciados por otros constituyentes, como José Ignacio Aráoz, Servando Viaña y Pedro Alurralde, que no habían aparecido antes como colaboradores asiduos.¹⁴⁶ Tal vez deba

interpretarse esta ausencia como un gesto de delicadeza por parte de los realizadores de la empresa, que parecen querer evitar convertir las páginas de la publicación en plataforma publicitaria de su propia labor, al menos en lo concerniente a la reforma constitucional. Sin embargo, es destacable en este punto la presencia de José Ignacio Aráoz, cuyas ideas reformistas en torno a algunos aspectos parecen haber sido compartidas por Terán, como indica Elena Perilli de Colombres Garmendia.¹⁴⁷ Por otra parte, si bien Aráoz no escribe con frecuencia en la publicación –sólo puede leerse, además de sus discursos sobre la reforma, un breve artículo firmado con sus iniciales en el número 15–,¹⁴⁸ se ve vinculado de modo estrecho a los fundadores de la revista, no sólo por lazos de amistad, sino también por su pertenencia a un proyecto cultural común generado desde la Sociedad Sarmiento, cuya comisión directiva integró, y posteriormente desde la Universidad, donde acompañó a Terán como primer vicerrector.¹⁴⁹ Desde este punto de vista, no resulta extraño que en las exequias de López Mañán, Aráoz declare sentir la empresa como propia del grupo de amigos del que fue parte:

Formábamos reducida cofradía para el culto de la amistad y del ideal, y era su medio nuestra ciudad natal de Tucumán. De ello surgió la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* que guarda en sus páginas tal vez las mejores producciones de Julio López Mañán (...).¹⁵⁰

Tal vez muchos de los colaboradores de Tucumán hayan compartido esta percepción de Aráoz y hayan hecho propio el proyecto de la revista sin la necesidad de figurar formalmente como miembros de su *staff*. En este sentido, este grupo de colaboradores frecuentes entre los que se destacan Rougés, Maciel, Heller, Aráoz, García Hamilton, Lillo, Benci, y acaso algún otro que haya preferido ocultarse bajo un seudónimo, constituiría también parte, junto a sus tres fundadores, de la formación cultural que animó la realización de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*.

Si los realizadores reconocen su pertenencia a un grupo, según se desprende, por ejemplo, de las palabras de Aráoz o del contenido de la carta, antes citada, enviada por Jaimes Freyre a López Mañán, también los estudios críticos han coincidido en considerar a la mayor parte de ellos en el mismo sentido. Así, Páez de la Torre (h) menciona como representantes de la “generación de la universidad” al grupo de jóvenes responsables de la “toma de conciencia cultural” de la provincia, que se vio constituido por Terán, López Mañán, Rougés, Heller, Aráoz, Ernesto Padilla y José Lucas Penna, a los que se unieron Lillo y Jaimes Freyre.¹⁵¹ De igual modo, autores como Enrique Kreibohm, María Florencia Aráoz de Isas, Diego Pro, y el mismo Carlos Páez de la Torre (h), que estudiaron las vidas de algunos de los miembros de la formación, coinciden en situar a sus biografiados como parte de un grupo.¹⁵² Pro, por ejemplo, estudia a Rougés como miembro de una “(...)constelación de hombres donde cada uno daba su nota propia, aun desde distintos sectores dentro de la misma generación”. Ésta estuvo conformada, desde su punto de vista, por Rougés, “el filósofo”; Heller “el jurisprudente, el magistrado correcto, severo, austero”; Lillo, el naturalista; Terán el “hombre de grandes fervores”; y Jaimes Freyre, “el poeta”. Menciona además, entre otros, a Ernesto Padilla y a José Sortheix, pero no considera a Julio López Mañán.¹⁵³ Por su parte, Elena Perilli de Colombres Garmendia y Elba Estela Romero de Espinosa ofrecen un estudio que parece constituir la primera investigación que aborda como objeto central los rasgos que definieron la llamada “generación del Centenario”. En él, se analiza el proyecto político, económico y cultural desarrollado por el grupo, y se considera como integrantes a Ernesto Padilla, José Ignacio Aráoz, José Sortheix, Juan B. Terán, Alberto y Marcos Rougés, José Padilla, Juan Heller, Julio López Mañán, Adolfo Piossek, Rodolfo Scheiter, Adolfo Rovelli, Miguel Lillo y Ricardo Jaimes Freyre.¹⁵⁴

Es posible afirmar así que la unidad de la formación analizada estuvo dada, precisamente, por el desarrollo de un proyecto, así como por un linaje social y familiar común y por un conjunto de hábitos intelectuales compartidos –charlas, veladas, lecturas–. En el plano cultural, dicho proyecto giró en torno al afán de modernizar la vida intelectual de la provincia, tanto desde la revista como desde otros órganos también impulsados por sus miembros. Se trata, en efecto, de una formación cultural estrechamente ligada a las instituciones culturales, que tuvo como cuna al Colegio Nacional y a la Sociedad Sarmiento, y que buscó ver cristalizados sus frutos en una nueva institución, la Universidad de Tucumán. En este sentido, su esfera de acción fue más allá de la realización de la publicación, aunque ésta significó para el grupo, como se analizó antes, una instancia clave de consolidación en el momento de emergencia de su proyecto, que permitió que los lazos intelectuales, familiares y de amistad existentes entre sus miembros se desplegaran con mayor plenitud.

1.5. Singularidad de una formación cultural

Con el propósito de sistematizar con mayor precisión los rasgos que definen la singularidad de este grupo en relación con la realización de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, es necesario analizar ahora tres variables que parecen darle otra de sus particulares improntas: la procedencia social y económica de sus miembros, su filiación política, y, centralmente, el modo de intervención intelectual que articularon. Bajo esta luz, se retomarán en este apartado, aunque desde otro lugar, algunos elementos ya señalados de las trayectorias de los tres fundadores, quienes configuran la fracción más visible y estable de la formación en lo que atañe al desarrollo del proyecto de la revista.

Miembro de “una de las más prominentes familias de Bolivia”, en la que se destacaron “escritores, artistas, profesores y diplomáticos”, Jaimes Freyre “hubiera necesitado hacer pocos esfuerzos para triunfar y alcanzar altos puestos en la política, en las letras o en las artes (...)”, como afirma Mireya Jaimes Freyre.¹⁵⁵ Su padre, Julio Lucas Jaimes, más conocido por su seudónimo literario “Brocha Gorda”, fue escritor, periodista y maestro. Como se señaló antes, éste colaboró con sus escritos en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, al igual que la madre del poeta. Consciente del prestigio que rodeaba a su apellido paterno, Jaimes Freyre declara, en una carta a su hermano menor, que en Potosí “han vivido veinte generaciones de Jaimes”.¹⁵⁶ Su madre, Carolina Freyre de Jaimes, descendiente directa de Cornelio Saavedra,¹⁵⁷ formó parte de un grupo de mujeres escritoras en Perú, junto a Juana Manuela Gorriti, Clorinda Matto de Turner y Mercedes Cabello. Si bien su familia gozaba de un reconocido prestigio intelectual y social, ésta no parece haber contado con igual poder económico. En efecto, a diferencia de la mayor parte de los miembros tucumanos de la formación estudiada, las actividades docentes y los cargos públicos de Jaimes Freyre parecen haber significado su principal sustento material. Pero, una vez concluidas sus funciones, acabó sumido en la pobreza.¹⁵⁸

La lista de tareas a las que se abocó resulta amplia y diversa. Jaimes Freyre fue escritor, periodista, historiador, profesor, diplomático y político. Autor de poemas, cuentos, teatro, estudios de versificación y de crítica literaria, dedicó varios años también a la investigación de la historia de Tucumán.¹⁵⁹ Fue docente en el Colegio Nacional y en la Escuela Normal y miembro fundador de la Universidad de Tucumán. “El Ateneo” de Buenos Aires, la Sociedad Sarmiento, la Academia Argentina de Letras y la Junta de Historia y Numismática Americana, fueron algunas de las instituciones de las que fue miembro en distintas etapas de su vida. Periodista de *La Nación*, director y colaborador de diversas revistas, desempeñó también funciones públicas: fue concejal por Tucumán, diputado por Potosí, Ministro de Instrucción Pública y Agricultura de Bolivia, Ministro de Relaciones

Exteriores, Embajador de Bolivia en Chile, Estados Unidos y Brasil, candidato a la Presidencia de la República de Bolivia, y Presidente del Consejo Provincial de Educación en Tucumán, entre otros cargos. “Durante toda su vida alimentó ideas socialistas”, según afirma Eduardo Joubin Colombres. En efecto, participó en reuniones socialistas en Buenos Aires, donde comulgó con los ideales de juventud de Leopoldo Lugones y José Ingenieros, y en Tucumán, donde protagonizó una comentada polémica en defensa del socialismo, como menciona Rosenzvaig.¹⁶⁰

Terán pertenecía a una de las “viejas familias de raigambre hispánica” de Tucumán, estrechamente vinculadas a la industria azucarera y que gozaron de “protagonismo político y económico en la vida de la región desde la época colonial”.¹⁶¹ Fue abogado, historiador, educador, periodista, político y magistrado. Su tarea más importante, y a la que dedicó la mayor parte de su vida, fue, sin duda, la creación de la Universidad de Tucumán, de la que fue rector en diversos períodos, durante casi veinte años. Autor prolífico, escribió una gran cantidad de libros que abordaron aspectos ligados a la educación, la historia, la sociología y el derecho –algunos de los cuales fueron traducidos al italiano y al francés–, así como unos pocos escritos literarios.¹⁶² Se desempeñó como docente en el Colegio Nacional y como Presidente en la Sociedad Sarmiento, colaboró estrechamente con *El orden* de Tucumán y con *La Prensa* de Buenos Aires, así como con numerosas revistas científicas. Fue miembro de la Academia Argentina de Letras y de la Junta de Historia y Numismática Americana, al igual que Jaimes Freyre, así como de la Sociedad Argentina de Historia y de la Academia de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Ocupó cargos políticos provinciales y nacionales: fue diputado provincial en dos ocasiones, convencional para la Reforma de la Constitución de Tucumán, Director de Tierras y Colonias durante la presidencia de Roque Sáenz Peña, Presidente del Consejo General de Educación de la provincia y de la nación durante la revolución militar de 1930, y Miembro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, a partir de 1935.

Páez de la Torre (h) destaca la “estirpe patricia” de la familia de López Mañán, cuyos apellidos se ven ligados a personajes de la independencia y organización.¹⁶³ Su figura se vincula también con múltiples campos: el derecho, la historia, la sociología, la economía y, en menor medida, la literatura. A diferencia de Jaimes Freyre y de Terán, publicó un solo libro –el mencionado *Tucumán antiguo*–, además de unos pocos cuentos –que, como se indicó antes, vieron la luz en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*–, y algunos folletos que recogen el contenido de discursos y leyes, o bien su visión sobre problemas agrarios. Fue profesor del Colegio Nacional de Tucumán y de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Se dedicó temprana y casi ininterrumpidamente a la actividad pública en la provincia y en Buenos Aires: fue Ministro de Gobierno durante la gestión de Luis F. Nougués, diputado provincial, diputado nacional, Jefe de la Dirección General de Agricultura y Defensa Agrícola de la presidencia de Roque Sáenz Peña, donde realizó gran cantidad de obras orientadas a la modernización agrícola, que continuó luego como miembro de la Confederación Argentina de Comercio, Industria y Producción.

Como puede advertirse, tanto Jaimes Freyre como Terán y López Mañán abarcaron múltiples campos y combinaron la labor intelectual con la docencia, el periodismo y la función pública. No obstante, es posible notar diferencias significativas en lo que atañe al modo de intervención intelectual forjado por cada uno de ellos. En este sentido, puede afirmarse que Jaimes Freyre es, ante todo, un escritor, cuyo *sentido público* se configura centralmente, y ya en esa época, en torno a su condición de poeta modernista.¹⁶⁴ El caso de Terán y López Mañán es diferente, en tanto se trata de jóvenes que, en los años de realización de la revista, se hallan en los comienzos de sus carreras, y cuyo sentido público, por lo tanto, se halla todavía en proceso de constitución. De todas maneras, es posible

afirmar al menos que, más tarde, Terán sería recordado como el ideólogo de la creación de la Universidad de Tucumán y como un estudioso, abocado a la investigación de diversos aspectos relacionados con la educación, la historia y la sociología. En cuanto a López Mañán, éste emergería sobre todo como un hombre público que luchó por el desarrollo industrial de la región, y que se dedicó lateralmente a la producción intelectual.

Si se piensa este grupo en relación con los procesos culturales del continente, parece posible inscribir las figuras de los tres fundadores en el marco de lo que Ángel Rama denomina *cultura modernizada internacionalista*, especie de macro-período cultural que se desenvuelve durante la modernización de América Latina, y que se extiende de modo aproximado desde 1870 hasta 1920. Para el autor, en esta etapa pueden reconocerse distintos momentos de una misma evolución, signados por diferencias perceptibles en los comportamientos sociales y en las expresiones literarias. Rama denomina *cultura ilustrada* al primer momento, que se ve protagonizado por un reducido número de intelectuales, en su mayoría hijos del positivismo y del realismo, que manifiestan una decidida vocación internacionalista y que continúan manejando una variedad de asuntos que fue propia de los enciclopedistas. “Tanto o más ideólogos (y educadores) que artistas”, actúan indistintamente en los campos de la política, la filosofía y las letras. En Argentina, los ilustrados encuentran su más cabal exponente en la denominada “generación del ochenta”.

Con el nombre de *cultura democratizada*, Rama designa al segundo momento de esta evolución. En sus palabras, “no se trata aún de una plena cultura democrática, (...) sino de una cultura moderna, internacional, innovadora, que sigue el proceso de democratización que está viviendo la sociedad”. Se produce en esta etapa una creciente especialización de las letras, que habían sido un simple anexo de la actividad del universitario o del político. La cualidad de “literato” comienza a primar sobre la de “intelectual”; hay “más poetas líricos y prosistas de cuentos, estampas, esbozos, que expositores y analistas de ideas”. En su mayoría autodidactas, los escritores de este período, entre los que predominan los llamados “modernistas”, dejan de lado el discurso ideológico racional, coherente, característico de los ilustrados, y, de ese modo, parecen renunciar a “la espina dorsal de la ciudad letrada latinoamericana, la propiedad de las ideas”.

Por último, Rama reconoce un tercer momento, la *cultura pre-nacionalista*, que emerge ya en del siglo XX y “prepara el espíritu que resulta solemnizado en las festividades del Centenario de la emancipación”, tras las cuales se abre otro macroperíodo de la cultura latinoamericana, que abarcará otro medio siglo, y que el autor denomina *cultura modernizada nacionalista*.¹⁶⁵

El mismo Rama inscribe a Jaimes Freyre, así como a los modernistas que conformaron el “círculo de Darío” en Buenos Aires, en el seno de la *cultura democratizada*. Su figura, valorada y reconocida centralmente a raíz de su obra literaria, constituye un claro exponente del fenómeno de especialización de la literatura propio de este período, en tanto en su caso la dedicación a las letras, lejos de constituir, como para los ilustrados, un “prestigio accesorio”, emerge como un fin en sí mismo. No obstante, ello no impide que, al igual que la mayor parte de los escritores modernistas, Jaimes Freyre haya asumido tareas docentes y periodísticas, así como funciones públicas. Por el contrario, en esos años en los que no puede hablarse aún de una plena profesionalización del escritor, el “pluriempleo”, como señala Rama, constituía un recurso generalizado entre el equipo intelectual para poder sobrevivir.¹⁶⁶ Para el crítico, es necesario entender este proceso desde una “doble perspectiva, en que hubo especialización, hasta llegar a veces a la absorbente pasión de Darío, y simultáneamente participación generalizada en el foro público, donde además se jugaba con frecuencia el destino personal”.¹⁶⁷ Por otra parte, en el caso de Jaimes Freyre, el ejercicio de estas otras funciones parece constituir una “derivación normal del ejercicio de

las letras” propia, según advierte el mismo Rama, de esta etapa.¹⁶⁸ Al respecto, resulta significativo, como relata uno de los biógrafos de Jaimes Freyre, que en ocasiones la prensa manifestara mayor interés por el escritor y el poeta que por el político, aun en pleno ejercicio de sus funciones públicas.¹⁶⁹

Como la mayor parte de los escritores de la *cultura democratizada*, Jaimes Freyre fue un autodidacta. Si bien no concluyó estudios universitarios –acaso debido a su vida itinerante, acaso porque no encontró en las aulas el ámbito propicio para su vocación–, logró forjar una sólida formación intelectual, a base de continuas lecturas, así como de una tenaz dedicación al estudio y a la investigación. El rigor y la seriedad con que se abocó al estudio de la historia de Tucumán constituye un ejemplo claro en este sentido. Pero esta actitud puede ser también pensada como uno de los frutos del contacto con los intelectuales tucumanos y con el medio cultural provincial, que parecen haber despertado en Jaimes Freyre el interés por la historia, como se verá más adelante. De este modo, es posible advertir la fuerza de la influencia del grupo tucumano en el poeta, que imprime nuevos matices en la figura de este escritor modernista.

En cuanto a los perfiles intelectuales de Terán y de López Mañán, es posible conjeturar, siguiendo las propuestas de Rama, que ellos dibujan una continuidad respecto de la *cultura ilustrada*, especialmente respecto de la “generación del ochenta” argentina, cuyos rasgos describe Jitrik en un estudio específico al respecto.¹⁷⁰ Como los ilustrados del ‘80, ambos tucumanos fueron hombres cultos de origen patricio y de profesiones liberales, que se mostraban ávidos por absorber la cultura literaria y científica de la época y que “actuaban como impulsados por una gran misión”.¹⁷¹ En efecto, y como señalan Perilli de Colombres Garmendia y Romero de Espinosa, los hombres del Centenario, entre los que, como se indicó antes, incluyen a Terán y a López Mañán, “se sentían llamados por sus orígenes y pertenencia” a desempeñar un rol dirigente.¹⁷² Fueron hombres activos, constructores y programáticos, que parecían motivados por la urgencia de actuar. Así, Terán fundó la universidad y participó en la reforma de la constitución; López Mañán luchó por la modernización agrícola de la provincia y del país; ambos participaron activamente en la conducción política de la provincia, dirigieron instituciones culturales, fundaron revistas, enseñaron, impulsaron la ciencia y el estudio, y buscaron modernizar la cultura provincial. Se dedicaron también a las más solitarias actividades intelectuales, asumieron con rigor al estudio de las ciencias sociales y hasta incursionaron en la escritura literaria: los cuentos publicados por López Mañán en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* y una novela breve de Terán son algunas muestras de ello.¹⁷³ No obstante, y a diferencia de Jaimes Freyre, asumieron la literatura de modo muy lateral, acaso como un complemento de otros roles considerados más “trascendentes”, o, al igual que los intelectuales del ochenta, como una muestra de su enciclopedismo. Jitrik advierte que hacia 1880

(...) la literatura goza de lo que podríamos denominar un prestigio accesorio, es decir que socialmente califica menos que cualquier otra actividad además de que no se entiende muy bien que alguien pueda ser solamente escritor; en cambio, se entiende muy bien que cualquiera que es otra cosa sea también escritor, incluso eso realza los otros aspectos de la personalidad.¹⁷⁴

En efecto, Terán y López Mañán parecen haber “incursionado” en las letras, como señala Kreibohm respecto del primero. Precisamente, la “incursión” en la literatura define un gesto y una actitud que presentan una evidente distancia respecto a la mencionada especialización que puede advertirse en la figura de Jaimes Freyre.

Terán y López Mañán fueron educados en las ideas positivistas y liberales, que, como es sabido, conformaron los pilares del horizonte ideológico del ochenta. Se trata de una etapa de notable protagonismo del liberalismo en el pensamiento político del continente.

José Luis Romero señala que a partir de 1880 la posición del liberalismo se robusteció no sólo como la doctrina política predominante, que inspiraba el sistema institucional de la mayoría de los países latinoamericanos, sino que, combinado con el positivismo y el cientificismo, era también la filosofía predominante entre las clases cultas.¹⁷⁵ Si bien tanto Terán como López Mañán pueden ser asociados al liberalismo, que tuvo como bandera el progreso, es posible advertir algunos matices al respecto, especialmente en el caso de López Mañán, quien apoyó las actividades y eventos de organizaciones de trabajadores de orientación socialista, por ejemplo. Así, fue uno de los disertantes en la “velada literario-musical” organizada en 1902 por el Centro Cosmopolita de Trabajadores para conmemorar el 1° de mayo,¹⁷⁶ y pronunció un discurso en el Centro Católico de Obreros.¹⁷⁷ Igual actitud puede advertirse en las bases ideológicas de la fundación de la universidad, que, como se sabe, no estuvo pensada como una institución centrada en las denominadas carreras liberales, tradicionalmente ligadas a las clases dirigentes, sino que buscó formar técnicos e ingenieros que impulsaran el desarrollo industrial de la región. De esta manera, se evidencia que, aunque los realizadores de la publicación conformaron un grupo de elite, su proyecto de desarrollo regional estuvo sustentado, al menos en esta etapa, en preocupaciones más amplias que las relativas a su propia procedencia social.

Por último, en lo que atañe a su filiación positivista, que será abordada de modo especial en el capítulo 2, es necesario señalar que Terán y López Mañán no fueron seguidores, como los hombres del ochenta, de Augusto Comte y Herbert Spencer, los fundadores de la escuela, sino que tomaron como modelos figuras positivistas menos ortodoxas como Hyppolite Taine, cuyo nombre aparece con insistencia en las páginas de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, como se verá en el capítulo siguiente.

Todo lo señalado permite describir con mayor precisión los rasgos de la formación estudiada. Como se mencionó ya, se trata de un grupo de elite, conformado por hombres nacidos en el seno de familias de estirpe patricia y cuyos apellidos ostentan un linaje de larga data. No obstante, la presencia de Jaimes Freyre imprime algunos matices al respecto, en tanto se trata de un *inmigrante intelectual*, como se señaló antes, que a pesar de su linaje familiar, no comparte el poder económico de la oligarquía tucumana, y que responde más al perfil del escritor especializado que al del hombre ilustrado. Sin embargo, el poeta no demora en incorporarse a la elite provincial. En este punto, parece posible comparar la presencia de Jaimes Freyre en Tucumán con la de Rubén Darío en Buenos Aires. Como señala Rama, Darío es recibido con admiración por el grupo ilustrado de Buenos Aires, con el que entabla corteses relaciones intelectuales. No obstante, éste forja vínculos considerablemente más estrechos con los poetas renovadores y con los jóvenes provincianos.¹⁷⁸ La inserción social de Jaimes Freyre en Tucumán es diferente, en la medida en que, gracias a su reconocido prestigio como escritor, se asocia al grupo ilustrado provincial –que concentraba el poder político, económico y cultural–, y se identifica rápidamente con él como un miembro más.

En este sentido, se advierte en Tucumán un fenómeno característico de la modernización cultural del continente, como es la apertura de la *ciudad letrada*⁷⁹ –que en la provincia parece haber estado constituida hasta ese momento casi exclusivamente por el grupo ilustrado–, con la incorporación de una figura nueva que acusa un perfil intelectual distinto. El ingreso de Jaimes Freyre supone además un quiebre en la presencia hegemónica de abogados en el seno de este grupo letrado. Además de poseer una profesión liberal históricamente ligada a la cultura, los abogados, como advierte Rama, desempeñaron una tarea primordial en la ciudad letrada: la redacción de códigos y de leyes.¹⁸⁰ De todas maneras, debe advertirse que, a pesar de esta relativa apertura, el equipo letrado de la provincia se configura todavía como un reducido y, al parecer, único grupo de

elite, que, por otra parte, continuaría dirigiendo la vida intelectual provincial por varias décadas.

Es importante reflexionar, en este punto, en torno a la concepción de cultura desplegada por los realizadores en la revista. Se trata, desde luego, del concepto propio de un grupo situado en la cumbre de la pirámide social. Siguiendo la propuesta de Jorge B. Rivera, quien señala que el perfil y los temas de una publicación dependen de la noción de cultura a la que ella adhiera, es posible afirmar que la revista tucumana opera en el universo de una cultura *superior*; y que, por lo tanto, se especializa en

(...) repertorios restringidos y unitarios de carácter histórico, filosófico, artístico, lingüístico, etcétera, que no contemplan la divulgación sino el abordaje monográfico de carácter académico, o bien el seguimiento de una investigación especializada, la discusión de una nueva tesis aportada al terreno del conocimiento científico o el examen exhaustivo de una obra de aporte significativo.¹⁸¹

En efecto, la mayor parte de los textos incluidos en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* –las investigaciones científicas, los estudios literarios, los ensayos históricos y sociológicos, los poemas modernistas, que se analizarán en los capítulos siguientes– acusa un alto nivel de erudición, especialización o refinamiento. El examen de dichos textos permite advertir además que la cultura superior que ellos configuran se vio conformada por distintas disciplinas que coinciden en otorgar a la letra un valor central. El grupo realizador de la publicación constituye precisamente, y como se mencionó ya, un grupo *letrado*, que desplegó en las páginas de la revista un proyecto escriturario centrado en la literatura, la historia, el derecho, la ciencia.

En el seno de este grupo conviven poetas y abogados, modernistas e ilustrados, esto es, figuras que, si bien compartieron una común vocación internacionalista, articularon modos de intervención intelectual diferentes. La particular constitución de esta formación define también su carácter complejo, que estuvo dado por el cruce de intereses, disciplinas y proyectos: modernismo y positivismo, literatura y ciencia. La *Revista de Letras y Ciencias Sociales* constituye un testimonio privilegiado del modo en que tales cruces operaron. Como se verá en los capítulos que siguen, la publicación incluyó de modo sistemático y en casi todos sus números, distintas expresiones del movimiento literario hispanoamericano y, al mismo tiempo, buscó difundir métodos y teorías científicas vinculadas a los principios positivistas. No obstante, en ningún momento llegó a manifestar una adscripción formal a corriente filosófica o literaria alguna. En efecto, la unidad del grupo realizador no parece haber estado dada por una toma de posición formalmente expresada, sino, y como se señaló antes, por un proyecto común.

Por último, es preciso aclarar que en este trabajo se tiene en cuenta especialmente la acción cultural desplegada por el grupo en los primeros años del siglo XX, sobre todo durante el período de realización de la revista, que coincide con los años de juventud de sus realizadores. La formación sigue luego su camino, sufre algunos cambios y manifiesta nuevos afanes, que exceden los límites de esta investigación. Del mismo modo, es importante resaltar que muchos de los rasgos del grupo que aquí se postulan surgen del análisis de las intervenciones de sus miembros en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*. Así, por ejemplo, algunos aspectos, como el internacionalismo, o la vinculación con el positivismo y el modernismo literario, serían sustituidos, con el correr de los años, por nuevos valores e ideas. Un ejemplo claro en este sentido es el nacionalismo, que constituye uno de los factores que contribuye a definir la acción posterior del grupo, denominado por la crítica precisamente como “generación del Centenario” a raíz de su acción en los festejos nacionalistas de 1910, pero que no emerge todavía en las páginas de la publicación. Desde

esta perspectiva, y siguiendo la periodización propuesta por Rama, podría decirse que la trayectoria de algunos miembros tucumanos de la formación evoluciona de una actitud *ilustrada* a una *pre-nacionalista*. Sin embargo, la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* no testimonia este proceso.

1.6. La apertura del grupo

Como dijera Aráoz en las exequias de López Mañán, la revista surge, en efecto, de una “reducida cofradía”, en tanto emerge como un proyecto generado en el seno de esta formación constituida por un grupo de hombres –amigos, parientes, colegas–, miembros de la elite provincial. Sin embargo, lo cierto es que los siete tomos de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, no constituyen solamente la expresión directa de las ideas y los intereses de este puñado de hombres. A la labor de esta formación cultural se agregó un número mucho más amplio de intelectuales que contribuyeron también a configurar el perfil que definió a la revista. Según afirma John King respecto de *Sur*; “(...) como una revista es un texto literario heterogéneo que funde diferentes voces, pronto se volvió mucho más complicado que un simple reflejo de los muy personales gustos literarios y de trasfondo social de su fundadora”.¹⁸² En el caso de la revista tucumana, si bien la franja de colaboradores de Tucumán se asocia sin conflictos a la empresa y cumple un rol destacado en su realización, otros intelectuales, menos cercanos a los fundadores, se suman al proyecto desde lugares diversos con el envío de sus trabajos, que en muchos casos ocuparon las páginas centrales de las entregas. En este sentido, es posible advertir que la revista deja gradualmente de ser el proyecto de unos pocos para ser depositaria y difusora de un repertorio variado de ideas y opiniones.

Este proceso no demora en hacerse sentir. La octava entrega se abre con un polémico ensayo, “La Patria”, firmado desde Asunción del Paraguay por José. S. Decoud. Si bien constituye su única colaboración en la revista, deja en ella un rastro perdurable en la medida en que obliga a la publicación a definir una política editorial respecto de la responsabilidad de las opiniones de sus colaboradores. Así, los realizadores ven la necesidad de consignar la siguiente aclaración al final del ensayo:

La REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES deja amplia libertad a sus ilustrados colaboradores para emitir opiniones y doctrinas. Lo hacemos constar así al publicar el notable trabajo que antecede y cuyo autor, el ex ministro de Relaciones Exteriores de la república paraguaya (*sic*), doctor José Segundo Decoud, tiene conquistado un alto puesto en las letras americanas.¹⁸³

De este modo, el ensayo de Decoud inaugura una nueva modalidad en la revista. Luego de su publicación, en el número siguiente y hasta el último de la entrega, se incluirá en el interior de tapa de cada ejemplar, debajo del índice, la aclaración que sigue:

La REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES deja amplia libertad a sus colaboradores en la exposición de ideas y doctrinas.

Se destaca este detalle en tanto constituye una muestra de la relativa ampliación del horizonte ideológico de la publicación. Si bien este proceso parece contar con el consentimiento de sus realizadores, éstos se preocupan por aclarar que no todo el contenido de la revista responde estrictamente a sus propias concepciones. En este sentido, la empresa deja de constituir exclusivamente el receptáculo de las opiniones y las ideas de los fundadores. “Ningún director puede asegurar que una publicación de varios autores confirme sus propias ideas y gustos, a menos que escriba todos los artículos”, dice, al respecto, King.¹⁸⁴

Con esta nota sobre la libertad de los colaboradores la revista parece adquirir un carácter más “profesional”, a la vez que se abre a una nueva forma de intercambio intelectual, ya no basada solamente en los vínculos personales. En efecto, en la publicación se evidencia la presencia de lo que Altamirano y Sarlo denominan “trama de elementos arcaicos y novedosos” característica de la vida intelectual de los primeros años del siglo XX.¹⁸⁵ Por un lado, la presencia de muchos de los colaboradores se explica por el parentesco o la amistad que los unen a los fundadores, como es el caso de Rougés, Aráoz, Pola Terán, los padres del director de la publicación –“Brocha Gorda” y Carolina Freyre de Jaimes–, etc. Por otro, la revista crea, por su propia dinámica, nuevas relaciones y vinculaciones. Así, Unamuno comienza a enviar sus colaboraciones como respuesta al envío de un ejemplar de la publicación; con la intención de corregir una reseña publicada en la revista sobre un libro de su autoría, Leopoldo Lugones escribe una carta aclaratoria, como se mencionó antes; o, también, se incluyen los poemas de algunos autores como consecuencia de los resultados de un concurso. De este modo, surgen en la publicación los intercambios de ideas y las polémicas. En cuanto a la presencia de la pléyade de escritores modernistas, si se exceptúa el caso de Rubén Darío, o de los argentinos Leopoldo Díaz y Eugenio Díaz Romero –que habían cultivado una sólida amistad con Jaimes Freyre en Buenos Aires–, ella constituiría también un ejemplo de estas nuevas formas de relaciones intelectuales, generadas, especialmente por iniciativa del director de la publicación, por la pertenencia a un ideario literario común, así como por los mecanismos propios de colaboración que la revista articula.

Además de los mencionados, numerosos intelectuales se convierten en colaboradores esporádicos de la publicación. En efecto, la lista de intelectuales, escritores y científicos que participó en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* es amplia y diversa. Pero, dentro de esta amplitud y diversidad, resulta innegable la centralidad del rol ejercido en la realización de la publicación por la formación cultural descripta, y, dentro de ella a su vez, por los tres fundadores. Jaimes Freyre, Terán y López Mañán vieron la necesidad de forjar una publicación que fuera capaz de eludir el destino efímero de las “plantas exóticas que no se ha conseguido aclimatar y que han arrastrado su infecunda vida en pobres invernáculos”, como anunciaban en el “Prospecto” inaugural. Fueron ellos los creadores de una revista que desde el espacio de la provincia abrió sus páginas a las voces de todo el continente y dialogó también con aquellas provenientes de Europa. La primera entrega del mes de julio de 1904 aparece realizada casi en su totalidad por los tres fundadores, pero rápidamente nuevos autores comienzan a participar en el proyecto hasta llegar a conformar el amplio cuerpo de colaboradores con el que la empresa efectivamente contó. Este proceso de apertura parece haber sido contemplado y hasta ansiosamente esperado por los fundadores, quienes desde un comienzo mostraron la amplitud de sus miras, así como el afán de dialogar con otros centros. Estas expectativas no se vieron reñidas, sin embargo, con el desarrollo de una labor fecunda en el medio intelectual tucumano. De este modo, las hojas de la publicación fueron trazando una especie de mapa en el que sus propios intereses se vieron reflejados. Un mapa en cuyo centro gravita la provincia de Tucumán, en el que poco a poco comienza a dibujarse la silueta de la nación y de los países de América, y cuya mirada se dirige, ávida, hacia Europa.

NOTAS

¹ “Prospecto”, *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, n° 1, julio de 1904, t. I, p. 3.

² *Ibidem*, p. 4.

³ Boyd G. Carter, en *Historia de la literatura hispanoamericana a través de sus revistas*, México, De Andrea, 1968, p. 61, afirma que "(...) no se nota en la historia de las letras de Hispanoamérica otra época en que se hayan publicado tantas revistas de la calidad de las que vieron la luz entre 1896 y el advenimiento del vanguardismo". En este libro de Carter, así como en *Las revistas literarias argentinas*, de Héctor René Lafleur, Sergio D. Provenzano y Fernando P. Alonso, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968, es posible encontrar referencias a numerosas publicaciones cuyos títulos o subtítulos expresan líneas similares a las de la revista tucumana, como la *Revista de Derecho, Historia y Letras* (Buenos Aires, 1898-1923), *Ciencias y Letras*, (La Plata, 1896), *Estudios*, revista mensual de "Historia, Ciencias y Letras" (Buenos Aires, 1901-1905), la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* (Montevideo, 1895-1897), *Revista Nacional de Letras y Ciencias* (México, 1889-1890), *Letras y Ciencias* (Santo Domingo, 1892-1898), por citar algunos ejemplos. Al parecer, hacia mediados del siglo XIX este tipo de denominaciones constituía ya una práctica común, como se observa en los nombres de la *Revista Científica y Literaria de México* (México, 1845-1847) y la *Revista de Ciencias y Letras* (Santiago de Chile, 1857). Por su parte, Emilio Carilla destaca a la ya mencionada *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* de Montevideo, en la que participó Jaimes Freyre, como un posible antecedente del nombre de la publicación tucumana, cfr. E. Carilla, *op. cit.*, pp. 73 y 74.

⁴ H. R. Lafleur y otros, *op. cit.*, p. 39.

⁵ Carilla advierte también esta serenidad en el "Prospecto" de la publicación, que a su criterio, "no es la más frecuente en revistas de este tipo". Cfr. E. Carilla, *op. cit.*, p. 75.

⁶ "Prospecto", *op. cit.*, p. 3.

⁷ *Ibidem*, p. 3.

⁸ En las páginas de avisos, desde el número 12, de junio de 1905, hasta el número 18, de diciembre del mismo año, se lee el siguiente anuncio bajo el título "Números atrasados": "En la administración de esta Revista, Congreso 171, se compran ejemplares de los números 1 y 2."

⁹ Al igual que las tapas de los números, las páginas de avisos fueron también quitadas al formar los tomos. De esta manera, la mayor parte de las colecciones de la revista a las que es posible acceder hoy, encuadradas en tomos según la distribución programada por la propia publicación, no posee los avisos, a excepción de la colección de la Biblioteca de Juan B. Terán, donada por su familia a la Universidad Nacional de Tucumán. Ésta es una de las pocas colecciones que conserva números sueltos, sin encuadrar. Todo lo que a continuación se detalla sobre avisos y datos presentes en las tapas de los números surge principalmente de las consultas a esta colección, la que, sin embargo, no está del todo completa.

¹⁰ Desde el número 23, las contratapas, que habían estado ocupadas desde los primeros números por los avisos de Vinos Calvet, quedan vacías. Recién a partir del número 33, Cerveza Quilmes ocupa su lugar. En esta misma entrega se deja de publicar la guía de profesionales, que hasta entonces había aparecido ininterrumpidamente desde el primer número. En efecto, algunos avisos dejan de aparecer en la revista hacia el final de la entrega. No se ha podido hallar un motivo capaz de explicar esta ausencia.

¹¹ La suscripción por un trimestre costaba \$2,50; por seis meses, \$5; por un año, \$9; y el precio del ejemplar suelto era de \$1. Estos precios, expresados en pesos moneda nacional en el interior de cada número, no presentaron ningún tipo de variación en el transcurso de los años de publicación de la revista.

¹² Una muestra de esta voluntad de cumplir con las condiciones de suscripción establecidas puede verse en el cambio de la fecha de aparición de los números luego de la suspensión de la entrega por dos meses, como señala el "Aviso" de la primera página del número 19, de abril de 1906: "La revista ha suspendido su aparición durante los meses de enero y febrero para facilitar la instalación de su taller tipográfico. Aprovechando esta circunstancia, aparecerá en lo sucesivo el primer día de cada mes, correspondiente el presente al mes de abril, a fin de permitir el abono trimestral, quedando suprimido por consiguiente el del primer trimestre." Del mismo modo, puede entenderse la naturaleza triple del último número, que se considerará más adelante, única forma de cumplir con las obligaciones contraídas por abonos semestrales o anuales.

¹³ Cfr. nota anterior.

¹⁴ En el interior de tapa del número 20, correspondiente al mes de mayo de 1906, aparece por última vez la dirección en calle Congreso. En los números siguientes no se especifica dato alguno al respecto y recién en el número 25, de octubre del mismo año, aparece la nueva dirección en calle Crisóstomo Álvarez. En la revista no hay referencias a los factores que motivaron estos cambios.

¹⁵ El artículo de Lugones es en realidad una carta dirigida a Jaimes Freyre y publicada con el título "Sobre una nota bibliográfica" en el número 4, octubre de 1904, t. I, pp. 324-326, que comienza estableciendo los propósitos de sus rectificaciones en torno a la reseña realizada por Terán, ante "las afirmaciones inexactas y aventuradas que no creo deber perdonar, estando comprometidos por ellas, el prestigio del idioma y mi crédito de escritor".

¹⁶ La carta de Unamuno está incluida en el número 19 con el título "Leyes de la versificación castellana", ya que se centra en los comentarios sobre las teorías de versificación de Jaimes Freyre publicadas en la entrega número 16 correspondiente a octubre de 1905. Precisamente a este número hace referencia Unamuno hacia el final de la carta: "Envío los ejemplares de añadido que me manda del número ése a personas que sabrán apreciar su doctrina. Y yo, por mi parte, escribiré sobre ella en *La Lectura*", *Revista de Letras...*, n° 19, abril de 1906, t. IV, p. 34.

¹⁷ Cfr. Jorge B. Rivera, *El escritor y la industria cultural*, Buenos Aires, Atuel, 1998, p. 26. El autor hace referencia al público reducido de las revistas surgidas en Argentina a partir de 1890, vinculadas, aunque no de manera excluyente, al modernismo literario.

¹⁸ En esta forma la Imprenta Modelo aparece reiteradamente en el espacio destinado a los avisos, en donde es promocionada como la "casa editora de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*", aunque esta leyenda desaparece a partir del número 17, donde se anuncia también su cambio de dirección.

¹⁹ Cfr. Ricardo Jaimes Freyre, "La pompa de Dionisios", n° 2, *Revista de Letras...*, agosto de 1904, t. I, p. 77, (nota al pie).

²⁰ Al respecto dice E. Carilla, *op. cit.*, p. 80, "(...) sólo conozco, como edición de la revista, los *Estudios y notas* de Juan B. Terán".

²¹ Desde su rol de rector de la Universidad de Tucumán, Terán fue uno de los principales encargados de impulsar la editorial de la casa de estudios. Como señala Enrique Kreibohm, "(...) la preocupación por las publicaciones de la universidad –que le dieran tanto prestigio a la misma– le hacían estar no solamente a la búsqueda de obras y autores, o de buenos traductores (...) sino posteriormente de las demás tareas relativas y previas a la impresión, y hasta en la redacción de prólogos, como lo hiciera con muchas de ellas: *El Tucumán del siglo XVI* de Jaimes Freyre en 1914, *L'Argentine moderne* de Pierre Dénis en 1916, etc.". Cfr. E. Kreibohm, *Juan B. Terán. Su vida. Su obra*, Tucumán, Ediciones del Cincuentenario, Universidad Nacional de Tucumán, 1964, p. 17.

²² Se trata del cuento "El ganán", "primer premio de nuestro concurso", según se anuncia debajo del título, de Rafael Maluenda Labarca, que firma su escrito desde Santiago de Chile, *Revista de Letras...*, n° 17, noviembre de 1905, t. III, pp. 351-359. Es la única referencia a los resultados del concurso anunciado en el número 11. Por otra parte, el origen del autor galardonado vale como ejemplo de los alcances de la convocatoria. En el último capítulo de este trabajo, se considerará brevemente la presencia de este autor.

²³ Para ambas categorías, el primer premio, además del lápiz o la pluma de oro, incluía el abono gratuito y permanente a la revista; el segundo, el mismo abono y la colección completa desde el primer número; y el tercero, sólo el abono. Con esta operación no se adivina solamente la importancia otorgada a la propia empresa; al mismo tiempo, al ofrecer retroactivamente la colección completa desde el primer número, se advierte el ya referido deseo de que la revista se colecciona y conserve.

²⁴ La mayor parte de las colecciones consultadas no conservan estos pliegos. Así, se pudo conocer la existencia de este proyecto por las referencias a él que se hacen en el interior de tapa de los números mencionados, luego del sumario. Si bien desde el número 26 al 36 los pliegos efectivamente se entregaron, se ignora si con éstos la publicación de los *Comentarios* llegó a completarse.

²⁵ Al respecto, señala Carilla que "los últimos tres números, un tanto apresurados por llegar a una meta tan ansiada; en realidad, es un número multiplicado por tres en la numeración.", *op. cit.*, p. 73. Lamentablemente, el autor no deja entrever cuál es la "meta tan ansiada" a la que se refiere. La explicación más adecuada sobre la cuestión sea acaso más simple, y radique en la ya señalada necesidad de cumplir con las obligaciones contraídas en el ofrecimiento de los abonos anuales o semestrales. Por otra parte, la irregularidad y peculiaridad de este tomo parece haber determinado que no llegue a tenérselo en cuenta como parte de la colección de la revista. En efecto, no es posible encontrarlo en las diferentes bibliotecas. La Biblioteca Nacional de Buenos Aires, por ejemplo, no lo considera al declarar que posee la colección completa de la publicación, constituida por los seis primeros tomos. Por su parte, Gastón Terán Etchecopar, hijo de Juan B. Terán, afirma que el último número de la revista apareció en septiembre de 1907, es decir, hace referencia al número 36 como el último entregado. Cfr. G. Terán Etchecopar, "Nota biográfica", en AAVV, *Estudios sobre la vida y la obra de Juan B. Terán*, Buenos Aires, Sociedad de Historia Argentina, La Facultad, 1939, p. 42.

²⁶ Cfr. Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, "Del campo intelectual y las instituciones literarias", en C. Altamirano y B. Sarlo, *Literatura/Sociedad*, Buenos Aires, Hachette, 1983, p. 97; y Raymond Williams, *Sociología de la cultura*, Barcelona, Paidós, 1994, p. 61.

²⁷ R. Williams, *op. cit.*, p. 63.

²⁸ Cfr. C. Altamirano y B. Sarlo, *op. cit.*, pp. 99 y 100.

²⁹ Sería necesario evaluar la relación entre este proceso modernizador provincial y el más amplio que atraviesa a América Latina, estudiado, entre otros, por Ángel Rama. Este autor señala que dicho proceso, que sitúa entre las décadas de 1870 y 1920, nace de un reclamo externo, esto es, las demandas económicas de las metrópolis; a las que se sumaron los más débiles reclamos internos de "orden y progreso". La urbanización, la inmigración, los movimientos sociales, las transformaciones educativas, religiosas y doctrinales, así como las diversas reacomodaciones culturales que debieron efectuarse, son, para Rama, algunos de los fenómenos que definieron esa etapa. Cfr. Ángel Rama, *Las máscaras democráticas del modernismo*, Montevideo, Fundación Ángel Rama, 1985, p. 31 y ss. En el caso de Tucumán, es posible afirmar al menos que la acción modernizadora, tanto social y económica como cultural, se hizo sentir en la expansión urbana, en la modernización de la industria azucarera, en la fundación de instituciones educativas, culturales y científicas, en el impulso a la ciencia y a las actividades intelectuales.

³⁰ Cfr. "Prospecto", *op. cit.*, pp. 3 y 4.

³¹ En efecto, la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* no fue la primera publicación cultural que impulsaron sus miembros. En 1894, Jaimes Freyre había fundado con Darío la *Revista de América*, como se verá más adelante con mayor detenimiento, y Terán había dirigido el semanario estudiantil *El Curioso* durante su

último año en el Colegio Nacional, por ejemplo. Sobre este último punto, cfr. E. Kreibohm, *Juan B..., op. cit.*, p. 7.

³² Cfr. Lewis A. Coser, *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968, pp. 85 y ss.

³³ Cfr. J. B. Rivera, *op. cit.*, p. 28. Como menciona el autor, a raíz de los altos costos de la edición de libros, la mayoría de los escritores latinoamericanos de esta etapa utilizó con mayor frecuencia el periodismo y las revistas para difundir sus obras.

³⁴ El gobierno de Lucas Córdoba (1901-1904) es seguido de un breve mandato de José Antonio Olmos, interrumpido en octubre de 1905 por la intervención federal que dispuso la suspensión de Olmos en sus funciones y su reemplazo por el presidente del Senado, José Frías Silva. Éste convoca a elecciones, de las que resulta gobernador electo Luis F. Nougués, quien asume el gobierno a comienzos de 1906, y cumple su mandato hasta 1909. Cfr. C. Páez de la Torre (h), *Historia de Tucumán*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1987, pp. 593 y ss.

³⁵ Cfr. *ibidem*, pp. 593 y 594; y Eduardo Rosenzvaig, *Historia social de Tucumán y del azúcar*, t. II, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1986, pp. 190 y ss. Para una visión más específica, cfr. Roberto Pucci, *La élite azucarera y la formación del sector cañero en Tucumán (1880-1920)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1989.

³⁶ E. Rosenzvaig, *op. cit.*, pp. 179-189.

³⁷ *Ibidem*, p. 183.

³⁸ *Ibidem*, p. 182; y C. Páez de la Torre (h), *op. cit.*, p. 605. Las fuentes no coinciden sobre este punto: Rosenzvaig afirma que en 1901 apareció el primer automóvil en Tucumán, mientras que Páez de la Torre indica que los años del gobierno de Nougués (1906-1909) "vieron pasar por las calles el primer automóvil".

³⁹ C. Páez de la Torre (h), *op. cit.*, p. 595.

⁴⁰ Silvia Elina Rossi, "La ciudad como imagen de los procesos culturales de su tiempo", en AAVV, *La generación del Centenario y su proyección en el Noroeste argentino (1900-1950)*, Actas de las IV Jornadas, Tucumán, Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo, 2002, p. 87.

⁴¹ José Luis Romero, *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2001, cap. 6.

⁴² S.E. Rossi, *op. cit.*, p. 88.

⁴³ C. Páez de la Torre (h), *op. cit.*, p. 605.

⁴⁴ Cfr. L. A. Coser, *op. cit.* Primera Parte. El autor estudia el salón rococó francés, los cafés en el Londres del siglo XVIII, la bohemia, las revistas británicas del siglo XIX y las "pequeñas revistas" de comienzos del siglo XX, entre otros, como escenarios institucionales de la vida intelectual que intervinieron en el nacimiento y el desarrollo de grupos de intelectuales en la Europa moderna.

⁴⁵ Rodolfo Cerviño, *Del Colegio San Miguel al Colegio Nacional*, Tucumán, Colegio Nacional Bartolomé Mitre y Universidad Nacional de Tucumán, 1964, p. 39.

⁴⁶ *Ibidem*, pp. 13-30. El autor destaca al Colegio San Miguel como un "encomiable antecedente del Colegio Nacional" y hace referencia a la labor de Amadeo Jacques como director, así como a los diversos factores que condujeron al cierre de la institución.

⁴⁷ Cfr. Daniel Jiménez, "Colegio Nacional de Tucumán: orígenes y destinatarios", en Luis M. Bonano (comp.), *Estudios de historia social de Tucumán. Educación y política en los siglos XIX y XX*, vol. II, Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 2001, pp. 123-146. El autor estudia al Colegio Nacional en el marco del proceso civilizador emprendido por el Estado que, mediante este tipo de instituciones, aseguraba su presencia en distintos puntos del país.

⁴⁸ Desde sus inicios, el Colegio Nacional contó con una valiosa biblioteca: en agosto de 1865, recibió del Estado un total de 1282 volúmenes, *ibidem*, p. 138.

⁴⁹ En 1872 el Colegio Nacional inicia el dictado de los Cursos Libres de Derecho, que continúa hasta 1881. Los cursos proponían "(...) simplemente difundir y vulgarizar los conocimientos legales, estableciendo clases libres para ser frecuentadas por todas las personas deseosas de ilustración", según se declara en ocasión de su inauguración, cfr. R. Cerviño, *op. cit.*, p. 67. En los primeros años del nuevo siglo, el Colegio organiza un ciclo de conferencias sobre temas diversos a cargo de intelectuales del medio como Ricardo Jaimes Freyre, Julio López Mañán, Román F. Torres, entre otros, *ibidem*, p. 117.

⁵⁰ C. Páez de la Torre (h), *op. cit.*, p. 548.

⁵¹ E. Kreibohm, *Un siglo de cultura provinciana. Aportaciones históricas alrededor de la vida de una institución tucumana. De la Sociedad Sarmiento a nuestra Universidad*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1960, pp. 36 y 37.

⁵² C. Páez de la Torre (h), *op. cit.*, p. 548.

⁵³ Manuel Lizondo Borda, *Breve historia de Tucumán*, Tucumán, Edición Oficial, 1965, pp. 185 y 186.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 184.

⁵⁵ M. Lizondo Borda (dir.), *La Sociedad Sarmiento en su Cincuentenario*, Tucumán, Edición de la Comisión Directiva de la Sociedad, 1932, p. 10. El autor cita las palabras del preámbulo del primer reglamento de la institución.

⁵⁶ Román F. Torres, "La primera memoria de la sociedad", en *ibidem*, p. 42. Torres, primer presidente de la Sociedad, pone énfasis en el "origen humilde" de la institución y en la ausencia de "pomposos anuncios": "Nada de fastuosidad, nada de aparente grandeza, la rodeó en su cuna, modestia y humildad la cubrió en su infancia (...)". Esta humildad de la que habla el autor se funda acaso en las modestas condiciones en que la

asociación comenzó a funcionar. La primera reunión se realizó en el cuarto de pensión alquilado por José Fierro, por entonces profesor de la Escuela Normal y uno de los principales impulsores del proyecto; y luego los socios alquilaron "por un precio módico", una sala de la misma pensión para llevar a cabo las sesiones, cfr. José Fierro, "El origen de la institución", en *ibidem*, pp. 61 y 62.

⁵⁷ Cfr. "Primer reglamento de la asociación", en *ibidem*, p. 40.

⁵⁸ E. Kreibohm, *Un siglo de...*, *op. cit.*, p. 51. Como señala el autor, la Farmacia Massini constituyó un activo centro de reunión durante la segunda década del siglo XIX. Groussac evoca "(...) la felicidad y el ardor que gastaban mis amigos en pegar cada tarde la hebra en la vereda del boticario Massini, y ¡cuánta efusión de naturaleza y arte, cuánta ingenua confianza y fresca imaginativa allí desperdiciadas!", citado en C. Páez de la Torre (h), "Una célebre farmacia", *La Gaceta*, Tucumán, 2 de noviembre de 2001.

⁵⁹ Hacia 1890, la biblioteca, "la única popular que existe en toda la provincia", contaba con 1836 libros. Una década más tarde, hacia 1900, la cifra ascendía a 9000 volúmenes, cfr., M. Lizondo Borda (dir.), *La Sociedad Sarmiento...*, *op. cit.*, pp. 29 y 30.

⁶⁰ Cfr. V. A. Billone, "Revistas literarias...", *op. cit.*, pp. 233-238; y Manuel García Soriano, *El periodismo tucumano (1817-1900)*, Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 1972, pp. 59 y 60. García Soriano inicia la sección "Prensa literaria" justamente con sus referencias a *El Porvenir*, que fue creado como órgano de publicidad de la naciente Sociedad Sarmiento en sus primeras sesiones.

⁶¹ *Ibidem*, p. 60. García Soriano también hace referencia a otras publicaciones culturales de este período, como *Revista de Tucumán*, *Alberdi*, *Revista Social*, entre otras, que no parecen haber revestido la importancia de *El Porvenir* y *Tucumán Literario*. Por otro lado, afirma que diarios y periódicos como *La Razón* o *El Orden*, incluyeron material literario en sus páginas.

⁶² V. A. Billone, "Revistas literarias...", *op. cit.*, p. 236. El autor se refiere a Ricardo Jaimes Freyre como al "nuevo maestro", quien desde su llegada a Tucumán fue rodeado por los jóvenes intelectuales del medio.

⁶³ Si bien hacia 1903 un grupo disidente de la Sociedad Sarmiento funda la Biblioteca Alberdi, aquélla seguía siendo por estos años la institución de cultura por excelencia en Tucumán, que nucleaba a los intelectuales más prestigiosos de la provincia, así como la principal instancia de consagración intelectual. En palabras de Juan B. Terán, "llegar a la Sociedad Sarmiento era casi la gloria", citado en E. Kreibohm, *Un siglo de...*, *op. cit.*, p. 92.

⁶⁴ López Mañan fue presidente de la Sociedad Sarmiento durante un período, desde 1905 a 1906; Terán ocupó cuatro veces la presidencia, desde 1906 a 1909 y de 1911 a 1912, cfr. M. Lizondo Borda, *La Sociedad Sarmiento...*, *op. cit.*, pp. 117 y 118. Jaimes Freyre, por su parte, fue Vicepresidente Primero (1903), Director de la Biblioteca (1907-1908), Vicepresidente Segundo (1909), Vicepresidente Primero (1911-1912), y Vocal (1915-1916 y 1921-1933), cfr. E. Carilla, *op. cit.*, p. 68.

⁶⁵ Juan B. Terán, "El estudio y el libro", *Revista de Letras...*, n° 22, julio de 1906, t. IV, p. 283.

⁶⁶ *Ibidem*.

⁶⁷ Juan Heller, "La declaración de julio", *Revista de Letras...*, n° 23, agosto de 1906, t. IV, pp. 299-306.

⁶⁸ J. B. Terán, "La lectura en Tucumán", *Revista de Letras...*, n° 21, junio de 1906, t. IV, pp. 213-215. Este breve comentario, incluido en la sección "Hechos e ideas", además de dar a conocer detalles acerca del tipo de lecturas preferidas por el público tucumano, promociona la labor del entonces director de la biblioteca de la Sociedad, Ricardo Jaimes Freyre.

⁶⁹ "Dos pensamientos del álbum de la Sociedad Sarmiento", *Revista de Letras...*, n° 16, octubre de 1905, t. III, p. 338. Se trata de dos breves elogios a la labor de la Sociedad, escritos por Domingo T. Pérez y Belisario Roldán (h).

⁷⁰ Cfr. *Diccionario Literario de obras y personajes de todos los tiempos y de todos los países*, t. V, Barcelona, Hora, 1992, pp. 403 y 404. En el capítulo siguiente se considera con mayor profundidad la presencia de Ferrero en la revista.

⁷¹ J. B. Terán, "Guillermo Ferrero", *Revista de Letras...*, n° 36, septiembre de 1907, t. VI, pp. 351-359. Se trata de un discurso de tono muy laudatorio, que elogia el método y la obra del historiador italiano.

⁷² Ricardo Jaimes Freyre (firmado con sus iniciales), "El Nerón de Ferrero", *Revista de Letras...*, n° 37-39, octubre-diciembre de 1907, t. VII, pp. 120-122.

⁷³ Ubaldo Benci, "La Sociedad Sarmiento. Cursos libres", *Revista de Letras...*, n° 4, octubre de 1904, t. I, p. 338.

⁷⁴ *Ibidem*, pp. 339 y 340.

⁷⁵ J. B. Terán, "Cursos libres de la Sociedad Sarmiento", *Revista de Letras...*, n° 25, octubre de 1906, t. V, p. 58.

⁷⁶ Por ejemplo, una de las lecciones de los cursos libres que se publica en la revista es "La hora predestinada del Descubrimiento", dictada por Terán, n°s 37-39, octubre-diciembre de 1907, t. VII, pp. 46-66.

⁷⁷ J. B. Terán, "Cursos libres...", *op. cit.*, pp. 59 y 60. En diversas ocasiones, Terán reitera esta idea de que la universidad debe asentarse sobre otros órganos. Así, en la "Memoria" de su presidencia de la Sociedad Sarmiento, señala los "(...) elementos que concurrirían al instituto universitario, dándole un campo de experimentación positiva, el Laboratorio de Bacteriología, (...) la Estación Experimental Agrícola ya decretada, el Museo Lillo, nuestra Biblioteca (...)", citado en E. Kreibohm, *Un siglo de...*, *op. cit.*, p. 99.

⁷⁸ A propósito de los cursos libres, Terán señala la condición preparatoria de la Sociedad Sarmiento para la fundación de la universidad: "Poco a poco, la Sociedad Sarmiento prepara el ambiente necesario para radicar luego una institución de enseñanza superior", citado en *ibidem*, p. 98. En otra ocasión, manifiesta

que los cursos libres de la Sociedad Sarmiento constituyen “(...) la piedra basal sobre la que ha de levantarse el edificio ideal de la futura universidad de Tucumán”, citado en E. Kreibohm, *Juan B. Terán...*, *op. cit.*, p. 14. En este estudio, el autor afirma que el primer Consejo de la Universidad se vio constituido por los hombres que habían estado con Terán en “la Sarmiento” y en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*.

⁷⁹ Cfr. Pedro J. García, “Un descubrimiento científico”, *Revista de Letras...*, n° 14, agosto de 1905, t. III, pp. 125-129; y B. Blanchard, “Le laboratoire de bacteriologie de Tucumán, anotado por P. J. G.”, n° 25, octubre de 1906, t. V, pp. 3-15. En una nota al artículo de García en el número 14, la revista anuncia que “(...) desde París, se encarga de adquirir, por encargo del gobierno, un laboratorio bacteriológico que instalará en esta capital el joven y distinguido médico tucumano Pedro J. García.” Éste había sido beneficiado con una beca del gobierno provincial para perfeccionar sus estudios científicos en el extranjero, al igual que Miguel Lillo, cfr. E. Kreibohm, *Un siglo de...*, *op. cit.*, p. 90.

⁸⁰ J. S. (iniciales de Jocundo Severo, seudónimo de Terán), “La Nueva Universidad”, en “Hechos e ideas”, *Revista de Letras...*, n° 18, diciembre de 1905, t. III, p. 497 y 498.

⁸¹ *Ibidem*, p. 495.

⁸² Cfr. C. Páez de la Torre (h), *Historia de...*, *op. cit.*, pp. 604 y 605. Otra denominación frecuente recibida por este grupo es la de “generación del Centenario”.

⁸³ Los mencionados eran miembros tanto de la revista como del Primer Consejo Fundador de la Universidad, constituido en octubre de 1913. Cfr. E. Kreibohm, *Un siglo de...*, *op. cit.*, p. 102.

⁸⁴ Desde un comienzo, la publicación acusó un perfil serio. Sus páginas, impresas en riguroso blanco y negro y con letras pequeñas, no incluyen dibujos ni colores, como se indicó antes, aunque sí tablas y cuadros estadísticos. Por otro lado, muchas de las notas que acompañan los artículos y documentos publicados, advierten el interés de su contenido para “los estudiosos”. De la misma manera, algunos trabajos difundidos por la revista misma son citados en números posteriores como fuente bibliográfica.

⁸⁵ Cfr. Pierre Bourdieu, “El campo intelectual: un mundo aparte”, en P. Bourdieu, *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, 1996, p. 143. Es necesario aclarar que cuando se habla de cultura en este capítulo se entiende el término de acuerdo a este concepto acuñado por Bourdieu.

⁸⁶ Cfr. C. Altamirano y B. Sarlo, *op. cit.*, pp. 85 y ss.

⁸⁷ R. Williams, *op. cit.*, p. 61.

⁸⁸ Sobre este punto afirma Carilla: “aunque las circunstancias sean un tanto pintorescas, parece ser que Jaimes Freyre se dirigía a Rosario de la Frontera, por sus famosas aguas termales. Una vez en Tucumán, de paso, don Alejandro Sancho Miñano, comerciante español aquí establecido y amigo de “Brocha Gorda” convenció a Ricardo Jaimes Freyre de que se quedara en Tucumán”. Cfr. E. Carilla, *op. cit.*, p. 59. “Brocha Gorda” era el seudónimo utilizado por Julio Lucas Jaimes, padre de Jaimes Freyre. En otras ocasiones, se alude al arribo accidental del poeta a la provincia: “El día en que Don Ricardo Jaimes Freyre arribara accidentalmente a Tucumán y por una rara casualidad fijara en nuestra capital su residencia, abrióse un nuevo ciclo en la vida intelectual de la provincia.”, cfr. “Un reportaje a D. Ricardo Jaimes Freyre”, *El orden*, Tucumán, 7 de julio de 1923, sin firma.

⁸⁹ Cfr. Á. Rama, *op. cit.*, p. 112 y 113.

⁹⁰ *Ibidem*, p. 113.

⁹¹ E. Carilla, *op. cit.*, cap. I. En el tercer capítulo de este trabajo, se analizará con mayor detenimiento la figura y la obra del director de la publicación y su relación con el modernismo.

⁹² Serafín Pazzi se refiere en esos términos al director de la revista en “Ricardo Jaimes Freyre”, *Sustancia*, año I, vol. I, Tucumán, junio de 1939, p. 31.

⁹³ Juan B. Terán, “Ricardo Jaimes Freyre”, *Nosotros*, n° 287, vol. 78-79, Buenos Aires, abril de 1933, p. 282.

⁹⁴ S. Pazzi, *op. cit.*, p. 32

⁹⁵ En efecto, para Juan B. Terán, Jaimes Freyre “llegaba a ocultar uno de los más claros renombres en las letras de América, a un rincón provincial (...) Reconocemos en aquella renuncia una confesión, quizás una conversión. Vivió, en efecto, desde entonces huyendo de la fama”, “Ricardo Jaimes...”, *op. cit.*, p. 280. Teresa Gisbert también destaca la modestia como un rasgo identificador de la personalidad del boliviano, en “Aproximación a Ricardo Jaimes Freyre”, *Cuadernos hispanoamericanos*, n° 237, Madrid, septiembre de 1969, p. 753.

⁹⁶ E. Carilla señala que “los veinte años pasados aquí constituyen su época de madurez y de mayor producción intelectual”, *op. cit.*, p. 65; y que fue en Tucumán donde surgió una nueva dirección en la obra de Jaimes Freyre: la labor historiográfica, p. 85.

⁹⁷ En una carta a López Mañán, fechada en Tucumán en 1912, el poeta declara: “Sólo yo sigo inmóvil, llevo la misma vida, me aburro lo más concienzudamente que puedo, leo inmensamente, viciosamente, inútilmente y escribo muy de tarde en tarde algún discurso de ocasión, algún escrito literario, alguna estrofa...” (Archivo López Mañán –inédito, por gentileza de Elena Perilli de Colombres Garmendia-; algunos fragmentos de la carta fueron publicados en Carlos Páez de la Torre (h), “Jaimes Freyre se aburre”, *La Gaceta*, Tucumán, 22 de septiembre de 2001).

⁹⁸ Citado en J. B. Terán, “Ricardo Jaimes...”, *op. cit.*, p. 281.

⁹⁹ Cfr. Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964, p. 73.

¹⁰⁰ En el Colegio Nacional, Jaimes Freyre fue designado profesor de Filosofía e Instrucción Cívica el 15 de marzo de 1902. Tres años después, se le asignó también la cátedra de Historia. En 1907, se desempeñaba

como profesor de Historia, Geografía y Literatura, cfr. R. Cerviño, *op. cit.*, pp. 117 y 129. López Mañán permuta luego a Jaimes Freyre la cátedra de Literatura por las de Filosofía e Instrucción Cívica, cfr. C. Páez de la Torre (h), "Julio López Mañán (noticia biográfica)", en Julio López Mañán, *Tucumán Antiguo*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1971, p. 11. Según afirma Carilla, Jaimes Freyre fue también profesor de la Escuela Normal.

¹⁰¹ J. B. Terán, "Ricardo Jaimes...", *op. cit.*, p. 282.

¹⁰² S. Pazzi, *op. cit.*, p. 32.

¹⁰³ V. A. Billone, *Tres generaciones de poetas de Tucumán*, Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 1995, p. 18. En otra ocasión, Billone se pregunta "(...) cómo pudo este extranjero capitalizar voluntades en forma tan rápida en el estrecho ámbito provinciano (...) Si fue un fenómeno de magnetismo personal o el efecto de su polifacética y siempre valiosa labor desplegada desde el momento mismo en que pisa tierra tucumana, o lo uno y lo otro junto, no podemos dilucidarlo." Cfr. V. A. Billone, "Ricardo Jaimes Freyre en Tucumán", *Estudios y notas. Revista de filosofía y cultura*, n° 8, Tucumán, agosto de 1975, p. 27. Como señala el mismo autor, el poeta contó en la provincia con un número considerable de discípulos, cfr. V. A. Billone, "Un grupo de discípulos tucumanos de Jaimes Freyre", *Humanitas*, n° 25, año XIX Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 1994, pp. 63-68.

¹⁰⁴ E. Carilla, *op. cit.*, p. 60.

¹⁰⁵ El padre de Terán, Juan Manuel, estaba casado con Sofía López Mañán, hermana de Julio. Cfr. C. Páez de la Torre (h), "Julio López...", *op. cit.*, p. 9; y E. Kreibohm, *Juan B. Terán...*, *op. cit.*, p. 6.

¹⁰⁶ López Mañán egresó del Colegio Nacional en 1894 y Terán, un año después, cfr. R. Cerviño, *op. cit.*, pp. 144 y 145.

¹⁰⁷ E. Kreibohm, *Un siglo de cultura...*, *op. cit.*, p. 87.

¹⁰⁸ C. Páez de la Torre (h), "Julio López...", *op. cit.*, p. 11.

¹⁰⁹ López Mañán se graduó como abogado en Buenos Aires en 1901 y Terán, en 1902. Ambos regresaron a la provincia inmediatamente después de obtener sus diplomas. Juan Manuel Terán, padre de Juan Benjamín y cuñado de López Mañán, fue el padrino de las tesis de ambos, con las que finalizaron sus estudios. Cfr. E. Kreibohm, *Juan B. Terán...*, *op. cit.*, pp. 9 y 10; y C. Páez de la Torre (h), "Julio López...", *op. cit.*, p. 10.

¹¹⁰ En abril de 1906, López Mañán fue designado ministro de gobierno de Luis F. Nougués; fue diputado nacional por Tucumán en 1908; y en 1912, la presidencia de Sáenz Peña le ofreció la jefatura de la Dirección General de Agricultura. Por su parte, Terán fue elegido diputado provincial por Río Chico en 1906, y, al año siguiente, convencional para la reforma de la Constitución de Tucumán, por ejemplo.

¹¹¹ En la lista de profesores de 1907 que transcribe R. Cerviño, *op. cit.*, p. 129, Terán figura como profesor de Castellano y López Mañán como profesor de Filosofía.

¹¹² Ambos fueron asiduos colaboradores del diario tucumano *El orden*, por ejemplo, además de otras publicaciones de la provincia y del país.

¹¹³ Cfr. R. Cerviño, *op. cit.*, p. 118 y 119. El proyecto implicaba la continuación del *Bosquejo Histórico* sobre el Colegio San Miguel realizado por el doctor Sixto Terán. Ante la buena acogida de este último, el rector Terán propuso la designación de los tres fundadores de la revista para continuar la tarea por él emprendida. Cerviño declara no tener noticia de que alguno "de los tres propuestos hayan escrito algo sobre el asunto".

¹¹⁴ G. Terán Etchecopar, "Perspectivas sobre Juan B. Terán a los cincuenta años de su muerte (lo Inmanente y lo Trascendente)", *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Tucumán*, n° 7, Tucumán, diciembre de 1995, p. 186.

¹¹⁵ En efecto, los números 8, 10, 19, 25, 32 y 36 no ofrecen escritos de Jaimes Freyre.

¹¹⁶ Los seudónimos utilizados por Terán en la revista fueron Claudio Medina, Jocundo Severo y Baltasar Montalvo. Avanzada la entrega, él mismo se encarga de explicar el origen de uno de ellos: en una nota a "El siglo VII en San Miguel de Tucumán", que Terán firma como Claudio Medina explica que "... en el acta del Cabildo (...) del 7 de enero de 1684, figura por primera vez el nombre de Don Claudio de Medina y Montalvo, cuyos papeles conservamos, a quien debemos la sugestión de nuestro pseudónimo (*sic*) y cuya figura esbozaremos alguna vez.", n° 35, agosto de 1907, t. VI, p. 315. Como Claudio Medina, o con las iniciales C. M., Terán firma los comentarios de las actas capitulares del Tucumán colonial, así como algunos artículos sociológicos breves y varios comentarios bibliográficos. Como Jocundo Severo, o J. S., la sección Jurisprudencia y las notas bibliográficas; y, como Baltasar Montalvo, una única colaboración en la revista: "Cartas de Adolfo Révecin", n° 29, febrero de 1907, t. V, pp. 280-288.

¹¹⁷ Algunos artículos ligados a la actualidad provincial son, entre otros: "Problemas públicos de Tucumán", n° 5, noviembre de 1904, t. I, pp. 391-403; "La sociología en los colegios nacionales", n° 16, octubre de 1905, t. III, pp. 334-338; "La nueva universidad", n° 18, diciembre de 1905, t. III, pp. 495-497; "La lectura en Tucumán", n° 21, junio de 1906, t. IV, pp. 213-216.

¹¹⁸ Respecto de la polémica con Lugones, cfr. J. B. Terán, "*El imperio jesuítico*, por Leopoldo Lugones", n° 3, septiembre de 1904, t. I, pp. 247-252; L. Lugones, "Sobre una nota bibliográfica", n° 4, octubre de 1904, t. I, pp. 324-326; y J. B. Terán, "La réplica de Lugones", *ibidem*, pp. 327-334. En cuanto a la polémica con Unamuno, ésta será analizada en el capítulo siguiente.

¹¹⁹ E. Kreibohm, *Juan B. Terán...*, *op. cit.*, p. 12.

¹²⁰ En la tapa del número 19, puede leerse, debajo de los nombres de fundadores y de su función, la siguiente leyenda: "Dirección interina de Juan B. Terán". La revista no consigna ninguna aclaración al respecto.

- ¹²¹ Así, según se indica en el número 23, agosto de 1906, t. IV, p. 331, la reforma de la Constitución provincial de 1907 constituye una "iniciativa del diputado Julio López Mañán", que la revista se encargará de difundir y comentar. También se incluye un comentario de J. S (iniciales de Jocundo Severo, seudónimo de Terán) sobre el proyecto de ley "Amparo del hogar", firmado por el gobernador Luis F. Nogués y su ministro de Gobierno Julio López Mañán, como se señala en una nota, n° 28, enero de 1907, t. V, pp. 251-253. Y, en el último número se publica (...) el texto del mensaje y proyecto de ley elevados a la Honorable Legislatura por el ingeniero Luis F. Nogués y nuestro redactor Dr. Julio López Mañán, gobernador y ministro de gobierno respectivamente de la Provincia.", n° 37-39, octubre-diciembre de 1907, t. VII, p. 30.
- ¹²² J. López Mañán, *Tucumán antiguo*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1971, p. 39. La primera edición, en Buenos Aires, corresponde al año 1916. *Estudios y notas*, de Terán, apareció en Tucumán en 1908, editado por la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, como se indicó antes.
- ¹²³ Noé Jitrik y otros, "El rol...", *op. cit.*, p.12.
- ¹²⁴ Archivo López Mañán, *op. cit.* En la carta, Jaimes Freyre hace referencia a Terán y a José Ignacio Aráoz. López Mañán se había establecido definitivamente en Buenos Aires en 1910. Estrenaba su cargo de Director de Agricultura en el momento en que Jaimes Freyre le escribe. En el mismo año, Terán comenzaba también su actividad política y en 1907 presentaba el primer proyecto de creación de la universidad, a lo que, como es sabido, se abocaría completamente en adelante.
- ¹²⁵ N. Jitrik y otros, "El rol...", *op. cit.*, p. 5.
- ¹²⁶ V. A. Billone, "Tucumán y sus...", *op. cit.*, p. 7.
- ¹²⁷ Expresión usada por B. Sarlo en N. Jitrik y otros, "El rol...", *op. cit.*, p. 14.
- ¹²⁸ C. Altamirano y B. Sarlo, *op. cit.*, p. 97.
- ¹²⁹ Otras zonas de este trabajo se ocupan del resto de los colaboradores. Así, en el capítulo 3 se analiza especialmente la presencia de los escritores modernistas, y se consideran las figuras de "Brocha Gorda" y Baldomero Lillo; en el capítulo 2 se hace referencia a Unamuno y a Ferrero.
- ¹³⁰ García Hamilton constituye una excepción en este caso, en tanto no parece haber participado en las instituciones mencionadas. No obstante, desarrolló en la revista una importante labor, como se verá más adelante.
- ¹³¹ M. Lizondo Borda (dir), *La Sociedad...*, *op. cit.* p. 118; y E. Kreibohm, *Un siglo de...*, *op. cit.*, pp. 86 y ss.
- ¹³² Rougés, Heller y Maciel estudiaron en el Colegio Nacional. Este último egresó junto a López Mañán y fue luego docente de la institución, al igual que Ubaldo Benci. cfr. R. Cerviño, *op. cit.*, p. 129 y ss.
- ¹³³ C. Páez de la Torre (h), *Historia de...*, *op. cit.*, p. 102.
- ¹³⁴ G. G. H., "Hacia el Oriente, por Ernesto M. Barreda", sección "Libros", n° 6, diciembre de 1904, t. I, p. 497.
- ¹³⁵ M. Lillo, "La fauna tucumana en Europa", en sección "Crónica General", n° 2, agosto de 1904, t. I, pp. 150 y 151.
- ¹³⁶ Cfr. "Régimen de la lluvia. El pronóstico del Dr. Lezama", n° 6, diciembre de 1904, t. I, pp. 474-476; "Fauna tucumana. Aves. Catálogo sistemático", n° 13, julio de 1905, t. III, pp. 36-74; de Miguel Lillo. Y, de Carlos Díaz, "Megatherium americanum. Apuntes para la historia de nuestras extinguidas faunas, especialmente de los fósiles que yacen en territorio tucumano", n° 11, mayo de 1905, t. II, pp. 388-390; "Mastodon rectus Amegh affinis", en "Hechos e ideas", n° 30, marzo de 1907, t. V, pp. 390 y 391; "Fauna tucumana", en "Hechos e ideas", n° 35, agosto de 1907, t. VI, pp. 307-310.
- ¹³⁷ Cfr. M. L., "Historia natural ecuatoriana", en "Revista de revistas", n° 12, junio de 1905, t. II, pp. 498 y 499.
- ¹³⁸ Pola Terán traduce del italiano el capítulo inédito "El mito de Augusto", de *Grandeza y decadencia de Roma* de Guillermo Ferrero en el número 20 y un cuento en el número 14; y, del francés, un breve escrito de Paul Groussac en el número 27 y otro cuento en el número 36. Por su parte, Mauricio Foy se encarga de la traducción de numerosos escritos, en su mayoría cuentos, de orígenes diversos en los números 21, 22, 23, 26, 28, 31, 32, 34 y 37-39. En el capítulo 3 de este trabajo se retomará, desde otra perspectiva, este tema.
- ¹³⁹ Pola Terán firma con sus iniciales una breve reseña bibliográfica en la sección "Revista de revistas" del número 15, y Mauricio Foy escribe un artículo corto en la sección "Hechos e ideas" del número 31 y una reseña en la sección "Libros y revistas" del número 33.
- ¹⁴⁰ Además de los mencionados, otros autores realizan traducciones para la revista, especialmente en los primeros números. Sin embargo, la revista sólo consigna sus iniciales, que en muchos casos no se ha podido identificar, como "D", "E", "L. E. T.", "A. E.", entre otras.
- ¹⁴¹ Compilator, "Jurisprudencia", *Revista de Letras...*, n° 1, julio de 1904, t. I, p. 52.
- ¹⁴² Por otra parte, la revista incluye escritos de su autoría que articulan una severa crítica a la organización judicial de Tucumán, como "Abogados y jueces. Nuestra organización judicial", n° 3, septiembre de 1904, t. I, pp. 222-239.
- ¹⁴³ Cfr. A. Maciel, "Evolución de la lengua", n° 3, septiembre de 1904, t. I, pp. 163-174; Juan Heller, "La declaración de julio", n° 23, agosto de 1906, t. IV, pp. 299-306; y Juan Heller, "La unidad italiana", n° 35, agosto de 1907, t. VI, pp. 261-278.
- ¹⁴⁴ Cfr. J. L. Aráoz, "La campaña antituberculosa", n° 4, octubre de 1904, t. I, pp. 257-268; Benigno Vallejo, "La campaña antituberculosa" (carta a J. L. Aráoz), n° 5, noviembre de 1904, t. I, pp. 404-409; P. Rodríguez Marquina, "La tuberculosis en Tucumán, ¿avanza?", *ibidem*, pp. 409-412; M. I. Esteves, "La tuberculosis en

Tucumán”, n° 6, diciembre de 1904, t. I, pp. 469-473; y P. Rodríguez Marquina, “La tuberculosis en Tucumán, es alarmante”, n° 7, enero de 1905, t. II, pp. 37-44.

¹⁴⁵ C. Páez de la Torre (h), *Historia de...*, *op. cit.*, p. 604.

¹⁴⁶ Cfr. “Reforma de la Constitución provincial. (Discurso del Dr. Servando Viaña)”, n° 31, abril de 1907, t. VI, pp. 3-17; José Ignacio Aráoz, “Antecedentes constitucionales de Tucumán”, n° 32, mayo de 1907, t. VI, pp. 65-72; A. S., “Debates constitucionales”, *ibidem*, pp. 108-115; “El fallo judicial en las elecciones. El voto obligatorio. Discurso del señor Pedro Alurralde”, n° 33, junio de 1907, t. VI, pp. 129-141; y “Las cámaras, jueces de sus miembros. Discurso del doctor José Ignacio Aráoz”, *ibidem*, pp. 142-148.

¹⁴⁷ Cfr. Elena Perilli de Colombres Garmendia, “La reforma constitucional de 1907 en Tucumán”, en AAVV, *La generación del...*, *op. cit.*, pp. 15-23.

¹⁴⁸ J. I. A., “Beneficencia”, sección “Hechos e ideas”, n° 15, septiembre de 1905, t. III, pp. 249-251.

¹⁴⁹ Cfr. María Florencia Aráoz de Isas, *José Ignacio Aráoz. Una vida tucumana (1875-1941)*, Tucumán, Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo, 2001, pp. 59 y ss.

¹⁵⁰ Citado en C. Páez de la Torre (h), “Julio López...”, *op. cit.*, p. 12 (nota al pie).

¹⁵¹ Cfr. C. Páez de la Torre (h), *Historia de...*, *op. cit.*, pp. 604 y 605.

¹⁵² Cfr. E. Kreibohm, *Juan B. Terán...*, *op. cit.*, C. Páez de la Torre (h), “Julio López...”, *op. cit.*; M. F. Aráoz de Isas, *op. cit.*; y Diego Pro, *Alberto Rougés*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1967.

¹⁵³ Cfr. D. Pro, *op. cit.*, pp. 38-42.

¹⁵⁴ Cfr. E. Perilli de Colombres Garmendia y E. E. Romero de Espinosa, “Los hombres del “Centenario” en Tucumán. Puntos de encuentro generacionales”, presentado en las *V Jornadas “La generación del Centenario y su proyección en el Noroeste argentino (1900-1950)*, Centro Cultural Alberto Rougés de la Fundación Miguel Lillo, Tucumán, 11 y 12 de septiembre de 2003. En curso de publicación, por gentileza de las autoras.

¹⁵⁵ Cfr. Mireya Jaimes Freyre, *Modernismo y 98 a través de Ricardo Jaimes Freyre*, Madrid, Gredos, 1969, pp. 12 y 17.

¹⁵⁶ Citado en T. Gisbert, *op. cit.*, p. 754.

¹⁵⁷ Cfr. Eduardo Joubin Colombres, “Estudio Preliminar sobre la personalidad y la obra del autor”, en Ricardo Jaimes Freyre, *Poesías Completas*, Buenos Aires, Claridad, 1944, p. 10.

¹⁵⁸ *Ibidem*, pp. 65 y 66. El autor afirma que Jaimes Freyre murió muy pobre, a tal punto que el gobierno de Bolivia debió encargarse de costear su entierro.

¹⁵⁹ En el capítulo 3 se volverá sobre la obra literaria de Jaimes Freyre. En cuanto a su labor historiográfica, ésta se ve cristalizada en cinco libros, publicados en Tucumán y en Buenos Aires entre 1909 y 1916: *Tucumán en 1810*, *Historia de la República de Tucumán*, *El Tucumán del siglo XVI*, *El Tucumán Colonial*, *Historia del descubrimiento de Tucumán*.

¹⁶⁰ Cfr. E. Joubin Colombres, *op. cit.*, pp. 17 y 18; y E. Rosenzvaig, *op. cit.*, pp. 184 y 185. Este último señala que, hacia 1903, el poeta pronuncia en la Sociedad Sarmiento una conferencia en defensa del socialismo, cuyos principios habían sido atacados en una conferencia anterior por el padre Grotte, director de los círculos católicos en Argentina. Ambos entablarían luego una acalorada polémica en la institución. Es necesario recordar que, como se dijo antes, en los últimos años del siglo XIX, el socialismo ya contaba en Tucumán con sus primeras organizaciones doctrinarias.

¹⁶¹ Cfr. E. Perilli de Colombres Garmendia y E. E. Romero de Espinosa, *op. cit.*, p. 3.

¹⁶² Al respecto, puede consultarse el “Ensayo bibliográfico” de la obra de Terán en E. Kreibohm, *Juan B....*, *op. cit.*, pp. 37-56.

¹⁶³ C. Páez de la Torre (h), “Julio López...”, *op. cit.*, p. 8.

¹⁶⁴ Como es sabido, Bourdieu emplea esta noción para designar el juicio objetivamente instituido de una obra o de un autor. Cfr. P. Bourdieu, “Campo intelectual y proyecto creador” en Jean Pouillon y otros, *Problemas del estructuralismo*, México, Siglo XXI, 1969, pp. 153 y ss.

¹⁶⁵ Cfr. Á. Rama, *Las máscaras democráticas...*, *op. cit.*, cap. II.

¹⁶⁶ *Ibidem*, p. 112.

¹⁶⁷ Cfr. Á. Rama, *La ciudad letrada*, Montevideo, Fundación Internacional Ángel Rama, 1984, p. 116.

¹⁶⁸ *Ibidem*, p. 124.

¹⁶⁹ Cfr. E. Joubin Colombres, *op. cit.*, p. 44. El autor señala que al llegar a Chile, luego de ser designado Ministro de Bolivia en ese país, “los diarios más hablaron del poeta y del escritor, que del Ministro”.

¹⁷⁰ N. Jitrik, *El mundo del ochenta*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.

¹⁷¹ *Ibidem*, p. 66.

¹⁷² Cfr. E. Perilli de Colombres Garmendia y E. E. Romero de Espinosa, *op. cit.*, p. 21.

¹⁷³ Como se señaló antes, López Mañán publica tres cuentos de su autoría en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*. Terán, por su parte, es autor de la novela *Fruto sin flor* (1921), que recoge un capítulo publicado en la revista, “Carta a Adolfo Revecin” con el seudónimo de Baltasar Montalvo, que constituye el único escrito literario que incluye en la publicación. Kreibohm indica que Terán “accedió gustoso a ceder el prestigio de su nombre para auspiciar una iniciativa de publicar la “Novela del Norte”, entregando los originales de su primer ensayo novelístico *Fruto sin flor*; terminada con tal finalidad”, cfr. E. Kreibohm, *Juan B. Terán...*, *op. cit.*, p. 20. Además de esta novela, el crítico incluye algunos folletos y colaboraciones, así como los libros

Voces campesinas, Diálogos y Lo gótico, signo de Europa, en la sección “Obra literaria (Imaginación)” de su ensayo bibliográfico de la obra de Terán, cfr. *ibidem*, pp. 43 y 44.

¹⁷⁴ Cfr. N. Jitrik, *El mundo...*, *op. cit.*, p. 76.

¹⁷⁵ Cfr. J. L. Romero, “El pensamiento liberal”, en J. L. Romero, *El pensamiento político latinoamericano*, Buenos Aires, AZ, 1998, pp. 244 y 245.

¹⁷⁶ Cfr. E. Rosenzvaig, *op. cit.*, pp. 179-183.

¹⁷⁷ Cfr. C. Páez de la Torre (h), “Julio López...”, *op. cit.*, p. 12.

¹⁷⁸ Cfr. Á. Rama, *Las máscaras...*, *op. cit.*, pp. 118 y 119.

¹⁷⁹ Como se sabe, esta noción pertenece a Rama, quien sostiene que dentro de la ciudad latinoamericana “(.) siempre hubo otra ciudad (...) que la rigió y condujo. Es la que creo debemos llamar la *ciudad letrada*, porque su acción se cumplió en el prioritario orden de los signos y porque su implícita calidad sacerdotal, contribuyó a dotarlos de un aspecto sagrado, liberándolos de cualquier servidumbre con las circunstancias.”, cfr. Á. Rama, *La ciudad...*, *op. cit.*, p. 33.

¹⁸⁰ *Ibidem*, p. 89.

¹⁸¹ Cfr. Jorge B. Rivera, *El periodismo cultural*, Buenos Aires, Paidós, 1995, p. 29.

¹⁸² John, King, *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura. 1931-1970*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 47.

¹⁸³ José S. Decoud, “La patria”, *Revista de Letras...*, n° 8, febrero de 1905, t. II, p. 105.

¹⁸⁴ J. King, *op. cit.*, p. 63.

¹⁸⁵ C. Altamirano y B. Sarlo, “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en C. Altamirano y B. Sarlo, *Ensayos argentinos*, Buenos Aires, Ariel, 1997, pp. 172 y ss.

2. Juan B. Terán y Julio López Mañán: la promoción de la ciencia y del estudio

El presente capítulo está centrado en el análisis de lo que es posible denominar como el proyecto científico desarrollado por la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, que se vio impulsado sobre todo por dos de sus fundadores, Terán y López Mañán. Este proyecto, que coincidió con una época de notable florecimiento de la ciencia en el país, debido en gran medida a la gravitación del positivismo, se propuso estimular el despliegue de las ciencias sociales, especialmente de la historia y de la sociología, y estuvo sustentado en el afán de construir elementos para pensar la provincia y la nación.

2.1. El positivismo y la valoración de la ciencia

La *Revista de Letras y Ciencias Sociales* nace en un ambiente intelectual fuertemente marcado por el positivismo. Como señala José Luis Romero, éste había constituido en la Argentina de 1880 una “única filosofía”¹. Luego, en los primeros años del siglo XX, el panorama positivista se vio notoriamente enriquecido con las publicaciones de las obras completas de varios intelectuales cercanos a esa orientación y con la sucesiva aparición de instituciones y revistas inspiradas por el movimiento.² En palabras de Ricaurte Soler, el positivismo constituyó en Argentina una “etapa cultural cuyas proyecciones se hicieron sentir en todos los dominios del espíritu”³. Este autor analiza la estrecha relación que el movimiento mantuvo con el desarrollo de la ciencia en el país. Señala que “(...) en Argentina, más que en cualquier otro país americano, el positivismo ha sido una verdadera filosofía científica.”⁴ A su criterio, la ciencia como tal se desarrolló paralelamente al florecimiento del pensamiento positivista, que cumplió el papel de “(...) un sistema de ideas generales que ha servido de base filosófica a las ciencias naturales en formación lo mismo que de fundamento a la organización científica de las ciencias del hombre.”⁵ A partir de 1900, al tiempo que decae el protagonismo de las ciencias naturales –que habían tenido su etapa de esplendor de 1870 a 1880–, las ciencias humanas, como la historia, la sociología o la pedagogía, conocerían un desarrollo notable. El florecimiento de las ciencias en general implica para Soler una “especie de superestructura científicista” que, además de dotar a las ciencias de una base filosófica, confiere un carácter positivista a todo un período de la cultura argentina, que se extendería de 1870 a 1920 aproximadamente. Tal carácter presenta un evidente desnivel cronológico en relación con la cultura europea. Este asincronismo se relaciona precisamente, entre otros factores, con el particular desarrollo de las ciencias en Argentina. En efecto, mientras que en Europa el positivismo fue el resultado filosófico del poderoso despliegue de las ciencias positivas desde fines del siglo XVIII, en Argentina el desarrollo científico se produce casi de manera paralela al del positivismo, y, en el caso de las ciencias humanas, los postulados positivistas se encuentran en la base de su florecimiento.⁶ Oscar Terán coincide en destacar el carácter asincrónico del positivismo argentino y señala que, mientras esta doctrina se encontraba en su plenitud y gozaba de un prestigio dominante entre los intelectuales argentinos, en Europa recibía las primeras críticas y cuestionamientos, a la vez que se instalaba el debate sobre la “bancarrotta de la ciencia”: se acusaba al positivismo de “minar la moral” y la ciencia era hallada culpable por no “haber cumplido con su promesa”⁷.

Ahora bien, ¿cuál fue la relación que la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* mantuvo con el positivismo? Sus realizadores se vieron unidos a él por un vínculo particular, signado por tensiones y contradicciones. Una buena parte de los miembros de la publicación había sido educada en las ideas positivistas, primero en el Colegio Nacional de Tucumán, y luego

en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Sin embargo, quienes estudiaron a esta generación de “hijos del positivismo”, reconocen que uno de sus rasgos fundamentales fue el hecho de haber buscado superar la herencia recibida, a tal punto que algunos de ellos, como Terán y Rougés, son destacados como representantes del “espiritualismo” y del “idealismo”, movimientos que lideraron, junto al intuicionismo y al vitalismo, la “reacción antipositivista” en las primeras décadas del siglo XX.⁸ Sin embargo, es necesario destacar que tales valoraciones críticas tienen en cuenta la trayectoria completa de estos hombres. Pero en este caso interesan sobre todo los años de publicación de la revista, que constituye la época en que los jóvenes tucumanos trazan los inicios de su carrera intelectual; y precisamente en esta etapa se advierte una presencia todavía fuerte del positivismo en los escritos y en las lecturas del grupo, como puede deducirse del análisis de muchas de sus intervenciones en la publicación. No obstante, es importante tener en cuenta también que no todos los miembros de la revista acusan tal influencia. Así, la figura de Jaimes Freyre parece completamente alejada de esta tendencia, al igual que la de otros colaboradores, como se verá más adelante. En la publicación, la presencia positivista se hace sentir especialmente en los escritos de Terán, y, en menor medida en las colaboraciones de otros intelectuales de Tucumán y de Buenos Aires.

Más allá de estas precisiones, en ocasiones la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* parece sumarse a la asincrónica exaltación de la ciencia que caracteriza el clima de ideas del país en los primeros años del siglo, en los que la ciencia era depositaria de la más enérgica confianza, al punto de llegar a ser percibida como sinónimo de verdad.⁹ La duodécima entrega resulta central para la consideración de este aspecto. El número se abre con un extenso artículo de Eugenio Tornow titulado “Valor objetivo de la ciencia”. Desde un comienzo, este texto manifiesta una evidente apuesta por la ciencia, así como una confianza absoluta en el éxito de la misma:

No pretendáis descubrir bajo este tema una apología de la ciencia. Ella no la necesita, porque su éxito ha sido consagrado hasta por la fe optimista de los profanos, y por su bondad en la vida mantiene su prestigio y lleva en perpetuo triunfo al precario genio del hombre.¹⁰

Esta visión optimista de la ciencia se ve en ocasiones atravesada por una actitud verdaderamente celebratoria, especialmente en torno a las posibilidades de conocimiento brindados por ella. Para Tornow, “la ciencia nos ha dado más de lo que nos había prometido, porque nunca ha pretendido descubrir el mecanismo íntimo del universo”. A su modo de ver, una de las causas del indiscutido poder de la ciencia radica en su “carácter positivista”, del que “saca toda su fuerza persuasiva”. La filiación positivista del texto es clara, especialmente en lo que atañe a la postulación del método científico. Tornow describe minuciosamente el método inductivo y experimental, concebido como el único camino adecuado para la investigación científica, basado en la observación, la formulación de leyes e hipótesis, la puesta a prueba de éstas y la elaboración final de teorías. Este método, se infiere, sólo puede ser aplicable a lo dado y verificable por los sentidos; precisamente, todos los ejemplos son tomados de la química. Así, el artículo acusa un marcado carácter didáctico: define y explica claramente todos los pasos de la investigación científica, y los ilustra con ejemplos precisos. En este sentido, esta colaboración parece responder a una aspiración propia del cientificismo, que postula “(...) la idea de que el espíritu y los métodos científicos deben extenderse a todos los dominios de la vida intelectual y moral”.¹¹ En efecto, el método parece ser descripto en función de su aplicación a cualquier estudio.

¿Por qué este afán por enseñar a “hacer ciencia” y por mostrar la forma adecuada de llevar esto a cabo? Quizás la inclusión de este artículo en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* responda a una de las inquietudes frecuentemente manifestadas por Juan B.

Terán en relación con la situación de la investigación científica en Argentina. En efecto, son reiteradas las ocasiones en que éste lamenta la falta de un ambiente propicio para el desarrollo de la ciencia:

No estamos todavía en el camino de constituir la “ciencia argentina”, y muy superiores a los esfuerzos que la preparan resultan los que acusan manifestaciones artísticas o meramente literarias.

Hay más imaginación, más fantasía, más visión de belleza, más amor y más emoción en el alma nacional que pasión por la investigación, la experimentación y el análisis- nos atrae más la gracia y la forma que la reflexión y la verdad (...) No tenemos las condiciones primarias que forman la levadura del sabio, ni materiales acumulados, ni tradición científica, ni ambiente ni estímulos para el esfuerzo que persiga largamente, durante muchos años, un resultado pequeño pero cierto, esterlino, definitivo, como la gota de metal noble que destila la ganga trabajada y basta, después de un martirio de reactivos y retortas. ¿O es que acaso en la evolución social pasa siempre primero la expresión de los sentimientos que la teoría o la hipótesis, el arte que la ciencia, lo agradable que lo útil?¹²

La necesidad de impulsar la ciencia por sobre el arte o la literatura constituye un tópico frecuente en los escritos de Terán de este período, en los que insiste en señalar las fallas del medio para el cumplimiento del ansiado desarrollo de la ciencia. La falta de rigor y de tradición científicos son algunas de estas falencias, ante las cuales la colaboración de Tornow impone el ejemplo de un riguroso método de investigación experimental, a la vez que define y explica qué es una hipótesis y qué una teoría, cuya importancia reclama Terán, y el modo de formularlas. Sin embargo, no puede dejar de advertirse que estas manifestaciones críticas respecto del desarrollo científico del país resultan extrañas en una época que Soler califica como de “florecimiento” de las ciencias sociales, según se mencionó antes. En efecto, y acaso por una personal actitud crítica, que, por otro lado, se advierte en gran parte de sus intervenciones en la revista, Terán no parece en modo alguno haber vivido los primeros años del siglo XX como una etapa de notable impulso científico. De los realizadores de la publicación, es sobre todo él quien demuestra una acusada preocupación por el estado de la ciencia y quien reclama las condiciones para llevar a cabo verdaderas investigaciones en el país. Ahora bien, el rigor científico al que aspira Terán, aunque puede advertirse también en López Mañán, no es compartido en el mismo sentido por todos los miembros del grupo. Su postura, que en el fragmento transcrito parece subordinar, con un criterio que bien podría denominarse “cientificista”, el arte a la ciencia, la intuición y la imaginación a la investigación y al análisis, contrasta con la de algunos miembros del grupo realizador, como García Hamilton, Rougés o “Compiler”. En la quinta entrega, de noviembre de 1904, “Compiler” comienza su colaboración, “Impresiones sociales”, con la justificación del carácter de su escrito:

En esta época de positivismo y de innovaciones, en que de todas las cosas se habla con cierto énfasis y tecnicismo científico, aun cuando se esté muy lejos de establecer principios generales y aceptados de cuestiones de orden social, se corre el peligro de ser desdeñado por vulgar y atrasado en tales materias, si se consigna por escrito expresiones espontáneas (*szé*) de la vida y si se saca enseñanzas de ellas, según los dictados de la lógica y de la experiencia, sin reducirlas y acomodarlas a uno de los pseudos sistemas científicos y a su fraseología.¹³

La desconfianza con que se mira la ciencia, sus métodos y sistemas en este fragmento contrasta sensiblemente con el rigor científico que anhela Terán y con la fe en la ciencia manifestada por Tornow. El título mismo elegido por “Compiler” para su colaboración denuncia un modo “impresionista” de proceder, completamente opuesto al observado por el método científico. En efecto, el debate entre investigación e intuición, arte y ciencia,

experiencia y razón, constituye un eje que atraviesa la revista a lo largo de los años de su publicación. El número 12 es particularmente revelador de las características de este debate: en la misma entrega que comienza con la exposición del método científico, positivo, riguroso y desapasionado de Tornow, se inserta a continuación otro modelo de conocimiento, que constituye una clara crítica al modelo científicista. Se trata de un artículo de Rougés que se inicia con un elogio de Nietzsche, quien “desdeñando el lenguaje frío de la ciencia, usó la palabra candente del predicador”.¹⁴ Aquello que llama la atención de esta crítica a la frialdad científica, dicha al pasar, es precisamente el hecho de estar ubicada pocas páginas después de las manifestaciones científicistas de Tornow. De igual manera, interesa el rescate de la figura de Nietzsche realizado por Rougés, si se considera que el filósofo había sido criticado en el número anterior por Terán:

Nietzsche no ha creado nada en filosofía, ni en metafísica. Además procede por métodos anticientíficos: no demuestra: afirma; no discute: niega.¹⁵

Al igual que la duodécima entrega, el número 15 constituye otro caso de convivencia de posturas opuestas. En éste, luego de que Terán realizara el citado elogio de la ciencia, la investigación, el análisis y la reflexión por sobre el arte y la imaginación, García Hamilton, en una reseña crítica de un libro de poemas, afirma que “(...) el corazón, para nosotros, dígame lo que se quiera, vale más que la mente.”¹⁶ Resulta curioso que García Hamilton enmarque una afirmación de esta naturaleza en un “nosotros”, que, dadas las afirmaciones opuestas de Terán en el mismo número, no puede referirse al grupo realizador de la revista. Ya sea que el uso del “nosotros” responda tan sólo a un estilo retórico, o que busque designar a los poetas –García Hamilton, que es un poeta, reseña el libro de otro poeta–, esta afirmación pone de manifiesto las tensiones presentes en el seno del grupo. Surge de este punto un nuevo rasgo que define la formación cultural aglutinada en torno a la revista: la diversidad de actitudes, opiniones y valoraciones respecto de problemáticas y de figuras centrales en el horizonte cultural de la época. Además de los casos ya señalados, son particularmente destacables las posiciones opuestas asumidas por Jaimes Freyre y Terán en relación con intelectuales como Guillermo Ferrero o Miguel de Unamuno, como se verá más adelante. Y, desde una perspectiva más amplia, no puede dejar de advertirse la divergencia de sus intereses. Así, no es posible encontrar en la revista intervención alguna de su director sobre la problemática de la ciencia que tanto aflige a Terán, al tiempo que éste interviene de un modo lateral en cuestiones literarias, principal área de interés de Jaimes Freyre. De manera general, muchas de las diferencias y matices que caracterizan a la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* y al grupo realizador pueden leerse como síntomas de las tensiones propias de los primeros años del nuevo siglo, en los que la ciencia y la literatura –todavía ligadas en la red de relaciones de un campo cultural que comienza a manifestar la voluntad de diferenciarse disciplinariamente–, parecen entablar una lucha por constituirse como legitimadoras de la actividad intelectual.¹⁷

Por otra parte, es posible concluir que, si bien las posturas críticas respecto de la ciencia y de sus métodos esbozadas por “Compiler”, Rougés y García Hamilton no llegan a opacar el reconocimiento dominante de su prestigio, anticipan en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* las impugnaciones que el positivismo comenzaría a recibir y que prefigurarían su caída, especialmente a partir de la paulatina imposición del idealismo y del espiritualismo.¹⁸ Del mismo modo, estas tempranas críticas van dibujando una línea de discusión que se tornará central en números posteriores, particularmente en la polémica protagonizada por Terán y Unamuno cuya temática central será la valoración del pensador francés Hyppolite Taine y de su método de trabajo.

2.2. Taine y la consagración al estudio

La indiscutible adhesión de Terán a la figura de Taine es ilustrativa de la postura del redactor tucumano en torno a las tensiones señaladas. En efecto, Taine fue para Terán el modelo al cual aspirar y la verdadera guía de su trabajo intelectual.¹⁹ Si bien se publica un solo escrito de su autoría,²⁰ la figura del pensador francés, su nombre y su obra se consideran desde un comienzo, y de manera insistente, en las páginas de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*. Terán abre el número 13 con una presentación de Taine, que sirve de introducción a la primera traducción al español de un fragmento de su libro sobre Napoleón, efectuada por el mismo Terán. Para el redactor, esta traducción “tiene el valor de un síntoma de homenaje que la REVISTA consagra a Taine (...), síntoma que revela la universalidad del espíritu del filósofo francés, que alcanza a formar simpatías y a asentar gloria en este país lejano de América”.²¹

En efecto, Taine constituía una figura dominante en el horizonte intelectual de Occidente. Oscar Terán señala que “(...) éste había dominado el panorama intelectual de su país y había sido unánimemente considerado entre los representantes más emblemáticos de la generación del naturalismo y del cientificismo, terminando por encarnar el tipo mismo del intelectual en la edad triunfante del positivismo.”²² El crítico destaca también la vasta influencia ejercida por el francés en todos los campos: la filosofía, la historia, la crítica, la novela, la sociología, la psicología, y entre la mayor parte de los intelectuales argentinos, para quienes Taine y Ernest Renan, cuyas influencias en la segunda mitad del siglo XIX sólo eran comparables a las que Voltaire y Rousseau habían ejercido en el XVIII, fueron los principales proveedores de categorías y de tópicos.²³ En este sentido, la adhesión a Taine manifiesta en la revista, aparece como uno de los factores que vinculan a sus realizadores, particularmente a Juan B. Terán, con los intelectuales de Buenos Aires. Éste reconoce que

(...) Taine, en efecto, es de los pensadores extranjeros, el que ejerce una influencia más intensa en nuestra labor intelectual porque inspira y orienta la investigación de los pocos que practican las palabras de Spinoza *vivre pour penser*.²⁴

Entre los aspectos que Juan B. Terán rescata de la figura de Taine, se destacan el cultivo y la promoción de la soledad y de la impasibilidad como actitudes necesarias para el despliegue de su pensamiento. Resalta el hecho de que “fue Taine un meditativo y un solitario”, que “cultivó la impasibilidad como flor suprema” y “adquirió la serenidad que fundaría su teoría y su trabajo de crítico”. En cuanto a su método, Terán señala que la generalización fue su instrumento predilecto, pero advierte que para haber llegado a ella, “(...) para haber ascendido a la fórmula, a la síntesis, al resumen espiritual, ha pasado por el análisis paciente, prolongado, fatigante, de archivos, documentos, testimonios, en cantidades enormes”.²⁵

Taine es para Terán el intelectual por excelencia, la encarnación de una vida consagrada al estudio. Y es este modelo de vida la aspiración máxima del joven redactor de la publicación. Así, su conferencia “El estudio y el libro”, reproducida en el número 22 de la revista, constituye un verdadero elogio de este modo de vida a la vez que una exhortación dirigida a los intelectuales tucumanos a adoptar este modelo como propio. En ella sostiene que el pensamiento y el estudio constituyen las más nobles funciones sociales y resalta la “superioridad y la delicadeza de su fin” al engendrar “la fuerza íntima y soberana que mueve, invisiblemente, todo el aparato exterior de la vida, todas las pomposas exponencias (*sic*) de nuestra civilización desde las más seductoras de la política hasta las más brillantes de la riqueza”.²⁶ Terán enaltece el estudio por sobre cualquier otra actividad humana. En este sentido, afirma:

Un repentino hallazgo en la abstraída ideación del estudioso en la beatitud de su retiro –que la mortecina lámpara de las viglias alumbró y que la rumorosa y

versátil multitud ignora– tiene latencias más profundas y más fértiles descendencias que la prolífica ganadería refinada, las fabulosas combinaciones de los banqueros o la presuntuosa vocinglería de los parlamentos.²⁷

Terán concibe el trabajo intelectual como una consagración que adquiere los ribetes de un solitario retiro. En más de una ocasión compara la magnitud de esta consagración con aquella propia de la religión:

El cuidado benedictino, la preocupación minuciosa de bibliófilo puede ser la demostración de una verdadera conciencia científica –y de ella necesita nuestra vacilante vocación de estudio.²⁸

La postulación de la necesidad de una vida retirada y consagrada por completo al estudio parece contrastar con la biografía que con el tiempo forjaría el propio Terán. Él mismo no fue sólo un meditativo y un solitario, sino también, y desde muy joven, un hombre de acción, que desempeñó un rol activo en la dirigencia política, económica y cultural de la provincia, como se describió en el capítulo anterior. De todas maneras, resulta interesante la expresión de estos anhelos de juventud en los que parece haber buscado construir su propia imagen.

Por otra parte, el establecimiento de este tipo de analogías entre la consagración al estudio y el retiro religioso parece constituir una operación propia de esos años. En este sentido, advierte Oscar Terán que una consecuencia del prestigio dominante de la ciencia positivista fue la colocación de “la figura del intelectual científico como la de un sacerdote laico dotado de capacidades explicativas superiores”.²⁹ La paciencia es destacada como una de las condiciones necesarias para una entrega de esta índole, cuyos resultados pueden vislumbrarse sólo con el paso del tiempo. “¿Careceremos por siempre del don necesario y suficiente de la consagración, paciente y larga, que da tarde, pero en sazón, los frutos?”, se pregunta Juan B. Terán.³⁰ Y es esta consagración la que admira en Taine y a la que él mismo aspira como intelectual. Por esto, no deja de lamentar y de rebelarse contra las dificultades existentes en el medio intelectual provincial y nacional, para llevar a cabo una labor de estas características. A los ojos de Terán, la adversidad del medio es comparable a la peor de las pesadillas dantescas:

La fantasía dantesca no ha imaginado un espectáculo más conmovedoramente penoso y más infinitamente melancólico que el de los espíritus venidos al mundo bajo la influencia de una constelación propicia, abogados (*szó*) nativamente a las supremas comprensiones de la vida –la ciencia o el arte– pero nacidos también bajo la tiranía de un medio adverso y de un tiempo extraño, en frente de la hostilidad capilar y suplicante de los hombres, que no comprenden y de las cosas, que no se apiadan– (...) Han carecido de luz oportuna y del camino fácil, del maestro, del libro, de la palabra cordial y ha abortado así en su primera germinación oscurísima, un investigador, un pastor de almas, tal vez un artista, un filósofo, o un sabio.³¹

Para el redactor, un espíritu de las características de Taine, “generalizador, filósofo, estudioso de los fenómenos más que de los seres y las cosas”, no puede constituir solamente un escritor. Por el contrario, Terán habla de Taine como un pensador “no novelista ni poeta, patrones de la moda”.³² Así, parece querer separar la figura del pensador de la del escritor o literato, a pesar de que ambas conviven en la personalidad del francés.³³ Esta mirada que denota una actitud despectiva hacia el ejercicio de la letras es significativa en tanto limita el modelo intelectual que propone y admira Terán, que privilegia al pensador, al filósofo, al sociólogo y excluye al novelista y al poeta. Sin embargo, no puede afirmarse que Terán reniegue de la literatura; por el contrario, él mismo fue, según se indicó, un cultor de las letras, y como se verá en el capítulo siguiente, en ocasiones emprende también su defensa o

manifiesta su admiración por la obra de algunos poetas. No obstante, no ve la necesidad de impulsar la literatura, que, según se desprende de sus propias afirmaciones, en los primeros años del siglo XX, encuentra en Tucumán y en el país una adhesión mayor a la que acusa la ciencia. Cabe recordar además que, para Terán, una de las fallas del “medio” radica en la carencia de una tradición científica. Podría decirse que es esta particular coyuntura la que lo induce a realizar este tipo de afirmaciones.

En una conferencia sobre Juan Bautista Alberdi publicada en su primer libro, *Estudios y notas*,³⁴ Terán retoma estas ideas. Reconoce allí que fue Alberdi el primero en advertir la necesidad de impulsar el desarrollo de la ciencia en el medio intelectual argentino. “Necesitamos ciencia y no literatura, decía, y atribuía nuestras desgracias a la debilidad latina por la música de la frase, por el entusiasmo, por las letras, por las fiestas, por todo lo que es propio para la vanidad y la contradicción”. Terán parece haber hallado en Alberdi otro modelo de identificación intelectual. En efecto, rescata, como lo hace con Taine, su consagración al estudio y su vocación científica, y presenta su figura como un verdadero ideal al cual aspirar y como un ejemplo a seguir.³⁵ Terán ve en Alberdi a un precursor de la ciencia en Argentina, quien “(...) en la oscura y lejana ciudad de Buenos Aires, ignorada y fantástica para la Europa de entonces, realizaba y completaba al mismo tiempo que sus economistas y sociólogos la evolución intelectual que precedió la floración científica maravillosa de los últimos años.”³⁶

Terán admiró en Alberdi, y en Taine, la vida consagrada a la investigación y al estudio. Y no sólo encontró en las figuras de ambos, especialmente en la del pensador francés, un modelo propio al cual aspirar sino que anheló que otros compartieran con él sus aspiraciones. En este sentido, podría pensarse que las obstinadas referencias a Taine, a su método y a su obra en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* constituyeron una de las operaciones emprendidas por la publicación en el marco del proyecto de estimular el despliegue de verdaderas vocaciones de estudio y el desarrollo de la investigación científica en un medio intelectual provincial, al que, ante la mirada severa y anhelante de Terán, aún quedaba un largo camino por recorrer.

2.3. Dos posturas frente al trabajo intelectual Terán y Unamuno

En la sección “Hechos e ideas” del número 19, Terán selecciona y traduce una serie de reflexiones de Taine acerca del trabajo intelectual.³⁷ Una de ellas ilustra la actitud de impassibilidad y serenidad que Terán destacaba en su homenaje al filósofo incluido en la decimotercera entrega:

Hay un gran principio que yo creo verdadero: no debéis hacer exhibición de vuestros sentimientos en el papel, de la misma manera que un hombre que habla en un salón o en público evita o reprime los sollozos y los gritos cuando le vienen, es indecente dar su corazón en espectáculo.³⁸

En torno a este modo de concebir la labor intelectual Terán desarrollará en el espacio de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* una importante polémica con Miguel de Unamuno. La figura del español constituye una presencia frecuente en la publicación desde sus primeras entregas. Si quisiera trazarse la historia de esta presencia, hay que decir que ella comienza en un temprano tercer número de septiembre de 1904, donde Jaimes Freyre comenta un escrito de Unamuno publicado en la revista *La España moderna*.

Miguel de Unamuno opone al *omnia vanitas* del sabio su *Plenitud de plenitudes y todo plenitud!* Sobre una base general de sofisma –como trataré de demostrar en otra ocasión– tiene extrañas y sutiles intuiciones, inducciones nuevas y magníficas, concepto enteramente personal y singularmente aceptado de ciertos fenómenos

sicológicos (*sí*). Nada ha escrito Miguel de Unamuno más digno de leerse y de meditarse y de combatirse.... a veces. Nietzsche sonrío.³⁹

Este breve comentario, entre elogioso y crítico, ubicado en una de las últimas páginas de la tercera entrega, es el origen del diálogo sostenido, que se tornará a veces polémico, pero será siempre amable, que la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* mantiene con Unamuno. Éste acusa recibo de los comentarios de Jaimes Freyre en una primera carta personal destinada al director de la publicación tucumana, incluida luego en el número 6. Allí, además de ofrecerle su amistad, Unamuno postula de manera breve pero contundente, un modelo intelectual que presenta al corazón y a los afectos como punto de partida.⁴⁰

Me parece naturalísimo que usted crea que parto de un sofisma y que estime mi argumentación poco convincente. Es el criterio lógico. Pero yo, que creo que la verdad es la que nos hace vivir y no lo que nos hace pensar, opongo la *lógica* a la *cardíaca*, y frente a las negaciones de la cabeza, alzo las afirmaciones del corazón. Mi punto de partida es afectivo, no intelectual. Es la angustia (...) la congoja que nos arranca del conocimiento aparential para llevarnos al esencial. Así se llega a la verdad, no como reflejo del universo en la mente sino como asiento de él en el corazón. El corazón, despertado por la congoja, aprende que hay un mundo en que la razón no es guía.⁴¹

La posición de Unamuno introduce en la revista un modelo completamente opuesto al que admira Terán, racional y positivo, centrado en la actitud de impasibilidad del pensador y representado por Taine.

El español escribe una nueva carta a Jaimes Freyre en diciembre de 1904, publicada en el número 7, que responde a una anterior de éste, que acompañaba el envío del cuarto número. En su respuesta, Unamuno se extiende en el comentario de los aspectos que le interesaron del ejemplar recibido y termina saludando “al simpático grupo que lleva adelante esa revista”, no sin antes exhortar a Jaimes Freyre a contar “con el voto en pro de su empresa de su compañero y amigo”.⁴² De esta manera, se suceden los escritos de Unamuno en la revista: el número 10 incluye un capítulo de su *Vida de Don Quijote y Sancho*, que lleva una nota en la que el español es presentado como un “eminente colaborador” de la revista, así como una nueva carta a Jaimes Freyre en la que elogia un artículo de éste sobre versificación, publicado en el número 19. Unamuno se convierte así en un asiduo colaborador de la publicación y en prácticamente el único intelectual extranjero con el que la revista mantiene un intercambio fluido y frecuente. De ahí, quizás, la importancia otorgada a todas sus intervenciones, incluidas las cartas personales que dirige al director. Pero además, puede notarse la estima de los realizadores de la empresa tucumana por Unamuno, entonces rector de la prestigiosa Universidad de Salamanca, a quien destacan como una “vigorosa intelectualidad española, muy apreciada entre nosotros”.⁴³

Hasta el número 19, es Jaimes Freyre el principal interlocutor de Unamuno, y el único que se ocupa de su figura y de sus escritos. Pero en adelante, Terán será el principal responsable del intercambio de ideas con el español. La sección “Hechos e ideas” del número 28 incluye colaboraciones de Unamuno y de Terán. El artículo del primero, “El idealismo hispanoamericano”, critica la falta de “idealidad” en los pueblos del continente, “postrados en el materialismo”, situación que afecta tanto a la ciencia como a la literatura. En efecto, para Unamuno existen dos peligros: el “literatismo”, que es “el cultivo de las letras como una profesión de especialistas, el esteticismo, enemigo de todo lo ideal y levantado, incluso de la estética misma”; y, del otro lado, “del lado de los prácticos”, la “barbarie científicista”:

Y así estamos de un lado la barbarie tradicionalista y humanista, del otro, la barbarie progresista y científicista (no científica, pues los que más hablan de ciencia

suelen ser los que menos la sienten) y por debajo una sola barbarie, que tiene su nombre.⁴⁴

Unamuno se rebela contra el materialismo y el cientificismo tan en boga, pero parece rescatar la verdadera ciencia, al distinguir lo científico de lo meramente cientificista. Pero sus críticas se hacen extensivas también al campo de las letras. En este gesto se advierte que la actitud de Unamuno hacia la ciencia es mucho más matizada de lo que a primera vista parece en su confrontación con Terán.⁴⁵

Unas pocas páginas después, en la misma entrega de enero de 1907, se encuentran las “Anotaciones marginales” de Terán, centradas específicamente en Taine y que responden a las acusaciones de Unamuno, quien se había referido al pensador francés como “aquel portentoso falsificador y sistemático caricaturista que se llamó Hipólito Taine”.⁴⁶ Terán explica estas críticas a partir de la distancia existente entre Unamuno y Taine. Dice de este último:

Era una clase de espíritu distinto que la del escritor español. Mientras aquél sobresalía como generalizador y filósofo, éste es un moralista –es fácil la prueba– y un comentador; mientras aquél ve el conjunto de los fenómenos, los organiza en una síntesis, éste los percibe en sus detalles, se complace en ellos y extrae del análisis el mayor recurso de su obra.⁴⁷

Terán ve en Taine y en Unamuno dos modelos intelectuales claramente opuestos. Ya en el número anterior el redactor había registrado esta oposición, casi como al pasar, en una reseña bibliográfica: “Distingue el autor la creación intelectual de la creación sentimental, afectiva, cardíaca, que diría Unamuno.”⁴⁸ En efecto, ambos responden a modos de pensamiento que la historia de la filosofía opone, si bien Terán, desde luego, no se expresa en estos términos. Así, puede decirse que Taine constituye una figura paradigmática de la edad triunfante del positivismo, en tanto que Unamuno es destacado por la crítica como un importante exponente del proceso de superación de dicho movimiento. Soler señala que la influencia de Unamuno no es extraña a la eclosión de las nuevas tendencias filosóficas que propiciarían el derrumbe positivista en las primeras décadas del siglo XX.⁴⁹

Luego de dejar en claro la distancia existente entre ambos modelos, Terán se aboca a la defensa de Taine, cuya figura había sido, a su juicio, tan maltratada por Unamuno. Con respecto a la calificación del francés como “falsificador” y “caricaturista”, Terán responde:

(...) no se puede así, en dos líneas, afirmar tan injustos juicios. Puede ser que respecto de un autor, de un libro, no haya en Taine la expresión perfecta de las particularidades, pero ha dado de ese autor y de ese libro todo lo que era necesario para una concepción total de su obra, de su espíritu, de su época. Era un filósofo y no un biógrafo. Presenta ante todo lo universal, sistematizando en rasgos matrices un haz inmenso de materiales y documentos. Es, pues, un modelo de filósofo de la historia. Procediendo como moralista, el ejemplo de Taine ha debido ser encarecido por sus severas virtudes de estudioso y de hombre –entre ellas la acendrada sinceridad de sus ideas, –que prueban los tres volúmenes de correspondencia que acaban de publicarse.–⁵⁰

La defensa de Terán se basa en señalar los diferentes puntos de partida de Taine y de Unamuno. Luego de exponer una elogiosa opinión sobre el primero de Paul Lacombe, presentado como una voz autorizada en la materia, se adelanta a las posibles objeciones del español hacia el método de Taine:

Paul Lacombe, de quien no debéis desconfiar porque es un concienzudo crítico que aspira a corregir las más fundamentales ideas del maestro- dice: “es ciertamente y

con mucho, el prosador más animado e imaginativo que haya entre nosotros. Es en prosa el equivalente de Hugo.”

En el caso de Unamuno, Taine no habría hecho adjetivación fulminante. Habría espuesto (*sí*) fríamente la serie de factores que explicarían (*sí*) la tendencia, la idiosincrasia del autor –las razones superiores y profundas– raza, medio, temperamento. Y en el fondo de un raciocinio aparentemente perfecto, mostraría el hilo oculto de un prejuicio.⁵¹

Esta suerte de desagravio de la figura de Taine que Terán emprende en visible oposición a las ideas de Unamuno, desencadena la verdadera polémica entre ambos, que alcanzaría gran repercusión. Pocos meses después, Unamuno publica en *La Nación* del 10 de marzo de 1907 un juicio sobre Taine inspirado en lo escrito por Terán en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*. Éste es reproducido en la entrega número 32, del mes de mayo,⁵² seguido de una réplica de Terán. En su artículo incluido en *La Nación*, Unamuno se aboca a la rectificación de las consideraciones expuestas por Terán en el número 28 de la revista:

De las varias revistas que recibo de la América de lengua española, una de las que hojeo siempre con más interés y complacencia es la *Revista de letras y ciencias sociales* de Tucumán (...) En el número de esta revista correspondiente al 1° (*sí*) de enero de este año se comenta el que yo llamara a Hipólito Taine un “portentoso falsificador y sistemático caricaturista” y se oponen a este juicio reparos muy discretos.⁵³

A continuación, Unamuno aclara los motivos de su crítica postura hacia el “maestro” francés. Acusa a Taine, en su rol de historiador, de apriorismo, al forzar datos para confirmar sus hipótesis, y de llevar a cabo una historia fría en la que los hombres son despojados de toda su humanidad para convertirse en meras “ideas encarnadas”:

Taine no sintetiza sino que escoge los rasgos que concuerdan con la idea apriorística que se ha forjado de un individuo y los pone de relieve, dejando en la penumbra o en la sombra los demás. Los hombres no son para Taine hombres, sino casos de ejemplificación de teorías abstractas (...) En rigor Taine no creía en la individualidad ni en el alma personal, y sus personajes, si bien se mira, carecen de alma (...) Casi ninguno de los llamados filósofos de la historia es buen historiador. Para historiar es menester dejar de un lado la filosofía y que los hechos mismos hablen y filosofen ellos: y mucho más tratándose de una filosofía tan seca, tan geométrica, tan fríamente cartesiana, tan poco histórica como era la filosofía de Taine.⁵⁴

Debido a esta manipulación de los datos Unamuno llama a Taine caricaturista, porque “lo propio de la caricatura es acentuar los rasgos diferenciales de un individuo, atenuando y hasta haciendo desaparecer los demás”. Puede advertirse la gravedad de esta acusación dirigida a la figura que desde mediados del siglo XIX persistía como la encarnación misma del intelectual, y constituía el principal referente de muchos hombres, incluido Terán entre las primeras filas. Unamuno no vacila en acusar a Taine de falta de honestidad intelectual, por forzar la información histórica según la conveniencia de la tesis a demostrar.

Para el español, que había postulado en la sexta entrega de la revista “la cardíaca”, esto es, el punto de partida afectivo para el hecho intelectual, Taine no puede menos que ser acusado de una frialdad extrema: “Taine es un perfecto ejemplar del espíritu intelectualista francés, frío, geométrico, *desabusé*, cartesiano”. Y, al compararlo con Sarmiento, reconoce Unamuno que ambos son caricaturistas, pero ridiculiza la fría forma de “deformar” de Taine y rescata las caricaturas apasionadas realizadas por el autor de *Facundo*

Éste, el francés, deformaba fríamente, con regla y compás, según un sistema de coordenadas, con arreglo a una psicología mecanicista, mientras que el argentino

deformaba con calor, por amor o por odio, por pasión. El uno deformaba, caricaturizaba con la cabeza: el otro con el corazón. Y yo me quedo con el segundo.⁵⁵

Unamuno finaliza su extenso análisis sobre el positivista francés con una reflexión general sobre “los estragos que creo que ha hecho en la mentalidad hispanoamericana, lo mismo que en la española, ese positivismo mecanicista y geométrico que estuvo en moda hace veinte años, y fue el credo de la mesocracia intelectual”.⁵⁶

A continuación del artículo de Unamuno reproducido de *La Nación*, se incluye en la revista la respuesta de Terán, titulada “Taine y su filosofía. Réplica a Unamuno”. Terán comienza con una aclaración que retoma la consideración final de Unamuno acerca del positivismo:

Comencemos por fijar una coincidencia con Unamuno, y en la que ojalá solucionaríamos las disidencias: el desdén por el positivismo de pacotilla, por la sociología pretenciosa y vacía, sin originalidad y fuerza, que alimenta aquí, como en su propio país de España, la inteligencia de la mediocridad pululante, ambiciosa de fórmulas hechas y de superficialidades nuevas. Pero de ahí a la investigación de los maestros, la diferencia es enorme –Taine o Renan no son ni Le Bon ni Finot.⁵⁷

Luego de esta primera aclaración en la que aleja el nombre de Taine de la vertiente del positivismo de la que reniega, Terán se centra no sólo en el rescate de este pensador, sino que emprende la defensa de la ciencia en general, que él entiende se ve doblemente negada por Unamuno, tanto por sus críticas al método de Taine como por la perspectiva de su “cardíaca”:

En este artículo de *La Nación* aflora aquí y allá, aquella misma filosofía: la necesidad de la pasión, la salvación por las pasiones o por el fuego sagrado de la ilusión trascendental, el desdén místico por la ciencia y la experimentación (...) No niega solamente a Taine o a Spencer sino a la ciencia (...) No es que Taine falsifique, caricature o nos deje fríos sino que es la ciencia la que padece estos defectos, porque carece de pasión y rebosa de lógica, (...) porque destruye toda la animación y el fuego de los sentimientos con ordenamientos y generalizaciones.⁵⁸

Hasta tal punto ve Terán a Taine como el modelo por excelencia del conocimiento y de la ciencia, que asimila las objeciones hechas contra esta figura como críticas dirigidas a la ciencia en general. En efecto, el método de Taine es para Terán el único método científico válido: “Taine es sistemático, clasifica, organiza, sintetiza, porque es ése el método constructivo de la ciencia”. Nada más opuesto a la ciencia para el tucumano que el punto de partida afectivo de Unamuno, que juzga obsoleto:

La ciencia ha trabajado todo el tiempo que lleva de existencia para sustraer al hombre del imperio de la “cardíaca”, que no es sino un nombre nuevo de una forma ancestral, que sobrevive prepotente en las tribus indias. La “cardíaca” no sería sino la supresión de la laguna, que se ensancha todos los días, entre la impresión y la determinación, entre la pasión y el acto (...) La pasión, la “cardíaca”, inhiben nuestra inteligencia, anarquizan el alma y suprimen la floración más pura que se ha abierto sobre el camino humano: la tolerancia, la contemplación, la modestia.⁵⁹

Una vez aclaradas estas cuestiones más generales, Terán se ocupa concretamente de Taine y refuta las principales impugnaciones realizadas por Unamuno: la frialdad del francés y su tendencia a “caricaturizar”. Sobre esto último dice Terán que, lejos de constituir un defecto o un ejemplo de manipulación consciente, lo que el español llama “caricaturizar” no es más que generalizar y extraer sólo los rasgos sobresalientes de un período o de un hecho histórico; lo cual constituye, por el contrario, precisamente la virtud

del trabajo de Taine, puesto que para el tucumano “la historia es más exacta, cuando caricatura al decir de Unamuno, cuando acentúa los caracteres fundamentales de una época, porque de otra manera en la perspectiva, hay peligro de que se ahoguen o se difuminen en medio a los detalles, a los esbozos, a la maraña de una crónica minuciosa”.⁶⁰

En cuanto a la frialdad, Terán considera que constituye una mera acusación basada en una interpretación equivocada de la serenidad del pensador. A sus ojos, una actitud serena resulta, como se dijo, fundamental para emprender la labor intelectual:

Por haber avanzado largamente en la expurgación de las pasiones se le atribuye precisamente frialdad y sequedad. Pero su frialdad no es sino la serenidad crítica, y nunca frialdad “cartesiana, racionalista, geométrica” como afirma Unamuno, puesto que su filiación intelectual no está en el autor del *Discurso sobre el Método*, sino en la tendencia contraria, que comienza a acentuarse en Montesquieu (...) No era efectivamente, un apasionado, pero en cambio –y ésta es una de las diferencias con el cartesianismo– sabía todo el valor de las pasiones, en el juego de la vida.⁶¹

Terán aprovecha la oportunidad para esbozar un verdadero elogio de la serenidad de Taine, que, a su criterio, tan erradamente confunde Unamuno con una supuesta frialdad:

Pocas veces se habrá entregado un espíritu a una contemplación más detenida y penetrante de más vastos horizontes. Y cualquiera que fuera el valor de los sistemas, queda indestructible su idea de la “impasibilidad crítica”, que suprime las “gafas azules y rojas” y los “daltonismos intelectuales”.⁶²

El número 32 recoge las últimas intervenciones de Terán y de Unamuno sobre el tema, con las que el debate parece llegar a su fin. Es necesario destacar la importancia de esta polémica surgida en las páginas de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, que alcanzó gran repercusión y que llegó a involucrar a uno de los diarios nacionales de mayor circulación y prestigio de la época.⁶³ Así lo reconocen autores como Ramón Leoni Pinto y Lucía Piossek Prebisch, quienes destacan la centralidad y la vigencia de las ideas intercambiadas, especialmente en lo que atañe a la reflexión sobre la historia.⁶⁴

Una última aclaración respecto de este debate: podría asociarse la defensa de Taine que lleva a cabo Terán, con su adhesión incondicional al positivismo, en tanto el francés se ve claramente vinculado al movimiento y es postulado como uno de sus más importantes maestros. En este punto resulta interesante la aclaración ya citada con la que Terán inicia su réplica a Unamuno. El tucumano distingue buenas de “malas lecturas” del positivismo, así como el verdadero pensamiento positivista del “positivismo de pacotilla” al que adhiere la “inteligencia de la mediocridad pululante”. Pero no deja de aclarar que pensadores como Taine se ven indiscutiblemente alejados de tales manifestaciones reduccionistas. De todos modos, no puede deducirse directamente de su admiración por Taine, igual actitud hacia el positivismo en general. Por el contrario, y como se señaló antes, Terán es destacado por quienes lo estudiaron como uno de los primeros intelectuales argentinos que se alejaron de su influencia.

No obstante, pueden encontrarse en la revista algunas muestras de acusado cientificismo, como el texto de Tornow. A pesar de ser la única colaboración de este autor en la publicación, no es posible negar la importancia concedida a su artículo, que ocupa las primeras páginas de la entrega. Como ya se advirtió, esta colaboración responde tal vez a la obsesión de Terán por suplir las fallas que observa en el medio intelectual argentino, y especialmente tucumano, con la consagración al estudio y a la investigación, y con la sujeción a la rigurosidad de un método, esto es, una verdadera toma de conciencia científica. Si bien, y como se ha mostrado, no es posible asociar sin conflictos a Terán con la ideología positivista, puede afirmarse que el Terán de los años de la *Revista de Letras y Ciencias*

Sociales parece haber encontrado en el método científico impulsado por el positivismo uno de los instrumentos necesarios para introducir el rigor de la investigación científica en un ámbito adverso. De este modo, Terán reconoce el rol central que adjudica Soler al positivismo en el desarrollo de la ciencia en Argentina.

Acaso resulte más acertado pensar el discurso de Juan B. Terán en el marco de lo que Oscar Terán llama “cultura científica”, “designación que indica aquel conjunto de intervenciones teóricas que reconocen el prestigio de la ciencia como dadora de legitimidad de sus propias argumentaciones”. Para el crítico, esta denominación resulta más abarcadora, y a la vez más precisa, que la de positivismo.⁶⁵ En efecto, es necesario contextualizar el pensamiento de Juan B. Terán para comprender sus diferencias con Unamuno. El español se había manifestado ya abiertamente como un crítico del positivismo en el prólogo a su novela, *Amor y pedagogía*, calificada por la crítica como “una burla cruel contra el científicismo y, más radicalmente, con el propósito de regir la conducta por norma de la razón”.⁶⁶ Allí, el autor declara que “(...) a muchos ha de parecerle un ataque, no a las ridiculeces a que lleva la ciencia mal entendida y la manía pedagógica sacada de su justo punto, sino un ataque a la ciencia y a la pedagogía mismas, y preciso es confesar que, si no ha sido tal la intención del autor –pues nos resistimos a creerlo en un hombre de ciencia y un pedagogo–, nada ha hecho, por lo menos, para mostrárnoslo.”⁶⁷ Los estudiosos del pensamiento de Unamuno vinculan esta “enemistad de fondo hacia la razón y la ciencia” con su actitud de rechazo, que en ocasiones adquiere ribetes verdaderamente pesimistas y reaccionarios, hacia el progreso entendido desde un punto de vista material.⁶⁸ Nada más alejado de lo que Elías Díaz llama el “antiprogresismo unamuniano” que la confianza en el progreso y el anhelo de constitución de un verdadero campo científico que se advierte en las intervenciones y las críticas de Terán. En última instancia, la polémica se entiende a partir de la enorme distancia existente entre los lugares desde los que cada interlocutor se posiciona. Terán reflexiona, critica y propone, inmerso en un medio intelectual en el que, según sus propias manifestaciones, la ciencia carece de tradición alguna. En sentido inverso, Unamuno, desilusionado, mira con recelo las consecuencias que los avances científicos y el progreso material son capaces de provocar. Terán, en cambio, parece sentir el deber de luchar por que las bases mismas de la ciencia sean conocidas y practicadas; ésa es la responsabilidad intelectual que busca asumir. Quizás para el tucumano el alejamiento del método científico positivista sea entonces posible sólo luego de que éste se haya difundido e instalado en el ámbito intelectual.⁶⁹

De manera general, podría decirse que todas las intervenciones de Terán en la revista pueden entenderse a partir de la consideración de la coyuntura provincial. Sus reflexiones en torno al positivismo y a la figura de Taine, la polémica con Unamuno, la valoración de la ciencia por sobre las letras, son acaso los síntomas de una de sus preocupaciones centrales, como fue la de contribuir a la fundación de un verdadero campo cultural en Tucumán, a partir de la puesta en circulación de modelos y métodos a seguir. Este afán definió una de las vertientes del proyecto desplegado por la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, que buscó cubrir las fallas y necesidades advertidas en el medio provincial no sólo desde sus páginas, sino también desde el círculo de la Sociedad Sarmiento y desde el sueño de entonces de la universidad regional.

2.4. La historia y la “cuestión nacional”

Pensar la nación parece haber sido la consigna central de los intelectuales argentinos que actuaron en los primeros años del siglo XX. En efecto, Oscar Terán advierte un “exacerbado retorno” de la “cuestión nacional”, que “dominará la polémica simbólica entre 1890 y el Centenario, cuando alcanza un momento de significativa condensación ideológica”.

Para el autor, puede decirse que “(...) en ese lapso se produce una “disputa por la nación” entroncada en la polémica por definir y/o redefinir un modelo de nacionalización para las masas y una nueva identidad nacional”.⁷⁰ La corriente positivista no permaneció ajena a esta problemática. Por el contrario, Biagini postula el “carácter nacional” del positivismo argentino, y destaca su capacidad para ofrecer categorías y herramientas para reflexionar sobre la nación. A su juicio, el movimiento “no sólo apuntó temáticamente al país sino que volcó buena parte de sus fuerzas a desentrañar el dilema de nuestra identidad”.⁷¹ Al respecto, Oscar Terán señala que fue esta ideología una de las pocas que pudo plantear “con tal capacidad de hegemonía una propuesta de organización de la nación”.⁷² Para José Luis Romero fue el positivismo un factor de unión entre los hombres del '80 y los del Centenario en tanto funcionó para ambos grupos como un marco adecuado para la continuación de un proyecto nacional.⁷³ La necesidad de un análisis sistemático y profundo de la realidad del país, el afán de comprender la identidad nacional, el anhelo de una mayor conciencia histórica, fueron algunas de las preocupaciones de los intelectuales de esta etapa⁷⁴ y estuvieron también presentes en las páginas de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*.

La publicación no sólo desplegó un debate teórico en torno a la valoración de la ciencia y de sus métodos, sino que articuló también intervenciones concretas gestadas desde las “ciencias del hombre” –según la denominación de Soler–, que por entonces gozaban de un prestigio creciente.⁷⁵ Así, es posible leer en la revista un importante número de textos vinculados a la sociología y a la historia, cuyo principal objeto de reflexión fue, precisamente, la “cuestión nacional”. En palabras de Romero, “el aspecto heteróclito y los rasgos confusos y contradictorios de la realidad social argentina, atrajeron la atención de los espíritus inquietos y reflexivos hacia los problemas sociológicos”.⁷⁶ Desde su perspectiva, la sociología constituyó, para los intelectuales del '900, un “sustitutivo de la acción”, esto es, “una política crítica y ejercitada desde cierta distancia, pero cuya intención distaba mucho de proyectarse hacia la utopía y movía más bien los ánimos hacia una comprensión de las realidades profundas, en cuya entraña debía obrarse si se aspiraba a actuar sobre las relaciones de convivencia”.⁷⁷

En lo que atañe a la historia, puede advertirse que los debates historiográficos definen la etapa. La disciplina, sus principios y sus contenidos son revisados y cuestionados con frecuencia, como analiza Romero.⁷⁸ Para Tulio Halperin Donghi, el período 1880-1910 se destaca, en el ámbito historiográfico, por la heterogeneidad. A su modo de ver, el dominio de los clásicos de la historiografía argentina, como las obras de Bartolomé Mitre, conviven en esta etapa con la emergencia de nuevos modos de abordar la historia y de propuestas de resolución de la disciplina en alguna de las nuevas ciencias sociales.⁷⁹ Ángel Castellan, por su parte, estudia la configuración de una historiografía positivista argentina en los primeros años del siglo XX, inspirada en los principios establecidos por Taine, y que “constituyó el intento, coherente y empeñoso, de poner en evidencia las entretelas que podían explicar las características psicosociales del país contemporáneo”. Fue, en sus palabras, “una historia pragmática, es decir, un esfuerzo intelectual con destino, con la intención de ser un servicio social”.⁸⁰

Según advierte Leoni Pinto, la historiografía de Tucumán vive en estos años su etapa más importante, en la que los fundadores de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* desempeñaron un rol protagónico. Ellos pretendieron “lograr otro nivel para la disciplina” e impulsaron la creación de instituciones como la universidad o la Junta Conservadora del Archivo Histórico, que indican el punto de arranque de la “historia científica” en la provincia.⁸¹ En efecto, la historia ocupa un lugar destacado en la trayectoria intelectual de los miembros de la publicación, de modo que no resulta extraño que sus páginas hayan otorgado a la disciplina un lugar central. Leoni Pinto destaca a Terán como el único

historiador de su generación que “dejó una obra orgánica y representativa”.⁸² Desde su punto de vista, fue “un historiador crítico, un científico, y un filósofo de la historia” y su obra “se ajustó a la moderna perspectiva historiográfica”.⁸³ En cuanto a López Mañán, afirma que “su temprana muerte puede explicar su poca pero valiosa producción historiográfica”,⁸⁴ expresada en *Tucumán antigua*. Este último fue, según Leoni Pinto, “un adelantado cultor de la historia problema y un precursor de la relación entre historia y sociología”.⁸⁵ Tanto Terán como López Mañán se abocan al estudio de la historia desde un comienzo. Jaimes Freyre, en cambio, hace lo propio varios años después de la desaparición de la revista.⁸⁶ Para Leoni Pinto, el boliviano “realizó una importante labor investigativa, narrándola luego con bello estilo y adecuado esquema conceptual”, y sus libros “tienen, además de esa comprensión del proceso estudiado, un importante aporte documental, totalmente inédito”.⁸⁷ Desarrolló además una valiosa labor como encargado de la organización del Archivo Histórico de la Provincia.⁸⁸ No obstante, en los años de edición de la revista no se advierte el interés de Jaimes Freyre por esta materia: fueron los redactores los principales encargados de la historia en las páginas de la publicación.

Es posible afirmar que la historia está presente de tres modos en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*. La publicación incluye reflexiones teóricas en torno a la disciplina, su carácter científico y su método a partir de la consideración de la obra de historiadores consagrados; da a conocer extensos estudios históricos de los miembros de su *staff*; y difunde sistemáticamente, en casi todos sus números, documentos históricos inéditos. El primer modo se relaciona con la valoración de historiadores europeos, como Taine, “el gran mentor de nuestra historiografía positivista” según señala Castellan,⁸⁹ cuya presencia en la publicación ya se analizó, y Guillermo Ferrero, autor de la conocida *Grandeza y decadencia de Roma*, que alcanzó una notable difusión, como se señaló antes. La revista no sólo consideró sus figuras, sino que incluyó también traducciones de los escritos de ambos, presentadas como modelos de estudios históricos.⁹⁰ Ferrero, invitado de honor de la Sociedad Sarmiento en 1907, suscitó, como el francés, una evidente admiración entre los tucumanos, especialmente en Terán, quien no escatima elogios al ocuparse de su figura. En una nota a la traducción del segundo capítulo de *Grandeza y decadencia de Roma*, incluido en la decimosexta entrega, encomia su estilo y su método, a la vez que propone el escrito como ejemplo de la clase de estudios a los que aspira la ciencia social:

Su estilo, su fuego, la belleza natural de su frase sin artificio, de su concepción psicológica y económica es el fruto de un temperamento férvido de historiador, de filósofo y de artista, apasionado del pasado, como de una de las perspectivas más dignas de amarse, perseguirse y escrutarse por el estudioso en el infinito espacio de la investigación del corazón humano, objeto en que se resumen la ambición y el fin de la ciencia social, al (*sí*) través de todas sus teorías, estadísticas, clasificaciones, contradicciones y balbuceos.

Ferrero es un exponente de la gran cultura de la Italia actual que puede aspirar a mostrar con él, una de las más altas cabezas del pensamiento moderno.⁹¹

En su discurso de presentación del historiador en la Sociedad Sarmiento, incluido en el número 36, Terán se detiene extensamente en la consideración de Ferrero y lo destaca como un modelo de historiador “filósofo, psicólogo, sociólogo y también artista”, “conjunción feliz de ciencia y de arte, de rigor lógico y de belleza pintoresca”.⁹² En una entrega anterior, el tucumano ya había señalado el carácter sociológico de la historia de Ferrero como un rasgo altamente positivo, que, a su criterio, contribuye a destacar su obra por sobre la de otros historiadores. Así lo manifiesta en una breve reseña incluida en el número 30, donde compara el retrato de Publio Cornelio Escipión Emiliano que traza Ferrero con el que realiza Gastón Boissier:

Las siluetas coinciden en sus líneas matrices, pero en las que Boissier traza hay el amor de un biógrafo y el gusto de lo complicado propio del historiador, mientras que en las figuras de Ferrero los rasgos están simplificados y aminorados, porque su autor es ante todo un sociólogo, generalizador por lo mismo, para quien los sucesos y los hombres no hacen sino colmar los vacíos de la red tensa de causas y efectos sociales.⁹³

La insistencia en señalar las virtudes del historiador italiano podría relacionarse también, como en el caso de Taine, con el afán de estimular el estudio manifiesto por Terán, a partir de la postulación de modelos considerados dignos de imitación. En este sentido, es posible pensar que el mismo Terán halló en Ferrero otro espejo en el cual mirarse, especialmente en materia histórica. El redactor, que valora positivamente el espíritu generalizador del italiano, a quien destaca, por ende, como un “historiador sociólogo”, buscó imprimir en sus propios estudios históricos un tinte sociológico, como se verá más adelante. Sin embargo, no todos los miembros de la revista coinciden en ver a Ferrero como la cifra del perfecto historiador. Así, Jaimes Freyre, en algunos breves escritos incluidos en las secciones bibliográficas de dos entregas –que constituyen, por otra parte, sus únicas intervenciones en relación con cuestiones históricas–, deja entrever algunas críticas al método del italiano. Juzga sus hipótesis de “ingeniosas, sin duda, pero singularmente frágiles” y advierte que su uso de neologismos “nos llevan muy lejos de la vida antigua, sin añadir gran cosa a la narración”.⁹⁴ Y, en relación con la visita de Ferrero a Tucumán, el director de la publicación escribe un comentario de tono muy distinto al realizado por Terán en la misma ocasión; insiste allí en el carácter arriesgado de las hipótesis del italiano y advierte cierta oscuridad en torno a las fuentes que utiliza:

El señor Ferrero es un nuevo intérprete de la historia (...) es innovador, revolucionario y creador de sistema. A ello debe añadirse la singular potencia evocadora y reconstructora con que da vida, animación, calor y movimiento a las páginas de su libro, clásico ya.

Una vez lanzado en el terreno de las interpretaciones personales, la originalidad de sus consecuencias llega a producir la impresión de arriesgadas hipótesis, para las cuales se busca a veces en vano el apoyo de los textos. Es verosímil –más verosímil acaso que la verdad misma –pátese la paradoja– pero esa verosimilitud, no siempre está de acuerdo con las fuentes de la historia.

Sigue a Tácito, a veces, y a veces lo abandona basándose, al parecer, en uno y otro caso, solo (*sí*) en su propio criterio. ¿Cómo llegó a formar ese criterio? He ahí lo que sería muy digno de conocerse (...) ⁹⁵

No es difícil notar la distancia existente entre los reparos de Jaimes Freyre y los elogios de Terán. Ello constituye otra muestra de la actitud de apertura manifestada con frecuencia en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* al incluir juicios y opiniones opuestos en torno a un mismo tema, así como de las ya mencionadas tensiones presentes en el interior de la formación cultural. No obstante, estas opiniones no llegan a ser percibidas como una polémica. Por el contrario, los escritos de Jaimes Freyre y de Terán se ven incluidos en entregas distintas y en ninguno de ellos se hace referencia a las opiniones del otro, modalidad a la que se recurre, en cambio, en la confrontación de ideas entre Terán y Unamuno o Lugones.

Además de ocuparse de los historiadores europeos, la revista dedica algunas páginas a Bartolomé Mitre, uno de los “padres de la historiografía argentina”, en palabras de Halperin Donghi.⁹⁶ López Mañán pronuncia un discurso en homenaje al “grande hombre” y a las “generaciones extinguidas”, que se incluye en la decimonovena entrega. Sin embargo, el redactor no hace referencia alguna a la labor historiográfica desplegada por Mitre; por el contrario, éste no es rescatado como historiador, sino como un notable protagonista de la

historia del país.⁹⁷ Podría interpretarse este silencio en torno a la faz histórica de la obra del homenajeado como un modo de establecer distancias respecto de la historiografía liberal-nacionalista, forjadora de héroes y centrada en la narración de procesos políticos, establecida por Mitre. En efecto, López Mañán parece sumarse más bien a la nueva visión histórica que comenzaba a gestarse a comienzos del siglo; sus estudios históricos incluidos en la publicación dan cuenta de ello.

Tales estudios forman parte de la segunda modalidad por la que la historia se hace presente en la revista. Si bien no son numerosos, los análisis históricos realizados por los redactores acusan cierta extensión y ocupan, en algunos casos, las primeras páginas de las entregas. Ellos se relacionan de modo estrecho con la sociología. Leoni Pinto, que señala que en los primeros años del siglo XX la historiografía argentina evidencia una actitud –positiva, a su criterio– de integración de ambas ciencias, describe a Terán y a López Mañán, precisamente, como “historiadores sociólogos”. El primero, que “en la interpretación unió el historiador al sociólogo: describió los hechos y los comprendió, en una síntesis que los explicaba”, “amplió los límites de la tarea del historiador”.⁹⁸ En cuanto a López Mañán, “éste se preocupó por comprender procesos, no por el registro de hechos o las cronología de batallas. No fue un representante de la historia fáctica, de base documentalista; eligió cultivar la historia problema. Buscó el origen de los conflictos humanos; a los que estudió, en la historia tucumana y regional, y en períodos de la nacional; enraizados y tramados por lo social, económico y político. El resultado de este planteo, fruto de largas investigaciones, lo formuló apoyado en principios de la sociología”.⁹⁹

La *Revista de Letras y Ciencias Sociales* fue testigo de las discusiones en torno al cruce entre historia y sociología. López Mañán comienza su artículo “Sociología argentina. Apuntes sobre el derecho de Tucumán de 1830 a 1840” con una reflexión teórica acerca de la necesidad de abordar los estudios históricos a partir de los principios de la sociología y de estrechar las relaciones entre ambas ciencias:

Uno de los positivos progresos que han derivado de las modernas investigaciones sociales, es la posibilidad del empleo de principios claros y casi seguros en la ordenación de los hechos históricos, mediante los cuales éstos dejan de estar a disposición de imaginaciones más o menos felices que les hallen acomodo, para reglarse por alguna ley inferida en sus dominios o análoga a las de otras disciplinas científicas, que hacen fecundo su conocimiento. Bien es verdad que en el estado actual de constitución de la sociología, la controversia y la inestabilidad en que se mantienen sus conclusiones, excluyen la posibilidad de opciones definitivas entre ellas; pero a través de su indeterminación pueden señalarse y ser empleados principios que reúnen aquella condición primordial de toda hipótesis o sea la fecundidad en explicaciones de los hechos a que se refieren. Adoptando conclusiones de estas últimas para la revisión de los documentos del pasado, no sólo se va en buen camino para la formación de una verdadera historia, sino que, de paso y como estudio de sociología, se pone en situación de avalorar la suficiencia de la ley empleada en la interpretación.

(...) Un mal común echa a opuestos extremos la literatura actual de la sociología y de la historia. (...) En cambio, de una recíproca contribución de los principios de estas dos ciencias para los fines de cada una, puede esperarse el enriquecimiento de ambas: la sociología derramando las fuentes de la historia por las laderas y llanuras de la vida colectiva, –desde las cumbres de su origen, en que se mantienen brillantes pero cristalizadas–, la historia fomentando y robusteciendo con las complejas sedimentaciones así producidas el aluvión movedizo en que aquella asienta hoy el mundo organizado de sus principios.¹⁰⁰

Sus palabras dejan entrever una preocupación similar a la manifestada por Terán en torno a la constitución de estudios que se atengan al rigor y al método de la ciencia. En este

caso, la sociología es pensada precisamente como fuente de legitimidad para la investigación histórica. Luego de esta introducción, López Mañán se detiene en el análisis pormenorizado de las leyes promulgadas durante el gobierno de Heredia en Tucumán, que considera frutos de la etapa de la anarquía argentina. A su juicio, este período presenta ciertas similitudes con el feudalismo europeo; propone así una suerte de paralelismo entre la historia argentina y la europea.¹⁰¹

Desde un punto de contacto similar entre la historia y la sociología, los estudios de Terán incluidos en la revista aspiran a abordar procesos históricos y sociales de manera global. Su ensayo “Formación social argentina”,¹⁰² explica la historia del país como la historia de dos inmigraciones: “la inmigración española de la conquista y de la colonia, y la inmigración europea de la vida independiente”. Ambos movimientos determinan, para Terán, la particular constitución social de la Argentina, pero cada uno de ellos es valorado de un modo muy distinto. En sus palabras, España “no hizo, pues, sino trasladar a América su voracidad fiscal y su exclusivismo patriótico, receloso y hostil al extranjero”, además de inculcar a la “psicología colectiva argentina”, “el culto del coraje, el culto del dinero, la falta de respeto a la ley, la fortaleza del poder central, el sentimiento de la grandeza nacional”. La inmigración europea, en cambio, es descripta, “dados su número y calidad”, como “el mayor beneficio histórico que ha podido concederse a (..) la República”, en tanto civilizó el país, “despertando el gusto de la paz y levantando un dique a la anarquía”. Particularmente, la inmigración europea es rescatada como la responsable de cambiar, esto es, “mejorar”, la constitución étnica de la nación. En efecto, en reiteradas ocasiones, Terán establece la superioridad del extranjero:

En la concurrencia de los elementos étnicos triunfa, pues, el extranjero, representante de las familias más esclarecidas (*sú*) y progresistas de la raza blanca y miembro de sociedades con tradiciones seculares de cultura.

Es también un índice cierto de su superioridad, su menor mortalidad, comprobada por el Dr. Coni. Lo es igualmente, como demostrativa de su capacidad económica y de espíritu ordenado, su mayor nupcialidad revelada por el censo.

(...) Actualmente la oposición del extranjero y del nativo parece tener esta tendencia: el primero en el comercio, en la agricultura (Buenos Aires y el litoral), la grande y pequeña industria, el segundo en la ganadería, en la labranza, en el empleo y en el proletariado.¹⁰³

A la superioridad del extranjero descripta en estos términos, Terán opone la inferioridad del mestizo, fruto de la colonización española:

El hecho de la inferioridad del mestizo es evidente. Se prueba por la observación somática y la de sus condiciones morales. Son las condiciones de carácter principalmente las que sufren las consecuencias de la hibridación, por lo mismo que constituyen el estrato más profundo de la individualidad.¹⁰⁴

A los ojos de Terán, España y su acción colonizadora aparecen como la contracara del progreso y de la civilización. Esta valoración acerca al tucumano a los grupos intelectuales de comienzos del siglo que pensaban, en palabras de Romero, que “la sociedad tradicional tenía defectos gravísimos, heredados todos –según opinaban muchos– de la tradición colonial española”. Romero estudia el desarrollo de un fuerte movimiento antihispánico, que atribuía a la herencia española el escaso desarrollo económico del país y la perduración del ambiente colonial.¹⁰⁵ Sin embargo, la crítica no parece coincidir en este punto. Biagini advierte que esta “leyenda negra” en torno a España no fue compartida por todos los intelectuales, y que algunos de ellos reivindicaron el legado ibérico.¹⁰⁶ Por su parte, Altamirano y Sarlo analizan el “hispanismo” como un componente ideológico del

Centenario, signado por el espíritu de conciliación hacia España y la reconsideración de su herencia.¹⁰⁷ Oscar Terán parece brindar la clave para entender las actitudes opuestas hacia la península ibérica. El crítico advierte la presencia de una “hispanofobia dominante en la elite hasta las últimas décadas del siglo XIX, momento en el cual se inicia un giro hacia una reconciliación con el legado español”.¹⁰⁸ El avance del expansionismo norteamericano y el operativo rehispanizante emprendido desde la península por la generación del '98 alentaron la conciliación con España. Este movimiento formaba parte además de la política del Estado argentino, manifestada, por ejemplo, en la eliminación de las estrofas ofensivas hacia España del Himno Nacional, o en la creación de la Academia Argentina de Lengua, con la cual se sancionaba la dirección de España en cuestiones idiomáticas.¹⁰⁹

Como se deduce de sus propias manifestaciones, la posición de Juan B. Terán parece todavía alejada de las posturas conciliatorias. Bajo esta luz, es posible pensar también su distanciamiento respecto de Unamuno, cuyas críticas a Taine y a su método valora como una actitud anticientífica y atrasada. Precisamente, Altamirano y Sarlo analizan las relaciones sostenidas por los intelectuales de Buenos Aires con Unamuno como un componente del hispanismo, al que Terán no parece adherir todavía.¹¹⁰ No obstante, en otro estudio de su autoría, incluido en la última entrega de la publicación, puede advertirse una actitud más matizada respecto de España. En el artículo, que aborda el descubrimiento de América como un capítulo de la historia europea, el acontecimiento es visto por Terán como una consecuencia lógica de “la prosperidad económica y del renacimiento intelectual de Occidente” y como una obra que hermana a España y a Italia:

La empresa de Colón llegaba a su ambiente natural: inspirada por un italiano y ejecutada por otro italiano, se realizaba bajo el pabellón español, hermanando así a las dos naciones, la una la fuerza de su genio individual, la otra el poder de su nacionalidad constituida.¹¹¹

España, cuya unificación nacional se valora positivamente, es pensada en esta colaboración en términos de avance y prosperidad, y como parte constitutiva del renacer europeo. Acaso estos débiles cambios de actitud hacia la península se relacionen con la emergencia del ideario conciliador del Centenario que comenzaba entonces a articularse y a hacerse sentir. Los intelectuales de Tucumán no permanecerían ajenos a esta tendencia, si bien durante los años de realización de la revista otras corrientes, de signo opuesto, todavía parecían dominar el horizonte ideológico.

Además de difundir los estudios históricos de sus realizadores, la publicación se preocupó por estimular también en sus lectores el interés por el estudio del pasado. Con tal fin, la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* dio a conocer un nutrido elenco de documentos históricos inéditos. Ya en el “Prospecto” inaugural los fundadores establecían como parte de su programa el propósito de pedir “a los archivos desconocidos tesoros históricos”. En efecto, en la casi totalidad de las entregas se incluye y comenta algún documento, al punto que esta modalidad adquiere los rasgos de una verdadera sección, si bien no fue titulada de este modo.¹¹² López Mañán parece haber sido el principal artífice de la sección. En efecto, es él quien da cuenta de los propósitos que fundamentan la publicación de documentos en la revista. Así, en las notas con que acompaña un informe del Cabildo de Tucumán incluido en la quinta entrega, advierte:

No es nuestro ánimo comentar el documento (...) sino, simplemente, aportar una pieza, rica en elementos de información, para el estudio y el juicio de la vida social de estos pueblos, positivos cimientos de una real historia que recién comienzan a echarse, después de haberse intentado, sin ellos, construir el edificio, con miras de definitivo, de la última.¹¹³

La voluntad de ofrecer los documentos como material para el desarrollo de estudios históricos constituye una constante en las intervenciones de López Mañán. En este caso, se refiere especialmente a la historia de la provincia, que, a su criterio, no se había desarrollado aún de manera cabal, esto es, tomando como base los documentos que valora como “positivos cimientos de una real historia”. La necesidad de emprender el estudio de la historia a partir de bases concretas emerge como otra constante, como se verá más adelante. En la siguiente entrega, López Mañán insiste nuevamente en el afán de aportar material histórico, más que de comentarlo o juzgarlo, tarea que deja para el lector:

No es nuestro ánimo anticipar ni siquiera un principio de juicio sobre esta época con ocasión del presente documento, que sacamos del olvido, movidos, más por el interés de su materia para la generalidad de los lectores, que por su relevante utilidad para los que se dedican a documentar la historia y la sociología argentinas: tiempo ha de llegar en que, con los materiales que hemos de ir acumulando en estas páginas, emprendamos un ensayo de reconstrucción de esta sociedad con fines de investigación o comprobación de las leyes de su desarrollo.¹¹⁴

Si bien hace referencia al interés de la materia para la “generalidad de los lectores” más que para el estudioso o el científico, López Mañán deja establecido el propósito de que en el futuro puedan realizarse “verdaderas” investigaciones históricas y sociológicas sobre la base de los documentos que la revista publica. A partir del material que sus páginas van acumulando, la publicación aspira a proporcionar las herramientas necesarias para el desarrollo de las ciencias sociales:

(...) los documentos que publicamos (...) han dejado, por lo menos, preciosos elementos para la historia, que hay que ir acumulando e interpretando porque, a la verdad, lo primero no se ha hecho sistemáticamente y lo segundo sólo se ha intentado.

Como quiera que sea, la presente colección de informes de nuestro cabildo, que hemos formado sacándolos de su “cuaderno de oficios” y que entregamos a la meditación de los estudiosos, encierra un valioso caudal de antecedentes de orden diverso que, en su papel de indicios de aquellas épocas, son sin duda explícitos en un grado muy superior a los que han servido para labrar las grandes historias conocidas. Como al fin todo es relativo, ojalá sirvan estos datos y sus similares para las nuevas ciencias sociales (...).

Dentro de su prosaísmo con sabor a nuestros informes consulares actuales, los partes del Cabildo de Tucumán al superior gerárquico (*s/z*) conservan el atractivo de las viejas cosas domésticas para el curioso y la revelación de fases efímeras de la vida, hoy de tanta importancia, para los que meditan. Así, nuestra moderna sociología podrá recoger noticias preciosas sobre los medios de subsistencia y por ende de las industrias de aquellas ignoradas épocas así como nuestros médicos y meteorólogos no verán sin interés, a despecho de la exactitud de sus disciplinas científicas, aquellas balbucientes observaciones de un empirismo sincero e ineludible.¹¹⁵

Como se advierte en este caso, la inclusión de documentos es pensada, por un lado, en términos de “acumulación”, esto es, como un modo de conservación del material que los realizadores concretarían después en la organización de archivos; y, por otro, como el aporte de fuentes para el estudio de la historia y la sociología, así como de otras disciplinas científicas. Nuevamente se hace referencia al interés del material tanto para “el curioso” como para “los que meditan”, esto es, para los “interesados” y para los especialistas. En números posteriores, sin embargo, parece dejarse de lado a la “generalidad de los lectores” y la sección se orienta definitivamente al lector “estudioso”, y al fomento de la realización de investigaciones científicas. En las sucesivas entregas esta orientación se define con mayor

fuerza. Excusándose por no poder comentar extensamente un documento, López Mañán invita al lector “preparado” a realizar dicha tarea:

(...) haciendo parte y preferencia debidas a la contribución que ellos [los documentos] representan como materiales vírgenes para la investigación científica, nos compensa nuestra abstención la esperanza de que espíritus mejor preparados no dejarán de explotarlos con todo el provecho que su riqueza permite.¹¹⁶

Resulta interesante la construcción de sí mismo que se desprende de las palabras de López Mañán, quien parece definirse, en un gesto similar al de los ilustrados del ochenta considerados en el capítulo anterior, como un “interesado” y no todavía como un especialista. Esta autoconstrucción contrasta, sin embargo, con las valoraciones de Leoni Pinto, ya mencionadas, acerca del rol ejercido por López Mañán en el establecimiento de una historia científica en la provincia. Si bien sus palabras podrían ser interpretadas como síntomas de un gesto de modestia, lo cierto es que, en el número 16, correspondiente al mes de octubre de 1905, termina por establecerse el objetivo fundamental de la sección, que, precisamente, gira en torno al ofrecimiento de elementos para “los estudiosos”:

Cábenos la satisfacción, buscada en el fondo, de ofrecer a los estudiosos un importante elemento de estudio, cumpliendo así los propósitos que determinaron el establecimiento de esta sección en la REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES.¹¹⁷

De este modo la publicación emprende lo que López Mañán define como un “acto de propaganda por los estudios sociales sobre bases concretas”. En la décima entrega, el redactor ofrece, acaso como modelo, un estudio de su autoría realizado a partir de un documento, que, a su criterio, encierra elementos útiles para el análisis:

Así, quitado el motivo para una exposición que busque conservar el valor añejo y novelesco del nuevo documento –cuya menor extensión y complicación y su reciente data no lo ofrecen casi–, se presta para adaptarlo a las formas de un estudio en que se ensaye la aplicación de conocimientos hoy corrientes en aquellas materias. Y esto no por una vana gimnasia de lector, sino como un acto de la propaganda que venimos haciendo en estas páginas por los estudios sociales sobre bases concretas, de cuya ausencia tanto se resiente nuestro medio y de la cual somos los primeros en sufrir los efectos.¹¹⁸

Gran parte de las intervenciones de López Mañán señalan las fallas advertidas en el desenvolvimiento de las ciencias sociales. Desde su punto de mira, uno de los defectos más graves al respecto gira en torno a la ausencia de “bases concretas”, de “positivos cimientos”, sobre los cuales edificar los estudios científicos. En este sentido, los documentos que la revista difunde intentan proporcionar, precisamente, las bases y cimientos necesarios. Esta actitud aparece como un claro emergente de una etapa en la que, como se indicó, comienza a forjarse en la provincia una “historia científica”. En efecto, López Mañán parece ser consciente de la importancia del rol desplegado por él y por sus pares en el proceso de cambio hacia la “verdadera” historia. Este viraje coincide con el curso tomado por los estudios históricos a nivel nacional. Como señala Romero, el “clamor a favor de una historia veraz, ajena a los intereses de bandería y cuyo contenido fuera el fruto de una indagación seria y objetiva, se generalizó y amplió sus alcances”.¹¹⁹ Por otra parte, el valor otorgado a los documentos revela una actitud de “respeto por las fuentes”, así como la voluntad de “atenerse a los hechos”, según el principio establecido por Taine, que configura, para autores como Castellan, uno de los principales rasgos de la historiografía positivista.¹²⁰

Todas las reflexiones de López Mañán acerca de los propósitos de la sección están insertas en las notas que acompañan documentos relacionados con la historia de Tucumán. La revista incluye material de diversa índole referido a distintos acontecimientos del

pasado provincial, como reglamentos y proyectos de ley presentados a comienzos del siglo XIX,¹²¹ los procesos de esclavitud advertidos hacia esa misma época,¹²² documentos vinculados a los códigos y a los antecedentes de las reformas de la constitución provincial,¹²³ y algunas piezas relativas a la vida social tucumana de comienzos del siglo XIX.¹²⁴ Pero sin duda, la publicación más sistemática fue la de la serie de actas e informes del Cabildo de San Miguel de Tucumán de los primeros años del siglo XVII. Como se indicó antes, López Mañán aparece en un comienzo como el encargado de la difusión de las actas capitulares, pero, al producirse su alejamiento, Terán asume ese rol. En el número 26, éste establece la publicación cronológica de las actas e introduce algunas modificaciones, como la alteración de la ortografía original de los documentos para facilitar la lectura, por ejemplo. Y, a partir de la entrega correspondiente a junio de 1907, Terán, con las iniciales de su seudónimo Claudio Medina, sustituye la transcripción de documentos por el comentario de su contenido.¹²⁵

Pero la revista no se limitó a difundir documentos relacionados con la historia de la provincia; también publicó, aunque en menor medida y especialmente en los primeros tomos, material vinculado a diversos períodos de la historia del país, como la anarquía, en especial los años de gobierno de Juan Manuel de Rosas,¹²⁶ y la organización nacional. Dicho material se ve constituido sobre todo por cartas, anotadas y comentadas, en algunos casos extensamente, por Terán y López Mañán. Es posible leer en la publicación cartas inéditas de algunos de los protagonistas de la historia nacional como Rosas, Domingo Faustino Sarmiento, Bartolomé Mitre, Marcos Paz, Agustín de la Vega, Dalmacio Vélez Sarsfield, Benjamín Villafañe, entre otros.¹²⁷

La publicación sistemática de documentos históricos emprendida por la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, al igual que la inclusión de los estudios de Taine y de Ferrero y la consideración de sus figuras, respondió a la necesidad, manifestada con insistencia por sus redactores, de estimular el estudio serio y riguroso de las ciencias sociales, especialmente de la historia. De igual modo, el gesto de rescatar del olvido documentos históricos y la voluntad de “acumularlos” parecen propios de una etapa en la que se manifiesta un marcado interés por la organización de archivos tanto en la provincia como en Buenos Aires.¹²⁸ Es significativo el hecho de que, en el caso de Tucumán, sean los fundadores de la revista quienes se encargarían, más adelante, de concretar esta tarea. Y es que acaso la realización de la publicación haya constituido una instancia clave para el desarrollo de la labor historiográfica de sus miembros. En el caso de Jaimes Freyre es posible afirmar, como se indicó, que la experiencia de la revista despierta su interés por la historia de la provincia. En cuanto a Terán, las reflexiones sobre la historia incluidas en la publicación configuran la primera etapa de su obra historiográfica, según advierte Leoni Pinto.¹²⁹ Y, por último, la labor histórica desplegada por López Mañán en la revista conformaría después su único libro de historia, *Tucumán antiguo*, a partir del cual el autor es visualizado por estudios posteriores como historiador. Como puede advertirse, la publicación desarrolló una importante labor historiográfica, que, con el tiempo, sería desplegada más plenamente por sus fundadores. En este sentido, es posible pensar que Jaimes Freyre, Terán y López Mañán parecen haber iniciado en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* un ambicioso proyecto, que se vio sustentado en el anhelo de fundar la memoria provincial.

Las intervenciones de Terán y de López Mañán analizadas en este capítulo giraron casi obsesivamente en torno a la necesidad de estimular la investigación y el estudio según las bases y los métodos de la ciencia. Este afán, que configuró un horizonte de ideas y sentidos que se vio entramado con los debates intelectuales nacionales, definió el proyecto científico que desplegó la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*. El capítulo siguiente

intentará dibujar el perfil del otro rostro de la publicación, aquél cuya mirada se dirigió a la poesía y a la literatura del continente.

NOTAS

¹ Cfr. José Luis Romero, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965, p. 14. Romero señala que el positivismo, junto al evolucionismo darwiniano, “comenzaron a ser las influencias más novedosas y profundas” hacia finales del siglo XIX. En páginas subsiguientes traza un breve esbozo de la difusión de las ideas positivistas en Argentina y su influencia en las distintas áreas del saber. Estudia también la posterior reacción antipositivista promovida por los sectores que sostenían una “sensibilidad romántica”.

² Cfr. Hugo Biagini, “Presentación”, en H. Biagini (comp.), *El movimiento positivista argentino*, Buenos Aires, de Belgrano, 1986, pp. 10-12. El autor hace referencia a las publicaciones de las obras de Florentino Ameghino, Carlos Octavio Bunge, Joaquín V. González, José Ingenieros, entre otros, así como a la aparición de los trabajos de Juan B. Justo, Ernesto Quesada, etc. Algunas de las instituciones inspiradas por el positivismo fueron la Universidad Popular, inaugurada en 1905, el Instituto de Criminología, la Sociedad de Psicología, y en 1924 el Comité Positivista Argentino, nucleamiento “típicamente doctrinario”. En cuanto a las publicaciones de inspiración positivista aparecidas en el siglo XX, Biagini menciona la *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación*, y los *Archivos de Criminología*, ambas iniciadas por Ingenieros, o la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*.

³ Cfr. Ricaurte Soler, *El positivismo argentino. Pensamiento filosófico y sociológico*, Buenos Aires, Paidós, 1968, p. 15. Para este autor “(...) caracteriza precisamente al fin del siglo XIX, así como los comienzos del XX, la influencia considerable que tuvo sobre la pedagogía, la ética, la sociología, la historiografía –aun sobre el arte y las ciencias naturales– el positivismo filosófico, especialmente en su orientación científicista.”

⁴ *Ibidem*, p. 55.

⁵ *Ibidem*, p. 61.

⁶ *Ibidem*, pp. 54-64.

⁷ Cfr. Oscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 87 y 88, 142 y 143. En este estudio, que analiza las intervenciones intelectuales de cinco figuras paradigmáticas de la “cultura científica” –Miguel Cané, Ernesto Quesada, Carlos Octavio Bunge, José María Ramos Mejía y José Ingenieros–, es posible leer una “historia” de la influencia del positivismo y del prestigio de la ciencia entre los miembros de la elite intelectual argentina desde el ‘80 al centenario, desde su emergencia hasta la disolución del “edificio positivista” que señala los comienzos del ocaso de la cultura científica.

⁸ Cfr. Ramón Leoni Pinto, *Los aportes de Juan B. Terán a la historiografía de Tucumán*, Tucumán, Secretaría de Cultura de la Nación, Dirección Nacional de Museos, Museo Casa Histórica de la Independencia, 1987. Refiriéndose particularmente a Terán, señala que “ha superado el positivismo de su época, y, además, ha elaborado un pensamiento que da sentido a su obra”. El autor advierte que han expresado igual valoración Lucía Piossek Prebisch, Ezequiel de Olaso y Alberto Lago. Olaso entendió que “acaso es Terán el primer argentino que firmó la sentencia de muerte del positivismo en su tesis de 1902”, citado en G. Terán Etchecopar, *op. cit.*, p. 188. Éste dedica una breve sección de su artículo al análisis de la crítica al positivismo efectuada por Terán. Lo mismo se dice de Alberto Rougés, cuya trayectoria también es ilustrativa en este punto. Como los comprovincianos de su generación, Rougés recibió una educación con marcado acento positivista. No obstante, la tesis con la que se recibe de abogado en 1905 evidencia la influencia de autores positivistas como Taine, Spencer, Tarde, Ribot, pero aparece también el pensamiento de autores que inician la reacción contra el positivismo como Nietzsche. Cfr. Diego Pro, *op. cit.* Este autor afirma que dicha tesis constituye un “(...) documento del momento en que comienza a sentirse en la cultura argentina el influjo del pensamiento europeo que se levanta contra el positivismo y el científicismo.”, *ibidem*, p. 127. Sobre la “reacción antipositivista”, cfr., entre otros, O. Terán, *Vida intelectual...*, *op. cit.*, p. 144.

⁹ *Ibidem*, pp. 88, 89 y ss.

¹⁰ E. Tornow, “Valor objetivo de la ciencia”, *Revista de Letras...*, n° 12, t. II, junio de 1905, p. 401. Ésta constituye la única colaboración de Tornow en la revista.

¹¹ Félix Gustavo Schuster, “El concepto de ciencia”, en H. Biagini (comp.), *op. cit.*, pp. 321 y 322. De manera general, el científicismo es reconocido por la crítica como una “expresión” o una “corriente” incluida en el movimiento positivista que se preocupa especialmente por la correcta aplicación del “método científico” a las distintas disciplinas. Esta preocupación, llevada al extremo, parece ser el motivo por el que el científicismo es percibido en ocasiones como un objetable reduccionismo que el positivismo trajo aparejado, cfr. H. Biagini, “Presentación”, *op. cit.*, p. 16. Sin embargo, el método científico desempeñó un rol central en el desarrollo del movimiento. Como señala el mismo Biagini, “el positivismo y en parte el llamado espíritu positivo se inscriben dentro de una modalidad filosófica permanente: la de atenerse críticamente a lo dado, a la experiencia, oponiéndose a un uso irrestricto de la razón, al intuicionismo, a las verdades abstractas y

absolutas. De allí que se haya tomado como modelo del conocimiento el método científico, sin dejar de apelar por ello al terreno pragmático.", *ibidem*, p. 7.

¹² J. B. Terán, "A propósito de *La delincuencia argentina*", *Revista de Letras...*, n° 15, septiembre de 1905, t. III, pp. 232 y 233.

¹³ Compiler, "Impresiones sociales", *Revista de Letras...*, n° 5, noviembre de 1904, t. I, p. 382.

¹⁴ A. Rougés, "Los valores psíquicos", *Revista de Letras...*, n° 12, junio de 1905, p. 432. Como se señaló antes, la filosofía de Nietzsche fue uno de los factores que contribuyó a la caída del "edificio positivista". Cfr. O. Terán, *Vida intelectual...*, *op. cit.*, p. 144. El crítico afirma que autores como Nietzsche tuvieron una "presencia demorada" en el ambiente intelectual del país. En este sentido, puede valorarse la actualización del pensamiento de Rougés, que en este temprano estudio se basa en los todavía no asimilados postulados del filósofo. Y, por otra parte, pueden notarse también algunos de los elementos que distancian a Rougés de Juan B. Terán y que configuran tensiones en el interior de la formación cultural.

¹⁵ J.B.T., "Revistas argentinas", *Revista de Letras...*, n° 11, mayo de 1905, t. II, p. 397.

¹⁶ G.G.H., "Laureles, por José Cibils", *Revista de Letras...*, n° 15, septiembre de 1905, p. 246.

¹⁷ Así, Altamirano y Sarlo estudian el proceso de emergencia de un campo específicamente literario en Buenos Aires a comienzos del siglo XX, cfr. C. Altamirano y B. Sarlo, "La Argentina del...", *op. cit.*, pp. 161-199. Oscar Terán, por su parte, se centra en el quehacer de la "cultura científica" en esta etapa, cfr. O. Terán, *Vida intelectual...*, *op. cit.* Parece necesario vincular estas tensiones entre literatura y ciencia con su desenvolvimiento en el ámbito europeo. Wolf Lepenies estudia el debate entre la "cultura científica" y la "cultura literaria", que se torna central, sobre todo en Francia e Inglaterra, después de la Revolución Industrial y luego de que se perfilara la civilización tecnológica-científica. El autor afirma que a fines del siglo XIX, la polémica entre literatura y ciencia era el tema del día, cfr. W. Lepenies, *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, pp. 164-176 (especialmente). O. Terán retoma la noción de "culturas" desarrollada por este autor.

¹⁸ Cfr. R. Soler, *op. cit.*, p. 133.

¹⁹ La influencia del pensador francés se remonta a los primeros trabajos de Terán. Como señala Lucía Piossek Prebisch, la tesis con la que éste se recibe de doctor en jurisprudencia en 1902, *Escuela histórica del derecho*, "declara el comienzo de la decisiva impronta" de Taine en el tucumano, "Juan B. Terán: hacia una teoría de la historia", *Discurso y realidad*, vol. 5, n° 1, Tucumán, 1990, pp. 5 y 6.

²⁰ Se trata de la primera traducción al español, realizada por Terán, de "Napoleón Bonaparte", fragmento del noveno tomo de los *Orígenes de la Francia contemporánea*. Cfr. H. Taine, "Napoleón Bonaparte", *Revista de Letras...*, n° 13, julio de 1905, t. III, pp. 6-21.

²¹ Juan B. Terán, "Taine", *Revista de Letras...*, n° 13, julio de 1905, t. III, p. 1.

²² O. Terán, *Vida intelectual...*, *op. cit.*, p. 100.

²³ *Ibidem*, p. 34. Respecto de las influencias ejercidas por Taine y Renan, O. Terán cita a W. Lepenies, *op. cit.*, p. 52.

²⁴ Juan B. Terán, "Taine", *op. cit.*, p. 1.

²⁵ *Ibidem*, pp. 1-6.

²⁶ Juan B. Terán, "El estudio y el libro", *Revista de Letras...*, n° 22, julio 1906, t. IV, p. 282. Esta conferencia fue pronunciada por Terán en ocasión de asumir la presidencia de la Sociedad Sarmiento el 25 de junio de 1906.

²⁷ *Ibidem*, p. 283.

²⁸ J.B.T., "Libros y revistas", *Revista de Letras...*, n° 17, noviembre de 1905, t. IV, p. 438.

²⁹ O. Terán, *Vida intelectual...*, *op. cit.*, p. 88.

³⁰ J.B.T., "Libros y revistas", *Revista de Letras...*, n° 20, mayo 1906, t. IV, p. 151.

³¹ Juan B. Terán, "El estudio y el libro", *op. cit.*, p. 285.

³² Juan B. Terán, "Taine", *op. cit.*, p. 5. Más adelante Terán agrega que "(...) el romance que [Taine] escribiera quedó inédito y nadie ha hecho el elogio de sus versos".

³³ Precisamente, para O. Terán, *Vida intelectual...*, *op. cit.*, p. 66, una de las razones de la increíble adhesión que despertaba la figura de Taine radicaba en el hecho de que reunía en sí al hombre de letras y al científico. Por otra parte, cabe destacar que no es éste el único caso en que Juan B. Terán realiza este tipo de comentarios acerca de la literatura. Lo mismo dice de Guillermo Ferrero, por ejemplo: "Ferrero, historiador escrupuloso y eruditísimo, no llega a ser en ningún momento el "literato" capaz de falsear o improvisar en honor de una imagen bella o una explicación (*sí*) sistemática.". Cfr. Juan B. Terán, "Guillermo Ferrero", *Revista de Letras...*, n° 16, octubre de 1906, p. 319.

³⁴ Como se señaló antes, este temprano libro de Terán está constituido casi exclusivamente por los escritos que publicó en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*. El único artículo que no fue incluido antes en la publicación es, precisamente, esta conferencia titulada "Alberdi", que corresponde, sin embargo, a los años de realización de la revista.

³⁵ Dice Terán: "(...) es tal vez la más genuina figura de filósofo que hayamos producido y su memoria y su ejemplo deben ser presentados como ideal para una juventud y una época que conciben difícilmente la consagración desinteresada a los altos estudios, que conciben difícilmente cualquier esfuerzo que no tienda a realizar nuestros ensueños burocráticos de ostentación, de vanidad y de rango", J. B. Terán, "Alberdi", en *Estudios...*, *op. cit.*, pp. 60 y 61.

³⁶ *Ibidem*, pp. 53 y 54.

³⁷ H. Taine, "Pensamientos", *Revista de Letras...*, n° 19, abril de 1906, t. IV. Según se indica en una nota, los fragmentos fueron traducidos por J.S. (iniciales del seudónimo de Terán, "Jocundo Severo") y "extraídos del tercer tomo del libro *H. Taine, sa vie et sa correspondance*".

³⁸ *Ibidem*, p. 74. Esta clase de declaraciones de Taine, que suscitan la admiración de Terán, produjeron reacciones opuestas no sólo en Unamuno, como se verá más adelante, sino también entre sus contemporáneos. Así, Lepenies afirma que "Taine había sido lo bastante arrogante para definirse a sí mismo como historiador anatómico deseoso de describir su objeto con tanta exactitud e impassibilidad como lo hace el naturalista con un insecto" y que "la presuntuosa científicidad de Taine era insoportable", cfr. W. Lepenies, *op. cit.*, p. 52.

³⁹ R.J.F., "Revista de revistas", *Revista de Letras...*, n° 3, septiembre de 1904, t. I, p. 254.

⁴⁰ "La vida de Don Quijote y Sancho, por Miguel de Unamuno", *Revista de Letras...*, n° 6, diciembre de 1904, t. I, p. 496. La carta, fechada el 1 de noviembre de 1904 en Salamanca, está incluida en la sección "Libros" y lleva una pequeña introducción explicativa donde se reproduce el comentario de Jaimes Freyre en el número 3. La publicación de la carta en esta sección parece obedecer al anuncio que hace Unamuno acerca de la próxima aparición de su libro *La vida de Don Quijote y Sancho, explicada y comentada por M. De U.*

⁴¹ *Ibidem*.

⁴² "Carta de Miguel de Unamuno", *Revista de Letras...*, n° 7, enero de 1905, t. II, p. 80. A propósito del número 4 de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, primer ejemplar recibido, Unamuno retoma en la carta los comentarios de Jaimes Freyre sobre las corridas de toros y comenta la polémica protagonizada por Lugones y Terán en torno al libro del primero, *El imperio jesuítico*.

⁴³ "La vida de Don Quijote...", *op. cit.*, p. 495. Detrás de estas declaraciones se adivina acaso la acción de la pluma del director de la publicación.

⁴⁴ Miguel de Unamuno, "El idealismo hispanoamericano", *Revista de Letras...*, n° 28, enero de 1907, t. V, pp. 250 y 251.

⁴⁵ Francisco Meyer se ocupa de la concepción que de la ciencia tuvo Unamuno y advierte que "(...) hacer de Unamuno un enemigo de la inteligencia y de la ciencia es simplificar excesivamente el problema de la interpretación de su pensamiento (...) No es ni con la ciencia ni con la razón positiva e investigadora con las que Unamuno se manifiesta hostil, sino con toda forma de servilismo de la razón a cualquier dogmatismo apriorístico.", cfr. F. Meyer, *La ontología de Miguel de Unamuno*, Madrid, Gredos, 1962, pp. 141 y 142.

⁴⁶ Terán comienza su breve escrito con la transcripción de esta frase de Unamuno. Luis Monguió, en "Dos olvidadas cartas de Unamuno, con un poema inacabado", *Revista Hispánica Moderna*, n° 3-4, año XXVII, New York, junio-octubre de 1961, p. 380, advierte que Terán reproduce este juicio de Unamuno sobre Taine del artículo "Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana", *La Lectura*, Madrid, año IV, tomo III, septiembre 1906, pp. 1-15 y octubre, 1906, pp. 113-126. En la revista no se encuentran estas referencias. Monguió agrega que ya en mayo de 1902 había Unamuno calificado a Taine de "gran falsificador".

Por otra parte, este artículo de Monguió permite advertir el valor documental de la publicación tucumana. El autor se basa en la colección incompleta de la revista existente en la biblioteca de la Universidad de Berkeley, California, de la cual transcribe las cartas de Unamuno a Jaimes Freyre, que "no recuerda haber visto reproducidas en ninguno de los epistolarios publicados del rector de Salamanca". Del mismo modo declara que el poema que incluye en una de las cartas le resultó desconocido.

⁴⁷ T., "Anotaciones marginales", *Revista de Letras...*, n° 28, enero de 1907, t. V., p. 254.

⁴⁸ "Libros y revistas", *Revista de Letras...*, n° 27, diciembre de 1906, t. V, p. 193. La reseña se ocupa del libro de José Enrique Rodó, *Liberalismo y jacobinismo*, y está firmada por "T" (inicial del apellido de Terán).

⁴⁹ R. Soler, *op. cit.*, p. 135.

⁵⁰ T., "Anotaciones marginales", *op. cit.*, p. 254.

⁵¹ *Ibidem*, p. 255.

⁵² Miguel de Unamuno, "Taine caricaturista", *Revista de Letras...*, n° 32, mayo de 1907, t. VI, pp. 85-88. El artículo está reproducido en un cuerpo de letra muy pequeño, frecuentemente utilizado en la revista para las notas y los comentarios a pie de página. Esta inusual elección tipográfica para un artículo completo puede deberse al hecho de que el escrito de Unamuno haya sido tomado de *La Nación* y no constituya una colaboración para la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*.

⁵³ *Ibidem*, p. 85.

⁵⁴ *Ibidem*.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 86.

⁵⁶ *Ibidem*, pp. 87 y 88.

⁵⁷ Juan B. Terán, "Taine y su filosofía. Réplica a Unamuno", *Revista de Letras...*, n° 32, mayo de 1907, t. VI, p. 91.

⁵⁸ *Ibidem*, pp. 89 y 90.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 91.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 92.

⁶¹ *Ibidem*, pp. 95-97.

⁶² *Ibidem*, p. 95.

⁶³ Por otra parte, es necesario destacar el valor de este debate para el joven abogado tucumano, que entonces se encontraba en los comienzos de su carrera intelectual. Los puntos más importantes de la polémica fueron recogidos después en su libro *Estudios y notas*.

⁶⁴ Cfr. L. Piossek Prebisch, *op. cit.*, pp. 3-23 (la autora explica, contextualiza y resume los puntos fundamentales de este debate); y R. Leoni Pinto, "La escuela española de historia. Autores. Tendencias. Influencia en Tucumán", en *Estudios de Historia. In Memoriam de Enrique M. Barba*, Buenos Aires, Banco Municipal de La Plata, 1994, pp. 287-316. Éste señala que "(...) por el momento en que se libró, como por las ideas sustentadas, ubica en nuestra ciudad un debate historiográfico (...) y que "(...) es importante señalar que las diferencias existentes entre las ideas de Unamuno y de Taine, señaladas por Terán, contienen la raíz de problemas teóricos significativos y anticipan cuestiones que la filosofía de la historia y la historiografía moderna retomaron y aún no resolvieron." También hay referencias a esta polémica en R. Leoni Pinto, *Los aportes de...*, *op. cit.*, donde se indica que la polémica con Unamuno, junto a sus propias meditaciones sobre Taine y Guillermo Ferrero, constituyen la primera etapa del pensamiento historiográfico de Terán.

⁶⁵ O. Terán, *Vida intelectual...*, *op. cit.*, p. 9.

⁶⁶ Francisco Ayala, "Novela y filosofía", en Francisco Rico (dir.), *Historia y crítica de la literatura española*, tomo VI, Barcelona, Crítica, 1980, p. 264.

⁶⁷ *Ibidem*.

⁶⁸ Elías Díaz, "El antiprogresismo unamuniano", en F. Rico, *op. cit.*, pp. 248-253. Para el autor esta actitud se relaciona con su espiritualismo que, "(...) entendido como extremo antimaterialismo, le lleva de hecho a una real infravaloración de todo lo propio y estrictamente humano y en concreto a una real infravaloración de los esfuerzos hechos por los hombres para mejorar sus condiciones materiales de vida; en este sentido su actitud aparece –sobre todo en ciertas ocasiones– como profundamente reaccionaria." El autor habla de un "(...) viraje desde un Unamuno más racional y progresista (...) hacia un Unamuno más intimista y antiprogresista, que será el que acabará conformando más permanentemente su personalidad.", *ibidem*, pp. 248 y 249.

⁶⁹ En este punto cabe recordar las reflexiones de Oscar Terán, citadas al comienzo de este capítulo, en torno a la asincronía de la valoración de la ciencia y del método positivista, que caracterizó las intervenciones de los intelectuales que formaron en las filas de la "cultura científica". Quizás en el medio intelectual tucumano, esta asincronía pueda explicarse más bien en términos de una verdadera necesidad: la que advierte Juan B. Terán en su lucha por sentar las bases de una tradición científica. Ahora bien, una vez que esta tradición científica se vea sentada, cabe la posibilidad de que Terán experimentase cambios similares a los experimentados en lo que atañe a la fundación de la universidad: del criterio práctico, utilitario, positivista con el que funda la universidad regional, se vuelca años después, cuando estas bases prácticas ya están sentadas y dan muestras de su funcionamiento, al movimiento de "espiritualización" de la educación, la universidad y la escuela. Al respecto dice Piossek Prebisch: "(...) hacia comienzos de siglo, dentro de una tradición nacional de educación superior intelectualista, en el excesivo sentido de la palabra, le fue preciso proponer a Terán una universidad arraigada en la "tierra firme de las necesidades prácticas". Se pudo atribuir entonces al fundador de la universidad de Tucumán una actitud positivista, utilitaria y hasta materialista. Más tarde, una vez modificado el contexto histórico social y habiéndose allí exagerado el sentido utilitario de la educación, a Terán le fue necesario proclamar la necesidad de un movimiento de "espiritualización" en la cultura", cfr. L. Piossek Prebisch, *op. cit.*, pp. 3 y 4.

⁷⁰ O. Terán, *Vida intelectual...*, *op. cit.*, p. 57.

⁷¹ H. Biagini, *op. cit.*, p. 21.

⁷² O. Terán, *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986, p. 11.

⁷³ J. L. Romero, *El desarrollo de las ideas...*, *op. cit.*, pp. 47 y 48. En relación con los intelectuales del Centenario –en cuyo proyecto, lejos de ver una ruptura respecto de la generación anterior, destaca la continuidad "en lo fundamental"–, Romero sostiene que éstos "creyeron que la tradición positivista y liberal no tenía por qué conducir necesariamente a un estado de inmoralidad colectiva y a un estancamiento intelectual, y se convencieron, por el contrario, de que tales corrientes podían conducir hacia un progreso general que, en la Argentina, debía necesariamente tomar formas acentuadas y definidas: no sólo las de un progreso material sino también espiritual".

⁷⁴ Cfr. H. Biagini, *op. cit.*, p. 17. Biagini postula estas cuestiones como las principales preocupaciones de los intelectuales argentinos de filiación positivista, que a la vez forman parte de las contribuciones aportadas por esta orientación.

⁷⁵ También es posible encontrar en la publicación estudios vinculados a las ciencias naturales, como se anotó en el capítulo 1 en relación con las colaboraciones de Miguel Lillo y de Carlos Díaz. No obstante, el lugar otorgado a este tipo de intervenciones no reviste la importancia de aquel destinado a las ciencias sociales.

⁷⁶ J. L. Romero, *El desarrollo de las ideas...*, *op. cit.*, p. 51.

⁷⁷ *Ibidem*.

⁷⁸ *Ibidem*, pp. 60 y ss. Para trazar el panorama historiográfico, Romero estudia las intervenciones de autores como Joaquín V. González, Adolfo Saldías, Ernesto Quesada, Juan Bautista Justo y Ricardo Rojas.

⁷⁹ Tulio Halperin Donghi, "La historiografía: treinta años en busca de un rumbo", en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (compiladores), *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980, pp. 744-840. El autor considera la obra historiográfica de González y Quesada, así como de Francisco Ramos Mejía y Juan Agustín García. Por otra parte, es necesario destacar que Halperin Donghi advierte que

ninguna de las alternativas a la historiografía liberal surgidas a comienzos del siglo llegan a establecer una tradición capaz de reemplazar a aquella creada por Mitre.

⁸⁰ Ángel Castellan, "Accesos historiográficos", en H. Biagini (comp.), *op. cit.*, p. 88. El autor se refiere a la obra de los autores considerados por Romero y Halperin Donghi, como Ramos Mejía, Quesada, González, García, además de José Ingenieros y Lucas Ayarragay.

⁸¹ R. Leoni Pinto, "Historiografía de Tucumán (1880-1950). Autores, obras y problemas", en *La historia como cuestión. In Memoriam Antonio Pérez Amuchástegui*, La Rioja, Canguro, 1995, p. 71.

⁸² *Ibidem*, pp. 74 y 76. Para una visión más amplia, cito el juicio completo del autor: "Terán continuó a quienes intentaron escribir la historia integral de Tucumán; pensó que para realizarla debía concretar investigaciones y exponerlas en estudios monográficos, preparatorios de lo general. Su concepción histórica y una acertada labor heurística le permitió superar el "localismo", que signaba y signa aún la historiografía "provincial". Fue el primer crítico de las "historias nacionales", a las que estimó carentes de sentido porque al editarse se desconocía la historia de todas las provincias."

⁸³ R. Leoni Pinto, "Los aportes de Juan B. Terán...", *op. cit.*

⁸⁴ R. Leoni Pinto, "Historiografía de Tucumán...", *op. cit.*, p. 74.

⁸⁵ R. Leoni Pinto, "La sociología y los historiadores", en *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, t. II, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1996, p. 204.

⁸⁶ En este punto, cabe señalar que en 1895, Jaimes Freyre publica en Buenos Aires un temprano estudio vinculado a la disciplina, la *Historia de la Edad Media y los Tiempos Modernos*, sin embargo "esta obrita", en palabras de Carilla, "no agrega nada a los méritos de su autor" y "es uno de los tantos manuales - acumulación de nombres y fechas- que no revelan ninguna personalidad, ningún carácter definido". Para el crítico, recién en Tucumán se desplegaría verdaderamente la vocación histórica del poeta, como ya se indicó. Cfr. E. Carilla, *op. cit.*, p. 61.

⁸⁷ R. Leoni Pinto, "Historiografía de Tucumán...", *op. cit.*, p. 69.

⁸⁸ Carilla señala que, en 1910, el gobernador de Tucumán, Ernesto Padilla, encomienda a Jaimes Freyre la realización de investigaciones y copias de documentos coloniales vinculados a Tucumán en los Archivos de Sevilla y Salamanca; y, en 1913, Padilla lo nombra organizador del Archivo Histórico de la Provincia. Cfr. E. Carilla, *op. cit.*, pp. 61 y 62.

⁸⁹ Á. Castellan, *op. cit.*, p. 82.

⁹⁰ El único escrito de Taine incluido en la revista es, como se mencionó antes, la traducción de "Napoleón Bonaparte" realizada por Terán. El escrito es presentado como un "elocuente *specimen* del procedimiento y manera del maestro". En cuanto a Ferrero, la publicación traduce cuatro capítulos de su obra *Grandeza y decadencia de Roma*. "Los idus de marzo. Muerte de Julio César", traducido por Ubaldo Benci, n° 1, julio de 1904, t. I, pp. 24-31; "Siluetas romanas", traducido y anotado por J.S. (iniciales del seudónimo de Terán, Jocundo Severo), n° 16, octubre de 1905, t. III, pp. 318-328; "El mito de Augusto", con traducción de Pola Terán, n° 20, mayo de 1906, t. IV, pp. 79-102; y "Las costumbres romanas en tiempos de Augusto", traducido por "J. S.", n° 33, junio de 1907, t. VI, pp. 164-173.

⁹¹ Notas a G. Ferrero, "Siluetas romanas", *op. cit.*, p. 319.

⁹² Juan B. Terán, "Guillermo Ferrero", *Revista de Letras...*, n° 36, septiembre de 1907, t. VI, pp. 358 y 359.

⁹³ Claudio Medina, (seudónimo de Terán), "Escipión Emiliano, por Gastón Boissier y por Guillermo Ferrero", en "Revista de revistas", *Revista de Letras...*, n° 30, marzo de 1907, t. VI, p. 397.

⁹⁴ J. F., "Revista de revistas", *Revista de Letras...*, n° 29, febrero de 1907, t. V, p. 328.

⁹⁵ R. J. F., "El Nerón de Ferrero", en "Hechos e ideas", *Revista de Letras...*, n°s 37-39, octubre-diciembre de 1907, t. VII, pp. 120 y 121.

⁹⁶ T. Halperin Donghi, *op. cit.*, p. 830.

⁹⁷ Cfr. Julio López Mañán, "Mitre", *Revista de Letras...*, n° 19, pp. 20-25. Se trata de un discurso pronunciado por su autor en una velada celebrada en homenaje a Mitre, pocos días después de su muerte.

⁹⁸ R. Leoni Pinto, "La sociología...", *op. cit.*, pp. 200 y 201.

⁹⁹ *Ibidem*, p. 202.

¹⁰⁰ Julio López Mañán, "Sociología argentina. Apuntes sobre el derecho de Tucumán de 1830 a 1840", *Revista de Letras...*, n° 9, marzo de 1905, t. II, pp. 163 y 164.

¹⁰¹ Al considerar la obra de Ernesto Quesada, quien basa su caracterización de Rosas en el paralelo con Luis XI, Halperin Donghi realiza una valoración negativa acerca del trazado de paralelismos de este tipo, que denomina "argumentos por analogía". Cfr. T. Halperin Donghi, *op. cit.*, p. 836.

¹⁰² Cfr. *Revista de Letras...*, n° 6, diciembre de 1904, pp. 436-453.

¹⁰³ *Ibidem*, pp. 450 y 451.

¹⁰⁴ *Ibidem*, p. 439.

¹⁰⁵ Cfr. J. L. Romero, *El desarrollo de las ideas...*, *op. cit.*, p. 54.

¹⁰⁶ H. Biagini, *op. cit.*, p. 28.

¹⁰⁷ C. Altamirano y B. Sarlo, "La Argentina del...", *op. cit.*, p. 164.

¹⁰⁸ O. Terán, *Vida intelectual...*, *op. cit.*, p. 227.

¹⁰⁹ *Ibidem*, pp. 254 y 255.

¹¹⁰ C. Altamirano y B. Sarlo, "La Argentina del...", *op. cit.*, p. 164.

¹¹¹ Juan B. Terán, "La hora predestinada del descubrimiento. (Estudios de historia americana)", n°s 37-39, octubre-diciembre de 1907, t. VII, p. 66. Se trata de una conferencia leída en el marco del curso libre de la Sociedad Sarmiento "Orígenes Americanos".

¹¹² En una reflexión sobre el propósito de la anotación de documentos, López Mañán hace referencia a las "secciones no rotuladas, pero siempre observadas en la revista", cfr. notas de J.L.M. a Domingo de Oro, "Juicio sobre la separación de Buenos Aires", *Revista de Letras...*, n° 10, abril de 1905, t. II, p. 251.

¹¹³ J.L.M., "Tucumán en 1801. Oficio inédito del Cabildo", *Revista de Letras...*, n° 5, noviembre de 1904, t. I, p. 413.

¹¹⁴ J.L.M., "Documento inédito. Proyecto de ley para fomentar matrimonios", *Revista de Letras...*, n° 6, diciembre de 1904, t. I, p. 460.

¹¹⁵ J. L. M., "Informes inéditos del cabildo de Tucumán", *Revista de Letras...*, n° 7, enero de 1905, t. II, p. 21.

¹¹⁶ "Fragmento de una constitución. 1835. Sección primera", *Revista de Letras...*, n° 14, agosto de 1905, t. III, p. 110. El artículo no está firmado pero la nota remite al artículo anterior, anotado por J.L.M.

¹¹⁷ J.L.M., "Cabildos de Tucumán", *Revista de Letras...*, n° 16, octubre de 1905, t. III, p. 309.

¹¹⁸ Julio López Mañán, "La prueba testimonial en la superchería. Justicia criminal tucumana del siglo XVIII", *Revista de Letras...*, n° 10, abril de 1905, t. II, pp. 281 y 281.

¹¹⁹ J. L. Romero, *El desarrollo de las ideas...*, *op. cit.*, p. 61.

¹²⁰ A. Castellan, *op. cit.*, p. 83.

¹²¹ Cfr. J.L.M., "Documento inédito. Proyecto de ley para fomentar matrimonios", *op. cit.*, pp. 460-468; Marco M. de Avellaneda, "El juicio político. Exposición de un proyecto de ley, por el Dr. Marco M. de Avellaneda" (anotado por J.L.M.), *Revista de Letras...*, n° 14, agosto de 1905, t. III, pp. 99-109; y Alejandro Heredia, "Documentos históricos. Reglamento de la policía", *Revista de Letras...*, n° 18, diciembre de 1905, t. III, pp. 481-486.

¹²² Cfr. J.L.M., "Proceso de esclavitud. En los albores de la Revolución", *Revista de Letras...*, n° 12, junio de 1905, t. II, pp. 447-455.

¹²³ Cfr. Benjamín Matienzo, Ángel C. Padilla y Patricio Zavalía, "Procedimientos civiles. Documento inédito. Informe de la comisión redactora", *Revista de Letras...*, n° 8, febrero de 1905, t. II, pp. 136-154, (con notas de C.); "Fragmento de una constitución...", *op. cit.*, pp. 110-115; "Convención Reformadora de 1884. (Documentos inéditos)", *Revista de Letras...*, n° 23, agosto de 1906, t. IV, pp. 331-360; y "Convención Reformadora de 1884. (Documentos inéditos)", *Revista de Letras...*, n° 24, septiembre de 1906, t. IV, pp. 394-417. Estos dos últimos documentos se incluyen en la revista a propósito de la proximidad de la reforma constitucional de 1907.

¹²⁴ Julio López Mañán, "Tucumán antiguo. El patriotismo y el baile", *Revista de Letras...*, n° 13, julio de 1905, t. III, pp. 89-95. Se trata de una serie de invitaciones a los bailes oficiales ofrecidos por el gobernador en los primeros años del siglo XIX, con motivo de la celebración de las fechas patrias.

¹²⁵ Los documentos del Cabildo anotados por López Mañán son: "Tucumán en 1801", *op. cit.*, pp. 413-419; "Informes inéditos del cabildo de Tucumán", *op. cit.*, pp. 21-30; "Cabildos de Tucumán", n° 16, octubre de 1905, t. III, pp. 308-317 y n° 17, noviembre de 1905, t. III, pp. 418-425. En cuanto a Terán, éste parece hacerse cargo de la sección con "Actas capitulares de San Miguel de Tucumán. Publicación cronológica", n° 26, noviembre de 1906, t. V, pp. 98-116, que aparece firmado por la redacción y en el que se anuncian los cambios señalados. Sin embargo, las actas publicadas en números sucesivos no llevan firma, y en algunos casos, tampoco están anotadas. Ellas son: "Actas capitulares. (Documentos inéditos)", n° 25, octubre de 1906, t. V, pp. 33-42; "Actas capitulares de San Miguel de Tucumán. Publicación cronológica", n° 27, diciembre de 1906, t. V, pp. 164-170 y n° 28, enero de 1907, t. V, pp. 233-239; "Tucumán en el siglo XVII. Actas del Cabildo Colonial. (Publicación cronológica de documentos inéditos)", n° 29, febrero de 1907, t. V, pp. 306-313. Con la inicial de su apellido, firma la introducción a "Tucumán en el siglo XVII. Actas del Cabildo Colonial. (Publicación cronológica de documentos inéditos)", n° 30, marzo de 1907, t. V, pp. 356-366. Por último, con las iniciales de su seudónimo Claudio Medina firma los siguientes comentarios: "El año 1862 en San Miguel de Tucumán, según sus actas capitulares", n° 33, junio de 1907, t. VI, pp. 174-177 y n° 34, julio de 1907, t. VI, pp. 249-253; "El siglo XVII en San Miguel de Tucumán, según sus actas capitulares", n° 35, agosto de 1907, t. VI, pp. 313-315, n° 36, septiembre de 1907, t. VI, pp. 367-372 y n°s 37-39, octubre-diciembre de 1907, t. VII, pp. 46-66. 1906, t. V, pp. 33-42; "Actas capitulares de San Miguel de Tucumán. Publicación cronológica", n° 26, noviembre de 1906, t. V, pp. 98-116.

Por otra parte, Kreibohm anota que por un decreto de febrero de 1900, se le encomienda a Ernesto Padilla, que llegaría a ser gobernador de Tucumán en 1913, la edición de las actas del cabildo, que se publicaron recién casi cuarenta años después. Este dato parece significativo en dos sentidos: por un lado, permite apreciar la importancia de la labor de la revista al asumir la publicación de este material completamente inédito; y, por otro lado, lleva a relacionar a Padilla con la publicación de esta serie en la revista, que en un principio estuvo a cargo precisamente de López Mañán, primo segundo de Padilla, y de Terán después, uno de sus amigos íntimos. Cfr. E. Kreibohm, *Un siglo de...*, *op. cit.*, pp. 80 y 81. Llama la atención además el hecho de que Padilla no esté presente entre los miembros que colaboraron con la realización de la revista en Tucumán, dada su cercana vinculación con el grupo aglutinado en torno a ella, así como su participación en publicaciones culturales anteriores, *ibidem*, p. 86. De todas maneras, no debe descartarse la posibilidad de que Padilla haya efectivamente colaborado con la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, aunque no de manera explícita.

¹²⁶ No debe olvidarse que el rosismo fue, como se sabe, uno de los principales fenómenos que la historiografía nacional de esta etapa aspiró a comprender y explicar, cfr. A. Castellan, *op. cit.*, p. 87; J. L. Romero, *El desarrollo...*, *op. cit.*, pp. 60 y ss.; y O. Terán, *Vida intelectual...*, *op. cit.*, pp. 116 y ss.

¹²⁷ Cfr. Bartolomé Mitre y Marcos Paz, "Dos cartas políticas inéditas", n° 1, julio de 1904, t. I, pp. 39-46, con notas de J.L.M.; "Carta inédita de Dalmacio Vélez Sarsfield", n° 2, agosto de 1904, t. I, pp. 113-116, con notas de J.L.M.; Juan Manuel de Rosas, "Cartas inéditas", n° 3, septiembre de 1904, t. I, pp. 185-200, con notas de J.B.T.; José Joaquín Pérez, "Bases para una alianza chileno-argentina", n° 4, octubre de 1904, t. I, pp. 302-310, con notas de J.B.T.; Domingo F. Sarmiento, "Carta inédita", n° 9, marzo de 1905, t. II, pp. 216-219, con notas de J.B.T.; Domingo de Oro, "Juicio sobre...", *op. cit.*, pp. 249-260, con notas de J.L.M.; y José Posse, "Renuncia la diputación nacional", n° 21, junio de 1906, t. IV, pp. 172-180, con nota sin firma.

¹²⁸ La revista documenta este interés. En una nota a "Cabildos de Tucumán", López Mañán da a conocer el siguiente pedido: (...) se solicita a los gobiernos de provincia que confíen en guarda o depósito a la Facultad de Filosofía y Letras la parte administrativa del archivo de los estados locales, a fin de que la comisión especial de aquella institución docente revise y ordene metódicamente esos antecedentes de la historia argentina, publicando la parte de ellos que reputa interesante. Así se enviarán a la Capital Federal (...) los antecedentes oficiales de la organización institucional argentina y, entre los documentos anteriores, las preciosas colecciones de actas capitulares que existen en casi todas las capitales de provincia." Para López Mañán (...) bien podrían conciliarse los propósitos de la facultad citada con los derechos y sentimientos de los centros locales, si la nación alentara a los gobiernos de provincia para que publiquen los documentos de sus archivos, en términos que se satisfagan los extremos de investigaciones científicas, con lo cual se aprovecharían las ventajas de la división del trabajo para dar cima a una obra de común interés como ésa." Cfr. "Cabildos de Tucumán", *op. cit.*, pp. 308 y 309. Es posible conjeturar que tal vez estas circunstancias hayan advertido a los realizadores acerca de la importancia de la publicación sistemática de las actas.

¹²⁹ Cfr. R. Leoni Pinto, "Los aportes de...", *op. cit.* Para el autor, la primera etapa de la obra historiográfica de Terán, que sitúa de 1902 a 1910, comprende su tesis de abogado y sus meditaciones sobre la obra de Taine y Ferrero. Como puede advertirse, estas últimas son desarrolladas en las páginas de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*.

3. Ricardo Jaimes Freyre: la proyección a América

Como se analizó en el capítulo anterior, la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* articuló un proyecto científico centrado en el impulso del estudio y de la investigación, y, de modo particular, en el afán de contribuir al despliegue de la historia provincial y nacional. Pero la publicación desarrolló también lo que podría identificarse como un proyecto literario, al que otorgó igual importancia, y que parece haberse sustentado en dos grandes propósitos: por un lado, difundir la “literatura americana”, tal como aparece denominada en la revista, así como contribuir a su configuración; por otro, dar a conocer, principalmente mediante traducciones y comentarios, las novedades literarias del extranjero. El primero de estos objetivos constituyó sin duda la vertiente central del proyecto y se vio estrechamente vinculado al desarrollo del movimiento de renovación de la literatura de la zona hispanohablante del continente conocido como modernismo.

3.1. Jaimes Freyre y el modernismo

En su estudio sobre la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, Carilla afirma que la publicación tucumana constituye una “nítida revista modernista”.¹ Dos aspectos obligan a matizar tal aseveración. En primer lugar, la publicación no fue sólo una revista literaria, en la medida en que las ciencias sociales ocuparon en ella un lugar destacado, como se intentó mostrar en el capítulo precedente. Por otra parte, es necesario destacar que la publicación no parece haberse pensado desde un comienzo como un órgano del modernismo, y que, del mismo modo, no es posible encontrar en sus páginas ninguna adhesión explícita al movimiento, aunque una zona importante de su proyecto literario estuvo estrechamente ligada a él.

Es sabido que en Argentina el movimiento conoció su etapa de esplendor durante la década de 1890. Este apogeo coincidió con la estadía de Rubén Darío en Buenos Aires –que se prolongó desde agosto de 1893 hasta fines de 1898–, y con la ola de bienestar y prosperidad reinante en el país. Como advierte Ángel Rama, la índole cosmopolita del movimiento, a su juicio, el primero “de carácter típicamente urbano que conociera la América Latina”,² explica la importancia que los niveles de desarrollo alcanzados en las urbes hispanoamericanas tuvieron sobre la mayor riqueza y amplitud de la creación poética. El modernismo, que se inicia en la década de 1880 en los países del norte del continente –en cuyas capitales, no obstante, sólo alcanza una vida desmedrada–, logra desarrollarse con plenitud recién a finales de la década en las ciudades del sur: Santiago de Chile, Montevideo, y, sobre todo, Buenos Aires. Estos centros urbanos mostraban un notable aumento de la población y un acusado cosmopolitismo, productos de la inmigración masiva y de la inserción del capitalismo europeo en la conducción de su vida económica, que resultaban favorables para el desarrollo de la nueva poética. Darío descubre allí “la dirección históricamente válida de su arte” a la vez que se vincula con una segunda generación de figuras: Leopoldo Lugones, Julio Herrera y Reissig, Ricardo Jaimes Freyre.³ Desde la perspectiva de Noé Jitrik, es necesario indagar en el clima social y en las condiciones culturales de la Argentina de fin de siglo las razones por las que el modernismo, según sus palabras, “prende” en el país. El agotamiento de la poesía romántica y posromántica, así como de la literatura gauchesca, el clima cosmopolita que se vivía desde 1880, el proyecto de incorporación al mundo de la civilización y la cultura occidentales impulsado por la alta burguesía liberal, la mayor alfabetización y el más fácil acceso a los objetos culturales, el ambiente general de mundanidad, lujo, ostentación y vuelco a Europa, son para el autor, algunos de los factores que explican la implantación vehemente y veloz del movimiento, que venía a prometer un acceso rápido al deseado universo cultural

europeo, a la vez que aseguraba una literatura digna y de alto nivel. “Si modernismo en Centroamérica era superación del localismo, en la Argentina, es corroboración de que ya se lo ha superado”, afirma Jitrik. Por eso, en muy pocos años, el movimiento, que en un comienzo acusa un carácter rebelde y se ve obligado a luchar por su implantación, evoluciona en el país “hasta convertirse en la literatura académica y oficial”, y por eso pierde con presteza su “inicial rebeldía, que rozaba también ardientemente lo político-social”.⁴

Darío llega así en un momento y a un lugar propicios para el despliegue de su afán de renovación literaria. En Buenos Aires su nombre fue, según Carilla, un “imán en el que confluían los jóvenes argentinos que asomaban entonces a las letras y que buscaban un apoyo firme para reaccionar contra una literatura que sentían ajena o ya superada”.⁵ Para el crítico, a la sombra de Darío nacieron o se perfilaron nombres valiosos: Leopoldo Lugones, Ricardo Jaimes Freyre, Leopoldo Díaz, Eugenio Díaz Romero,⁶ entre los que aparecerían después en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*. Jaimes Freyre asomaba entonces al campo literario de Buenos Aires apoyado por su padre –conocido, según se indicó, como “Brocha Gorda”– miembro de la redacción de *La Nación* y que había participado en la fundación de “El Ateneo” de Buenos Aires. De este modo, Jaimes Freyre ingresa hacia 1894, a poco de su llegada, tanto a la institución como a la redacción de uno de los más prestigiosos diarios hispanoamericanos de la época. El mismo año se estrecha su amistad con Darío y de ella surge la *Revista de América* (agosto-octubre de 1894), en palabras de Darío, “órgano de nuestra reciente revolución intelectual”, que se propuso “levantar oficialmente la bandera de la peregrinación estética que hoy hace con visible esfuerzo la juventud de América Latina a los Santos Lugares del arte y a los desconocidos orientes del ensueño”, como establece su entrega inicial.⁷ Si bien sólo llegó a publicar tres números quincenales, la *Revista de América* evidenció la penetración modernista en Buenos Aires y significó para Jaimes Freyre, que se desempeñó como director junto a Darío, la consagración definitiva. En ella escribieron, además de sus directores, Leopoldo Díaz, Enrique Gómez Carrillo, Salvador Rueda, “Brocha Gorda”, Justo A. Facio, entre otros.⁸ La breve vida de la publicación no impidió, por otra parte, que su ejemplo fuera continuado por nuevas empresas.

Las revistas culturales constituyeron, en efecto, importantes medios de divulgación de la estética y de la producción literaria del modernismo. Boyd G. Carter señala que en esta etapa floreció a lo largo del continente un gran número de revistas de calidad sobresaliente que se dedicaron más o menos exclusivamente a la literatura.⁹ En Argentina, la primera en publicar textos de autores modernistas parece haber sido la *Nueva Revista* (1893-1894), que incluyó escritos de Jaimes Freyre. Luego de la desaparición de la *Revista de América*, se sucedieron diversas publicaciones modernistas como *La Quincena* (1893-1900), la *Revista Literaria* (1895-1896), *Búcaro americano* (1896-1908) o *Atlántida* (1897). En todas ellas colaboró Jaimes Freyre, así como muchos de los animadores del movimiento que participarían después en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*: Darío, Eugenio Díaz Romero, Leopoldo Díaz, Leopoldo Lugones, Luis G. Urbina, entre otros.¹⁰ *La Biblioteca* (1896-1898), dirigida por Paul Groussac, que no simpatizó con el modernismo pero que abrió las puertas de su revista a los representantes de tal corriente; *La Montaña* (1897) que, impulsada por José Ingenieros y Lugones, trató de sintetizar modernismo y socialismo; *El Almanaque Sudamericano* (1877) y *El Almanaque Peuser* (1888) aparecidos tempranamente; los diarios *La Nación* y *La Prensa*, completan el panorama de publicaciones que de distintos modos contribuyeron a definir e implantar el movimiento en Argentina.¹¹ Pero sin duda fue *El Mercurio de América* (1898-1900) la revista que se encargó de llevar el modernismo a su apogeo. Fundada y dirigida por Díaz Romero, la

empresa estuvo animada por los mismos propósitos que impulsaron a Darío y Jaimes Freyre a establecer la *Revista de América*.¹² Durante sus dos años de vida, la publicación, que se hizo cargo también de la defensa del movimiento, funcionó como un importante punto de encuentro de los jóvenes que predicaban la renovación poética.¹³ En este sentido, su desaparición dejó un vacío difícil de llenar, que coincidió con la dispersión de su grupo de colaboradores y con un momento de desunión y de carencia de estímulos para el modernismo en Buenos Aires. A propósito de los años posteriores a la desaparición de *El Mercurio de América*, Ricardo Olivera escribe en el primer número de *Ideas* (1903-1905):

Después, poco a poco, el grupo se fue desgranando: eran los años que llegaban con su aporte glacial y a los Poemas y a los Sonetos los hizo prosa la vida –la gran realista. Lugones descendió de las *Montañas del Oro* para efectuar simples inspecciones escolares, y en los últimos tiempos aquella “Voz” que habló “contra las rocas”, debió disminuir mucho el tono para criticar un pobre mortal aunque ministro, y “la gran columna de silencio y de ideas en marcha” que es su genio, es ahora silencio e inmovilidad. Darío que se hizo perdonar sus primeros periodismos por haberlos hecho servir en la fábrica de su “España Contemporánea”, escribe ahora vagas correspondencias de prosa amorfa, que no es por cierto hermana ni de las *Profanas* ni de la de *Azul*. Aquel agitador socialista que fue Ingenieros, se ha metamorfoseado en un médico muy sabio con consultorio frecuentado, que cuando escribe es sobre psiquiatría, ciencia penal, antropología y otras cosas igualmente graves y solemnes. Jaimes Freyre peregrina aislamientos en capitales de provincia, y la tarea estéril del diarismo hace abortar al hermano de *Castalia Bárbara* cada vez que lo concibe su talento. Y este mismo Díaz Romero, ubicado en un rincón del Presupuesto, ha dejado sus “Marpas en el silencio”. (...) Son pocos los que se conservan totalmente fieles a los primeros cultos juveniles (...).¹⁴

Estas palabras resultan ilustrativas, además, del proceso de oficialización del movimiento y de la pérdida de su espíritu inicial mencionados por Jitrik. Otras publicaciones surgidas en Buenos Aires, como la misma *Ideas* y *Martín Fierro* (1904-1905), se propusieron llenar el vacío dejado por *El Mercurio de América*, aunque no gozaron de igual suerte. En este sentido, puede comprenderse la siguiente afirmación de Carter:

Desaparecida *El Mercurio de América*, no surgió en la Argentina ninguna otra revista del mismo tipo para reemplazarla. Por lo que con la extinción de la publicación, ya no teniendo el modernismo un órgano suyo, dejó el movimiento de ser un factor vital en la promoción literaria del país.

El cambio del medio intelectual argentino, que habría de caracterizar los comienzos del siglo XX, ya apuntaba en aquellos escritos socializantes de Leopoldo Lugones y de José Ingenieros que se dieron a la luz en *La Montaña* (1897), en los capítulos anti-modernistas de *La guerra gaucha* de Lugones, aparecidos en *La Biblioteca* de Groussac (...).¹⁵

Sin embargo, el examen de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* obliga a revisar este tipo de juicios.¹⁶ Si bien la publicación no constituyó un órgano exclusivamente modernista, funcionó como un nuevo espacio de difusión de las obras de muchos de los escritores que habían conocido el fervor de los años de Darío en Buenos Aires. Es posible pensar que la publicación tucumana, y especialmente su director, anhelaron también continuar un proyecto truncado. Si, como señala Carilla, Jaimes Freyre llegó a Buenos Aires en el momento oportuno a contribuir al triunfo del modernismo, y su ofrenda fue *Castalia Bárbara*,¹⁷ desde Tucumán articuló también su aporte al proyecto modernista, no ya en la edad de su triunfo sino en la de su sedimentación. En este sentido, podría decirse que su nueva ofrenda fue la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*. Pero la publicación tucumana continuaría la tarea de difundir el movimiento sin los fervores de escuela ni la

pasión juvenil de la *Revista de América* o de *El Mercurio de América*. Apareció en una época en la que el furor modernista comenzaba a aplacarse, y casi a desaparecer en Buenos Aires, según se desprende de las palabras de Olivera y de Carter. Del mismo modo, Max Henríquez Ureña afirma que, hacia 1900, la actividad desplegada en Buenos Aires por los modernistas pareció sufrir un colapso, no sólo por la desaparición de *El Mercurio de América* o por la ausencia de los principales animadores del movimiento, sino también a causa de la emergencia de una generación que respondía a nuevas orientaciones. “En la Argentina, donde se había desarrollado el modernismo con mayor intensidad al finalizar el siglo XIX, fue donde primero surgió, aunque sin estridencias, ese movimiento de reacción”, sostiene el crítico.¹⁸

La publicación tucumana surge entonces en este particular momento de la vida del modernismo. En un comienzo, la revista no aparece como un nuevo órgano del movimiento. En efecto, en el “Prospecto” inicial, de tono serio y calmo, no se menciona voluntad alguna de renovación literaria; por el contrario, se manifiesta explícitamente la apertura ideológica y la ausencia de adhesiones a movimientos o escuelas: “La *Revista de Letras y Ciencias Sociales* (...) aspira, sin exclusivismos ni banderías, a servir de vehículo a todos los propósitos nobles y a todos los pensamientos generosos, dentro de los límites de las doctrinas y de las teorías”, establecen, según se indicó ya, los fundadores en julio de 1904. No obstante, y si bien el afán de difusión del movimiento no aparece en los primeros números, a medida que avanza la entrega se van dando a conocer los escritos de gran parte de los representantes del modernismo. De todas maneras, en ningún momento la publicación llega a adherir explícitamente al movimiento. Más aún, el vocablo modernismo se ve casi completamente ausente en sus páginas.¹⁹

La presencia del modernismo en la revista se debe sin duda a Jaimes Freyre, cuyo nombre aparece vinculado al momento de apogeo del movimiento en Buenos Aires y quien constituye uno de los poetas que la crítica ve como integrante de una segunda generación modernista. En realidad, él se hizo cargo, de manera más general, de todo lo que atañe a la literatura. El examen de las sucesivas entregas permite pensar que él asumió dos roles centrales en la realización de la revista: además de dar a conocer allí sus propios escritos literarios, se encargó de solicitar las colaboraciones de otros autores y de mantener el contacto con ellos. Como escritor, difundió parte de su propia obra, que, a juicio de Carilla, se caracteriza por la brevedad y la variedad. “Dentro de un número no extraordinario de obras, vemos en él representados casi todos los géneros: lírica, drama, cuento, novela, crónica de viaje, crítica literaria, tratado didáctico, etc.”, indica el estudioso.²⁰ La *Revista de Letras y Ciencias Sociales* fue el espacio donde se gestó y se difundió, en algunos casos por primera vez, parte importante de esta obra: cuentos, la novela *Los jardines de Acadero*, los primeros estudios sobre versificación –que integrarían después el volumen *Leyes de la versificación castellana*–, y la crónica de viajes *Aspectos de Brasil*, además de ensayos y breves artículos. Antes de la aparición de la revista, Jaimes Freyre era reconocido sobre todo como poeta, especialmente a partir de su elogiada *Castalia bárbara*. En este sentido, es posible advertir que las páginas de la publicación contribuyen a mostrar un nuevo perfil del ya consagrado escritor.

La revista recoge tres cuentos inéditos del autor: “Zaghi, mendigo”, “En las montañas” y “En un hermoso día de verano”.²¹ En total, la narrativa breve de Jaimes Freyre está conformada tan sólo por cinco cuentos; los dos restantes, “Zoe” y “Los viajeros”, se difundieron en otras revistas, anteriores a la publicación tucumana.²² Carilla afirma que los cuentos de Jaimes Freyre son indudablemente modernistas por sus temas y su factura, aunque dos de ellos, precisamente los incluidos en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, presenten el tema del indígena.²³ En cuanto a *Los jardines de Acadero*, que reconstruye la

vida privada en la Grecia clásica, se trata, para Carilla, de una novela que, como muchas surgidas en esos años, resulta de una particular confluencia de novela histórica y modernismo. La revista publicó los únicos cuatro capítulos de este texto inconcluso, que nunca llegó a editarse.²⁴

Otro escrito del autor que nunca llegó a conocer la forma del libro, a pesar de los anuncios de la revista, fue *Aspectos del Brasil* como en el caso de la novela, los distintos capítulos de este proyectado libro eran acompañados por notas que anunciaban la próxima aparición del volumen.²⁵ Se trata de un relato de viajes que describe las impresiones de Jaimes Freyre acerca de ese país. La crónica de viajes constituyó también un género frecuentado por los modernistas, en la medida en que, en palabras de José Olivio Jiménez, ofrecía a los hispanoamericanos “la ocasión de vivir factualmente su inveterada vocación de cosmopolitismo, de hacer su apasionada experiencia del mundo”, además de la oportunidad de “mirar y escribir sobre lo propio, nacional y americano”.²⁶ En el caso de *Aspectos del Brasil*, Jaimes Freyre mira con ojos asombrados la vastedad de los cafetales, la “modernísima” ciudad de San Pablo, la “fiebre ciudadana” de las calles de Río de Janeiro; traza la historia de los yacimientos mineros; rescata los avatares de la vida de Dirceu, poeta afincado en Brasil a fines del siglo XVII; e incluye recomendaciones al eventual visitante, frutos de su propia experiencia de viajero.²⁷ La revista incluye además, otras colaboraciones vinculadas a este género, como, además del relato de un viaje en tren a la provincia de Córdoba, la traducción de una carta de Rudyard Kipling que recoge sus impresiones acerca de Nagasaki, y el prólogo de Darío a un libro de viajes de Enrique Gómez Carrillo.²⁸ Estos dos últimos revelan el interés –característico del modernismo– por Japón y por el exotismo de Oriente, como se advierte en las palabras de Darío:

Para mí un hombre que vuelve del Japón es siempre interesante; y, si, como en este caso, ese hombre es un poeta, el hecho me resulta encantador. Ese poeta, me digo, viene del país de los dragones, de las cosas raras, de los paisajes milagrosos y de las gentes que parecen caídas de la luna. Doy las gracias a Gómez Carrillo por su regalo.²⁹

A diferencia de la novela y del libro de viajes, los estudios sobre versificación que Jaimes Freyre publica en la revista, aunque sin ningún tipo de anuncios sobre un posible libro, llegan a integrar más adelante el volumen *Leyes de la versificación castellana*, publicado en Buenos Aires en 1912. Carilla indica que el volumen es el desarrollo y la coronación de los estudios publicados en la revista, que a su vez corresponden a sus clases del curso libre de la Sociedad Sarmiento.³⁰ La *Revista de Letras y Ciencias Sociales* incluye un estudio central en la teoría, “La ley del ritmo”, donde se advierte el ambicioso objetivo de Jaimes Freyre: descubrir la ley del ritmo dentro del verso castellano que resulte válida tanto para los metros tradicionales como para los que puedan crearse en el futuro. El autor destaca el valor y la necesidad de su teoría, en un momento de renovación de la poesía en habla hispana:

El estudio de la métrica castellana está muy lejos de sus Columnas de Hércules. La inmensa mayoría de los poetas, aun de los más altos, ignora la teoría del ritmo y se atiene a la intuición musical y al oído como guías únicos. Y no va descaminada confiando en el empirismo, que basta para evitar todos los escollos y para dominar magistralmente la armonía (*sí*), si está acompañado con dotes naturales. De ahí la escasa dedicación a la ardua tarea de investigar causas y de desentrañar principios, que más sirven para la crítica que para la composición y más para la satisfacción de conocer que para la gloria de crear.

Pero cuando se ve aumentar el número de buenos versificadores que rompen los moldes e introducen ritmos nuevos, resistidos como todas las reformas, es preciso determinar los límites que franquean y examinar atentamente si no reemplazan el

oro con la alquimia; pues aunque en este caso también falla el oído en última instancia y no hay soborno posible para tal juez, conviene evitar el argumento de autoridad que tanta fuerza tiene en el arte y que suele convertir las obras más celebradas en peligrosos modelos, y conviene también buscar la ley a que esas reformas obedecen, ya que no debe suponerse que carezcan de ella.

Fijemos pues, las fronteras actuales de la métrica, consignando antes ciertos principios elementales, a fin de estudiar en seguida la posibilidad de ensanchar sus dominios y fijar sus leyes.³¹

La teoría que desarrolla Jaimes Freyre revela una actitud característica del modernismo, como fue la preocupación por el estudio de la forma. En efecto, el poeta asume la seriedad del estudioso y del crítico, así como el rigor científico por el que tanto bregara Juan B. Terán en otras zonas de la publicación. Unamuno, que elogia el trabajo a poco de conocerlo, felicita a Jaimes Freyre por su teoría que califica, precisamente, como “la exacta y la verdaderamente científica”.³² En otros estudios críticos incluidos en la revista, Jaimes Freyre muestra el mismo rigor e igual dedicación. Sin embargo, el autor no cultivó la crítica literaria en forma regular ni dejó libro alguno sobre la especialidad, según advierte Carilla.³³ En este sentido, la realización de la revista parece haber despertado en su director el interés por asumir el papel de crítico. En efecto, la totalidad de sus poco numerosos estudios literarios, si se exceptúan algunas conferencias y discursos, corresponden a la etapa de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*. Allí, Jaimes Freyre incluye dos estudios de su autoría, uno dedicado a Miguel de Cervantes, y otro al *Libro de buen amor*.³⁴ Este último, presentado en la revista como una “introducción a un estudio sobre Juan Ruiz”, se destaca especialmente por su profundidad y sistematicidad. Ante la “oscuridad que rodea la vida y la obra del célebre arcipreste”, según sus propias manifestaciones, Jaimes Freyre realiza un análisis minucioso de las distintas versiones de la obra y formula hipótesis, presentadas como novedosas, acerca de la fecha y las condiciones de producción de la obra. En efecto, el estudio filológico y el trabajo documental realizado, acercan a Jaimes Freyre a la figura del investigador serio y estudioso propugnada por Terán como modelo de trabajo intelectual. Por otra parte, puede advertirse que, al ocuparse de los libros de Cervantes y de Ruiz, Jaimes Freyre rescata obras clave de la tradición de la literatura española. Es posible relacionar esta actitud con el “hispanismo” que se consideró en el capítulo anterior en relación con los ensayos de Terán. A diferencia de éste, que, desde una perspectiva más cercana a la de los intelectuales de 1880, señala las consecuencias negativas que trajo al país la colonización española, Jaimes Freyre, si bien en el campo de las letras, reconoce, al igual que otros escritores modernistas, el valor de la tradición hispánica.

Estos trabajos constituyen los únicos estudios críticos de cierta magnitud publicados en la revista por Jaimes Freyre. Pero éste difundió además otros artículos y reseñas más breves que abordaron la producción literaria de la época, como el teatro de Jacinto Benavente o los últimos libros de Lugones y de Unamuno.³⁵ Estos escritos no parecen responder por completo a los rasgos de la crítica literaria característica del modernismo, “crítica situada aparte de todo rigor metodológico, de corte subjetivo e impresionista e incluso lírico”, en palabras de Jiménez. Para el autor, esta “crítica de empatía” tuvo en *Los raros* de Darío su ejemplo más acabado.³⁶ Por el contrario, en el artículo sobre Benavente, por ejemplo, y a diferencia de las más “empáticas” reseñas de los libros de Lugones y de Unamuno, Jaimes Freyre muestra cierta severidad crítica, al afirmar, por ejemplo, que la vasta producción de Benavente, “estimulada y aplaudida precisamente por lo que tiene de efímero y deleznable”, no está a la altura intelectual de su autor, quien debe poner sus dotes al servicio del “arte verdadero”.³⁷

En la sección “Ecos”, constituida por series de breves comentarios sobre la actualidad internacional, Jaimes Freyre, único responsable de esta sección que apareció asiduamente

en las sucesivas entregas durante los dos primeros años de la publicación, cultivó un género típicamente modernista: la crónica. Pedro Henríquez Ureña, que considera el género en relación con la obra de José Martí, señala que se trata de una “forma de periodismo literario desconocida antes de 1870”.³⁸ Define la crónica como “el comentario en torno a algún suceso de actualidad”, y afirma que “cuando se enviaba desde un país extranjero, era obligado que se tratase de toda clase de acontecimientos: una campaña política o un descubrimiento científico, una catástrofe ferroviaria o una exposición de arte, una crisis financiera, una obra de teatro o un libro nuevo (...)”. Por su parte, Jiménez advierte que este género, cuya configuración constituye precisamente un aporte de los escritores modernistas –quienes matizaron su carácter informativo con un intenso lirismo–, resulta de la confluencia de dos fenómenos: la profesionalización de la literatura y el nacimiento del periodismo literario. Para el autor, a pesar de que el género presenta límites difusos, en tanto colinda con el ensayo, la crítica, el relato, el apunte descriptivo o el poema en prosa, es posible establecer un criterio válido para su reconocimiento: “la inmediatez y actualidad de lo comentado”.³⁹

Con un tono a veces lírico y subjetivo, y por momentos anecdótico, Jaimes Freyre abordó en “Ecos” temas muy diversos: la guerra ruso-japonesa, las recepciones de la Academia Francesa, el centenario de Jorge (*sic*) Sand, de Petrarca y del *Quijote*, la última exposición gastronómica de Buenos Aires, los juegos olímpicos celebrados en Estados Unidos, las corridas de toros, la expedición inglesa al Tibet, los árboles enanos del Japón, la nueva biografía de Edgar Allan Poe, la autobiografía de Herbert Spencer, los últimos años de Tolstoi e Ibsen, los homenajes a Ruskin y a Emilia Pardo Bazán, entre otros muchos y diversos acontecimientos de la época. Desde Tucumán, la sección parece haber buscado funcionar, precisamente, como un eco de las novedades extranjeras. En el número 20, de mayo de 1906, aparece por última vez.⁴⁰ No obstante, su autor continúa publicando algunos escritos similares en la sección “Hechos e ideas”, cuya aparición se mantendría hasta el final de la entrega.⁴¹

La sección “Ecos” constituye una clara muestra de la mirada internacionalista de la publicación, que parece ávida de recibir las novedades del extranjero y de difundirlas entre sus lectores. Como se señaló antes, el internacionalismo es uno de los elementos que define la formación cultural que animó la realización de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*. Otro ejemplo en este sentido está dado por las permanentes operaciones de traducción emprendidas por la publicación. En la mayor parte de las entregas, se dieron a conocer distintas muestras de la producción literaria del extranjero, constituidas sobre todo por cuentos. En el número 6, correspondiente a diciembre de 1904, se difunde la primera traducción de un cuento escrito en francés, y, a partir de esa entrega, se continuarían publicando asiduamente traducciones de cuentos europeos.⁴² Este proyecto alcanza una mayor sistematicidad avanzada la entrega, con el establecimiento de la sección “Cuentos exóticos” en el número 21. En una nota que acompaña la traducción del cuento “Janko el músico”, del escritor polaco Enrique Sienkiewicz se anuncia el inicio de la serie. Autor de cuentos y novelas, Sienkiewicz reconstruye en un comienzo el mundo de la pequeña burguesía polaca pero se vuelca luego a la escritura de obras cuyos héroes se inspiran en las grandes figuras históricas del pasado de su país. Goza de celebridad mundial a partir de la publicación de *Quo vadis?* en 1894, y recibe el premio Nobel de Literatura en 1905.⁴³

La REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES inicia con esta encantadora narración del autor de *Quo vadis?*, la publicación de una serie de cuentos exóticos –rusos, japoneses, árabes, etc.– cuya traducción ha sido hecha expresamente para esta Revista.⁴⁴

En números siguientes, se continúa con la difusión de este tipo de relatos, “expresamente traducidos para esta Revista por Mauricio Foy”, según se indica en las

notas. Llegan a publicarse “Cuentos thibetanos (*sí*)”, “Cuentos históricos de Rumania” y “Cuentos tcheques (*sí*)”, pero el proyecto decae pronto.⁴⁵ Sin embargo, la revista proseguiría con la labor de traducción de cuentos escritos en lenguas extranjeras.⁴⁶

Por último, el panorama de los escritos de Jaimes Freyre incluidos en la revista se completa con sus poemas “Rusia” y “Alma antigua”, que serían incluidos después en su segundo y último libro de poesía *Los sueños son vida*, publicado en Buenos Aires en 1917.⁴⁷ Llama la atención el reducido número de poemas que el director da a conocer en la publicación –si bien no debe olvidarse que la obra lírica de Jaimes Freyre es muy breve–, así como el lugar que la revista les otorga. Aunque “Alma antigua” ocupa las páginas centrales del número 22, “Rusia” aparece casi inadvertido entre otros escritos del autor en la sección “Ecos”. Acaso la elección de este espacio pueda deberse al hecho de que la preocupación por Rusia había aparecido ya con frecuencia en la sección. A propósito de la guerra ruso-japonesa, conflicto que aparece reiteradamente mencionado en “Ecos”, Jaimes Freyre advierte la gestación de una revolución en Rusia:

La santa Rusia ha sentido a la vez el látigo nipón en sus flancos y el látigo de la autocracia en su rostro. Desde el Neva al Cáucaso un largo estremecimiento ha pasado por el imperio y ha comenzado a formarse la tempestad que arrasará las instituciones caducas, que en la Europa moderna parecen un girón de los tiempos pasados. Rusia tendrá también su *revolución francesa*, su 89 se ha atrasado en más de un siglo, pero ya llega. Ese pueblo que se hace matar en las calles de las ciudades, delante del palacio del autócrata, en los campos y en las puertas de las fábricas y de los talleres; de rodillas o con la bomba de dinamita en la mano; pidiendo la libertad o negándose a alistarse en los ejércitos que sostienen la horrible guerra mandchú (*sí*), no vivirá esclavo mucho tiempo ni podrá soportar que sus aspiraciones a una vida humana, sean aplastadas por los cascos de los caballos cosacos.

La libertad no fue jamás una conquista pacífica. Los jefes, los caudillos, los reyes no se desprenden del poder usurpado mientras la brasa nos quema sus palmas.

(...) No se sustraerá Rusia a la ley común, y si el degenerado descendiente de aquellos zares que decapitaban con sus propias manos a los soldados rebeldes se empeña en contener la ola, la ola lo envolverá para siempre o lo arrojará más allá de las fronteras; porque los que miran de frente a las muchedumbres marcharán de espaldas y los que les vuelven la espalda caerán con la frente en la tierra.⁴⁸

Este escrito presenta grandes puntos de contacto con el poema “Rusia”, que anuncia, quizás de un modo más enérgico que la crónica, el nacimiento de la revolución:

Enorme y santa Rusia, la tempestad te llama!
Ya agita tus nevados cabellos y en tus venas
La sangre de Rurico, vieja y heroica inflama...
Desde el Neva hasta el Cáucaso con tu rugido llenas
Las selvas milenarias, las estepas sombrías...
(...)

Enorme y santa Rusia! De tu dolor sagrado
Como de un nuevo Gólgota, fe y esperanza llueve...
La hoguera que consume los restos del pasado
Saldrá de las entrañas del país de la nieve.

El pueblo, con la planta del déspota en la nuca,
Muerde a la tierra esclava con sus rabiosos dientes,
Y tiñese, entre tanto, la sociedad caduca
Con el sangriento rojo de todos los Ponientes!⁴⁹

Por otra parte éstas constituyen las únicas manifestaciones que se ven vinculadas a la mencionada filiación socialista de su autor. A pesar de la presencia de este poema, así

como de “Alma antigua”, se advierte que la figura de poeta del director parece borrarse en la publicación, en la medida en que surge con más notoriedad asumiendo otros roles: el de cuentista y novelista, el de cronista de viajes y de hechos de actualidad, o el de crítico y estudioso de la literatura.

Pero, como se señaló antes, Jaimes Freyre no sólo difundió su propia producción sino también la de otros escritores. En efecto, el director parece haber sido el principal encargado de conseguir las colaboraciones y de mantener el contacto con sus autores. Algunos de ellos habían compartido con él los años de auge modernista en Buenos Aires, como Darío, Díaz, Díaz Romero y Darío Herrera. A las relaciones literarias y personales de Jaimes Freyre parecen deberse, en efecto, muchas de las colaboraciones más prestigiosas de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*. Una carta enviada por Jaimes Freyre a Darío ilustra el modo en que el director de la publicación, como muestra de homenaje a una antigua amistad, solicita el envío de un escrito al máximo representante de la renovación de la poesía hispanoamericana:

Leo en este momento una carta suya a *La Nación*. Dos veces he encontrado a usted en ella; a *usted*, el amigo fraternal, el compañero de otra época. Dos veces: la primera, cuando exige un poco de amor y un poco de belleza en todas las cosas; la segunda, cuando habla de la lira olvidada y ofrece *Cantos de vida y esperanza*. Vengan esos cantos, querido amigo mío, vengan pronto, pues son suyos y pues son *de vida y de esperanza*. A fe que empiezo a sentir que se me va la una y que se pierde la otra...

¿Sabe usted por cierto, que estoy aquí, en este rincón del mundo, linda y próspera ciudad, donde llevo trazas de echar raíces como un antiguo fauno que se *vegetalizará*? Debe usted saberlo, aun cuando sólo fuera por la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, que puntualmente le envió.

(...)

Mándeme una página para la *Revista* un canto de *vida* o uno de *esperanzas*, mándemelo: lo exijo. No tiene usted derecho de hacerse el sordo cuando se trata del más sincero, del más afectuoso, del más devoto de sus amigos.⁵⁰

No obstante, la lista de escritores que colaboró en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* no se limitó al círculo de amistades y compañeros de movimiento de su director. La publicación favoreció también el despliegue de una nueva y más amplia red de relaciones intelectuales, cuyo principal canal fue la correspondencia. Como la revista era realizada íntegramente desde Tucumán, fueron las cartas el principal medio de comunicación con sus colaboradores de otras provincias y de otros países. Y Jaimes Freyre parece haber asumido la responsabilidad de escribirlas.⁵¹ Así, como respuesta a una de esas cartas, en la que el director se da a conocer y presenta la publicación, Unamuno comienza a escribir a Jaimes Freyre y a enviar sus escritos a la revista, según se mencionó antes. Del mismo modo, a las vinculaciones y a las epístolas de Jaimes Freyre obedecen seguramente las colaboraciones de la mayor parte de los poetas cuyos escritos integrarían la sección “Poesías americanas”. En efecto, y si bien prácticamente no difundió sus propios textos líricos, el director solicitó los poemas inéditos de muchos de sus compañeros modernistas, así como de otros colegas, y los dio a conocer. En suma, es posible afirmar que, ya sea por sus propios escritos, por sus relaciones intelectuales, o por la labor desplegada como director, a Jaimes Freyre se debe sobre todo la gestación y el desarrollo del proyecto literario que impulsó la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*.

3.2. Un mapa de la literatura americana

El principal vehículo de difusión del modernismo en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* fue la sección “Poesías americanas”, que publicó los poemas inéditos de muchos de

los representantes del movimiento en los distintos puntos del continente, aunque se mantuvo también abierta a la difusión de autores no inscriptos en sus filas. Esta sección no estuvo presente desde un comienzo; por el contrario, parece haber sido concebida y establecida a medida que avanzaba la entrega. No aparece en los dos primeros números, en los que la producción literaria está integrada únicamente por escritos de algunos miembros del grupo realizador, como Jaimes Freyre, López Mañán y García Hamilton.⁵² En la tercera entrega, correspondiente al mes de septiembre de 1904, se incluyen, con el título “Poesías mexicanas”, poemas de Alberto Herrera y de José Juan Tablada, que se ven acompañados de la siguiente nota: “La REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES continuará, en números sucesivos, la publicación de poesías que le han sido enviadas de diversos países americanos”.⁵³ De este modo, se anuncia el proyecto, aunque la sección no aparece aún establecida por completo. En el número siguiente, se publican poemas de Leopoldo Díaz, pero ellos no son incluidos en sección alguna. En la quinta entrega, aparece por primera vez, y con la misma nota aclaratoria incluida en el tercer número, el nombre “Poesías americanas”, y los poemas comienzan a ser agrupados de acuerdo al origen de sus autores. “Del Perú”, se publica un poema de José Santos Chocano y “De México”, uno de Luis G. Urbina.⁵⁴ A partir de este número la sección adopta su nombre definitivo así como la modalidad de división por países. De esta manera aparecerá en casi todos los números hasta el final de la entrega, e incluirá poemas de autores de México, Perú, Costa Rica, Honduras, Venezuela, Bolivia, Cuba, Colombia, Nicaragua, entre otros países hispanoamericanos.

Se advierten, no obstante, algunas vacilaciones en torno a la inclusión de Argentina en la sección. En efecto, los primeros poemas de autores argentinos que la revista publica, como los de Díaz y Díaz Romero, no forman parte de la sección y parecen quedar fuera de su proyecto. Sin embargo, en el número 12 aparecen por vez primera poemas “De la República Argentina”, pertenecientes a Juan Carlos Tabossi.⁵⁵ En entregas sucesivas, se incluyen del mismo modo los escritos de Díaz y de Díaz Romero.⁵⁶ El hecho de que se vacile en incluir a Argentina en la sección podría estar fundado en el modo en que la revista concibe al país en relación con el resto del continente. Acaso en un comienzo los realizadores hayan querido destacarlo del resto de los países americanos, reservándole el lugar de prestigio que a sus ojos revestía. Como se verá más adelante, en algunos comentarios presentes en las secciones bibliográficas, los fundadores dejan escapar breves juicios que asumen la superioridad de Argentina respecto de otros países del continente. Lo cierto es que ello no impide que finalmente “la República Argentina” sea integrada, en el campo de la literatura al menos, como un país más de la América Hispana, cuyos poetas difunden su producción en la sección “Poesías americanas”. En este sentido, un americanismo emergente, que cobrará protagonismo en números posteriores, parece terminar triunfando sobre los pruritos nacionales. Es posible notar también la presencia de vacilaciones respecto de la inclusión en la sección de algunos miembros del grupo realizador, como García Hamilton, o de otros autores residentes en Tucumán, como Pedro N. Berreta y Víctor Toledo Pimentel.⁵⁷ Los poemas del primero, que aparecen aislados en un comienzo, integrarían la sección recién en el número 14.⁵⁸ Y, en la entrega anterior, los escritos de Berreta y Pimentel, ganadores de los Juegos Florales de Tucumán, también resultan desvinculados de las “Poesías americanas”.⁵⁹ Con el tiempo, no obstante, los nuevos ganadores de estos certámenes serían incluidos en la sección.⁶⁰

De este modo, la serie de “Poesías americanas” se establece en la revista y llega a difundir los escritos inéditos de una amplia diversidad de autores. La sección recoge los poemas de las más prestigiosas plumas del momento, así como aquellos de autores poco conocidos, y que en algunos casos serían olvidados por la historia de la literatura del

continente. Sin embargo, la revista no realiza distinción alguna entre ellos, como si quisiera hermanar a todos y por igual en un mismo proyecto. Esta igualdad de trato podría vincularse con un gesto que la publicación explicitaría más adelante, y que se vio orientado a la unión fraterna de todos los hombres de letras de América. Este anhelo se despliega de modo gradual con el avance de la entrega. En el número 20, los realizadores parecen notar la necesidad de manifestar sus propósitos en este sentido con una nueva declaración de principios. Así, aparece en dicho número, del mes de mayo de 1906, un texto que podría ser interpretado como un nuevo editorial de la empresa, y que incluye aspectos no formulados con claridad en el “Prospecto” inaugural. Si bien no ocupa un lugar destacado –aparece en la sección “Hechos e ideas”–, no puede negarse la importancia de este artículo, en la medida en que constituye la única declaración explícita de los objetivos de la revista, si se exceptúa el mencionado “Prospecto” con que se abre la entrega. El texto, firmado con las iniciales de “Jocundo Severo”, seudónimo de Terán, se titula, precisamente, “Fraternidad americana”:

Esta fraternidad es una realidad histórica, sin órganos.

La REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES ha cultivado la comunicación interamericana, haciendo conocer los hombres y la vida de los países hermanos.

En este conocimiento ha habido, sin duda, muchos sorprendidos.

Se ignoraba que en Hispano-América hubiera el gusto extendido y la cultura sería que él nos ha revelado.

Diariamente llegan testimonios de ambos.

No Méjico, La Habana, Caracas, Bogotá, San Salvador, sino pequeños pueblos, ignorados o perdidos en la nomenclatura geográfica, acreditan la preocupación y la labor literaria con Revistas, en que alterna una poesía con una crítica, y a veces con un discurso filosófico o una información estadística.

Llegan también libros, abundantes, espontáneos y efímeros casi siempre.

Pero el maduro, legalmente trabajado y duradero llegará a su tiempo, al precio de fomentar, intensificar la tendencia que denuncian, bajo el crisol y la prueba de un espíritu crítico que recién apunta.

“La Asociación literaria internacional americana” que en Veracruz (Méjico) bajo la dirección de Pedro Henríquez Ureña y Arturo de Carricarte, selectos espíritus, acaba de publicar la “Revista Crítica”, aspira a encarnar la tendencia y servir de necesidad.

Por nuestra parte, en cooperación de sus fines, perseveraremos en nuestro programa de comunicación e información americana e invitamos a los autores y editores de Hispano-América a remitirnos ejemplares de sus obras para hacerlas conocer y buscarles mercado.⁶¹

Estas palabras muestran el modo como el proyecto de la publicación se estabiliza y amplía, y comienza a advertir, en consecuencia, la necesidad de efectuar un balance de la labor desplegada hasta el momento, así como de señalar las direcciones futuras. De esta forma, la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, cuya primera entrega aparece realizada casi exclusivamente por sus fundadores, emerge en el número 20 como un órgano de “comunicación e información americana”, de dimensión continental. La invitación final lleva implícita la propia conciencia de este alcance. Desde el “rincón provincial” la empresa se piensa como un vehículo privilegiado no sólo de difusión de las obras, sino de búsqueda de mercado. Al igual que otras publicaciones del continente, como la mencionada *Revista Crítica*,⁶² en la que ve reflejado su propio proyecto, la revista tucumana parece concebirse como un órgano propicio para la constitución de esta fraternidad americana. Es interesante advertir, por otra parte, que la presencia de lo americano aparece sobre todo en el proyecto literario de la publicación. Y la sección “Poesías americanas” constituye uno de los principales medios de concreción de este propósito. En este sentido, interesa notar que si el proyecto científico de la revista centró su mirada en el espacio de la provincia y de la

nación, la literatura es pensada, en cambio, como una práctica adecuada para plasmar los anhelos de fraternidad continental.

Este afán de unión fraterna se prolonga, hacia el final de la entrega, más allá de los límites del continente para abrazar también a España. En el número 31, la sección “Poesías americanas” incluye los escritos de L. Rodríguez Figueroa bajo el subtítulo “Poesías españolas”. En los dos números siguientes se difunden del mismo modo otros poemas de autores españoles como Salvador Rueda y Manuel Machado.⁶³ Se trata de escritores que seguían de cerca, desde la península, el desarrollo de la nueva literatura hispanoamericana. Rueda, amigo de Darío, sostenía relaciones epistolares con los poetas de América hispana, leía sus libros, los comentaba en la prensa y, en algunos casos, los prologaba.⁶⁴ Por su parte, Machado fue uno de los primeros autores españoles que se sumó a la corriente modernista que venía de América y que la defendió de las críticas de sus compatriotas.⁶⁵ Con la inclusión de sus escritos, la revista afianza los lazos existentes entre Hispanoamérica y España e intenta unir la poesía de habla española proveniente de distintos espacios geográficos en un proyecto común. Es posible pensar esta operación como una actitud propia de algunos escritores ibéricos e hispanoamericanos de esta etapa que parecían sentirse hermanados por un mismo afán de renovación poética. Precisamente desde esta perspectiva, estudiosos como Rafael Gutiérrez Girardot advierten la inconveniencia de las operaciones críticas que intentaron separar “modernistas” de “noventayochistas”, como protagonistas de un “conflicto entre dos espíritus”.⁶⁶ Parece innegable, no obstante, el rol tutelar ejercido por los hispanoamericanos en el proceso de renovación literaria. Así lo sintieron ellos mismos, que en reiteradas ocasiones se manifestaron conscientes de la superioridad de su poesía respecto de la española, así como de su influencia sobre ella, como se advierte en muchas declaraciones de Darío y, como se verá más adelante, en algunas zonas de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*.⁶⁷ Bajo esta luz, es posible pensar que el modo en que la revista da cabida a las poesías españolas en la sección “Poesías americanas”, revela acaso esta conciencia de superioridad, así como el hecho de que la revista concibe la literatura de España como parte de la literatura de América.

Este proyecto tardío de inclusión de poesías españolas no llega a desplegarse con plenitud, en la medida en que sólo se difunden los poemas de los tres autores mencionados. Sin embargo, el intento es significativo en tanto pone de manifiesto de qué manera la sección concibe y amplía el mapa de la poesía de América. En un principio excluye de él la producción argentina pero al poco tiempo la integra, como lo hace después, aunque en menor escala, con la española. De este modo, la revista termina uniendo y agrupando, con un mismo gesto, toda la producción poética escrita en lengua española enviada a su redacción. Así como no conoció límites geográficos, la sección tampoco se restringió a los límites de un movimiento. En este sentido, no se constituyó sólo como un medio de difusión del modernismo, a pesar de que éste ocupó un lugar central, sino que parece haberse sustentado en una concepción de la poesía como un medio privilegiado de vincular los pueblos de habla hispana, sobre todo, los del continente americano. Así, la sección se erigió como una de las principales expresiones del afán de fraternidad americana manifiesto en la tardía declaración del número 20.

Este afán se opone al panamericanismo impulsado por Estados Unidos, que pretendía fijar mediante pronunciamientos unilaterales las bases del orden internacional del continente y disciplinar, de ese modo, a los países latinoamericanos.⁶⁸ Las páginas de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* siguieron de cerca este movimiento y difundieron desde las secciones bibliográficas y de actualidad diversas reflexiones en torno al expansionismo estadounidense. Los realizadores de la publicación expresaron o recogieron juicios que se oponían ya sea de manera explícita o velada, al país del norte y a sus

pretensiones. En la sección “Hechos e ideas” del número 19, por ejemplo, puede leerse la traducción del francés de un artículo muy crítico respecto de la idiosincrasia de Estados Unidos, “El alma yankee”, en el que se describe al país en términos de barbarie, y en el que Roosevelt es llamado “gran fanfarrón”.⁶⁹ Todo avance intervencionista se ve enérgicamente rechazado en la revista, especialmente en lo que atañe a la Argentina. En el número 24, de septiembre de 1906, Terán analiza el panamericanismo y juzga innecesaria la inserción de Argentina en tal proyecto, en tanto se trata de un país estrechamente ligado a Europa y que por ello presenta, a su juicio, una evidente distancia y superioridad respecto del resto de los países del continente. Sus palabras, aunque extensas, son significativas al respecto:

Leroy Beaulieu (Paul) juzga el panamericanismo a propósito del último congreso de Río.

Su juicio no puede ser sino escuchado.

El peligro de lo que se llama panamericanismo está en la subalternización económica de la América latina a la América del Norte.

¿A qué viene esta unión americana? La América latina nada puede temer de Europa, a no ser en caso como el del déspota de Venezuela, dice. (No compartimos, por cierto, el juicio).

A propósito de este caso y de la teoría de Drago, hace notar que cuando se ha tratado de Estados regulares, como la Argentina, Uruguay, Brasil, nunca se ha tentado el cobro compulsivo por los Estados europeos. Pero que en casos como el de Venezuela, Estados Unidos mismo ha procedido como Europa (caso de Santo Domingo).

La América del Norte ejercerá por siempre sobre el resto del continente influencia importante, pero de ello a colocarse bajo el protectorado yankee (*sic*) en tendencia hostil a Europa hay una inmensurable distancia.

Porque la verdad es que los americanos latinos nos aproximamos por el conjunto de nuestras concepciones, costumbres, tradiciones y educación a las naciones europeas más que a la América Inglesa.

Además una parte de nuestro continente Sud –nuestro país, por ejemplo, está físicamente más cerca de Europa.

Esta mayor proximidad con Europa, salvo México y algunos países de la América Central, se prueba con las cifras de nuestro comercio y la estadística de la nacionalidad de los capitales empleados en nuestra América.

Leroy Beaulieu considera que la América cometería un suicidio aceptando el protectorado yankee.

Es en la vieja y rica Europa, concluye, un poco indolente pero estrechamente vinculada a esos bellos países, donde estos encontrarán sus amigos más desinteresados, más útiles y más fieles.

Respecto de nuestro país la tesis de Leroy Beaulieu es exacta. El juicio debe completarse así: Entre esos países latinos, es la República Argentina el más europeo de todos, el que representa mejor el concepto, la tendencia de la civilización europea, el menos tentado de este *panamericanismo* de moda”.⁷⁰

Tulio Halperin Donghi señala que “el proyecto panamericano iba a encontrar una resistencia abierta y eficaz capitaneada por Argentina, cuya expansión, extremadamente rápida, se acompañaba de un estrechamiento de la dependencia comercial y sobre todo financiera de Gran Bretaña.”⁷¹ Desde este punto de mira, podría pensarse que desde las páginas de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, sus realizadores contribuyen a articular esta resistencia al panamericanismo, especialmente en el caso de Argentina. Conscientes de la ola de bienestar y progreso que vivía el país, aluden en reiteradas ocasiones a la óptima situación de Argentina. Con el afán de revertir las omisiones advertidas en un artículo que reseña, Terán esboza el retrato del florecimiento del país:

Al hacer la relación de los datos demográficos, económicos y comerciales del mundo moderno, ha olvidado unos muy preciosos y sintomáticos de la gran civilización que florece en las orillas del Atlántico de nuestras tierras australes.

Ha olvidado a nuestra capital con más de un millón de habitantes en la nómina de las grandes ciudades, su comercio extraordinario, las exportaciones, y la producción de cereales, que dan a la República Argentina influencia sensible en el mercado universal.

Ha olvidado que es uno de los destinos más frecuentados por la emigración europea y que convierten al país en una entidad étnica y demográfica singularísima y desconocida.⁷²

Por su parte, López Mañán reconoce, en una breve reseña incluida en el número 16, el atraso de algunos países americanos respecto de la “organización argentina”:

Es una nota genuinamente americana la impresión que recojemos (*szí*) de las últimas publicaciones que nos llegan de las repúblicas de Méjico, Colombia y Venezuela. Los periódicos más autorizados de estas repúblicas, de concierto se ocupan de ensalzar la obra de los presidentes Díaz, Reyes y Castro en términos que recuerdan épocas ya un tanto distantes de la organización argentina.

Recojemos (*szí*) algunos ejemplos a título de información y de enseñanza.

(...)

Si hemos pasado del parangón de Porfirio Díaz con Teodoro Roosevelt, al de Cipriano Castro con Simón Bolívar, ¿por qué no hemos de llegar para el de Rafael Reyes hasta Cristóbal Colón?

(...)

Por lo visto, allá se ignora lo de la conquista del desierto y los pactos con Chile!⁷³

A pesar del lugar de superioridad desde el que se sitúan los realizadores para referirse a otros países del continente, se advierte en la publicación el deseo de conocer y de difundir la realidad de los países de América, tal como se señala en el mencionado editorial del número 20: “La REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES ha cultivado la comunicación interamericana, haciendo conocer los hombres y la vida de los países hermanos”. Otra muestra de este propósito está constituida por un breve artículo de Terán, cuyo nombre es, precisamente, “Ignoramos la América”. En él se refiere al presidente de Venezuela, Cipriano Castro, en términos similares a los empleados por López Mañán.⁷⁴ En otra ocasión, en una reseña a un documento referido al bloqueo de Venezuela, Terán señala:

Se refiere esta compilación al bombardeo del fuerte San Carlos por buques alemanes en 1903 y a la acción del General Bello que dirigió (*szí*) la defensa.

Todos estos acontecimientos desconocidos en sus detalles para nosotros, revisten indiscutible interés, tanto más cuanto que denuncian un estado social, muy desemejante al nuestro.⁷⁵

No resultan extrañas las frecuentes alusiones a Venezuela en tanto el conflicto desatado en ese país revela el tránsito del intervencionismo europeo a la tutela norteamericana, como indica Halperin Donghi.⁷⁶ Por otra parte, se advierte que si bien las palabras de Terán manifiestan el interés y el deseo de conocer “la realidad de los países hermanos”, éstas emergen también como un nuevo ejemplo del lugar superior en que sitúan a Argentina respecto de otros países hispanoamericanos, cuyo estado social juzga “muy desemejante al nuestro”. Acaso en este sentimiento de superioridad se hayan fundado las primeras vacilaciones –resueltas rápidamente, no obstante– en torno a la inclusión del país en la sección “Poesías americanas”.

En este punto parece necesario destacar que cuando en la revista se habla de América o de lo americano, no se incluye, desde luego, a Estados Unidos. Por el contrario, la fraternidad continental buscada por la revista se centró sobre todo en los países

hispanoamericanos. Así, resulta significativo que en la mencionada declaración del número 20 se hable en términos de “fraternidad hispanoamericana”. De todas maneras, puede advertirse que la construcción discursiva del continente y el nombre con que lo designan parecen constituir todavía operaciones vacilantes en la publicación. En definitiva, el americanismo literario que la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* anheló forjar, se manifestó sobre todo en la difusión de la literatura de la zona hispanohablante del continente, así como, y en menor medida, en el afán de conocer “la realidad de los pueblos hermanos”, pero no tuvo vinculación alguna con la unión política y económica de América.

Por otra parte, es también necesario recordar que, ya en el ámbito de la literatura, el “americanismo” es destacado como uno de los rasgos centrales del modernismo. De manera general, la crítica coincide en afirmar la indudable raigambre americana del movimiento, en contra de las acusaciones frecuentes de su supuesta actitud evasivista y extranjerizante. En palabras de Iván Schulman, “el modernismo literario fue una forma americana de buscar una identidad en el mundo moderno”.⁷⁷ Y, desde su perspectiva, si los modernistas vieron la necesidad de construir otros mundos, lo hicieron para rebelarse contra el materialismo positivista y los efectos de la modernización socioeconómica. De modo similar, Rama advierte que el modernismo “no postuló una evasión, ni podía hacerlo, en la medida en que al contrario asumió la situación histórica nueva con un ingente esfuerzo de comprensión y adecuación a sus veloces imposiciones; si lo hizo desde dentro de la enajenación, parece ingenuo reclamarle otra conducta que en la época no tuvieron los escritores importantes de ningún sector del mundo conocido”.⁷⁸ En otro orden de ideas, Max Henríquez Ureña indica que en los primeros años del siglo XX se advierte un refloreamiento del americanismo literario, que marcaría, a su criterio, una segunda etapa en la evolución del modernismo, signada por “el ansia de lograr una expresión artística cuyo sentido fuera genuinamente americano” y por el afán de “captar la vida y el ambiente de los pueblos de América, traducir sus inquietudes, sus ideales y sus esperanzas (...) sin abdicar por ello de su rasgo característico principal: trabajar el lenguaje con arte”.⁷⁹ Es posible mirar, desde esta última perspectiva, el elenco amplio y diverso de poemas incluidos en la sección “Poesías americanas”, en el que el afán de plasmar los temas americanos parece haberse articulado con el ansia de refinamiento característico de una etapa anterior. En los poemas abundan los “símbolos elegantes” y los temas exóticos; las escenas galantes conviven con las rurales, las civilizaciones lejanas con la tierra americana; y los más diversos temas son explorados: el amor, el erotismo, la muerte, la poesía, la figura del poeta y su función.⁸⁰ Así, se advierte en la sección la dispersión temática característica del modernismo, vinculada por Rama con la multiplicidad de máscaras que los modernistas debieron asumir: “la del Versalles galante, la del helenismo, la del espiritismo, la del sincretismo nacionalista donde resuena la voz patria, la de la traumática nueva erótica”.⁸¹

Más allá del predominio de temas americanos, interesa el gesto de la revista de agrupar esta diversidad de expresiones bajo el nombre “Poesías americanas”, esto es, importa el afán de vincular estos textos como distintas manifestaciones de una voz y una lengua americanas. La búsqueda de un lenguaje propio es precisamente uno de los rasgos centrales del modernismo. Para Rama, Darío se propuso, como parte del proceso general de libertad continental, la autonomía poética de la América española, y encontró en el trabajo con el lenguaje el modo de producirla. Al trasladar el afán autonómico al instrumento poético –el lenguaje– y no meramente a los temas, Darío “conquista algo imprevisible que ya se habían propuesto vanamente los románticos, y que es sin duda algo trascendental para la cultura del continente: la primera independencia poética de América que por él y los modernistas alcanza mayoría de edad respecto de la península madre, invirtiendo así el signo colonial que regía la poesía hispanoamericana.”⁸² En palabras del mismo Darío,

“nuestro modernismo, si es que así puede llamarse, nos va dando un puesto aparte, independiente de la literatura castellana”.⁸³

La *Revista de Letras y Ciencias Sociales* aspiró a contribuir a la configuración de esta expresión americana con la construcción de una antología que articulara distintas inflexiones de la nueva voz del continente. La realización de una antología que no fuera entendida como una mera recopilación, sino como la manifestación colectiva del lenguaje americano, constituía una preocupación frecuente entre los modernistas. Así lo testimonia una carta que Leopoldo Díaz dirige a Darío hacia 1902:

Mi querido Rubén: Recibo su amable de ayer. Muy feliz me parece su idea de una *Antología* de poetas nuevos de lengua española, con notas bio-bibliográficas, a la manera del volumen sobre los modernos franceses, de Weber. No existe ninguna selección de poetas latinoamericanos de nuestra generación (...) Falta, pues, una buena *Antología* de poetas latinoamericanos y de los *nuevos* españoles, que son contados y me parecen muy poco *hors ligne*, con excepción de media docena de nombres.

(...) Le aplaudo la idea. Realicela y pronto.⁸⁴

Díaz aplaude la idea de Darío en tanto advierte la necesidad de difundir la obra de los poetas de lengua española y de reunirlos en un mismo volumen. Aunque sin la estabilidad y la permanencia del libro, la publicación tucumana se encargó de llevar a cabo esta tarea al agrupar los poemas de los escritores del continente y mostrarlos al público como parte de un mismo proyecto. Y, al igual que Darío, los realizadores de la revista advierten también la conveniencia de incluir la producción de los poetas españoles en su antología.

Ahora bien, ¿quiénes integraron la antología que la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* configuró en la serie de “Poesías americanas”? En ella predominan, sin duda, como se dijo, los poetas vinculados al modernismo. Con frecuencia dispar, aparecen en la sección los poemas de prestigiosos representantes del movimiento, como Rubén Darío, su más vehemente impulsor;⁸⁵ Amado Nervo, la figura más destacada del modernismo mexicano, que conoció un extraordinario éxito popular;⁸⁶ José Santos Chocano, de obra prolífica y vida aventurera, considerado el “único poeta peruano en quien el modernismo se manifiesta con todos sus elementos característicos”;⁸⁷ Guillermo Valencia, mimado desde muy joven en los cenáculos modernistas de Bogotá;⁸⁸ Salvador Díaz Mirón, poeta mexicano que ejerció una notable influencia en los jóvenes modernistas;⁸⁹ Justo Sierra, destacado historiador y educador de México, que cultivó también la poesía pero cuyo nombre no aparece asociado al movimiento de renovación;⁹⁰ Franz Tamayo, la “figura más importante de la literatura boliviana en el siglo XX”;⁹¹ Federico Urbach, que junto a su hermano Carlos Pío constituyó uno de los principales representantes del modernismo en Cuba después de los iniciadores José Martí y Julián del Casal;⁹² Darío Herrera, el más prestigioso nombre asociado al movimiento en Panamá, que se vinculó en Buenos Aires al grupo aglutinado en torno a Darío y que participó en *El Mercurio de América*.⁹³ No resulta extraño el predominio de poetas mexicanos en la sección, si se tiene en cuenta que al terminar el siglo XIX, México concentró la más intensa actividad modernista y pasó a constituir la capital del movimiento, como lo había sido Buenos Aires durante la permanencia de Darío.⁹⁴ Además de Nervo, Díaz Mirón y Sierra, figuran otros poetas que se vieron vinculados de distintos modos al movimiento de renovación en México, como José Juan Tablada, Alberto Herrera, Luis Rosado Vega, Luis Gonzaga Urbina, Francisco Manuel de Oláguibel, Eduardo Colín, Severo Amador, Joaquín D. Casasús, Manuel Barrero Argüelles y Roberto Argüelles Bringas.

El modernismo argentino estuvo representado en la sección por Leopoldo Díaz y Eugenio Díaz Romero, que compartieron con Jaimes Freyre los años de apogeo del

movimiento en Buenos Aires, como antes se mencionó. Díaz, considerado por Jitrik como un poeta menor pero de una constancia formal insólita –dedicó treinta y cinco años al cultivo de una única forma, el soneto– fue uno de los más frecuentes colaboradores de la sección “Poesías americanas”.⁹⁵ Díaz Romero, también valorado como una figura epigónica, parece haberse destacado en el campo de la literatura argentina sobre todo por la labor desplegada como director de *El Mercurio de América*, en la que evidenció su “capacidad de concentrar gente y hacerla actuar por una causa común”.⁹⁶ En la sección se dieron a conocer también los poemas de un elenco más amplio de escritores argentinos que no estuvieron claramente vinculados al movimiento modernista, como, además de García Hamilton, cuya participación en la sección se consideró antes, Mario Bravo, Ernesto Mario Barreda, Juan Carlos Tabossi, José Cibils, Manuel Gálvez, Manuel Ugarte, F. López Pereyra, Doelia C. Míguez y Delfina Bunge. Bravo, tucumano radicado en Buenos Aires desde 1898, mantuvo una relación cercana con los realizadores de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*. A diferencia de las colaboraciones de otros escritores de Tucumán, sus poemas son incluidos desde un comienzo en “Poesías americanas”, quizás debido a que su ingreso al proyecto se produce un año y medio después de iniciada la entrega, en un momento en que los criterios que fundamentan la sección parecían establecidos con mayor amplitud y precisión.⁹⁷ Este autor, al igual que Barreda, es considerado como un representante de un nuevo giro, “no de renovación, sino de sencillez e independencia” en la poesía argentina posterior al modernismo. No obstante, los primeros libros de ambos revelan todavía la influencia lugoniana.⁹⁸ En cuanto a los demás poetas del país, es posible observar que éstos distaban de ser figuras destacadas durante los años de realización de la revista, si bien algunos de ellos alcanzarían notoriedad más tarde, como Ugarte, Gálvez y Bunge.⁹⁹ Por el contrario, su participación en la sección parece explicarse por la voluntad de la publicación de dar a conocer los nuevos valores literarios del país. En efecto, al incluir sus escritos del mismo modo que aquellos de los más prestigiosos poetas hispanoamericanos de la época, la revista parece haber operado para algunos de sus colaboradores como un órgano de consagración literaria.¹⁰⁰

Así como buscó divulgar la poesía hispanoamericana, la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* parece haber buscado también, aunque en menor medida y de manera menos sistemática, la difusión de la narrativa del continente. Además de los cuentos de Jaimes Freyre, la publicación dio a conocer las narraciones de otros autores modernistas, como José Juan Tablada, participante asiduo de los cenáculos modernistas de México;¹⁰¹ y Manuel Díaz Rodríguez, considerado el responsable de llevar a su apogeo la prosa modernista en Venezuela.¹⁰² Pero los narradores que colaboraron con mayor frecuencia en la revista no estuvieron vinculados al modernismo, como el escritor chileno Baldomero Lillo, célebre cuentista, considerado como el precursor del realismo social en su país y perteneciente a una promoción de escritores y poetas de Chile que, en palabras de Max Henríquez Ureña, “viene después a liquidar el modernismo, aunque se inicia bajo su signo”.¹⁰³ Los cinco cuentos inéditos que envía a la revista describen con crudeza la vida de los mineros, indígenas y campesinos del norte chileno y denuncian las injusticias a las que estos grupos se ven sometidos.¹⁰⁴ Otro escritor vinculado a este grupo de autores chilenos que colabora en la publicación es Rafael Maluenda Labarca, cuyo cuento “El gañán”, ganador del Primer Concurso Literario de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, ocupa las primeras páginas del número 17.¹⁰⁵ Se publican también cuentos y capítulos de libros de autores argentinos, como López Mañán, Ricardo Rojas y Ricardo Mendióroz, de Tucumán; y Alfredo C. López, que envía sus escritos desde Buenos Aires.¹⁰⁶ Estos cuentos, ambientados en las minas chilenas, el campo tucumano o la pampa, describen, en su mayoría, escenas rurales y de trabajo. De este modo, contrastan sensiblemente con el lujo y la mundanidad que pinta

“Brocha Gorda”, padre de Jaimes Freyre, en los cuadros sobre la vida en Buenos Aires que da a conocer en la revista tucumana.¹⁰⁷ También participa en la publicación dirigida por su hijo Carolina Freyre de Jaimes, que da a conocer un cuento de su autoría, escrito originalmente en francés.¹⁰⁸

La narrativa no gozó en la revista del lugar central otorgado a la poesía en el proyecto de difusión de la literatura americana emprendido por la publicación. Los cuentos incluidos conforman, por otra parte, un corpus heterogéneo, en el que convergen estéticas diversas y en el que se advierte el predominio de tendencias ligadas al realismo y al realismo social. La diversidad es también uno de los rasgos centrales de la antología de “Poesías americanas”, que aglutinó a la mayor parte de los poetas del continente que actuaban en esta etapa.¹⁰⁹ Así, y al igual que la serie de cuentos, la sección se vio sustentada en propósitos más amplios que los vinculados a la promoción de un movimiento, aunque el protagonismo modernista resulta innegable. En definitiva, “sin exclusivismos ni banderías”, como anunciaba al inaugurar su entrega, la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* parece haber anhelado, simplemente, abrir sus páginas a la difusión de la literatura del continente.

3.3. Las operaciones críticas algunos ecos de la lucha modernista

Además de difundir la obra de los escritores de América, la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* desplegó, desde las secciones destinadas a reseñas y a comentarios de libros y revistas, una serie de operaciones críticas también orientadas a promover la nueva literatura y sus representantes. En este sentido, combinó la publicación de los escritos de algunos poetas y narradores con la tarea de promoción de su obra desde artículos críticos de diversa índole. Se trata, en su mayoría, de textos de poca extensión y firmados por miembros del grupo realizador, que contienen palabras de encomio, de felicitación o de aliento, o, simplemente, sucintas referencias a la labor de los autores. Así, las secciones bibliográficas consideran las actividades periodísticas de Amado Nervo, Luis G. Urbina, José Juan Tablada, a partir de su participación en diversas revistas culturales.¹¹⁰ Del mismo modo, pueden leerse en distintos números elogiosas reseñas de los últimos libros de Nervo, Ernesto Mario Barreda, Baldomero Lillo, Leopoldo Lugones, José Cibils, Franz Tamayo y José Santos Chocano, por ejemplo.¹¹¹ En estos escritos aparece reiteradamente el afán de señalar las influencias literarias advertidas en la obra de estos autores o de situarlos en relación con referentes prestigiosos de la literatura universal. De esta manera, se señala la influencia de Darío y de Lugones en Barreda, y la de Díaz Mirón en Cibils; la obra de Nervo es considerada como “nacida bajo los signos de una constelación en la que brillan Verlaine y Baudelaire –y para los de América, Rubén Darío– como estrellas principales”;¹¹² y Lillo es comparado con Dostoievski, al tiempo que se afirma que sus “admirables *Cuadros mineros* (...) podrían ser para los obreros de las minas algo semejante a lo que fue para los esclavos del Norte *La cabaña del Tío Tom*”.¹¹³

En efecto, la revista no sólo se encargó de difundir la obra de los escritores hispanoamericanos, sino que buscó también acompañarla y apoyarla desde la crítica. Pero además de la promoción individual de la obra de algunos autores, la publicación asumió una tarea más amplia, como la de promover, de modo general, la literatura del continente. En los ensayos y reseñas de los miembros del grupo realizador, este intento se mezcla y confunde, con frecuencia, con la defensa del movimiento de renovación de la literatura hispanoamericana. En este sentido, la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* parece inscribirse en las postrimerías de las polémicas gestadas en torno al surgimiento y el desarrollo del modernismo. Como se señaló antes, el movimiento debió luchar en un comienzo para implantarse en Argentina. Uno de los escenarios de esa lucha fue, como señala Jitrik, “El Ateneo” de Buenos Aires, “venerable institución creada para desarrollar

las artes y controlada por figuras vetustas y respetables como Calixto Oyuela, Rafael Obligado y Ernesto Quesada”.¹¹⁴ Estos intelectuales tradicionalistas tuvieron que soportar el ingreso de los jóvenes modernistas a su institución, que, capitaneados por Darío y entre los que se encontraban Jaimes Freyre, Lugones y Díaz, entre otros, traían consigo un aire de rebeldía e innovación.¹¹⁵ No obstante, y paradójicamente, los primeros en homenajear a Darío a su llegada a Buenos Aires fueron escritores que no militaban en el movimiento de renovación pero que parecían incapaces de resistir la atracción ejercida por el poeta nicaragüense. De este modo, con el ingreso de los modernistas a la institución comienza a producirse, para Jitrik, la pérdida de la rebeldía y el proceso de oficialización del movimiento.¹¹⁶

Así, cuando aparece la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, el modernismo se había ya implantado e institucionalizado en el país, y, al mismo tiempo, su pujanza inicial había comenzado a ceder, debido, entre otros factores, a la dispersión de sus representantes, como se indicó al comienzo de este capítulo. En efecto, en los primeros años del siglo XX la querrela entre tradicionalistas y modernistas parecía ya olvidada. Surgida alrededor de diez años después del ingreso ruidoso de los poetas renovadores al escenario intelectual de Buenos Aires, la publicación tucumana proporciona algunos testimonios del estrechamiento de las relaciones entre los modernistas y algunos miembros de “El Ateneo”, como Calixto Oyuela y Rafael Obligado. Si bien éstos no llegan a figurar entre los colaboradores de la revista, sus nombres no están ausentes en sus páginas. Así, Leopoldo Díaz, dedica a Obligado un poema incluido en el número 18, por ejemplo, y García Hamilton se ocupa de reseñar un libro de Oyuela en la novena entrega. Este último había sido uno de los más vehementes defensores de lo hispánico y de “lo añejo y cristalino”, en contra de los movimientos de renovación. Así quedó demostrado en un discurso por él pronunciado en “El Ateneo” hacia 1894, en el que denunció, como indica Carlos Alberto Loprete, la “traición artística” que se incubaba y los “vicios” que históricamente venían desnaturalizando, a su criterio, las letras americanas: el romanticismo, el naturalismo, y, sobre todo, el decadentismo, al que muchos modernistas se mostraban adeptos.¹¹⁷ La reseña de García Hamilton, que constituye en realidad un ensayo de magnitud y alcance mayores, asume una posición en relación con algunas de estas cuestiones, como el decadentismo o la actitud hacia España, en la que se advierten ciertos puntos de contacto con la postura de Oyuela. Luego de realizar una suerte de elogio de la variedad de temas y tendencias en la literatura, conforme a lo que él mismo denomina como “amplio criterio artístico”, García Hamilton afirma respecto de los decadentes:

Por eso admitimos, –por lo menos como una noble aspiración, realizada en parte–, lo que se ha dado en llamar “decadentismo”; pero sólo en lo que éste tiene de respetable y serio, rechazando de plano sus trivialidades, sus locuras, sus extravagancias y sus ridiculeces... que acaso sean más aún que sus sublimidades.¹¹⁸

No se trata del único juicio acerca del decadentismo que puede leerse en la revista. En la última entrega, Jaimes Freyre establece algunas precisiones sobre el uso del nombre “decadentes” para referirse a los estetas europeos de fin de siglo, y termina acusando de ignorantes a los que usaron el término en forma despectiva.¹¹⁹ En las declaraciones de García Hamilton, por el contrario, es posible adivinar una actitud conciliatoria, aunque no exenta de matices, hacia Oyuela, que a los ojos de Jaimes Freyre constituiría acaso un ejemplo de los ignorantes que explotan la carga peyorativa del vocablo. Las manifestaciones de García Hamilton respecto de España muestran con mayor claridad este afán contemporizador:

La *Oda a España y el Canto a la confraternidad*, son demasiado conocidos para que agreguemos una palabra más a lo que se ha dicho a su respecto. Haremos notar, sin embargo, que en este punto también estamos de acuerdo con Oyuela. España vive en nuestra sangre, y a honra debemos tenerlo los que hemos heredado su lengua y su gloria. Loco sería el que pretendiera burlar las leyes de la naturaleza, y maldito el que renegase de su estirpe.¹²⁰

Por otra parte, es de interés advertir que al considerar la poesía de Oyuela, García Hamilton ve la necesidad de vincularla a la de otros poetas –en su mayoría representantes del modernismo, como Darío, Jaimes Freyre y Lugones–, en una suerte de defensa de la literatura americana, blanco frecuente de las objeciones de “algunos críticos europeos”, que la acusaban de extranjerismo y falta de autenticidad:

Pretenden, erróneamente, algunos críticos europeos, que los literatos americanos deben hacer literatura “americana”, o por lo menos imprimir a sus obras un sello local, que, según ellos, las haría más meritorias.

Es necesario no conocer bien la índole de estos países para exigir semejante cosa. Los escritores americanos, al ser cosmopolitas, son precisamente americanos, porque americano quiere decir cosmopolita; y basta con leer una lista de los apellidos más sonados en nuestro mundo literario, para darse cuenta de ello inmediatamente.

Desde que todas las razas se encuentran confundidas y mezcladas en nuestras ciudades, que son otras tantas modernas Babels, claro está que todas las diversas tendencias del arte universal, tienen que manifestarse en las obras de nuestros poetas y prosadores, que no pueden sentir con el alma de Yadinoca, ni pensar con la mente de Moctezuma.

(...)

Siempre las fronteras, los convencionalismos y las clasificaciones a lo Linneo, como si al fin la patria del hombre no fuera lo infinito!

Según esas estrechas doctrinas, Rubén Darío, alma universal, espíritu sutilísimo, que, como Ariel, emprende largos viajes aéreos por todos los cielos, cerniéndose ora sobre las almenas de un viejo castillo de Escocia, ora asistiendo *in mente* a una fiesta del antiguo Versalles, no habría podido escribir aquella maravilla que se titula *La marquesa Eulalia*.

Ni a Ricardo Jaimes Freyre le habría sido dado pasearse, con la imaginación, a la sombra del bosque de Gormal y sobre las desnudas rocas de Isinora, para hablarnos, después, de Odín y de Freya, del correr desalado de las *walkyrias* y del blanco desfile de las hadas bajo los abetos cubiertos de nieve de la mitológica selva escandinava, donde ruge en la noche el lobo Fenris, y la serpiente alada del Migdard desciende a la tierra vomitando su veneno en los aires.

Ni a Olegario Andrade, el formidable “poeta de las cumbres” describirnos con fuerza hugoniana, no igualada aún en América, el combate de los dioses con los titanes.

Ni a Leopoldo Lugones, hacernos presenciar el hervor de unos mitológicos mares, que, ciertamente, no habría contemplado él en la “docta ciudad”, donde alguien hubiera querido emparedar su rara y atrevida inspiración, con la muralla china de las sierras de Córdoba.

Ni a Oyuela, en fin, dejar vagar su poética fantasía por el mundo antiguo, como Menéndez y Pelayo, en vez de templar la guitarra de Santos Vega y cantarnos “milongas” y “vidalitas” “bajo el ombú corpulento de las tórtolas amado”.¹²¹

Al emprender la defensa de la universalidad de la literatura, García Hamilton asume una postura cercana a la sostenida por los modernistas. En efecto, su definición de lo americano como sinónimo de cosmopolita y su proclama por la libertad del poeta constituyen dos reivindicaciones centrales del movimiento. El autor juzga necesario unir en esta defensa a diversos representantes de la poesía del continente, a pesar de estar inscriptos en estéticas diversas. Así, se evidencia nuevamente la presencia de una operación ya efectuada en la sección “Poesías americanas”, la de reunir las distintas voces del

continente como emergentes de un proyecto literario común, hermanados por lazos de fraternidad continental y sin divisiones de escuela. Para García Hamilton, el ser poetas y americanos vincula a Darío, Jaimes Freyre, Andrade, Lugones y Oyuela en un mismo afán. Se advierte de este modo que los escritos críticos de la publicación estuvieron sustentados en un espíritu similar al que animó la configuración de la antología de poesías americanas.

La *Revista de Letras y Ciencias Sociales* no recoge vestigios de las polémicas suscitadas por la presencia del modernismo en Argentina. Por el contrario, sus páginas brindan algunas muestras del agotamiento de las diferencias que habían separado a modernistas y tradicionalistas. No obstante, pueden advertirse algunos ecos de un desacuerdo de mayor alcance, fundado en el rechazo manifestado por un sector importante de la crítica literaria española hacia la nueva poesía hispanoamericana. Como indica Loprete, el modernismo, y especialmente Darío, fueron blancos de sucesivos ataques de críticos peninsulares que impugnaban lo que consideraban “excesos”, como el extranjerismo, la extravagancia, el inmedido afán de originalidad, la evasión, la deformación de la lengua, entre otros aspectos.¹²² Al mismo tiempo, el disconformismo hacia España era tema cotidiano entre los escritores modernistas, quienes advertían el estado de postración en el que la vena poética peninsular se veía sumida. Sin embargo, algunas de estas diferencias se fueron limando a partir de la acción de Darío –que con su partida a España se erigió en una suerte de embajador de la literatura americana en la península–, así como de aquélla propugnada por un grupo de escritores españoles que reconocían el agotamiento de su propia literatura, y que se acercaron a la corriente de renovación hispanoamericana. Manuel Machado y Salvador Rueda, que, como antes se indicó, colaboraron en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, Ramón del Valle Inclán, que iniciaría un movimiento de desagravio hispánico en su visita a Buenos Aires, y Miguel de Unamuno, que se convertiría en uno de los principales encargados de fomentar el intercambio intelectual con la América Hispana y en difundir su literatura en España, como se analizará más adelante, fueron algunos de los responsables de este movimiento de aproximación.¹²³

Esta polémica transatlántica tuvo en la lengua su objeto central. Precisamente, y según ya se señaló, el trabajo con el lenguaje emerge como uno de los rasgos centrales del modernismo, que buscó la renovación de la lengua y asumió el desafío de revivirla y explotar sus posibilidades expresivas. Ciertos sectores de la literatura peninsular no parecen haber mirado con buenos ojos este deseo de construir una lengua americana, en la medida en que el proceso implicaba la perpetración de una serie de operaciones sobre un idioma del que se sentían soberanos. Proliferaron así los ataques y las críticas, algunos de cuyos ecos quedaron registrados en las páginas de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*. Así, por ejemplo, a propósito de un libro del español Julio Cejador acerca del castellano de América, Juan B. Terán escribe una reseña que comienza con la transcripción de los juicios del autor, que serían refutados luego:

“Digámoslo brutal y secamente, es tan floja por término general la literatura americana, tan ligera y tan híbrida en el fondo y en la forma, en el pensamiento y en el lenguaje, es un reflejo tan pálido de otras literaturas que tenemos ahí pasando los Pirineos, y se presenta con tan desgarbado desaliño de lenguaje y estilo, con tan extraña vestimenta de percalinas, cuya hilanza de manufacturas francesas, choca con el clima de los trópicos, de las selvas, de las pampas, que no hay paladar español capaz de arrostrar diez estrofas o tres capítulos de tan desabrido manjar. Esta es una verdad como un templo; está en la conciencia de todo literato español. Y el menosprecio... por esa literatura descolorida y extranjeriza, que suena a castellana y americana y no tiene el alma americana ni el timbre castellano, ha envuelto en la condena general toda producción de allende los mares”.

Tan avanzado juicio a ser exacto, probaría un estado mental lamentable. Pero es absolutamente falso. El suyo no es el juicio de todo literato español.

(...)

Y no proteste el señor Cejador –hay evoluciones literarias que han viajado ya de esta América a su España, y hay quienes en este castellano de América han escrito libros intensos, espirituales, en verbo moderno, flexible, sutil, con lucideces emocionales desconocidas, cosmopolita y rico.

Guárdenos Dios de hacer la defensa de la gerigonza (*sí*) bárbara en que balbuce alguno que otro escritor trashumante. Pero la lengua en que escriben Darío, nueva y cristalina, Lugones, inagotablemente rica en expresiones e imágenes o Díaz Rodríguez, o Enrique Rodó, Groussac, preciso y sabio, si no es castellano no ha de envidiar nada al que sirve al señor Cejador para denostarlo, lo creemos en homenaje suyo- sin conocerlo.¹²⁴

Podría parecer extraño que Terán intervenga en este tipo de cuestiones y trace una defensa de la literatura americana, en tanto su participación en la revista estuvo centrada en temas vinculados con las ciencias sociales, y, sobre todo, en la medida en que manifestó sus reservas respecto de la literatura en general, como se analizó en el capítulo anterior. Sin embargo, es necesario tener en cuenta que el objeto central de reflexión de su reseña es la lengua; la literatura es considerada sólo en tanto proporciona ejemplos idóneos de su uso.

La lengua aparece con frecuencia entre las preocupaciones de Terán. En efecto, en un temprano segundo número aborda, aunque desde la mirada científica del sociólogo, la problemática del lenguaje. Su ensayo “Naturaleza del language (*sí*)”, al igual que “Evolución de la lengua” de Abraham Maciel, incluido en la tercera entrega, parece inscribirse en un debate característico de esta etapa que vincula la reflexión sobre la lengua con la problemática de la “cuestión nacional”.¹²⁵ En efecto, la concepción de la lengua como expresión de la identidad nacional, según la premisa herderiana, constituía un tópico frecuente en la agenda de los intelectuales argentinos de fines del siglo XIX y comienzos del XX, como advierte Oscar Terán.¹²⁶ Tanto Juan B. Terán como Maciel toman una posición al respecto: ambos coinciden en negar la existencia de un idioma argentino en tanto afirman que las desviaciones dialectales de los países no fundan un nuevo idioma. No obstante, ambos postulan, en contra del purismo lingüístico, la evolución y la variabilidad del lenguaje, que se caracteriza precisamente, a criterio de ambos, por estar en permanente movimiento, en consonancia con la evolución social de los pueblos. Esta misma idea se advierte en la reseña del libro de Cejador, donde Terán defiende la lengua americana como síntoma de la evolución literaria del continente. En efecto, la literatura hispanoamericana es presentada como un ejemplo evidente de las altas posibilidades expresivas de la lengua castellana. Por otra parte, entre los autores mencionados por Terán para probar su hipótesis, se advierte un claro predominio de modernistas como Darío, Lugones, Rodó, Díaz Rodríguez. Se alude también a una figura como Groussac que, si bien no puede ser adscripta al movimiento, había ejercido una fuerte influencia sobre la prosa de Darío, según confiesa este último.¹²⁷ En otra ocasión, Terán declara abiertamente su admiración y respeto, en una actitud que no parece frecuente en el redactor, por la labor del máximo representante del movimiento de renovación:

En el número 4 de la gran revista *Renacimiento* que dirige el modernista G. Martínez Sierra, publica Elisio de Carvalho un ditirambo vibrante a Rubén Darío a quien llama el poeta mayor de la América española, en este momento de la raza y de la lengua.

(...)

Con una voluntad infinita de crear está arrancando continuamente a su misión introspectiva, superior-mente intensa en naturaleza tan refinada y nerviosa, extrañas flores, coloraciones raras, paisajes exóticos, efectos nunca vistos. Rubén

ama lo fugaz, el claroscuro, lo inacabado, lo ondeante, las campanas y los cisnes, el viento el crepúsculo, el silencio y la noche. Y ha encontrado para traducir sus sueños impalpables, palabras preciosas, viejas palabras familiares, a las cuales da un sentido nuevo y misterioso.

Sus *Prosas profanas* son verdaderas músicas ligeras (*sí*) y tristes, graciosas y nostálgicas, como esas gaviotas y esos minuetos que se tocaban en tono menor en los claves tímidos de los Trianones.

En esta época pretenciosa y fútil sabe ser grave sin *morgue* y sin pedantismo. Dice sin grandes palabras, sin gritos, sin declamaciones, sin literatura y muy discreta y sobriamente, su sueño eterno de belleza y de amor, las sensaciones múltiples y fugitivas que experimenta ante el mundo.¹²⁸

El elogio de Darío resulta significativo en el marco de la polémica con España. A partir de sus distintas intervenciones al respecto, Terán toma partido en contra de las críticas peninsulares. Otro autor que asume un rol similar en comentarios y reseñas incluidos en las secciones bibliográficas, firma sus escritos con las iniciales A. N.¹²⁹ Él manifiesta, al igual que Terán y García Hamilton, la conciencia del valor de la literatura del continente, que juzga destinada a infundir vida nueva a la anquilosada literatura ibérica. En el fragmento transcrito, rechaza los juicios de dos críticos españoles aparecidos en la revista *España y América*.

¿No sería más aceptable la hipótesis de que el ultraclasicismo de los señores Torres y Cil ha hecho su tiempo y cede el campo a los nuevos ideales? Pasa España en el momento presente por un período de transición, en el cual se diseña con claridad la influencia de literaturas menos inmovilizadas que la literatura ibérica. Esa influencia acabará por cambiar totalmente el arte español infundiéndole nueva vida y vigor nuevo. No se quejen de ello los críticos peninsulares, pues asisten acaso a la evolución que ha de devolver a su literatura la universalidad que ha perdido. Y, ciertamente, van de América la brisas que olean sus huertos.¹³⁰

Pero la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* no sólo se ocupó de rechazar las acusaciones de los críticos españoles, también destacó los casos en que éstos mostraron una actitud diferente. En otra reseña firmada por A. N., se transcriben entre comillas las palabras de un español que lamenta la falta de conocimiento de la poesía hispanoamericana que nota en su país:

“(…) Casi siempre se ha esgrimido el ridículo contra las novedades. Pero esa originalidad rayana en extravagancia y que a veces pasa al otro lado de la raya, es la fe de vida de la joven poesía española de América. No están bien estudiados ni son bien apreciados los poetas modernos de la América española. La exuberancia de imaginación que engendrando muchas imágenes, crea algunas raras y poco armónicas, la tendencia a innovar en la métrica, a dar al verso más libertad de la que consienten las combinaciones clásicas, son señales de una poesía vigorosa que tiene vida propia y no necesita vivir de la imitación. Vendrá con el tiempo el período de perfeccionamiento y lima de la forma.”

No nos tienen acostumbrados a este lenguaje los críticos españoles, que viven aún bajo la influencia de la técnica meticulosa y un poco lamida de Núñez de Arce o de la técnica erizada de prosaísmos de Campoamor, -dos grandes poetas, por otra parte. No está muy lejana la época en que desaparecerá toda esa lamentable poesía española que inunda las revistas de la Península y triunfa en sus juegos florales o en sus fiestas de otro género. Sin los jóvenes que han entrado en el camino abierto por los hispanoamericanos, la producción poética actual de España sería, con la del siglo XVIII, la más triste de las manifestaciones intelectuales de aquella ilustre nación.¹³¹

Desde la perspectiva de este autor, la literatura española debe seguir el ejemplo renovador de la poesía americana para evitar convertirse en “la más triste de las

manifestaciones intelectuales”. Esta conciencia de la superioridad literaria respecto de España explica también, como se insinuó antes, la inclusión de las poesías españolas en la sección “Poesías americanas”. Quizás los poetas ibéricos que allí aparecen hayan sido considerados como ejemplos de esos “jóvenes que han entrado en el camino abierto por los hispanoamericanos”.

Un español que viene a terciar en este debate es Miguel de Unamuno, cuya figura, presente con frecuencia en las páginas de la publicación, como se dijo ya, parece crecer con el paso del tiempo. A propósito de un artículo aparecido en *El Nuevo Mercurio*, titulado, significativamente, “La influencia de Unamuno en América”, Max Grillo escribe una breve reseña en el último número de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*. Unamuno es destacado allí como “una figura intelectual de innegable valor”, representativa “de generaciones redivivas de la patria española”, y se advierte que su “personalidad literaria y científica adquiere cada día mayor relieve”. Luego de una extensa alabanza del vigor creciente de su figura y de su obra, Grillo lo presenta como uno de los españoles atípicos que valoran la poesía de América y la difunden:

La tarea que se ha impuesto el profesor salmantino al dar a conocer en las revistas madrileñas el movimiento literario de la América hispana tiene laudables consecuencias. A los autores ibéricos les conviene fomentar las relaciones intelectuales con las antiguas colonias españolas, por bien de su fama y provecho de sus libros, que se venderán en más extenso mercado. Si en América se ha mirado con desvío toda suerte de productos peninsulares, la culpa principal la tienen ingenios y mercaderes españoles. España ha debido hacer siempre esfuerzos inteligentes y constantes por conservar sus influencias legítimas en estos países. Muy poco hace por medio de sus diplomáticos para fomentar el acercamiento de su pueblo y el nuestro. Sus letrados nos desconocen en absoluto, y se necesita que vaya a Madrid un Rubén Darío para que se den cuenta de nuestra existencia intelectual los que no han tenido tiempo para estimarla, y nos tienen –con excepción de Buenos Aires– por indios sin catequizar y cuando más por mambises acicalados de generales.

(...) Se comprenderá fácilmente por qué Unamuno se ha impuesto el trabajo de leer obras americanas y por qué goza de simpatías, que se traducen para él en alabanzas merecidas y en cordial acogida (sic) de sus obras.¹³²

Una vez trazado el cuadro de las relaciones literarias entre Hispanoamérica y España, y luego de destacar el lugar relevante que en él cabe a Unamuno, Grillo transcribe algunos fragmentos de un artículo del español sobre la literatura hispanoamericana aparecido en *La Lectura* de Madrid:

Antes de ahora lo he dicho, y aquí creo deber repetirlo: Cuando algún americano pretende que la lengua española está en vías de desaparecer en América, o que sus literaturas están animadas de un espíritu contrario al de la española, se lo contradigo, y no ciertamente por patriotería, vicio de que me siento libre, sino por creerlo un error de espejismo y de perspectiva; pero a la vez me parecen dañosísimos y disparatados los pujos de magisterio literario respecto a América, que aquí en España se dan muchos, el desatinado propósito de ejercer el monopolio del casticismo y establecer aquí la metrópoli de la cultura. No, desde que el castellano se ha extendido a tierras tan dilatadas y tan apartadas unas de otras, tiene que convertirse en la lengua de todas ellas, en la lengua española o hispánica, en cuya continua transformación tengan tanta participación unos como otros. (...) La necia y torpe política metropolitana nos hizo perder las colonias, y una no menos necia ni menos torpe conducta en cuestión de lengua y de literatura, podría hacernos perder –si estas cosas se rigieran por procedimientos de escritores y literatos– la hermandad espiritual. Tenemos que acabar de perder los españoles todo lo que se encierra en eso de madre patria, y comprender que para salvar la

cultura hispánica nos es preciso entrar a trabajarla de par con los pueblos americanos, y recibiendo de ellos, no sólo dándoles.

Y lo que digo de la lengua digo de la literatura. Decir que las literaturas hispanoamericanas no se distinguen sustancialmente ni forman, en el fondo, nada diferente y aparte de la literatura española, es decir que la literatura española no se distingue sustancialmente ni forma, en el fondo, nada aparte de las literaturas hispanoamericanas. Y si se me dice que la española precede a aquéllas, haré observar que es una proposición de poco sentido y análoga a la de llamar a los americanos hijos nuestros, como si ellos no descendiesen de los conquistadores por lo menos tanto, y de seguro más que nosotros. Es aplicar a cosas del espíritu un criterio meramente topográfico.¹³³

Con estas palabras, Unamuno asume una posición muy cercana a la sostenida por los poetas hispanoamericanos. En efecto, el español parece compartir el mismo afán de “hermandad espiritual”, según sus palabras, manifestado con frecuencia en la publicación tucumana, y orientado a establecer lazos entre los pueblos del continente, así como entre éstos y España. Pero interesa especialmente la afirmación de Unamuno acerca de la existencia de una literatura americana independiente de la española. Por la construcción de esta literatura lucharon los escritores hispanoamericanos de esta etapa; y la publicación tucumana fue uno de los órganos que abrió sus páginas a ese proyecto de emancipación literaria. Diferentes operaciones canalizaron tal propósito: la divulgación de la literatura extranjera –que configuró un horizonte estético en relación con el cual la nueva literatura pudo pensarse–, la difusión de las obras de los autores del continente, así como la promoción y el rescate de su producción desde la crítica.

Y es que acaso el principal mérito de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* sea el de haber contribuido, desde un espacio provincial, a la construcción de la ansiada literatura de América.

NOTAS

¹ E. Carilla, *Ricardo Jaimes...*, op. cit., p. 73. Como se citó antes, el mismo artículo es incluido en otro libro de su autoría precisamente con el título “Una revista modernista”. Cfr. E. Carilla, *Estudios de...*, op. cit., pp. 145-159.

² Ángel Rama, *Rubén Darío y el modernismo*, Barcelona, Alfadil, 1985, p. 82.

³ *Ibidem*, p. 83. Más adelante, Rama señala que precisamente en Buenos Aires –metrópolis cambiante y en expansión, sometida a la acción transformadora y homogeneizadora de la nueva estructura económica– el modernismo lleva a su máxima expresión la despersonalización del arte y la separación de “lo cotidiano” y “lo poético”. Cfr. *ibidem*, pp. 106 y ss.

⁴ Cfr. N. Jitrik, “El modernismo”, en *Historia de la literatura argentina*, t. II, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968, pp. 587 y 588.

⁵ E. Carilla, *Una etapa decisiva de Darío*. (Rubén Darío en la Argentina), Madrid, Gredos, 1967, p. 163.

⁶ *Ibidem*, pp. 167 y 168.

⁷ “Nuestros propósitos”, *Revista de América*, n° 1, 19 de agosto de 1894, citado en *ibidem*, p. 30. Por otra parte, cabe mencionar que Darío reprodujo este texto como prólogo a la primera edición de *Los raros*, de 1896.

⁸ Cfr. E. Carilla, *Una etapa decisiva...*, op. cit., pp. 29-39.

⁹ B. G. Carter, op. cit., pp. 26 y ss.

¹⁰ Cfr. H. R. Lafleur y otros, op. cit., pp. 17-28.

¹¹ Cfr. N. Jitrik, “El modernismo”, op. cit., pp. 590 y 591.

¹² De hecho, en la declaración inicial de *El Mercurio de América*, Díaz Romero manifiesta que sus propósitos coinciden con los de los fundadores de la *Revista de América* y reproduce textualmente las palabras con las que Darío y Jaimes Freyre presentan su revista en 1894. Cfr. Carlos Alberto Loprete, *La literatura modernista en la Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1976, pp. 44-46. El autor transcribe en su totalidad el programa de *El Mercurio de América*.

¹³ Darío, Lugones, Jaimes Freyre, Díaz, Berisso, Ingenieros fueron algunos de los que participaron en la realización de la publicación, en la que se incluyeron también escritos de “Brocha Gorda” y de Juan B.

Terán. Cfr. H. R. Lafleur y otros, *op. cit.*, pp. 29 y 30. Carter destaca la importancia de las secciones bibliográficas y críticas que aparecieron en la revista y que estuvieron a cargo de distintos miembros: Letras americanas (Berisso), Letras italianas (Ingenieros); Letras francesas (primero Lugones y luego, Antonio Monteavaro); Letras brasileras (Jaimes Freyre); Letras españolas (José Pardo). Cfr. B. G. Carter, *op. cit.*, p. 72. Díaz Romero parece tomar la idea de estas secciones, además del nombre de su revista, del *Mercure de France*, en el que él mismo se ocupó de la sección "*Lettres Hispanoamericaines*".

¹⁴ Se trata de las palabras de Ricardo Olivera en la primera entrega de *Ideas*, correspondiente al mes de mayo de 1903, que aparecen citadas en H. R. Lafleur y otros, *op. cit.*, p. 32 (nota al pie).

¹⁵ B. G. Carter, *op. cit.*, p. 73.

¹⁶ En efecto, Carter parece desconocer la publicación tucumana; sólo la menciona en su estudio como una de las revistas que dirigió Jaimes Freyre. Cfr. *ibidem*, p. 56.

¹⁷ E. Carilla, *Ricardo Jaimes...*, *op. cit.*, p. 55.

¹⁸ Max Henríquez Ureña, *Breve historia del modernismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1962, p. 223.

¹⁹ Esta ausencia podría tener otras explicaciones. En efecto, el término "modernismo" no gozaba de mucho prestigio durante esos años. Fue Darío quien bautizó al movimiento con este nombre en los primeros años de la década de 1890. Sin embargo, pronto los adversarios del modernismo se apropiaron de la palabra para criticar y censurar la "moderna literatura". De este modo, el vocablo ganó una valoración despectiva y una significación muy diferente de la que le había querido dar Darío. Tal es así que en 1899 la palabra ingresó al Diccionario de la Real Academia Española como "afición excesiva a las cosas modernas con menosprecio de las antiguas". Para Henríquez Ureña, en la medida en que la palabra se convertía en sinónimo de amaneramiento, Darío dejó de emplearla o lo hizo raramente. Cfr. *ibidem*, pp. 158-172. Desde esta perspectiva, podría pensarse también que la publicación tucumana evita el empleo de este nombre para preservarse de las cargas peyorativas que le impusieron.

²⁰ E. Carilla, *Ricardo Jaimes...*, *op. cit.*, p. 99.

²¹ "Zaghi, mendigo", n° 17, noviembre de 1905, t. III, pp. 402-412; "En las montañas", n° 29, febrero de 1907, t. V, pp. 289-295 y "En un hermoso día de verano", n° 33, junio de 1907, t. VI, pp. 156-163.

²² "Zoe" apareció en la revista *Azul* de México, en 1896; y "Los viajeros", en *Almanaque sudamericano* de Buenos Aires, en 1900. *Ibidem*, p. 99.

²³ Cfr. *ibidem*, pp. 99-106. Carilla dedica un breve estudio a cada uno de los cuentos de Jaimes Freyre. Por este motivo, no se advierte la necesidad de referirlos en este trabajo. El mismo criterio se adoptó respecto de la novela inconclusa *Los jardines de Academo*.

²⁴ Los cuatro capítulos de *Los jardines de Academo* incluidos en la revista son: "La pompa de Dionisos", n° 2, agosto de 1904, t. I, pp. 77-83; "Un banquete en Athenas", n° 5, noviembre de 1904, t. I, pp. 447-365; "El taller de Eufanor", n° 11, mayo de 1905, t. II, pp. 327-335; y "Noche en casa de Myrthia", n°s 37-39, octubre-diciembre de 1907, t. VII, pp. 3-13. Al parecer, la novela nunca llegó a publicarse debido al extravío del manuscrito original, como el mismo Jaimes Freyre señala en una entrevista: "el manuscrito original de mi novela *Los jardines de Academo* se ha extraviado en uno de mis viajes. Era un reconstrucción de la vida en Atenas en el siglo IV antes de Cristo. No hay posibilidad de rehacerla. Algunos de sus capítulos aparecieron en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* que yo dirigía en esta ciudad de Tucumán", cfr. "Un reportaje a D. Ricardo Jaimes Freyre", *op. cit.*, sin paginación. Raúl Jaimes Freyre, hermano de Ricardo, ofrece una explicación diferente acerca de la pérdida del texto: sostiene que los hijos menores del poeta usaron las hojas del manuscrito, que yacían olvidadas en un cajón, para hacer pajaritas de papel. Cfr. E. Carilla, *Ricardo Jaimes...*, *op. cit.*, p. 107. De cualquier modo, puede advertirse que la publicación tucumana constituye la única fuente de consulta de esta obra.

²⁵ En las siguientes entregas, se publican, con el título común de "Aspectos del Brasil", cuatro secciones de este libro de viajes "próximo a aparecer": n° 27, diciembre de 1906, t. V, pp. 137-144; n° 28, enero de 1907, t. V, pp. 201-211; n° 30, marzo de 1907, t. V, pp. 367-377; y n° 31, abril de 1907, t. VI, pp. 26-31.

²⁶ José Olivio Jiménez, "El ensayo y la crónica del modernismo", en Luis Iñigo Madrigal (coord.), *Historia de la literatura hispanoamericana*, t. II, Madrid, Cátedra, 1987, p. 547. Algunos de los modernistas que el autor menciona como cultores de la crónica de viajes son: Darío, Urbina, José Martí, Enrique Gómez Carrillo, José Juan Tablada, Amado Nervo, Manuel Díaz Rodríguez, entre otros.

²⁷ Jaimes Freyre viajó a Brasil en 1896 para desempeñar la secretaría de la Legación de Bolivia en Río de Janeiro, pero el cargo duró poco tiempo. Cfr. E. Carilla, *Ricardo Jaimes...*, *op. cit.*, p. 16. Al parecer, las crónicas de *Aspectos del Brasil* parten de la experiencia de ese viaje; resulta llamativo, no obstante, que Jaimes Freyre las publique por primera vez aproximadamente diez años después de la realización de dicho viaje.

²⁸ Cfr. Octavio S. Guerrico, "Las sierras de Córdoba", *Revista de Letras...*, n° 5, noviembre de 1904, t. I, pp. 376-381; R.J.F., "Cartas del Japón, por Rudyard Kipling", *Revista de Letras...*, n° 6, diciembre de 1904, t. I, pp. 492-495; y Rubén Darío, "Gómez Carrillo en el Japón", *Revista de Letras...*, n° 21, junio de 1906, t. IV, pp. 181-186.

²⁹ R. Darío, "Gómez Carrillo...", *op. cit.*, p. 181.

³⁰ Cfr. E. Carilla, *Ricardo Jaimes...*, *op. cit.*, p. 115.

³¹ Ricardo Jaimes Freyre, "La ley del ritmo", n° 15, septiembre de 1905, t. III, pp. 177 y 178. En la entrega siguiente aparece otra parte de la teoría del autor: "Leyes de la versificación castellana", n° 16, octubre de 1905, t. III, pp. 287-307.

³² Miguel de Unamuno, "Leyes de la versificación castellana", n° 19, abril de 1906, t. IV, p. 34. Se trata de una carta que el autor envía a Jaimes Freyre desde Salamanca. Luego de publicado el libro, la teoría sería reconocida también por otros críticos, como Pedro Henríquez Ureña y Enrique Díez Canedo, cuyos elogios son destacados por Carilla. Cfr. E. Carilla, *Ricardo Jaimes...*, op. cit., p. 120.

³³ *Ibidem*, p. 142.

³⁴ "El mundo de Cervantes y el de Don Quijote", n° 11, mayo de 1905, t. II, pp. 381-396 (conferencia leída en la velada celebrada en Tucumán con motivo del centenario de la obra); y "El libro de Buen Amor", n° 34, julio de 1907, t. VI, pp. 197-213.

³⁵ Estos artículos son: "La vida de Don Quijote y Sancho, por Miguel de Unamuno", n° 12, junio de 1905, t. II, pp. 478-481; "Los crepúsculos del jardín", n° 14, agosto de 1905, t. III, pp. 130-135; y "El teatro de Jacinto Benavente", n° 24, septiembre de 1906, t. IV, pp. 375-285.

³⁶ J. O. Jiménez, op. cit., p. 542.

³⁷ La conclusión del artículo es la siguiente: "El señor Benavente ha demostrado en estos y otros dramas y en no pocos felicísimos rasgos de sus demás obras, que su concepción y su sentimiento del arte son mucho más elevados que lo que pudiera deducirse de todo el resto de su vasta producción, estimulada y aplaudida precisamente por lo que tiene de efímero y deleznable. No es el caso de juzgar móviles ni de estudiar otra cosa que el valor intrínseco de los trabajos literarios entregados al público y a la crítica; pero sería injusto no reconocer (...) que un examen atento del teatro del poeta español, podría llevar al convencimiento de que el autor es superior a su obra y de que sólo de él depende elevarla hasta su propia altura intelectual. Y esto sucederá cuando se resuelva a poner definitivamente al servicio del arte verdadero sus admirables dotes de observación y de expresión, renunciando a los tipos unilaterales e incompletos que hormiguean en sus dramas y reproduciendo en ellos la verdadera complejidad del espíritu humano y los problemas que plantea la vida." Cfr. R. Jaimes Freyre, "El teatro de...", op. cit., p. 385.

³⁸ P. Henríquez Ureña, op. cit., p. 162.

³⁹ J. O. Jiménez, op. cit., pp. 545 y 546. El autor destaca a Darío, Urbina, Gómez Carrillo y Manuel Gutiérrez Nájera como cronistas notables.

⁴⁰ La sección "Ecos" apareció en los números 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 9, 12, 13, 18 y 20.

⁴¹ En la sección "Hechos e ideas", Jaimes Freyre incluyó, por ejemplo, crónicas sobre Tolstoi y Shakespeare, Blas Pascal, Guillermo Ferrero, la "teatrocracia francesa", la "muerte de Inglaterra", etc., que, en algunos casos, presentan un tono similar al de los escritos incluidos en "Ecos". En "Hechos e ideas" se recogen también breves crónicas de otros miembros del grupo realizador, así como de algunos colaboradores cercanos, sobre temas vinculados no sólo a la actualidad internacional, sino a las novedades del continente y del país, y, en algunos casos, de la provincia.

⁴² A continuación, menciono los cuentos traducidos por la revista antes del establecimiento de la sección "Cuentos exóticos". En todos los casos, cito textualmente y entre paréntesis las aclaraciones incluidas al final de cada colaboración, en las que puede advertirse el deseo de manifestar con claridad el carácter exclusivo de las traducciones realizadas: Renée Valdor, "¡Inocente!" (traducido del francés para la REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES), n° 6, diciembre de 1904, t. I, pp. 477-490; Jacques Constant, "La emparedada" (traducido para la REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES por A. R.), n° 7, enero de 1905, t. II, pp. 45-52; M. Teleschw, "El duelo" (traducido para la REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES por D.), n° 8, febrero de 1905, t. II, pp. 146-151; Guy de Teramond, "El cuello de armiño" (traducido para la REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES por A. R.), n° 10, abril de 1905, t. II, pp. 291-294; Matilde Alanic, "Vencido" (traducido para la REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES por E.), n° 12, junio de 1905, t. II, pp. 456-468; Daniele Oberto Marrama, "La Navidad de Hans Boller" (traducción del italiano para la REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES por P. T.), n° 14, agosto de 1905, t. III, pp. 144-153; Jorge Rivollet, "Un duelo" (traducido para la REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES por L. E. T.), n° 15, septiembre de 1905, t. III, pp. 211-221; y E. G. Gluck, "Lejos del baile" (traducido para la REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES por A. E.), n° 19, abril de 1906, T. IV, pp. 55-61.

⁴³ Cfr. González Porto-Bompiani, *Diccionario de autores de todos los tiempos y de todos los países*, t. III, Barcelona, Montaner y Simón, 1973, pp. 594 y 595. Sienkiewicz es el único autor de la serie de cuentos extranjeros publicados en la revista del que se ha encontrado información.

⁴⁴ Enrique Sienkiewicz, "Janko el músico", *Revista de Letras...*, n° 21, junio de 1906, t. IV, p. 187.

⁴⁵ Cfr. Autores desconocidos, "Cuentos tibetanos", n° 22, julio de 1906, t. IV, pp. 265-272; Elisabeth, Reina de Rumania, "La Madre de Esteban el Grande", n° 23, agosto de 1906, t. IV, pp. 327-330; y J. Neruda, "Cuentos tcheques", n° 24, septiembre de 1906, t. IV, pp. 424-430. En este último caso la traducción pertenece a Alberto Ruys, que constituye acaso un seudónimo de Alberto Rougés.

⁴⁶ Cfr. María Thiery, "El vals moroso" (traducido para la REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES por Alberto Ruys), n° 25, octubre de 1906, t. V, pp. 51-56; René Boisleve, "Este buen señor" (traducido para la REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES por Mauricio Foy), n° 26, noviembre de 1906, t. V, pp. 123-127; Jules Lemaitre, "La torta de reyes" (traducido para la REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES por Mauricio Foy), n° 28, enero de 1907, t. V, pp. 244-248; Néstor Víctor, "El príncipe Oliverio" (traducido para la REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES por M. F.), n° 31, abril de 1907, t. VI, pp. 32-37; Iván Strannik, "Si la juventud supiera" (traducido para la REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES por Mauricio Foy), n° 32, mayo de 1907, t. VI, pp. 103-107; Francois des Paillets, "La eterna ilusión" (traducido para la REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES por la señorita P. T.), n° 36, septiembre de 1907, t. VI, pp. 373-381; Nicolás

Segur, "El regreso a Venecia" (traducido para la REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES por Maurico Foy), n^{os} 37-39, octubre-diciembre de 1907, t. VII, pp. 23-29.

⁴⁷ "Rusia", en "Ecos", n^o 13, julio de 1905, t. III, pp. 75 y 76; y "Alma antigua", n^o 22, julio de 1906, t. IV, pp. 227-230. Este último aparece en *Los sueños son vida* como "Alma helénica".

⁴⁸ Ricardo Jaimes Freyre, "Ecos", *Revista de Letras...*, n^o 7, enero de 1907, t. II, p. 59.

⁴⁹ R. Jaimes Freyre, "Rusia", *op. cit.*, pp. 75 y 76.

⁵⁰ Alberto Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío*, Buenos Aires, Losada, 1943, pp. 260 y 261. La carta está fechada en Tucumán el 6 de junio de 1905. Al parecer, Darío no satisfizo con presteza el pedido de Jaimes Freyre, puesto que su primera colaboración está incluida en el número 20, correspondiente a mayo de 1906.

⁵¹ Así lo demuestran los fragmentos de las cartas de los colaboradores dirigidas a Jaimes Freyre, que se transcribían en algunos casos en las notas que acompañaban sus escritos, como en el caso de las colaboraciones de Franz Tamayo, Tablada y Díaz, como se verá más adelante. Por otra parte, la única colaboración de Lugones en la revista, ya mencionada, es una carta dirigida a Jaimes Freyre donde señala sus diferencias respecto de la reseña a un libro de su autoría realizada por Terán. Del mismo modo, la primera colaboración de Unamuno en la revista es también una carta dirigida a Jaimes Freyre.

⁵² Cfr., por ejemplo, el poema "Cumbres y abismos" de García Hamilton y el cuento "El Espanto" de López Mañán en el primer número, y el capítulo de la novela *Los jardines de Academo* de Jaimes Freyre en el segundo.

⁵³ "Poesías mexicanas", *Revista de Letras...*, n^o 3, septiembre de 1904, t. I, p. 174.

⁵⁴ Cfr. "Poesías americanas", *Revista de Letras...*, n^o 5, noviembre de 1904, t. I, pp. 366-370.

⁵⁵ Juan Carlos Tabossi, "Moisés (Poema de Alfred de Vigny)", en "Poesías americanas", n^o 12, junio de 1905, t. II, pp. 427-431.

⁵⁶ Eugenio Díaz Romero, "El amor olvidado", en "Poesías americanas", n^o 15, septiembre de 1905, t. III, pp. 194-200 y Leopoldo Díaz, "Las esfinges", en "Poesías americanas", n^o 17, noviembre de 1905, t. III, pp. 366-370. Con estas colaboraciones, sus autores, que ya habían dado a conocer otros poemas en la revista, aparecen incluidos por primera vez en la sección "Poesías americanas".

⁵⁷ Pedro N. Berreta (1881-1941) desarrolló en la provincia una importante labor cultural a través de la docencia y el periodismo y cumplió, paralelamente, una intensa actividad poética. Para Vicente Atilio Billone, "su mejor contribución fue, sin duda, la serie de veintitrés sonetos que denominó *El poema de mi tierra*, conjunto con el que obtuvo premio de honor en los juegos florales de 1905 y que se publicó en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*". Cfr. V. A. Billone, *Tres generaciones de poetas de Tucumán*, Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán, 1995, p. 22. El autor se refiere también a Víctor Toledo Pimentel (1867-1924), poeta laureado en los juegos florales de Bahía Blanca en 1908, y que "dejó dispersa en revistas una apreciable cuota de material poético", *ibidem*.

⁵⁸ Germán García Hamilton, "En el reino de Hades", en "Poesías americanas", n^o 14, agosto de 1905, t. III, pp. 121 y 122.

⁵⁹ Pedro N. Berreta, "El poema de mi tierra" y Víctor Toledo Pimentel, "Himno a la reina del torneo", n^o 13, julio de 1905, t. III, pp. 22-35. Los poemas son acompañados por la siguiente nota: "El *Poema de mi tierra* ha obtenido el premio de honor de los juegos florales celebrados en Tucumán en los últimos días. Como un eco de esa fiesta, que fue un acontecimiento literario, publicamos esta hermosa serie de sonetos y el *Himno a la reina del torneo*, que obtuvo uno de los primeros premios". Cabe mencionar, por otra parte, que Berreta participó también en las secciones bibliográficas de la publicación, con una reseña de su autoría, cfr. Pedro N. Berreta, "Guaraníes, por Goycochea Méndez", sección "Libros", n^o 16, octubre de 1905, t. III, pp. 328-332.

⁶⁰ La sección "Poesías americanas" del número 35 está dedicada exclusivamente a los poemas que resultaron ganadores en los juegos florales.

⁶¹ J. S., "Fraternidad hispano-americana", *Revista de Letras...*, n^o 20, mayo de 1906, t. IV, pp. 143 y 144.

⁶² La publicación tucumana parece haber buscado establecer un diálogo con la *Revista Crítica* de México y con sus directores. En el número 22, Jaimes Freyre se refiere brevemente a ellos como "colaboradores de la REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES, señores Pedro Henríquez Ureña y Arturo de Carricarte, que dirigen en Veracruz la interesante y culta *Revista Crítica*". Cfr. J.F., "La superioridad de Sud América", *Revista de Letras...*, n^o 22, julio de 1906, t. IV, p. 295. En la misma entrega, se incluye un artículo extenso de Carricarte, cfr. Arturo R. de Carricarte, "Sobre un libro de Márquez Sterling, en *ibidem*, pp. 231-242. Y, antes de la publicación del nuevo editorial, se incluye un estudio de Henríquez Ureña, cfr. Pedro Henríquez Ureña, "Oscar Wilde", *Revista de Letras...*, n^o 19, abril de 1906, t. IV, pp. 62-67.

⁶³ Los poemas de autores españoles incluidos en la sección "Poesías americanas" son: L. Rodríguez Figueroa, "Momias sacras", n^o 31, abril de 1907, t. VI, pp. 24 y 25; Salvador Rueda, "Los evangelios de las cigarras", n^o 32, mayo de 1907, t. VI, pp. 80-84; y Manuel Machado, "Pierrot y Arlequín", n^o 33, junio de 1907, t. VI, p. 155. No se ha podido encontrar información alguna sobre L. Rodríguez Figueroa.

⁶⁴ Cfr. M. H. Ureña, *op. cit.*, p. 508.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 514.

⁶⁶ Cfr. Rafael Gutiérrez Girardot, *Modernismo*, Barcelona, Montesinos, 1983, pp. 11 y ss.

⁶⁷ En su conocido artículo "El modernismo", sostiene Darío que "(...) no existe en Madrid, ni en el resto de España, con excepción de Cataluña, ninguna agrupación, *brotherhood*, en que el arte puro –o impuro, señores preceptistas– se cultive siguiendo el movimiento que en estos últimos tiempos ha sido tratado con tanta dureza por unos, con tanto entusiasmo por otros. (...) En América hemos tenido ese movimiento antes

que en la España castellana, por razones clarísimas: desde luego, por nuestro inmediato comercio material y espiritual con las distintas naciones del mundo, y principalmente porque existe en la nueva generación americana un inmenso deseo de progreso y un vivo entusiasmo, que constituye su potencialidad mayor, con lo cual poco a poco va triunfando de obstáculos tradicionales, murallas de indiferencia y océanos de mediocracia.” Cfr. R. Darío, *España contemporánea*, Barcelona, Lumen, 1987, pp. 254-256.

⁶⁸ Esta política de avance estadounidense es conocida como el “corolario Roosevelt a la doctrina Monroe”, que sostenía que “(...) en caso de que la escasa voluntad de ordenar sus finanzas hiciese a un Estado latinoamericano deudor crónico, correspondía a Estados Unidos y sólo a ellos, persuadirlo mediante el uso de la fuerza a adoptar las reformas necesarias, así fuese en beneficio de acreedores europeos y no estadounidenses.” Cfr. Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América latina*, Buenos Aires, Alianza, 1988, p. 259.

⁶⁹ Cfr. Jules Huret, “El alma yankee”, *Revista de Letras...*, n° 19, abril de 1906, t. IV, pp. 71-74. Otras breves reseñas que analizan el expansionismo norteamericano, firmadas por Terán con sus seudónimos e incluidas en secciones bibliográficas, son: C. Medina, “La absorción del Norte por el Sud en América”, *Revista de Letras...*, n° 26, noviembre de 1906, t. V, p. 121 y 122; y J. Severo, “El arbitraje, por B. Moses”, *Revista de Letras...*, n° 24, septiembre de 1906, t. IV, p. 445.

⁷⁰ C.M. (iniciales de Claudio Medina, seudónimo de Terán), “Libros y revistas”, *Revista de Letras...*, n° 25, octubre de 1906, t. V, pp. 62 y 63.

⁷¹ T. Halperin Donghi, *Historia contemporánea...*, *op. cit.*, p. 262. En este punto, es necesario recordar que Argentina opuso a la política intervencionista de Roosevelt la llamada “doctrina Drago”, que proclamaba que el uso de la fuerza militar era inaplicable a las relaciones entre deudores y acreedores, *ibidem*, p. 258.

⁷² J.S. (iniciales de Jocundo Severo, seudónimo de Terán), “Evolution de l’homme et de la terre, por G.L. Espagnol”, en “Libros y revistas”, *Revista de Letras...*, n° 17, noviembre de 1905, t. III, pp. 436 y 437.

⁷³ J.L.M., “Díaz, Reyes y Castro”, en “Revista de revistas”, *Revista de Letras...*, n° 16, octubre de 1905, t. III, pp. 347-349.

⁷⁴ Cfr. J.S. (iniciales de Jocundo Severo, seudónimo de Terán), “Ignoramos la América”, en “Hechos e ideas”, *Revista de Letras...*, n° 19, abril de 1906, t. IV, pp. 68-71.

⁷⁵ C.M. (iniciales de Claudio Medina, seudónimo de Terán), “Honor y patriotismo”, en “Revista de revistas”, *Revista de Letras...*, n° 25, octubre de 1906, t. V, p. 64.

⁷⁶ En tanto Venezuela incumplía en el pago de sus deudas a acreedores ingleses y alemanes, hacia 1902 Inglaterra y Alemania, a las que luego apoya Italia, bloquean los puertos venezolanos. Esta iniciativa había sido aprobada anticipadamente por Roosevelt como medida necesaria, a su juicio, “para devolver alguna seriedad a los responsables de las finanzas sudamericanas”. Cfr. T. Halperin Donghi, *Historia contemporánea...*, *op. cit.*, p. 258.

⁷⁷ Iván A. Schulman, “Poesía modernista. Modernismo/modernidad: teoría y poiesis”, en L. Iñigo Madrigal (coord.), *op. cit.*, pp. 534 y 535.

⁷⁸ A. Rama, *Rubén Darío y...*, *op. cit.*, p. 125.

⁷⁹ M. Henríquez Ureña, *op. cit.*, pp. 32-34.

⁸⁰ Esta enumeración es, necesariamente, producto de una sucinta generalización basada en la lectura de la totalidad de poemas que la revista llegó a publicar en la sección “Poesías americanas”.

⁸¹ A. Rama, *Las máscaras...*, *op. cit.*, p. 173.

⁸² Á. Rama, *Rubén Darío...*, *op. cit.*, pp. 10 y 11. El autor advierte que este afán autonómico no se vio con mucha claridad debido a la apropiación, por parte de Darío, de todo el instrumental contemporáneo – lingüístico y poético– de Europa. Este legado fue sometido, no obstante, a una reelaboración subjetiva muy peculiarmente hispanoamericana. Cfr. *ibidem*, pp. 5 y ss.

⁸³ R. Darío, “El modernismo”, *op. cit.*, p. 257.

⁸⁴ A. Ghirardo, *op. cit.*, pp. 111-113. La carta está fechada en Ginebra, el 10 de junio de 1902.

⁸⁵ La sección “Poesías americanas” recoge dos poemas de Darío: “La tragedia del toro”, n° 20, mayo de 1906, t. IV, pp. 103-106; y “De *El canto errante*”, n° 32, mayo de 1907, t. VI, pp. 73 y 74. Además, Darío colabora en la revista con el envío del prólogo al libro de Gómez Carrillo, antes mencionado.

⁸⁶ Cfr. Almudena Mejías Alonso, “Amado Nervo”, en L. Iñigo Madrigal (coord.), *op. cit.*, p. 647. Los poemas que publica en la revista son: “Damiana se casa”, “Yo vengo de un brumoso país lejano” y “La princesa peinaba sus cabellos”, (del libro en prensa *Los jardines interiores*) n° 8, febrero de 1905, t. II, pp. 106-109; “Tritoniada”, n° 14, agosto de 1905, t. III, pp. 116 y 117; e “Increpación” (del libro en preparación *Savía enferma*), n° 32, mayo de 1907, t. VI, pp. 75 y 76.

⁸⁷ Cfr. M. Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 348. Chocano publica tres poemas en la revista: “Alma de América”, n° 5, noviembre de 1904, t. I, pp. 366-368; “Beatriz”, n° 11, mayo de 1905, t. II, p. 340; y “Danza griega”, n° 36, septiembre de 1907, t. VI, pp. 344-346.

⁸⁸ Cfr. M. Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 309. Algunos estudiosos señalan que Valencia es uno de los poetas que mayores dificultades ofreció para su adscripción al modernismo pero que su obra muestra una cantidad suficiente de elementos comunes a la de los modernistas. Cfr. Jesús Benítez Villalba, “Guillermo Valencia”, en L. Iñigo Madrigal (coord.), *op. cit.*, p. 669. Los poemas con los que colabora en la revista son: “Los crucificados”, n° 12, junio de 1905, t. II, pp. 423-426; “San Antonio y el Centauro”, n° 20, mayo de 1906, t. IV, pp. 107-113; y “La parábola del monte”, n° 24, septiembre de 1906, t. IV, pp. 392 y 393. Este último aparece acompañado de la siguiente nota: “Estos versos forman parte del poema inédito *Zarathustra*, que su

autor, actual delegado de Colombia en el Congreso pan-americano de Río de Janeiro, se propone publicar en breve. Guillermo Valencia anuncia su próxima visita a Buenos Aires”.

⁸⁹ Cfr. M. Henríquez Ureña, *op. cit.*, pp. 80-89 y José Emilio Pacheco, “Salvador Díaz Mirón”, en L. Iñigo Madrigal (coord.), *op. cit.*, pp. 577-582. Díaz Mirón publica sólo un poema en la sección: “Benit Hesperus” (del libro en prensa *Triunfos*), n° 23, agosto de 1906, t. IV, pp. 324-326.

⁹⁰ Cfr. M. Henríquez Ureña, *op. cit.*, pp. 479 y ss.; y Solomon Lipp, “Justo Sierra”, en L. Iñigo Madrigal (coord.), *op. cit.*, pp. 467-471. La única colaboración de Sierra en la sección está dada por una traducción del poema “Los conquistadores” (del libro *Les trophées* de José María de Heredia), n° 19, abril de 1906, t. IV, pp. 17-19. Heredia, poeta francés de origen cubano, ejerció una marcada influencia en los poetas modernistas. Por otra parte, su figura fue considerada por Darío en *Los raros*.

⁹¹ M. Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 373. Tamayo colabora con la publicación tucumana sólo en una ocasión, con sus poemas “El milagro de la lengua” y “Habla Werther”, n° 27, diciembre de 1906, t. V, pp. 152-154. En la sección “Hechos e ideas” de una entrega anterior, la revista transcribe algunos breves fragmentos de su libro *Proverbios*. Cfr. Franz Tamayo, “Pensamientos”, n° 20, mayo de 1906, t. IV, pp. 144 y 145. Años después, Tamayo protagonizaría una polémica parlamentaria con su compatriota Jaimes Freyre, que había sido designado Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia. Cfr. E. Carilla, *Ricardo Jaimes...*, *op. cit.*, p. 146.

⁹² M. Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 419. Uhrbach publica dos poemas en la revista: “Para unos labios”, n° 11, mayo de 1905, t. II, pp. 338-340; y “El canto de la tarde”, n° 36, septiembre de 1907, t. VI, pp. 346-349.

⁹³ M. Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 415. Herrera colabora en una sola ocasión en “Poesías americanas”, con los poemas “Crepúsculos”, “Diana” y “Aere Perennius”, n° 16, octubre de 1905, t. III, pp. 280 y 281.

⁹⁴ Cfr. M. Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 472.

⁹⁵ Cfr. N. Jitrik, “El modernismo”, *op. cit.*, p. 594; y C. A. Loprete, *op. cit.*, pp. 112-122. Díaz es el único poeta destacado como uno de los “colaboradores permanentes” de la publicación. En una nota firmada por la dirección, que acompaña la segunda colaboración de Díaz, se anuncia: “Leopoldo Díaz, que ha engalanado ya con encantadores versos las páginas de la REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS SOCIALES, se incorpora desde el presente número, al grupo selecto de nuestros colaboradores permanentes. La obra del gentil poeta –que sólo cuenta con admiradores y con amigos– es ya tan vasta como valiosa y ha dado notoriedad americana a su nombre: publicaciones europeas se ocupan de ella con elogio y muy distinguidos hombres de letras han vertido sus producciones a diversas lenguas. Bien venidas (*sic*) sean las armoniosas (*sic*) estrofas del poeta argentino que en su residencia del nuevo mundo sueña con Tucumán. “Esa linda y querida Tucumán –nos dice en una carta reciente– que también amo como a una *Belle-au bois-dormant* con la cual se sueña sin verla jamás. Algún día iré a soñar bajo los laureles y las magnolias florecidas de ese jardín.” Cfr. Leopoldo Díaz, “La leyenda de los lirios”, *Revista de Letras...*, n° 7, enero de 1905, t. II, p. 15. Como se señaló antes, las colaboraciones de Díaz no son incluidas en un comienzo en la sección “Poesías americanas”. Así, este poema, al igual que el primero que publica en la revista (“El sueño de la noche de invierno”, n° 4, octubre de 1904, t. I, pp. 269-277, dedicado a Jaimes Freyre) aparece aislado. Los poemas de su autoría que forman parte de la sección son: “Las esfinges”, n° 17, noviembre de 1905, t. III, pp. 366-370; “Nostalgias del cóndor” y “Esteban Echeverría” (dedicado a Rafael Obligado), n° 18, diciembre de 1905, t. III, pp. 452 y 453; “Ensueño humanitario”, “La guerra”, “Hic sunt leones”, “Alegoría del soneto” y “Corot”, n° 21, junio de 1906, t. IV, pp. 165-168; “En el mar”, n° 32, mayo de 1907, t. VI, pp. 74 y 75; “A mi hija Nydia” y “Soneto elegiaco” (enviado a los Juegos Florales de Colonia y vertido al alemán por Juan Fastenrath), n° 33, junio de 1907, t. VI, pp. 149 y 150.

⁹⁶ Cfr. N. Jitrik, “El modernismo”, *op. cit.*, p. 598; y C. A. Loprete, *op. cit.*, pp. 108-112. Díaz Romero también colabora con cierta asiduidad en la publicación. Cfr. “Canción de primavera”, n° 9, marzo de 1905, t. II, pp. 184-196 (este poema, a diferencia de los que siguen, no se ve incluido en la sección “Poesías americanas”); “El amor olvidado”, n° 15, septiembre de 1905, t. III, pp. 194-200; “Los violines envueltos en crespones”, n° 27, diciembre de 1906, t. V, pp. 148-151; “El dolor del pecado”, n° 34, julio de 1907, t. VI, pp. 214-216.

⁹⁷ Mario Bravo (1882-1944) partió a Buenos Aires a estudiar Derecho en 1898, y “allí frecuentó los cenáculos modernistas y se vinculó estrechamente a sus principales representantes”, según señala Billone. Para este autor, su colaboración en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* “muestra un acercamiento hacia Jaimes Freyre que se transformó más tarde en amistad estrecha, con afinidad no sólo literaria sino también ideológica.” Cfr. V. A. Billone, *Tres generaciones...*, *op. cit.*, p. 21. Los poemas que Bravo publica en la revista son: “Cantos prologales”, en “Poesías americanas”, n° 18, diciembre de 1905, t. III, pp. 453-454; y “Poemas del campo y la montaña”, en “Poesías americanas”, n° 25, octubre de 1906, t. V, pp. 16-21.

⁹⁸ B. Sarlo, “La poesía en el avance del siglo”, en *Historia de la literatura argentina*, *op. cit.*, p. 784. Las colaboraciones de Barreda son: “El paseo”, en “Poesías americanas”, n° 30, marzo de 1907, t. V, pp. 339-342; y “Sacrificio”, en “Poesías americanas”, n° 36, septiembre de 1907, t. VI, pp. 349 y 350.

⁹⁹ Cada uno de ellos colabora en una sola ocasión en la revista. Cfr. Manuel Gálvez, “Carta de amor”, n° 26, noviembre de 1906, t. V, pp. 91-94; Manuel Ugarte, “Los obreros”, *ibidem*, p. 95 y Delfina Bunge, “Souvenance”, “Coquetterie”, “Lune Idéale”, “Retour” y “Liszt”, n°s 37-39, octubre-diciembre de 1907, t. VII, pp. 14-17. Todos los poemas de Bunge están escritos en francés.

¹⁰⁰ Algunos de estos autores colaboraron con mucha frecuencia en la revista, como Juan Carlos Tabossi, quien publica ocho poemas en “Poesías americanas”: “Moisés (Poema de Alfred de Vigny)”, n° 12, junio de 1905, t. II, pp. 427-431; “Últimas noches de Samain”, n° 14, agosto de 1905, t. III, pp. 117-120; “Los favoritos”, n° 17, noviembre de 1905, t. III, pp. 360-365; “Cain en el desierto”, n° 22, julio de 1906, t. IV, pp.

243-251; "Magdalena injuriada", n° 25, octubre de 1906, t. V, pp. 22-24; "Salomón anciano", n° 31, abril de 1907, t. VI, pp. 18-20; "Los rebaños de Labán", n° 34, julio de 1907, t. VI, pp. 217-222; "Lamentaciones de Pigmalión" y "Músicos de Aldea", n° 35, agosto de 1907, t. VI, pp. 287-291.

¹⁰¹ M. Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 480. Tablada publica un cuento en la revista: "El pecado", n° 10, abril de 1905, t. II, pp. 261-263. Como se indicó antes, también colaboró en la sección "Poesías americanas" con un poema: "Canto a los héroes", n° 3, septiembre de 1904, t. I, pp. 181-184.

¹⁰² M. Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 291. La única colaboración de Díaz Rodríguez en la revista está constituida por el cuento "La voz de Siringa", n° 4, octubre de 1904, t. I, pp. 287-294.

¹⁰³ Cfr. M. Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 363; y Aarón Alboukrek y Esther Herrera, *Diccionario de escritores hispanoamericanos*, Buenos Aires, Larousse, 1992, p. 159.

¹⁰⁴ La revista otorga un lugar destacado a los cuentos de Lillo, uno de los cuales llega a ocupar las primeras páginas de la entrega. Y, como se verá más adelante, Jaimes Freyre se ocupa de la obra de este "distinguido colaborador" en las secciones bibliográficas. Los cuentos de Lillo recorren la publicación desde los primeros números hasta la entrega final. Cfr. "Los inválidos", n° 8, febrero de 1905, t. II, pp. 117-125; "El chiflón del diablo", n° 11, mayo de 1905, t. II, pp. 348-361; "Quilapan", n° 16, octubre de 1905, t. III, pp. 265-279; "Sub-Sole", n° 27, diciembre de 1906, t. V, pp. 155-163; "La mano pegada", n°s 37-39, octubre-diciembre de 1907, t. VII, pp. 90-101.

¹⁰⁵ M. Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 365. El autor señala que Maluenda Labarca es "el cuentista de la vida humilde", que escoge por escenarios el campo y el arrabal. Así lo demuestra cuento que publica en la revista: "El gañán", n° 17, noviembre de 1905, t. III, pp. 351-359. Debajo del título se aclara que se trata del "Primer premio de nuestro concurso".

¹⁰⁶ Si bien su labor en la publicación giró principalmente en torno a la historia, López Mañán publicó también tres cuentos en la revista: "El espanto", n° 1, julio de 1904, t. I, pp. 36-38; "La mano de Hugo Hamelong", n° 2, agosto de 1904, t. I, pp. 117-130; "El padre bondadoso", n° 12, junio de 1905, t. II, pp. 441-446. Ricardo Rojas (1882-1957), que nació en Tucumán pero pasó su infancia y adolescencia en Santiago del Estero, se estableció en Buenos Aires en 1899. Cfr. V. A. Billone, *Tres generaciones...*, *op. cit.*, pp. 23 y 24. Desde allí envía un capítulo de su libro inédito *El País de la selva*, que ocupa las primeras páginas de la entrega: "La Salamanca", n° 30, marzo de 1907, t. V, pp. 333-338. Los breves escritos de Alfredo C. López, en cambio, no ocupan un lugar destacado en los números en que aparecen. Cfr. "El fugitivo" y "Raza vencida", n° 8, febrero de 1905, t. II, pp. 156-159; y "Sic semper", n° 14, agosto de 1905, t. III, pp. 123 y 124. Ricardo Mendióroz, uno de los fundadores del mencionado *Tucumán literario*, publica un cuento: "Sol maldito", n° 3, septiembre de 1904, t. I, pp. 175-178. También se incluye un relato de B. Durán Arenas, ambientado en París y firmado desde Tucumán: "Mujer", n° 36, septiembre de 1907, t. VI, pp. 382 y 383.

¹⁰⁷ Los escritos de "Brocha Gorda" incluidos en la revista son: "Delia (Palpitaciones de la vida en Buenos Aires)", n° 2, agosto de 1904, t. I, pp. 101-112; "Buenos Aires pintoresco", n° 7, enero de 1905, t. II, pp. 31-36; "Ella en persona" (capítulo de una novela inédita sobre costumbres bonaerenses), n° 34, julio de 1907, t. VI, pp. 223-228. Por otra parte, el autor también da a conocer en la publicación un capítulo inédito de su libro en prensa *Historia anecdótica de Potosí*, "La movediza", n° 10, abril de 1905, t. II, pp. 268-279.

¹⁰⁸ Cfr. Carolina Freyre de Jaimes, "La torta de reyes", n° 28, enero de 1907, t. V, pp. 240-243. Se incluye otra colaboración de esta autora en la revista, de carácter didáctico: "El arte de decir los versos", n° 11, mayo de 1905, t. II, pp. 342-347.

¹⁰⁹ La lista de autores que participaron en la sección se completa con los siguientes nombres: Justo A. Facio, de Costa Rica; Froilán Turcios y J. R. Molina, de Honduras; Andrés Mata, Udón A. Pérez, Rafael Ángel Arráiz, Jesús Semprún, Alfredo Arvelo Larriva y Víctor Racamonde, de Venezuela; Ismael Enrique Arciniegas, V. M. Londoño, Ricardo Nieto y Aquilino Villegas, de Colombia; Manuel M. Pinto, de Bolivia; Manuel S. Pichardo, de Cuba; Aristides Moll, de Puerto Rico; Manuel Magallanes Moure, de Chile; y César Arroyo, de Ecuador.

¹¹⁰ Pueden encontrarse breves referencias a la labor de estos autores en las secciones "Revista de revistas" de los números 6 y 8.

¹¹¹ Cfr. G. G. H., "Hacia el Oriente, por Ernesto Mario Barreda", en sección "Libros", n° 6, diciembre de 1904, t. I, pp. 496-498; R. J. F., "Sub terra, por Baldomero Lillo", en sección "Movimiento literario", n° 12, junio de 1905, t. II, pp. 481 y 482; Ricardo Jaimes Freyre, "Los crepúsculos del jardín, por Leopoldo Lugones", n° 14, agosto de 1905, t. III, pp. 130-135; G. G. H., "Laureles, de José Cibils", en sección "Libros", n° 15, septiembre de 1905, t. III, pp. 245-247; T., "Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia, por Franz Tamayo", en sección "Libros", n° 19, abril de 1906, t. IV, pp. 77 y 78; C. Medina, "Almas que pasan, últimas prosas de Amado Nervo", en sección "Libros y revistas", n° 24, septiembre de 1906, t. IV, pp. 442 y 443; y M. Díaz Rodríguez, "Alma América, por José Santos Chocano", n° 26, noviembre de 1906, p. 135.

¹¹² J. S., "Revistas mexicanas", en sección "Revista de revistas", n° 8, febrero de 1905, t. II, p. 161.

¹¹³ R. J. F., "Sub terra...", *op. cit.*, p. 482.

¹¹⁴ N. Jitrik, "El modernismo", *op. cit.*, p. 591.

¹¹⁵ Las siguientes declaraciones de Darío ejemplifican la actitud asumida en esta etapa por los jóvenes modernistas: "Yo hacía todo el daño que me era posible al dogmatismo hispano, al anquilosamiento académico, a la tradición hermosillesca, a lo pseudoclásico, a lo pseudorromántico, a lo pseudorrealista y naturalista (...). Mis compañeros me seguían y me secundaban con denuedo. Exagerábamos, como era natural, la nota.", citado en C. A. Loprete, *op. cit.*, p. 77.

¹¹⁶ Cfr. N. Jitrik, "El modernismo", *op. cit.*, p. 591. Para una visión más detallada de la recepción de los modernistas en "El Ateneo", cfr. C. A. Loprete, *op. cit.*, pp. 71-78.

¹¹⁷ C. A. Loprete, *op. cit.*, pp. 75 y 76.

¹¹⁸ Germán García Hamilton, "Nuevos Cantos, de Calixto Oyuela", *Revista de Letras...*, n° 9, marzo de 1905, t. II, p. 200.

¹¹⁹ Cfr. F., "Los decadentes", en "Revista de revistas", *Revista de Letras...*, n°s 37-39, octubre-diciembre de 1907, t. VII, p. 137 y 138. Luego de analizar el uso que Ernest Renan y Teophile Gautier hacen del término decadentes, Jaimes Freyre afirma: "El primero que aplicó tal nombre a los renovadores de la poesía era un observador muy fino. Los que lo emplearon después, en forma despectiva, tenían la santa excusa de la ignorancia".

¹²⁰ G. García Hamilton, "Nuevos cantos....", *op. cit.*, p. 209.

¹²¹ *Ibidem*, pp. 203 y 204.

¹²² Cfr. C. A. Loprete, *op. cit.*, pp. 78-84. Algunos de los críticos españoles que atacaron la nueva literatura hispanoamericana, mencionados por el autor, son Menéndez Pelayo, Valbuena, Valera y "Clarín".

¹²³ Cfr. *ibidem*, pp. 84-90; y M. H. Ureña, *op. cit.*, pp. 508 y ss.

¹²⁴ T., "El castellano en América, por Julio Cejador", en "Libros y revistas", *Revista de Letras...*, n° 26, noviembre de 1906, t. V, pp. 133 y 134. Más adelante Terán retoma este tema, a propósito del mismo libro de Cejador. "Este es el tema que ha tratado don Julio Cejador en repetidas ocasiones, tratando de demostrar que nuestro castellano americano está inficionado por importaciones artificiales de galicismos y bachillerías de diccionarios latino y griego que la privan de la fuente viva de toda lengua que es el habla vulgar, y que concluirá por momificarse. Ya hablamos de esto de pasada, hace algún tiempo, mostrando la injusticia del maestro, y la falsedad forzosa de su juicio por haber tomado como prueba de "castellano americano" un trozo evidentemente apócrifo." Concluye el artículo diciendo: "No debemos lamentar, entonces, o mejor dicho, es infantil lamentar la evolución lingüística americana que es consecuencia de la evolución de nuestro pueblo y nuestra alma." Cfr. T., "El castellano de América (España y América, julio 1907)", en "Revista de revistas", *Revista de Letras...*, n°s 37-39, octubre-diciembre de 1907, t. VII, p. 123.

¹²⁵ Cfr. Juan B. Terán, "Naturaleza del language (*siá*)", n° 2, agosto de 1904, t. I, pp. 84-100; y Abraham Maciel, "Evolución de la lengua", n° 3, septiembre de 1904, t. I, pp. 163-174.

¹²⁶ O. Terán, *Vida intelectual...*, *op. cit.*, p. 233. El autor analiza la identificación de la lengua con la nacionalidad en la obra de Ernesto Quesada, a cuyas premisas parecen oponerse Juan B. Terán y Abraham Maciel.

¹²⁷ Darío reconoce que "(...) Groussac con sus críticas teatrales de *La Nación*, en la primera temporada de Sarah Bernhardt, fue quien me enseñó a escribir, mal o bien, como hoy escribo", citado en Á. Rama, *Rubén Darío...*, *op. cit.*, p. 92. Para Rama, la marca de Groussac en Darío se manifiesta centralmente en la escritura de artículos periodísticos.

¹²⁸ J. S. (iniciales de uno de los seudónimos empleados por Terán), "Rubén Darío, por Elísio Carvalho", en "Libros y revistas", *Revista de Letras...*, n° 35, agosto de 1907, t. VI, p. 322.

¹²⁹ No es posible encontrar en la revista referencia alguna acerca de la identidad de este autor. No obstante, es posible notar que sus iniciales coinciden con las del poeta mexicano Amado Nervo, uno de los colaboradores de la sección "Poesías americanas". De todas maneras, debe reconocerse que la inmediatez propia de las secciones críticas y bibliográficas en las que aparecen los escritos de A. N., advierten acerca de la dificultad de que un autor radicado en España colabore en ellas.

¹³⁰ A. N., "Los literatos españoles y los poetas americanos", en "Revista de revistas", n° 30, marzo de 1907, t. V, p. 399.

¹³¹ A. N., "Las nuevas formas poéticas", en "Libros y revistas", *Revista de Letras...*, n° 31, abril de 1907, t. VI, p. 62.

¹³² Max Grillo, "La influencia de Unamuno en América (El Nuevo Mercurio, París)", en "Revista de revistas", *Revista de Letras...*, n°s 37-39, octubre-diciembre de 1907, t. VII, p. 134.

¹³³ *Ibidem*, pp. 135 y 136. Grillo transcribe fragmentos del artículo de Unamuno "Algunas consideraciones sobre la literatura hispano-americana", aparecido en los números de septiembre y octubre de 1906 de *La Lectura*.

Conclusiones

El trabajo ha examinado cuáles fueron los rasgos del grupo realizador de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* y del proyecto desplegado desde las páginas de la publicación. Al respecto, el recorrido por los capítulos ha mostrado que se trata de un conjunto de personas que si bien compartió un mismo anhelo de actualizar la cultura provincial y se vio unido por lazos personales e institucionales sólidos, estuvo también marcado por notorias diferencias internas, sobre todo en lo que atañe al perfil intelectual de sus miembros y a la disparidad de sus ideas e intereses. La particular conformación de este grupo definió en gran medida la naturaleza del proyecto de la revista, que aparece signado de igual modo por las diferencias. En efecto, el análisis pone de manifiesto que la publicación parece haber desarrollado en realidad dos proyectos, centrados respectivamente en la modernización de la ciencia y de la literatura. Cada uno de ellos, impulsado por distintos integrantes del *staff*, tramó su propia red de objetivos, se vinculó con horizontes de ideas diferentes, y centró su mirada en espacios geográficos diversos. En este sentido, se ha intentado forjar una propuesta de lectura de la revista que tuviera como hilo conductor, precisamente, la visualización de un cruce de proyectos, advertido tanto en el seno del grupo como en las hojas de las sucesivas entregas.

La investigación aspiró además a definir cuál fue el papel cumplido por la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* en cada uno de los campos en los que actuó. Según se ha demostrado, ella constituyó uno de los primeros vehículos de manifestación pública del grupo que sería reconocido más adelante como la “generación del centenario” o “de la universidad” y funcionó como un espacio decisivo para la consolidación de las relaciones ya existentes entre sus miembros. Ejerció un rol activo en la modernización cultural de Tucumán en una etapa previa a la creación de la universidad y, junto a la Sociedad Sarmiento, preparó el terreno para el surgimiento de la casa de estudios. A partir de sus escritos, la publicación estimuló la realización de investigaciones y análisis regidos por las bases y los métodos de la ciencia. En tal sentido, se vinculó con los debates científicos – sobre todo historiográficos– de la época e intentó proporcionar instrumentos que permitieran reflexionar sobre la provincia y la nación. En el plano de la literatura, la revista operó, aunque con los matices señalados, como un nuevo –y acaso tardío– órgano de difusión del modernismo hispanoamericano y, a partir de la divulgación y de la particular agrupación de la obra de los autores del continente y de su rescate desde las secciones críticas, contribuyó a forjar una “literatura americana”.

Interesa recoger por último algunas de las ideas que se desprenden del trabajo realizado y que permitirían proponer ciertas generalizaciones, de más amplio alcance, acerca de la vida intelectual tucumana. Dados el carácter fundacional de la publicación estudiada y el protagonismo de su grupo realizador en el desenvolvimiento de la cultura letrada en Tucumán durante las primeras décadas del siglo XX, tales generalizaciones resultan, creemos, especialmente atendibles. El curso de la investigación ha permitido vislumbrar una vida intelectual provincial que aparece ligada de modo estrecho tanto a las instituciones como a los miembros de la elite dirigente, y en la que puede advertirse la presencia de un vínculo todavía fuerte entre los distintos campos disciplinarios. Así, la literatura y la ciencia, aunque encuentran en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* un lugar propio, no parecen contar todavía con órganos específicos, capaces de considerarlas foco excluyente de atención. La percepción de estas cuestiones abre un nuevo elenco de interrogantes en torno a, por ejemplo, las vinculaciones entre cultura y elite, o la procedencia social de los integrantes del campo cultural provincial. De igual manera,

interesaría preguntarse de modo puntual por la emergencia de publicaciones o de grupos centrados específicamente en la literatura, que expresen ya la delineación de un campo literario tucumano. El examen de un corpus más amplio de revistas e instituciones culturales aparecidas en la provincia emerge como una tarea necesaria en lo inmediato para comenzar a iluminar la reflexión sobre algunos de estos aspectos.

Bibliografía citada

1. Fuentes primarias

Revista de Letras y Ciencias Sociales ts. 1-7, n^{os} 1-39, Tucumán, julio de 1904-diciembre de 1907.

2. Fuentes secundarias

2. 1. Generales

- ALBOUKREK, AARÓN Y HERRERA, ESTHER, *Diccionario de escritores hispanoamericanos*, Buenos Aires, Larousse, 1992.
- ALTAMIRANO, CARLOS Y BEATRIZ SARLO, “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en C. Altamirano y B. Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997, pp. 161-199.
- ALTAMIRANO, C. Y B. SARLO, “Del campo intelectual y las instituciones literarias”, en C. Altamirano y B. Sarlo, *Literatura/Sociedad*, Buenos Aires, Hachette, 1983, pp. 83-100.
- BILLONE, VICENTE ATILIO, *Tres generaciones de poetas de Tucumán*, Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 1995.
- BIAGINI, HUGO, “Presentación”, en H. Biagini (comp.), *El movimiento positivista argentino*, Buenos Aires, de Belgrano, 1986, pp. 5-37.
- BOURDIEU, PIERRE, “Campo intelectual y proyecto creador” en Jean Pouillon y otros, *Problemas del estructuralismo*, México, Siglo XXI, 1969, pp. 135-182.
- BOURDIEU, P., “El campo intelectual: un mundo aparte”, en P. Bourdieu, *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, 1996, pp. 143-151.
- CARTER, BOYD G., *Historia de la literatura hispanoamericana a través de sus revistas*, México, de Andrea, 1968.
- CASTELLAN, ÁNGEL, “Accesos historiográficos”, en Hugo Biagini (comp.), *El movimiento positivista argentino*, Buenos Aires, de Belgrano, 1986, pp. 78-88.
- CERVIÑO, RODOLFO, *Del Colegio San Miguel al Colegio Nacional. Dos etapas de cultura en Tucumán*, Tucumán, Colegio Nacional Bartolomé Mitre y Universidad Nacional de Tucumán, 1964.
- COSER, LEWIS A., *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968.
- Diccionario Literario de obras y personajes de todos los tiempos y de todos los países*, t. V, Barcelona, Hora, 1992.
- GARCÍA SORIANO, MANUEL, *El periodismo tucumano (1817- 1900)*, Tucumán, Cuaderno de *Humanitas* n° 38, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 1972.
- GONZÁLEZ PORTO-BOMPIANI, *Diccionario de autores de todos los tiempos y de todos los países*, t. III, Barcelona, Montaner y Simón, 1973.
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, RAFAEL, *Modernismo*, Barcelona, Montesinos, 1983.
- HALPERIN DONGHI, TULLIO, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1969.
- HALPERIN DONGHI, T., “La historiografía: treinta años en busca de un rumbo”, en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (comps.), *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980, pp. 744-840.
- HENRÍQUEZ UREÑA, MAX, *Breve historia del modernismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954.
- HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964.
- JIMÉNEZ, DANIEL, “Colegio Nacional de Tucumán: orígenes y destinatarios”, en Luis M. Bonano (comp.), *Estudios de historia social de Tucumán. Educación y política en los siglos XIX y XX*, vol. II, Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 2001, pp. 123-146.
- JIMÉNEZ, JOSÉ OLIVIO, “El ensayo y la crónica del modernismo”, en Luis Iñigo Madrigal (coord.), *Historia de la literatura hispanoamericana*, t. II, Madrid, Cátedra, 1987, pp. 537-548.
- JITRIK, NOÉ, “El modernismo”, en *Historia de la literatura argentina*, t. II, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968, pp. 577-600.
- JITRIK, N., *El mundo del ochenta*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.

- JITRIK, N., NICOLÁS ROSA Y BEATRIZ SARLO [debate], "El rol de la revistas culturales", *Espacios de crítica y producción*, n° 11, Buenos Aires, noviembre de 1992.
- KING, JOHN, *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1990.
- KREIBOHM, ENRIQUE, *Un siglo de cultura provinciana. Aportaciones históricas alrededor de la vida de una institución tucumana. De la Sociedad Sarmiento a la Universidad*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1960.
- LAFLEUR, HÉCTOR R., SERGIO D. PROVENZANO Y FERNANDO P. ALONSO, *Las revistas literarias argentinas, 1832-1967*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968.
- LAGMANOVICH, DAVID, *Literatura del noroeste argentino*, Rosario, Biblioteca, 1974.
- LEPENIES, WOLF, *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- LIZONDO BORDA, MANUEL, *La Sociedad Sarmiento en su cincuentenario (1882-1932)*, Tucumán, M. Violetto, 1932.
- LOPRETE, CARLOS, *La literatura modernista en Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1976.
- PÁEZ DE LA TORRE, CARLOS, *Historia de Tucumán*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1987.
- PUCCI, ROBERTO, *La élite azucarera y la formación del sector cañero en Tucumán (1880-1920)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1989.
- RAMA, ÁNGEL, *La ciudad letrada*, Montevideo, Fundación Internacional Ángel Rama, 1984.
- RAMA, Á., *Las máscaras democráticas del modernismo*, Montevideo, Fundación Ángel Rama, 1985.
- RAMA, Á., *Rubén Darío y el modernismo*, Barcelona, Alfadil, 1985.
- RIVERA, JORGE B., *El escritor y la industria cultural*, Buenos Aires, Atuel, 1998.
- RIVERA, J. B., *El periodismo cultural*, Buenos Aires, Paidós, 1995.
- ROMERO, JOSÉ LUIS, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1965.
- ROMERO, J. L., *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2001.
- ROMERO, J. L., "El pensamiento liberal", en J. L. Romero *El pensamiento político latinoamericano*, Buenos Aires, AZ, 1998, pp. 235-254.
- ROSENZVAIG, EDUARDO, *Historia social de Tucumán y del azúcar*, t. II, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1987.
- ROSSI, SILVIA ELINA, "La ciudad como imagen de los procesos culturales de su tiempo", en AAVV, *La generación del Centenario y su proyección en el Noroeste argentino (1900-1950), Actas de las IV Jornadas*, Tucumán, Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo, 2002, pp. 87-98.
- SARLO, BEATRIZ, "La poesía en el avance del siglo", en *Historia de la literatura argentina*, t. II, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968, pp. 769-792.
- SCHULMAN, IVÁN A., "Poesía modernista. Modernismo/modernidad: teoría y poiesis", en L. Iñigo Madrigal (coord.), *Historia de la literatura hispanoamericana*, t. II, Madrid, Cátedra, 1987, pp. 523-536.
- SCHUSTER, FÉLIX GUSTAVO, "El concepto de ciencia", en Hugo Biagini (comp.), *El movimiento positivista argentino*, Buenos Aires, de Belgrano, 1986, pp. 321-332.
- SOLER, RICAURTE, *El positivismo argentino. Pensamiento filosófico y sociológico*, Buenos Aires, Paidós, 1982.
- TERÁN, OSCAR, *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986.
- TERÁN, O., *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- WILLIAMS, RAYMOND, *Sociología de la cultura*, Barcelona, Paidós, 1994.

2. 2. Específicas (sobre la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, sus realizadores y colaboradores)

- ARÁOZ DE ISAS, MARÍA FLORENCIA, *José Ignacio Aráoz. Una vida tucumana (1875-1941)*, Tucumán, Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo, 2001.
- Archivo López Mañán (inédito).
- AYALA, FRANCISCO, "Novela y filosofía", en Francisco Rico (dir.), *Historia y crítica de la literatura española*, tomo VI, Barcelona, Crítica, 1980.
- BARREDA, ERNESTO MARIO, "Ricardo Jaimes Freyre (un maestro del simbolismo)", *Nosotros*, n° 287, vols. 78-79, Buenos Aires, abril de 1933, pp. 285-290.

- BENÍTEZ VILLALBA, JESÚS, "Guillermo Valencia", en Luis Iñigo Madrigal (coord.), *Historia de la literatura hispanoamericana*, t. II, Madrid, Cátedra, 1987, pp. 667-671.
- BILLONE, VICENTE ATILIO, "Revistas literarias tucumanas. De *El Porvenir* (1882-1883) a la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* (1904-1907)", *Humanitas*, n° 23, año XVII, Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 1972, pp. 233-238.
- BILLONE, V. A., "Tucumán y sus revistas literarias. A propósito de una reaparición", *Norte*, III época, año I, n° 1, Tucumán, diciembre de 1975, pp. 7-12.
- BILLONE, V. A., "Ricardo Jaimes Freyre en Tucumán", *Ensayos y Estudios. Revista de Filosofía y Cultura*, año 3, n° 8, Tucumán, agosto de 1975, pp. 27-30.
- BILLONE, V. A., "Un grupo de discípulos tucumanos de Jaimes Freyre", *Humanitas*, n° 25, año XIX, Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 1994, pp. 63-68.
- CARILLA, EMILIO Y ELSA RODRÍGUEZ DE COLUCCI, *La Revista de Letras y Ciencias Sociales de Tucumán (1904-1907)* [Índice], Tucumán, Departamento de Extensión Universitaria, Universidad Nacional de Tucumán, 1963.
- CARILLA, E., *Ricardo Jaimes Freyre*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, Ministerio de Educación y Justicia, 1962.
- CARILLA, E., *Una etapa decisiva de Darío. (Rubén Darío en la Argentina)*, Madrid, Gredos, 1967.
- CARILLA, E., "Una revista modernista", en E. Carilla, *Estudios de literatura argentina*, Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 1968, pp. 145-159.
- DARÍO, RUBÉN, "El modernismo", *España contemporánea*, Barcelona, Lumen, 1987, pp. 254-258.
- DÍAZ, ELÍAS, "El antiprogresismo unamuniano", en Francisco Rico (dir.), *Historia y crítica de la literatura española*, tomo VI, Barcelona, Crítica, 1980, pp. 248-253.
- FLAWIÁ, NILDA Y LILIANA MASSARA, "La generación del Centenario en Tucumán. La *Revista de Letras y Ciencias Sociales*", en AAVV, *La generación del Centenario y su proyección en el Noroeste Argentino (1900-1950)*, Tucumán, Actas de las III Jornadas, Tomo II, Fundación Miguel Lillo, Centro Cultural Alberto Rougés, 2000, pp. 400-407.
- GHIRALDO, ALBERTO, *El archivo de Rubén Darío*, Buenos Aires, Losada, 1945.
- GISBERT, TERESA, "Aproximación a Ricardo Jaimes Freyre", *Cuadernos hispanoamericanos*, n° 237, Madrid, septiembre de 1969, pp. 752-769.
- JAIMES FREYRE, MIREYA, *Modernismo y 98 a través de Ricardo Jaimes Freyre*, Madrid, Gredos, 1969.
- JOUBIN COLOMBRES, EDUARDO, "Estudio Preliminar sobre la personalidad y la obra del autor", en Ricardo Jaimes Freyre, *Poesías Completas*, Buenos Aires, Claridad, 1944.
- KREIBOHN, ENRIQUE, "Un poeta en Tucumán a principios de siglo: Don Ricardo Jaimes Freyre (1868-1933)", *Norte*, n° 1, Tucumán, abril de 1971.
- KREIBOHN, E., *Juan B. Terán. Vida y obra*, Tucumán, Del Cincuentenario, Universidad Nacional de Tucumán, 1964.
- LAGMANOVICH, DAVID, "Revistas tucumanas de cultura", *Revista de Educación* (nueva serie), año III, n° 5, La Plata, mayo de 1958, pp. 261-266.
- LEONI PINTO, RAMÓN, *Los aportes de Juan. B. Terán a la historiografía de Tucumán*, Tucumán, Secretaría de Cultura de la Nación, Dirección Nacional de Museos, Museo Casa Histórica de la Independencia, 1987.
- LEONI PINTO, R., "La sociología y los historiadores", en *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, t. II, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1996, pp. 190-208.
- LEONI PINTO, R., "Historiografía de Tucumán (1880-1950). Autores, obras y problemas", en *La historia como cuestión. In Memoriam Antonio Pérez Amuchástegui*, La Rioja, Canguro, 1995, pp. 53-96.
- LEONI PINTO, R., "La Escuela Española de Historia. Autores. Tendencias. Influencia en Tucumán", en *Estudios de Historia. In Memoriam de Enrique M. Barba*, Buenos Aires, Banco Municipal de La Plata, 1994, pp. 287-316.
- LIPP, SOLOMON, "Justo Sierra", en Luis Iñigo Madrigal (coord.), *Historia de la literatura hispanoamericana*, t. II, Madrid, Cátedra, 1987, pp. 467-471.
- LÓPEZ MAÑÁN, JULIO, *Tucumán antiguo*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1971.
- MARASSO, ARTURO, "Ricardo Jaimes Freyre", *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, n° 1, Buenos Aires, 1933, pp. 49-52.
- MEJÍAS ALONSO, ALMUDENA, "Amado Nervo", en Luis Iñigo Madrigal (coord.), *Historia de la literatura hispanoamericana*, t. II, Madrid, Cátedra, 1987, pp. 647-653.
- MEYER, FRANCISCO, *La ontología de Miguel de Unamuno*, Madrid, Gredos, 1962.

- MONGUIÓ, LUIS, “Dos cartas olvidadas de Unamuno, con un poema inacabado”, *Revista Hispánica Moderna*, XXVII, n^{os} 3-4, New York, junio-octubre de 1961, pp. 372-380.
- PACHECO, JOSÉ EMILIO, “Salvador Díaz Mirón”, en Luis Iñigo Madrigal (coord.), *Historia de la literatura hispanoamericana*, t. II, Madrid, Cátedra, 1987, pp. 577-582.
- PÁEZ DE LA TORRE, CARLOS, “Julio López Mañán (Noticia biográfica)”, en Julio López Mañán, *Tucumán antiguo*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1971, pp. 7-38.
- PÁEZ DE LA TORRE, C. (h), “Una célebre farmacia”, *La Gaceta*, Tucumán, 2 de noviembre de 2001.
- PÁEZ DE LA TORRE, C. (h), “Jaimes Freyre se aburre”, *La Gaceta*, Tucumán, 22 de septiembre de 2001.
- PAZZI, SERAFÍN, “Ricardo Jaimes Freyre”, *Sustancia*, n^o 1, Tucumán, junio de 1939, pp. 31-37.
- PERILLI DE COLOMBRES GARMENDIA, ELENA, “La reforma constitucional de 1907 en Tucumán”, en AAVV, *La generación del Centenario y su proyección en el Noroeste argentino (1900-1950)*, *Actas de las IV Jornadas*, Tucumán, Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo, 2002, pp. 15-23.
- PERILLI DE COLOMBRES GARMENDIA, E. Y ELBA ESTELA ROMERO DE ESPINOSA, “Los hombres del “Centenario” en Tucumán. Puntos de encuentro generacionales”, presentado en las *V Jornadas “La generación del Centenario y su proyección en el Noroeste argentino (1900-1950)*, Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo, Tucumán, 11 y 12 de septiembre de 2003. En curso de publicación.
- PIOSSEK PREBISCH, LUCÍA, “Juan B. Terán: hacia una teoría de la historia”, *Discurso y realidad*, vol. 5, n^o 1, Tucumán, 1990, pp. 3-23.
- PRO, DIEGO, *Alberto Rougés*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1967.
- TERÁN, JUAN B., *Estudios y notas*, Tucumán, Revista de Letras y Ciencias Sociales, 1908.
- TERÁN, J. B., “Ricardo Jaimes Freyre”, *Nosotros*, n^o 287, vols. 78-79, Buenos Aires, abril de 1933, pp. 280-284.
- TERÁN ETCHECOPAR, GASTÓN, “Nota biográfica”, en AAVV, *Estudios sobre la vida y la obra de Juan B. Terán*, Buenos Aires, Sociedad de Historia Argentina, La Facultad, 1939, pp. 41-57.
- TERÁN ETCHECOPAR, G., “Perspectivas sobre Juan B. Terán a los cincuenta años de su muerte (lo Inmanente y lo Trascendente)”, *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Tucumán*, n^o 7, Tucumán, diciembre de 1995, pp. 183-201.
- Reportaje a Ricardo Jaimes Freyre, *El Orden*, Tucumán, 7 de julio de 1923, sin firma.